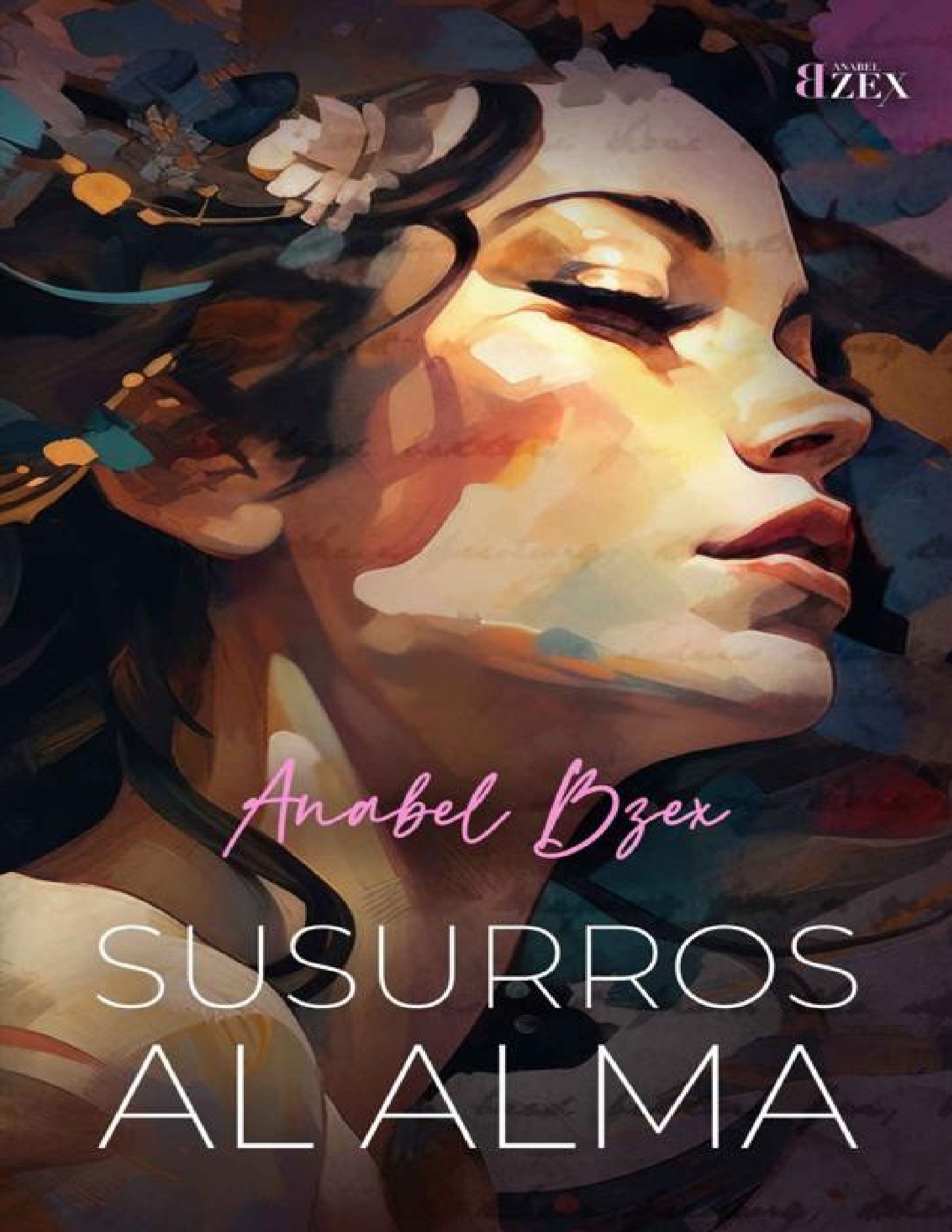




ANABEL
BZEX

Anabel Bzex

SUSURROS AL ALMA

Anabel Bzex

SUSURROS

AL ALMA





Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor.

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia. Algunos fragmentos de canciones incluidos en este libro, se han utilizado única y exclusivamente como intención de darle más realismo a la historia, sin intención alguna de plagio.

Título original: Susurros al alma.

©Anabel Bzex, agosto 2023.

Imágenes de cubierta: Adobe Stock.

Corrección: Raquel Antúnez.

Diseño de portada y maquetación: Marien F. Sabariego (ADYMA Design).

Si la justicia existe,
tiene que ser para todos;
nadie puede quedar excluido,
de lo contrario,
ya no sería justicia.

Paul Auster

Índice

[Prólogo](#)

[1](#)
[2](#)
[3](#)
[4](#)
[5](#)
[6](#)
[7](#)
[8](#)
[9](#)
[10](#)
[11](#)
[12](#)
[13](#)
[14](#)
[15](#)
[16](#)
[17](#)
[18](#)
[19](#)
[20](#)
[21](#)
[22](#)
[23](#)
[24](#)
[25](#)
[26](#)
[27](#)
[28](#)
[29](#)
[30](#)
[31](#)
[32](#)
[33](#)
[34](#)
[35](#)
[36](#)
[37](#)
[38](#)
[39](#)
[40](#)
[41](#)

[42](#)

[43](#)

[44](#)

[45](#)

[46](#)

[47](#)

[48](#)

[49](#)

[50](#)

[51](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Títulos publicados](#)

Querido Lector:

Este año ha sido especial para mí en muchos sentidos. Como la vida misma, que en ocasiones es agridulce. Tironeada de un lado hacia otro como en una montaña rusa. Como cualquiera de vosotr@s, evidentemente. Año de descubrimientos, de decepciones, de pérdidas y llegadas, de reflexión. Por ello, necesitaba un respiro y al mismo tiempo, aprender cosas nuevas para poder ofrecer algo diferente a lo que había estado haciendo hasta el momento. No me malinterpretéis, adoro a mis Caballeros, pero me hacía falta una «historia détox», para limpiar mi mente de la Saga.

Hacía tiempo que me apetecía sacar del cajón otras historias, y con el máster en el que he estado inmersa, ha llegado la ocasión perfecta.

La novela que tienes en tus manos es independiente, centrada en el suspense romántico.

Espero que disfrutes al leerla tanto como yo al escribirla, que te dejes llevar por una y mil conjeturas hasta que creas firmemente que has resuelto cada duda. Y, por supuesto, confío en que también logre mover un sinfín de sentimientos en tu interior.

Anabel Bzex



Prólogo

Me dolía el pecho. Tenía los ojos irritados, deshidratados, cada vez que pestañeaba notaba como si se me clavasen cristales en los lagrimales. Oía las sirenas a lo lejos. Venían a por mí, era consciente de eso, pero me daba igual. Coloqué el pie sobre el cuerpo inerte que yacía a mi lado y lo empujé, contemplando con una sangre fría que jamás pensé que tendría cómo caía en aquel pozo con un escalofriante ruido seco. Me quedé observándolo. Se desplomó en una postura antinatural, con los brazos extrañamente curvados y las piernas rotas hacia arriba. No me inmuté. Mi rabia parecía haberse calmado, pero mi corazón todavía ardía en el infierno.

Me miré las manos llenas de sangre. No me arrepentía. Nadie cree ser un criminal hasta que te fuerzan a serlo. Quizás el mundo estaba lleno de buenas personas, pero yo no era una de ellas. Levanté la barbilla con prepotencia y satisfacción. No aparté la mirada de aquel individuo. Poco le había hecho para lo que realmente se merecía.

Ecos de pasos y gritos se acercaron por detrás. Me empujaron al suelo, sujetaron mi cabeza sobre la arena con fuerza y me tiraron de los brazos hacia atrás para esposarme. No puse impedimento alguno y, mientras me invadía una extraña paz, me levantaron y me llevaron hacia el coche que me esperaba.

Le eché un último vistazo al lugar, en mi interior quería irme, seguro de que había cumplido con mi objetivo. Apreté los dientes y asumí mi castigo. Tan solo me quebré cuando, de entre todas las personas que se reunieron alrededor del suceso, mis ojos se encontraron con los suyos, y fue ahí cuando se me desgarró el alma. No pude mantenerle la mirada. Solo ahí sentí el peso de la culpabilidad. Solo en ese momento. Y fue entonces cuando supe que lo había perdido todo.



1

—¿Te has enterado? —La voz de la supervisora de aquel pequeño comercio llegó hasta ella. Se giró para atenderla.

—¿De qué? —preguntó por cortesía, no tenía la menor curiosidad por saber la respuesta.

—Hay un nuevo empleado en la cafetería de Sam. Dicen que es interesante —añadió la dependienta, a la que no había visto aparecer.

Ahí estaba el aceleramiento de pulso. Quizás aquella era la noticia que la tenía desde la madrugada con el corazón en un puño. Y es que Denisse se había despertado con la sombra de una pesadilla que no lograba discernir.

Mucho antes de que sonase la alarma, ya estaba en pie. Hizo los ejercicios mentales que le recomendó su doctora para lograr calmar esa ansiedad que la asediaba cada vez que no lograba recordar algo. Aunque aquello era distinto. Nada tenía que ver lo que le había ocurrido hacía ya ocho años con tener un mal sueño y no ser capaz de recapitular. No obstante, le invadió la misma intuición de siempre.

Desde hacía un tiempo, había desarrollado un sexto sentido que la mantenía en alerta ante posibles incidentes, y aquella mañana lo tenía encendido. Esperaba una noticia fatalista en cualquier momento. Torció el gesto, un habitante nuevo en el pueblo difícilmente podía catalogarse de mala noticia.

Puso los ojos en blanco cuando llegó a la conclusión de que se estaba preocupando, otra vez, por tonterías. Justo cuando terminó su jornada laboral, se dio prisa para entrar en el pequeño supermercado de siempre.

Denisse era una mujer ocupada, con las horas del día muy bien distribuidas entre sus diferentes quehaceres. Llevaba la lista en el móvil y comenzó a recorrer los pasillos, echando en el carro todo lo que necesitaría para organizar el *bachcooking* que le permitiría disponer de tiempo libre.

Normalmente no prestaba atención a su alrededor, a no ser que cualquier vecino se acercase a ella para hablarle, saludarle o preguntarle cómo estaba. Entonces respondía con educación, sin perder la sonrisa, y se despedía en cuanto atisbaba una vía libre que le permitiese escapar.

Sin embargo, se vio acorralada en el pasillo de las legumbres, con el paquete de arroz integral

en la mano, la dependienta colocaba la mercancía en lo que la supervisora se acercaba con un enorme carro cargado de cajas para hacer reposición de productos.

—¿No has ido a desayunar a lo de Sam estos días? —preguntó la dependienta.

El local de su amigo Sam era su favorito en el pueblo. Solo él conseguía hacerle un café con espuma, con el toque justo de amargor y una pizca de canela, al que era adicta. Aun así, se acercaban las vacaciones de Navidad y tenía que preparar un dossier con la programación de todas las actividades cotidianas del pueblo para informar a los turistas.

—Pues no, la verdad, me he levantado justa de tiempo —añadió para salir del paso.

—Vaya, eso es raro en ti. Eres una clienta VIP —repuso la supervisora, que leía los nombres de las cajas y los cotejaba con una lista que llevaba.

—¿Cómo dices? —inquirió Denisse.

—Pues eso, que te encanta la cafetería de Sam. Fíjate que pensábamos que era el definitivo —anunció la empleada colocando paquetes de alubias.

—Bueno, lo que faltaba. Es que sois increíbles —refunfuñó con evidente cansancio.

No le gustaba extender conversaciones cuando no era necesario. Se pasaban la vida queriendo emparejarla con el que fuera. En cuanto se enteraron de lo ocurrido con Ray, *ipso facto* habían localizado a otro.

—No te enfades, ya descartamos a Sam hace tiempo, se ve que tiene a otra en el punto de mira —apuntó la dependienta en lo que aplastaba una caja vacía a modo de reciclaje para amontonarla sobre una pirámide que posteriormente se llevarían—. Solo digo que deberías ir a echar un vistazo, Denisse. Mirar es gratis.

—Lo tendré en cuenta —puntualizó con ironía.

La táctica era clara y directa. Entre las dos querían sembrar la curiosidad suficiente como para que evaluase por sí misma al nuevo espécimen.

—Llevas ya mucho tiempo sola, hija, una aventurilla no te hará daño —añadió la supervisora como si nada, al mismo que tiempo que le pasaba una nueva caja de productos a su compañera, que procedió a abrirla con un cúter.

Ni que tuvieran la cronología de lo que duró su última relación.

—Ya ves, después de Ray, también creía que Sam era ideal para ti, pero, bueno, hay muchos peces en el mar —dijo la dependienta en lo que sacaba paquetes de lentejas.

Ni siquiera la dejaban participar en el diálogo. A pesar de que ajustaba su horario para pasar en el supermercado el menor tiempo posible, ellas, además de estar acostumbradas a los chismes, eran íntimas amigas de su madre, no era necesario mencionar nada más. Parecía que tenían montada una revista del corazón entre las tres. Sabían qué artículos eran los más jugosos y a quién poner en portada cada semana.

—Mejor así, Sam es demasiado buenazo, tú necesitas a alguien con más sangre, ¿verdad que sí? —La pregunta de la supervisora fue dirigida a buscar la aprobación de su compañera, y esta asintió sin más.

—A ver, chicas..., dejad de buscarme lío, ya sabéis que no me gusta vuestra afición de celestinas —agregó Denisse con tono cansino.

—Ay, mujer, eres muy joven. Dale una alegría a ese cuerpo —añadió la dependienta haciendo un divertido movimiento con sus hombros.

A su pesar, dejó escapar una risilla. Denisse trabajaba en la oficina de turismo de aquel humilde pueblo donde todos se conocían y casi sabían la vida de los demás. A su manera, era feliz. No se metía en la vida de nadie y no permitía que nadie se metiese en la suya, pero raro era el día en el que aquellas mujeres no le indicaban quién podría ser un buen candidato como

pareja. Al ser amigas de su madre, parecía que entre las tres fuesen las madrinas de *La Bella Durmiente*. Denisse levantó los ojos unos instantes. «Puede que en algo, aunque sea mínimo, mi historia tenga cierta similitud a ese cuento».

—Es bastante llamativo o eso dicen. No he tenido la oportunidad de ir todavía —apuntó la supervisora, que continuaba comprobando la lista de productos.

—No creo que sea llamativo en sí. Lo que pasa es que es carne nueva. Estamos hartas de ver a los mismos hombres. La juventud se marcha de aquí y cuando vuelve es para asentarse con la familia. Los solteros, maduritos, guapos e interesantes están en peligro de extinción —puntualizó la dependienta, que terminaba con la caja y volvía a aplastarla para reciclarla.

Denisse la observó, ninguna de las dos alcanzaba los sesenta, tampoco eran tan mayores.

—¿Y cómo sabes tú todo eso del desconocido si no lo has visto todavía? —inquirió la supervisora cruzada de brazos, apoyada en un bloque de cajas de productos de limpieza.

—Ay, hija, pareces nueva. La gente viene aquí a hacer la compra y cuchichea, así que cuando el río suena... —Se encogió de hombros y la apartó para coger una caja con paquetes de garbanzos.

—Ojalá fuese soltero, ¿verdad, Denisse? —La supervisora colocó una caja en el suelo y se la acercó a su compañera con el pie, en lo que la señalaba en la lista.

—Eeeh..., ni me va ni me viene —contestó la aludida.

—No seas así, te conviene conocer a alguien diferente —añadió la dependienta arrodillada en el suelo—. ¿Te imaginas que fuese bueno en la cama?

La otra soltó una pequeña carcajada, y Denisse disimuló metiendo cosas en la cesta de las estanterías que estaban cerca del pasillo de salida.

—¿Y tú qué piensas, muchacha? —inquirió la supervisora.

Evitó poner los ojos en blanco. Hacía tiempo que había dejado de ser una muchacha. Se consideraba madura, responsable y capaz de tomar sus propias decisiones. Aquellas mujeres no le llevaban tantos años, no obstante, ellas siempre la trataban como si fuese la muñequita frágil de la tarta de bodas que a la fuerza necesitaba al muñeco masculino haciéndole compañía.

—Sin comentarios. —Si decía que no le interesaba el tema en absoluto, volverían al mismo bucle.

—¿Por qué no vienes esta semana a yoga? Seguro que para entonces sabremos nuevos detalles —añadió.

Algunas mujeres del pueblo se reunían en el centro cultural a hacer yoga, entre ellas, su madre. Denisse coincidía con ellas cuando iba a sus clases de baile, pero cada vez que se asomaba, más que hacer ejercicio, era un covedero de información. Lo entendía bien, necesitaban una distracción y un pasatiempo. Quedar entre ellas les era más efectivo que cualquier sesión psicológica. La risoterapia entre amigas era lo mejor que existía para cualquier problema.

—Esto..., he de irme, Cala me está esperando —puntualizó.

—Claro, muchacha, ve, ve, y ya nos dices si lo conoces —comentó la dependienta.

—Sí, sí, ya os contaré. —«Ni de coña les cuento algo», masculló para sí misma.

Solo bastaba con decirles que alguien le llamaba la atención para que el rumor se extendiera por todo el pueblo.

Denisse vivía sola con su hija, hacía mucho que no le interesaba nadie. Tenía a los hombres de allí muy vistos. Los que en algún momento le atrajeron físicamente estaban casados, y los que estaban libres no le parecían atractivos en absoluto. Una vez lo intentó con Ray e incluso llegó a comprometerse, pero se dio cuenta de que era engañarse a sí misma.

De todas maneras, aun habiendo pasado tiempo, le asaltaba una punzada de culpabilidad cada

vez que miraba a cualquier hombre. Tenía la sensación de que traicionaba a alguien y que decepcionaba a Cala. Aquello solo estaba en su cabeza y, como decía su madre, era mejor dejarse llevar. Si una persona aparecía en su camino, el destino la pondría allí. Por lo tanto, era mejor no pensar y dejarse fluir con lo que surgiese. El problema, por así decirlo, era que ya lo había intentado una vez y su corazón seguía igual de frío.

Con todo, a veces sentía que le faltaba algo, aunque, cuando aquello la invadía, observaba a su alrededor y veía que tenía todo lo que pudiera desear. Tenía un buen trabajo, iba a clases de baile y se volcaba en su hija, además de rodearse de su madre y de sus amistades. Quizás podría irse a descubrir mundo en un futuro, pero, por el momento, su estabilidad le causaba paz.

Salió del supermercado con la sonrisa bailando en su boca. Menudas eran las amigas de su madre. Tenía que confesarse, al menos a sí misma, que habían logrado sembrar algo de curiosidad en ella. El local de Sam le pillaba de paso en el camino a recoger a Cala a la escuela. ¿Y si saludaba a su amigo y con las mismas fisgoneaba un poco? No, pues llegaría tarde a recoger a su hija, pero ¿y si disminuía la velocidad y miraba de soslayo como la que no quiere la cosa? Se quitaría la espina al averiguar si ver al forastero estaba relacionado o no con la dichosa sensación extraña que la invadía.



2

—Pero, bueno, ¿a quién tenemos aquí? ¿Cómo están estas hermosuras? —saludó Sam con la misma energía de siempre.

—Pues bien, ¿cómo vamos a estar? —respondió Cala subiéndose con trabajo a uno de los taburetes altos.

—Vaya, vaya, parlanchina como siempre esta pitufa. ¿Os quedáis a comer?

—Sí, claro. —Sonrió Denisse con los nervios a flor de piel ante la expectativa.

—Vuestra mesa de siempre está libre —apuntó con una sonrisa.

—Guuuay —respondió Cala, que enseguida se bajó del taburete para corretear hacia su lugar favorito.

A Denisse no le había dado tiempo a aminorar la velocidad de su Smart Fortwo azul cielo para curiosear, a través de las cristalerías, el interior del local de su amigo.

Llegaba tarde para recoger a su hija, pero, en cuanto ambas estuvieron reunidas y ella la puso al día de lo ocurrido en clase, claudicó ante sus impulsos.

No era que tuviese intención de ver al desconocido sí o sí, pero los viernes solía aprovechar que era el inicio de fin de semana para tomarse algo con su hija allí. Ambas disfrutaban de ese momento, madre e hija, en el que la vida se frenaba un instante, y Denisse le dedicaba toda su atención a ella. Por tanto, se repitió a sí misma que no estaba allí con otro fin que el de siempre. Después de todo, ella era la que tenía establecidas sus rutinas.

El supuesto forastero era el nuevo allí. No tenía que sentirse extraña. A pesar de todo, rodó los ojos, con disimulo, por el lugar. No observó nada fuera de lo normal.

Instaladas ya en su mesa, hicieron el pedido de siempre. Cala solía comer una hamburguesa con patatas, y ella, un sándwich de espinacas gratinado.

Justo cuando se lo iban a servir, oyó un golpe que la sobresaltó.

—Lo siento.

Escuchó a alguien disculparse con Sam y reubicar vasos en la bandeja. El forastero caminó en su dirección con la mirada fija en ella.

A Denisse le recorrió un escalofrío por la columna.

—Cerveza y zumo de naranja. —Colocó las bebidas en la mesa.

—Gracias —contestó a media voz.

—De nada.

Los ojos del desconocido se clavaron en Denisse haciéndola tragar inconscientemente. Con un azul oscuro como el insondable mar. Su voz era grave y profunda, causaba un cosquilleo en el oído. Pareció pararse el tiempo. Se quedó unos instantes analizándola y después desvió la atención hacia su hija con la misma intensidad. Ella observó, a través de su barba poblada, pero bien cuidada, rubia oscura, cómo el músculo de su mejilla palpitaba.

—¡Julien! —vociferaron desde la barra.

Lo contempló carraspear.

—Voy.

Se giró y caminó sin más hacia la llamada de Sam.

Denisse comenzó a respirar con dificultad. «¿Qué demonios ha pasado?». Lo había sentido. Una amenaza, un aura extraña, un hombre de mirada turbia, cargada de secretos, y todo ello había ocurrido en una milésima de segundo.

Pasado el tiempo de rigor, volvió para llevarles el pedido, y su hija comenzó a comer mientras charlaba de todo y de nada. Denisse intentó seguir su conversación, pero el misterioso forastero acaparaba su atención.

Era bastante alto. Vestía con unas botas Panama Jack, unos tejanos azul oscuro a juego con sus ojos, una camisa blanca remangada en los antebrazos y se vislumbraba, a través de la apertura en el cuello, la cadena plateada de un colgante. Tenía el cabello rubio oscuro, algo largo y desordenado. Desde luego, los rumores resultaban quedarse cortos. A simple vista, y a juzgar por ese primer impacto, parecía un hombre muchísimo más interesante de lo que decían.

—¿Qué tal todo, chicas? ¿Os falta algo? —Sam se acercó a ellas con la bandeja cargada de vajilla usada de otras mesas.

—Un helado de chicle.

—Cala...

—Va, al helado te invito yo.

—No la consientas, Sam.

—Me encanta consentirla, y a ella también, ¿verdad, pitufa? —Le despeinó el cabello con la mano libre, haciendo malabares con la carga, y la niña refunfuñó entre risas—. Anda, ve a que Julien te lo sirva.

A Cala no había que decírselo dos veces. Se bajó de la silla y salió corriendo hacia la barra. Su amigo se dio la vuelta, pero, antes de alejarse, Denisse lo frenó agarrando su brazo.

—¿Quién es el nuevo, Sam?

Este sonrió de medio lado y apoyó la bandeja sobre la mesa.

—¿Tú también?

—¿A qué te refieres? —inquirió arrugando el entrecejo.

—Lleva una semana aquí y se ha convertido en la comidilla del pueblo. —Silencio—. Es mi hermano.

Ella abrió los ojos con evidente asombro.

—¿Tu hermano? —Sam asintió—. ¿Tu hermano, el misterioso del que nunca hablas? —Volvió a asentir—. ¿Tu hermano lleva una semana aquí y no nos has dicho quién era?

—Bueno..., iba a decíroslo en persona.

Denisse miró al extraño, analizándolo.

—No os parecéis mucho —murmuró.

—Ya, siempre nos dicen lo mismo. No lo juzgues por su apariencia. De entrada, parece serio y

viene de pasar por un bache importante. Necesita que le den una oportunidad —añadió sonriendo.

Denisse se sonrojó.

—¿A qué te refieres? Yo no estoy interesada en nadie.

Sam soltó una pequeña carcajada.

—Hablabas sobre incluirlo en el grupo de amigos, pero veo que te ha llamado la atención para otra cosa —dijo con tono pícaro.

Ella le soltó un manotazo, y él le sacó la lengua. Observó por encima del hombro de su amigo cómo el forastero le servía helado a su hija, mientras charlaba sonriendo sin parar.

—Intimida bastante, ¿no?

—Va, Deni, no le hagas un tercer grado. Julien ha venido a empezar de cero con su vida. No le des más vueltas —le pidió restándole importancia a sus palabras.

—Julien —repitió.

—Julien. —Asintió señalando con discreción hacia atrás.

—Mira, mamá, mira. Julien me ha cargado tanto la galleta que se me caen los churretes. —Cala venía lamiendo cada camino de helado que iba cuesta abajo y sin frenos hacia el pico del cucurucho. Se sentó como pudo—. Me lo ha regalado.

—Hala, disfruta, pitufa. —Sam se volvió a sus quehaceres en lo que Denisse observaba, en la distancia, al desconocido.

Desde la barra se analizaban mutuamente. Que le regalase un helado a su hija le daba mala espina. No es que ella fuese una madre sobreprotectora, pero no era normal que un forastero las mirase de aquella manera tan intensa.

Se centró en su micromundo, Cala y ella, sin embargo, no dejaba de darle vueltas a esas sensaciones extrañas que la recorrían.

Cerró los ojos y repitió lo mismo de siempre. Una inspiración profunda y exhalar con lentitud, después, se centró. «No te comas la cabeza, Denisse, te mira como tú a él. Eres nueva para él como él lo es para ti».

No quería dejarse llevar por su pánico interior, y es que, desde el incidente, se sentía insegura a pesar de los años. Aunque tomaba la medicación asignada, su situación le generaba falta de seguridad en sí misma y, por más terapia que hacía, no conseguía volver a una vida normal.

Una parte de ella se había adaptado a vivir de aquella manera, aunque, en el fondo, no perdía la esperanza de levantarse una mañana con ese hueco vacío y oscuro lleno de luz e imágenes.

Llegó el momento de pagar la cuenta y de pronto se acordó de que, con las prisas, llevaba toda la compra en el maletero, menos mal que nada eran productos frescos.

—¡Ey! ¿Vendrás esta noche? Tenemos actuación en directo —apuntó Sam antes de despedirse de ellas.

—Ammm... —Miró a su hija.

—¿Puedo quedarme con la abuela? Porfis, porfis, porfis —suplicó.

—No lo sé, iremos a verla y ya veremos —concedió Denisse.

—Eso es un sí, porque la abuela no me dice que no a nada —apuntó la pequeña con convicción.

Sam soltó una carcajada.

—Eres una espabilada —comentó su madre con resignación.

—Venga, te espero esta noche y te invito a una copa —añadió Sam.

Denisse lo miró con una sonrisilla y tapó los oídos de su hija.

—¿Quieres emborracharme? —preguntó divertida.

—Es que eres muy graciosa cuando bebes —contestó él soltando una breve risilla.

Soltó a Cala, que se quejó de no oír nada.

—Ya veremos. —Finalizó la conversación meneando la cabeza.

Sam le guiñó un ojo, y Denisse soltó una risilla. Se giró para salir y tropezó.

—Ups, lo siento —dijo sonriendo.

La sonrisa murió en sus labios cuando se quedó contemplando los ojos azules, rasgados y afilados, de Julien. Tragó saliva.

Él solo asintió. Su mirada volvió a provocarle un estremecimiento. Comprobó su altura en cuanto lo tuvo de frente. Se quedó paralizada, no obstante, él pasó por su lado y se adentró en el local.

Ella comenzó, de nuevo, a respirar con agitación. El aroma que inundó sus fosas nasales le hizo perder la noción del tiempo. Le invadió la sensación de que lo había visto antes. Podría haber sido uno de tantos turistas que pasaban por su oficina, visitaban el pueblo, se embebían de sus costumbres, calles, playas, etcétera, y se enamoraban del lugar. Muchos de ellos decidían instalarse allí, y algunos regresaban a la oficina para hacérselo saber y darle las gracias por sus recomendaciones. Sin embargo, no era un turista al que podría haber conocido, era el misterioso hermano de Sam, del que hablaba muy de vez en cuando solo para decir que lo veía poco.

Cuando su hija tiró varias veces del pasamanos de la puerta del coche, decidió alejar todos aquellos pensamientos y centrarse en lo que deparaba el fin de semana.

A pesar de ello, reparó en que le apetecía ir a ver al grupo que tocaría aquella noche.



3

—¿Cómo has dicho?

—Julien. —Su madre pareció perder varios tonos de color—. ¿Ocurre algo?

—Nada, ¿qué va a pasar? Solo te escucho.

Tras dejar la compra debidamente guardada en su casa, había preferido ir a visitar a su madre antes de acomodarse demasiado. Corría el riesgo de quedarse traspuesta en el sofá haciendo *zapping* o probablemente poniendo cualquier película para ver con su hija, a pesar de que ella se quedase dormida en los cinco primeros minutos. Después de una semana intensa de programación de actividades turísticas, estaba agotada. Necesitaba enchufarse un cargador de batería.

Cala entró como siempre, haciendo casi una fiesta de bienvenida para sí misma y, cómo no, la abuela, encantada. Eran una pequeña familia femenina. Rozaban las cinco de la tarde cuando irrumpieron en su estática monotonía. Le había dado por realizar pinturas al óleo guiada por números y lo cierto era que le quedaban fenomenal. Nadie podría adivinar, una vez acabadas, que hubiese habido una pauta. Su madre hizo café y se sentaron en el pequeño porche acristalado rodeado de plantas. Conversaron de cómo habían pasado la semana, puesto que no se habían visto, y salió a colación la novedad del momento.

—Tus amigas del súper me taladraron otra vez. —Denisse puso los ojos en blanco antes de darle un sorbo a su café.

—Bueno, hija, no les hagas caso. —Le restó importancia con la mano.

—Claro que no, imagínate si les sigo el juego. Me habría liado con medio pueblo.

Las dos soltaron una risilla cómplice.

—Y... ¿cómo dices que es ese hombre?

—Pues es alto, bastante atractivo, de ojos azules, pelo rubio...

—Y me invitó a un helado —añadió Cala, que jugaba con las Barbies que tenía, a sabiendas, en casa de su abuela.

—Cala, estamos teniendo una conversación de mayores, ve al salón, por favor —apuntó Denisse y le hizo una señal con los ojos.

—Jo, qué aburrida eres, mamá. —Recogió sus muñecas y desapareció refunfuñando.

—¿Hablaste con él? —preguntó tras sujetar su taza con las dos manos.

Denisse miró a su madre. Estaba extrañamente nerviosa.

—Hablar, lo que es hablar, no. Nos trajo el pedido y poco más. Es un camarero, mamá, no he cruzado más palabras con él. Aunque es hermano de Sam y parece que quiere integrarlo en el grupo —añadió para después darle un sorbo a su taza.

—¿Entonces? ¿Lo habías visto antes? —Delia la miró de soslayo, pero Denisse sabía que estaba tratando de indagar en sus sentimientos, como siempre que conocía a alguien.

Entrecerró los ojos.

—¿No te acabo de decir que es la primera vez que lo veo? ¿Qué te pasa, mamá? Estás rara —apuntó sin dejar de observarla por encima del filo de su taza.

Delia carraspeó.

—No, hija, rara no. Mis amigas me dijeron que era un forastero, no esperaba que fuera hermano de tu amigo. Igual ha estado antes en el pueblo, quién sabe. —Se encogió de hombros.

—Si ha estado, no lo he visto nunca —apuntó—. Y hazme un favor, habla con las dos de la tienda para que me dejen tranquila. Es que no puedo ni ir a comprar. Todo son chismes de hombres. Ni que tuvieran un catálogo.

Su madre dejó escapar una carcajada.

—Lo que quieren es verte bien —dijo con una sonrisa.

—¿Y por qué iba a estar mal? —inquirió indignada—. No hagas como ellas, ¿eh? Que te conozco. No me busques líos.

Su madre miró al infinito, como siempre que meditaba una respuesta antes de darla.

—No te busco líos. —Silencio—. Tienes unas circunstancias especiales y lo de Ray no salió bien, imagino que todas queremos verte feliz —apuntó con delicadeza.

Denisse suspiró.

—Lo de Ray fue un error, pero no volverá a ocurrir, y no diría que mis circunstancias son especiales, ya me he hecho a la idea.

Delia la miró.

—¿A la idea de qué? —Quiso saber escudriñando su expresión.

—Vamos, mamá. Han pasado muchos años desde que ocurrió el incidente. He realizado todos los ejercicios que me indicó la doctora y he sido rigurosa con la medicación sin saltarme una toma, ya debería haber mejorado. —Bebió otro largo sorbo de la taza.

Tenía la misma manía que su madre o, al menos, se quedaba también en silencio mirando al infinito. Más allá de las cristaleras de aquel porche, se contemplaba el pueblo y, a lo lejos, las montañas que daban paso a la costa. La casa de Delia era, sin lugar a dudas, una de las mejores que había en toda la zona. Heredada de su abuela, su situación geográfica era privilegiada.

—Bueno, no te presiones. Pienso que las cosas tienen un lugar y un momento adecuado —añadió tras una breve pausa.

Denisse observó el perfil de su madre.

—¿A qué te refieres? —preguntó con curiosidad.

La observó con sus ojos pardos.

—A que creo que todo es cuestión de tiempo. Llegará el día en el que despiertes y todo esté en su lugar —apuntó mientras asentía convencida de sus palabras.

—Qué ambigua eres cuando quieres —refunfuñó, y su madre curvó los labios hacia arriba—. ¿Pudiste encontrar mis cajas? —inquirió cambiando de tema.

Ella la miró a los ojos, una vez más, nerviosa.

—No, cielo. No tengo idea de dónde pudiste meterlo todo.

Denisse resopló, aburrida. A veces pensaba que quizás era mejor así. De aquella manera podría dejarlo todo atrás y comenzar de cero.

—¿Sabes? Sam me ha invitado a su local. Esta noche toca un grupo en directo y estará ambientado —dijo para cambiar de tema.

—¿Quieres ir? —Su madre la observaba con curiosidad.

—¿Debería? —preguntó entrecerrando los ojos. Aún dudaba.

Su madre se encogió de hombros.

—No sé qué decirte, haz lo que te haga sentir bien. —Apuró el contenido de la taza.

—Ya, pero es que...

—Es que, ¿qué?

—Cada vez que salgo a divertirme tengo una gran sensación de culpabilidad —confesó.

Delia inspiró con lentitud y soltó el aire con más pausa aún.

—¿Culpabilidad por qué?

—Ya lo sabes —anunció con la boca apretada.

—Tienes derecho a pasártelo bien.

Denisse resopló.

—Ains, no te entiendo, mamá.

—¿Qué no entiendes? —Quiso saber con las cejas levantadas y cara de inocencia.

—Que a veces me impulsas hacia adelante y otras me refrenas con el rollo de la precaución y demás.

Delia resopló.

—Es que son dos cosas compatibles. Te animo a hacer lo que sea que te haga sentir bien, siempre y cuando actúes con cabeza.

—Si tus amigas te escucharan...

Soltó una risilla.

—Ellas pueden decir lo que quieran, e incluso yo puedo decirte misa en verso. La que tiene que dejarse llevar por lo que le dicte el corazón eres tú.

Denisse palmeó su rodilla.

—¿Sabes qué? Que estupendo. Entonces me voy a ver a Sam.

Observó cómo su madre tragaba saliva y carraspeaba.

—Pues muy bien, hija, muy bien.

Analizó la expresión de su madre. Se había mantenido, por momentos, extrañamente nerviosa. La duda surgió en su cabeza, ¿no sería que le asaltaba la sobreprotección de siempre? Quizás, en el fondo, temía que rehiciera su vida.



4

—Estás muy acostumbrado, ¿eh?

Julien retiró su copa vacía y se dispuso a prepararle una nueva.

—¿Acostumbrado a qué? —dijo sin más.

No pretendía ser una pregunta. De hecho, su tono era bastante neutro. No lograba adivinar cuál era su estado de ánimo. Denisse se encogió de hombros con una sonrisa en los labios, no entendía por qué su hosquedad le hacía gracia.

—A que todas las mujeres te miren. No te lo creas mucho, es porque eres la novedad del pueblo. Yo diría que en lugar de una fiesta de las que Sam suele hacer, parece más que presenta a su hermano en sociedad.

Ni siquiera se entendía a sí misma. ¿Qué le llevaba a hablar con él de aquella manera? Con la confianza extraña de que, al ser hermano de Sam, debía ser amigo suyo de golpe, le asaltaban las ganas de conocerlo más.

Ella observó sus labios curvarse hacia arriba en lo que le ponía la rodaja de lima y le añadía licor de ese mismo sabor antes de aproximarse para colocarle el vaso delante. Se acercó mucho, demasiado, tanto que la puso nerviosa. Dedujo que era para hacerse oír por encima de la música.

—Si quisiera atención, la buscaría.

Sus palabras sonaron con un toque pícaro que confundió a Denisse.

—Siento decirte que aquí llamas mucho la atención, la busques o no —apuntó ella para hacérselo saber soltando una risilla.

—Lo tendré en cuenta —comentó sin apartar esa sonrisa seductora y sin alejarse de su rostro.

Ella hizo un barrido hacia abajo, invadida por una sutil timidez ante esos zafiros tan enigmáticos, y se quedó contemplando sus manos. Colocadas sobre la barra, los complementos que llevaba le causaron interés.

—Qué anillos y pulseras más bonitas. ¿Te gusta la plata? —Necesitaba acabar con la incomodidad que sentía en su presencia y transformarla en naturalidad.

Clavó los ojos azules en ella.

—No es plata, es acero. —Su tono era suave, casi seductor.

Denisse parpadeó sorprendida.

—¿Este también? —preguntó al mismo tiempo que tocaba uno de ellos por impulso.

Inmediatamente recibió una especie de descarga eléctrica que le hizo retirar la mano y, con ello, poner distancia entre los dos.

—¿Qué pasa? —inquirió con curiosidad.

—Uy, estarás cargado de energía, me ha dado un calambre al tocarlo.

Soltó una breve risilla y redujo la distancia, otra vez. Lo tenía a un palmo de su boca.

—La energía es mi fuerte —apuntó con sensualidad y hasta ella llegó el calor de su aliento.

Ambos se analizaron con curiosidad, indagando en la expresión del otro. Denisse notaba la tensión, contenían la respiración y enseguida los interrumpió Sam.

—Wow, el local está a rebosar esta noche, no doy abasto atendiendo a todos. ¿Te hace un baile cuando esté algo más libre? —Le guiñó el ojo.

Denisse le prestó atención al recién llegado y consiguió respirar de nuevo.

—Claro. Voy al aseo un momento. —Cogió su copa y se apeó del taburete alto.

En realidad, no llegó a internarse en el baño, tan solo necesitaba alejarse de aquel desconocido que le ponía la piel de gallina. Aún no sabía en qué sentido, si para bien o para mal, pero que se le erizaba el vello de la nuca y que le costaba respirar a su lado era un hecho. Había acudido a la fiesta buscando un paréntesis. No era la primera ni sería la última que organizaba Sam.

El Amida era un local multiusos. Lo mismo te ponían desayunos, que tapas, almuerzos, meriendas, cenas, cócteles y copas. Sam era polifacético en cuanto a la hostelería se refería. Adoraba su trabajo y eso se reflejaba en la clientela. Daba igual si organizaba una fiesta temática como un desayuno *buffet*, siempre tenía el sitio a rebosar.

Denisse respiró un poco, cerca del escenario, disfrutando de la actuación en vivo antes de plantearse regresar. No pasaron ni cinco minutos cuando sintió que la abrazaban por el cuello. Antes de girarse, un aroma conocido la invadió y ya sabía quién era.

—¡Tamy! ¿No decías que no vendrías? —inquirió sin disimular su alegría.

Tamy era una de sus mejores amigas o al menos lo era desde hacía ocho años, cuando la conoció como pediatra. Desde entonces se habían vuelto muy cercanas y salían juntas cada vez que podían. Aquella noche le había dicho que venía de un turno de veinticuatro horas y que estaba agotada, por lo que le sorprendió verla allí.

—No tenía intención ninguna, pero, hija, en todos los grupos de wasap hablan de la fiesta. Los de mi turno iban a venir todos, así que me dije... «Va, Tamy, Deni está allí, te lo pasarás guay», y aquí estoy. —Le mostró los dientes en una perfecta sonrisa.

—Has hecho bien, me sentía algo sola. —Hizo un puchero y la abrazó.

—¿Y bien? ¿Dónde está el espécimen?

Denisse puso los ojos en blanco.

—¿Tú también?

—Ay, chica, es un pueblo muy pequeño y la comidilla ahora mismo.

—Pues míralo, ahí va. Aún no entiendo cómo Sam no nos comentó nada —murmuró.

Le hizo un gesto con la barbilla a su amiga, y esta se giró. Se quedó observando su semblante. Se había recogido su larga melena negra en una trenza alta muy tirante y llevaba una blusa blanca, vaqueros negros y tacones rojos.

—Madre... mía... de... mi... vida. A eso lo llamo yo un «hombre» en toda regla —repuso a su lado justo cuando lo vieron pasar con una bandeja, entregando bebidas y recogiendo vasos y latas vacías—. ¿De verdad es su hermano? No se parecen en nada —apuntó con extrañeza arrugando la nariz. Denisse estalló en una carcajada. Tamy era todo lo desenfadada que no era ella. Ambas

se acercaron a la barra.

»¡Ey, Sam! ¡Ponme lo de siempre! —gritó su amiga para hacerse oír.

—¡Marchando! —Él levantó el pulgar en señal de que había captado la petición.

Su amigo se turnaba entre estar tras la barra y supervisar que todo fuese bien con sus empleados y clientes. Las dos se sentaron en un huequito que quedaba al final de la barra y charlaban mientras observaban el ambiente.

—¿Sam te lo ha presentado ya? —inquirió Tamy en lo que le daba un sorbo a la Voll-Damm.

—Hemos intercambiado varias frases de cortesía. —Torció la boca.

—Para vosotras.

Se sobresaltaron al oír su voz, y ambas miraron el pequeño bol de cristal con gominolas que dejó delante de ellas.

—Me encantan. —Denisse cogió una fresita—. Mmm..., mis favoritas.

—Lo sé.

—¿Disculpa? —inquirió sin disimular su sorpresa.

Sus ojos azules se fueron, pensativos, hacia arriba.

—Hay una probabilidad de un noventa por ciento de que las fresas sean las gominolas por excelencia favoritas de las mujeres. —Se encogió de hombros—. Me he arriesgado a ver si acertaba.

—Me encantaría saber qué más conoces sobre las mujeres —apuntó su amiga con descaro. Denisse soltó una risilla cuando observó cómo él abría los ojos con asombro—.

Por cierto, soy Tamy.

—Julien. —Él le cogió la mano y besó los nudillos femeninos con galantería.

—Oh, vaya. Un hombre cortés. Eso está en peligro de extinción, de hecho, tu hermano desconoce esos gestos.

Él sonrió.

—Por desgracia, todo está en peligro de extinción.

—¿Todo? —preguntó Denisse.

—Las mujeres interesantes también.

Dicho eso, se fue a atender a más clientes.

—¡Hostia, tía! No tengo claro si nos ha hecho un cumplido o nos ha insultado. —Denisse soltó una carcajada—. Qué aura más rara, no sé definirlo —añadió torciendo la boca—. No se parece a Sam.

Si su amiga no encontraba la manera de explicar algo, no pararía hasta averiguar la forma de hacerlo. Odiaba no entender las cosas.

—¿Verdad? Se lo dije a él, son diferentes. Este tiene una mezcla rara de exotismo y misterio. Amenaza y seducción —estableció dándole un sorbo a su copa.

—Totalmente —concedió Tamy y bebió de su cerveza—. También puede ser que tengamos a todos los hombres del pueblo más que vistos.

—Sí, yo he pensado eso mismo. —Asintió con suavidad.

—Para el mes que viene, llega un nuevo barco de marines. ¡Habrà carne fresca durante una temporada! —agregó levantando las cejas varias veces.

Denisse soltó una estruendosa carcajada. Tamy decía que, o no tenía tiempo para una relación, o no había conocido al hombre que le hiciera pensar en ello. Por lo tanto, se dedicaba a disfrutar de cuantos rolletes se le ponían por delante. A pesar de que las del supermercado habían querido emparejar a Denisse con Sam hacía mucho tiempo, ella tenía su propia percepción del asunto. Su amigo tenía todo su interés puesto en Tamy, pero ambos no conseguían alinear sus vidas para

una relación. Él se dedicaba cien por cien a su negocio, y Tamy, a sus pacientes. Denisse confiaba en que, en un futuro, ambas líneas temporales convergiesen en un mismo lugar y se diesen cuenta de que eran perfectos el uno para el otro.

En aquel momento, el grupo de música comenzó a tocar bachata.

—Va, vamos a echarnos un baile —le propuso a Tamy tras levantarse.

—No, que yo soy más de *rock*, ya lo sabes. —Ella se llevó la cerveza a la boca, y Denisse se medio sentó de nuevo para intentar convencerla.

—¿Y qué? Yo te enseño, venga. —Le hizo un gesto con la cabeza para señalar la pista.

—¿Por qué no bailas con Sam? Suele ser el que te acompaña siempre o nos damos una vuelta a ver a quién vemos —apuntó haciendo un barrido con los ojos por el local para identificar a algún conocido por allí—. En cuanto cambien de estilo musical, me uno a la marcha.

—¿Bailas conmigo?

Ambas se giraron en su taburete y se quedaron en *shock* al ver al forastero junto a ellas. Sus ojos azules se clavaron en Denisse dejándola paralizada.

—Claro que baila, está deseándolo —contestó Tamy, que le empujó la espalda con suavidad.

—¿Qué dices? —susurró a su amiga.

—¿No querías salir a la pista? —La picardía de su mirada color miel hizo que Denisse se mosquease.

—Pero no con él —protestó en voz baja y entre dientes.

—¿Se te ocurre un candidato mejor? Así lo analizas un poco más. —Su amiga le guiñó el ojo con descaro, y Denisse se quedó sin palabras.



5

—No voy a comerte.

Tan solo su voz grave y profunda ya la ponía ansiosa.

—Pff. —Soltó una risilla nerviosa—. No te dejaría.

Denisse se levantó, empujada por Tamy, y observó con atención la mano que le ofrecía Julien.

Lo miró con curiosidad y precaución al mismo tiempo. Después, tan solo colocó sus dedos en los de él, que los enlazó rápido con los suyos. Recibió una nueva descarga, pero, esta vez, le recorrió la columna. Julien era un misterio.

Ambos se dirigieron hacia la pista y buscaron un hueco. Las primeras notas de la canción de Lola Jane & Melvin War, *Kiss me*, comenzaron a sonar. Para ella era ideal, llevaba años aprendiendo baile, algo que le encantaba, y observó a Julien con una sonrisilla traviesa.

—A ver, a ver cómo bailamos esto —dijo mirándolo a los ojos.

Para su sorpresa, él le agarró las manos y comenzó a moverse.

—Como lo pide la canción —anunció casi en un susurro.

—¿Sabes bailar bachata? —inquirió estupefacta.

—Sí.

Los dos comenzaron a mecerse al son del ritmo y con los contoneos propios del estilo de baile. Denisse estaba nerviosa a la par que emocionada. Julien se integraba en sus pasos creando una combinación perfecta.

—¿Dónde has aprendido? Lo haces muy bien —concedió.

Necesitaba hablar de algo para calmar la tensión. No conseguía relajarse.

—Tuve una gran maestra.

Pensó que tendría que guiarle, sin embargo, él había tomado las riendas, y ambos se movían por la pista, fluyendo. En la medida en que se acercaban, Denisse hacía por charlar. Él se mantenía escueto.

—¿Tuviste?

—Hace tiempo que la perdí.

Aquel comentario la dejó sin palabras. Su tono de voz había sonado diferente, distante, roto y,

por alguna razón, la animó a hablar.

—Yo también perdí a alguien.

El comentario llamó su atención.

—¿Sí?

—Sí. —Denisse percibió cómo se tensionaba en sus brazos.

»Perder a alguien nunca es fácil —apuntó él sin apartar la mirada del rostro femenino.

Ella se mordió el labio. Era algo surrealista que estuviese hablando de aquel tema, en los brazos de un hombre al que apenas conocía, mientras bailaba bachata de manera íntima.

—Se supone que no debe serlo —anunció Denisse, pensativa, al cabo de un rato.

Su comentario hizo que a él se le escapase una risilla falsa.

—¿Se supone? Suena muy suave —masculló.

—¿Por? —Ellaladeó la cabeza para indagar en su expresión.

—Perder a alguien es horrible, o así lo entiendo yo. A menos que fuese una persona despreciable —aclaró con un tono seco.

Denisse lo fulminó con la mirada y le dio un pequeño guantazo en el bíceps, algo que lo descolocó, pues se quedó con la boca semiabierta.

—No hables así de él —le riñó.

Observó, de nuevo, cómo Julien se tensaba.

—Me limito a analizar tus palabras —puntualizó.

—Apenas he dicho nada —rebatió indignada en lo que seguían dando vueltas por la pista.

—Pues di algo más —la apremió y se quedó a la espera de sus palabras.

Denisse cerró los ojos unos instantes y después negó. No quería hablar de sí misma.

—No es el momento, además, por una vez en mucho tiempo, me apetece disfrutar del baile —admitió algo decepcionada con el giro de la conversación.

Élladeó la cabeza analizando su expresión confusa.

—Llevas razón. Mi maestra decía que bailando no se habla, se siente y se expresa con el cuerpo —añadió escrutándola de una manera tan penetrante que juró ver una profundidad infinita en sus ojos azules.

A partir de ese momento, Denisse se dejó llevar. Ambos eran la perfecta simbiosis de la elegancia, la suavidad de los movimientos, la seducción de la música. Las miradas ancladas la una en la otra. La tensión recorriendo sus músculos como una corriente eléctrica infinita que pasaba de ella a él y viceversa.

Eran tan compatibles que parecía que hubiesen bailado muchas veces. Denisse sintió una conexión como nunca. Como si dos almas que llevasen vagando en pena por siglos, de pronto, se encontrasen la una a la otra y formasen un todo. Sus manos, fuertes y seguras, le proporcionaban confianza. Su cuerpo, firme y caliente, le aportaba confort y al mismo tiempo, deseo. No se conocían de nada. Las pocas palabras que habían intercambiado no daban pie siquiera a una amistad, aun así, Denisse percibió a Julien y lo que transmitía le rompió el corazón de alguna manera. Tristeza, derrota, resignación, y, por el contrario, una fuerza desgarradora. Fuera lo que fuera lo que lo tenía en esa posición, no se daba por vencido. La melodía terminó, y ambos respiraban agitadamente. De pie, parados uno frente al otro.

Denisse vio la emoción en su rostro. La mirada se le estaba empañando. Julien la observaba con una intensidad abrasadora. Sus ojos eran pura pasión.

—Dis... disculpa —logró articular y se marchó hacia el pasillo que conducía al aseo.

Iba tan apresurada que se estampó contra la espalda de un camarero.

—Ey, Deni. Cuidado, chica.

—Oh, Ray. Lo siento, iba distraída.

Sus ojos observaron por encima del hombro femenino y siguieron, con toda seguridad, a Julien.

—Ya te he visto bailar con el nuevo.

Denisse soltó una risilla nerviosa.

—Bueno, no es lo que piensas.

—No, no pienso nada, pero, Deni... —La cogió de la muñeca y tiró de ella con suavidad para moverla hacia una posición algo más privada—. Sabes lo importante que eres para mí y... ese no es de fiar.

Él era el ojo derecho de Sam. A pesar de que El Amida era propiedad de este último, Ray se había convertido en su socio. Denisse y él habían sido pareja.

—¿Quién?

—Julien.

Denisse tragó saliva.

—¿No es de fiar siendo el hermano de Sam?

—A veces la familia no es la más indicada para unirse a un negocio. —Resopló—. No estoy de acuerdo con que trabaje aquí de ninguna manera.

—No te entiendo, Ray.

—Voy a contarte algo. —Se aseguró de que Sam no los observaba—. Debes prometerme que Sam no sabrá que te lo he dicho.

Denisse lo miró, divertida a la par que curiosa.

—Prometido —anunció y le dio un beso a sus dedos cruzados.

—Poca broma, Deni, que nos conocemos. Vas a ir a preguntarle a Sam en cuanto yo abra la boca, y no quiero líos con el forastero.

—Oye..., me estás asustando.

Ray resopló, y ambos giraron la cara al contemplar cómo Julien se posicionaba tras la barra a servir copas.

—No quiero asustarte, quiero prevenirte.

—Va, suéltalo ya.

—OK. —Inspiró con profundidad—. He oído que Julien es un expresidiario.

—¿Un qué? —Levantó la voz, y Ray la movió de nuevo.

—Shhh, calla.

—No seas idiota, la música me está dejando sorda, y con el jaleo que hay no nos oye nadie.

—Da igual, hay que ser precavidos.

—Venga, sigue —lo animó a continuar.

—Parece ser que ha cumplido una condena y ha salido de cabeza a la reinserción, por eso Sam nunca nos hablaba de su hermano, porque estaba en la cárcel.

Denisse soltó aire para acallar a su acelerado corazón.

—Vamos a ver, pero eso es normal, ¿no? Cometes un delito, pagas por tu error y, después, intentas empezar de cero.

Ray puso los ojos en blanco.

—Maravilloso para el que roba una barra de pan, por ejemplo, pero este tío ha cumplido una condena por asesinato.

A ella le invadió un pánico que se instaló en su estómago. El color de la cara se le fue y comenzó a temblar.

—¿El hermano... el hermano de Sam es un asesino? —Ray asintió—. ¿Y lo trae aquí a

trabajar con vosotros? —Volvió a asentar—. ¿Es que está tarado o qué?!

—Shhh, cállate —murmuró acercándose a ella—. Está todo controlado. Sam lo tiene muy vigilado y al parecer tiene un seguimiento. Solo te digo que tengas cuidado. Que no te confíes. Ten el trato justo y necesario. Es un camarero que de vez en cuando te va a atender. Punto.

—¡Ray! ¡Deja de vagar! —vociferó Sam.

—Voooy —contestó—. Ya sabes. Calladita y con precaución.

Denisse solo atinó a asentar. Sus ojos se fueron hacia el desconocido que atendía en la barra. Con el que había tenido una conexión tan extraña a la par que inquietante.

El primer hombre que le parecía interesante en todos aquellos años resultaba ser el hermano asesino de su mejor amigo, el cual lo había mantenido en secreto hasta el momento. Tragó saliva cuando sus ojos se encontraron desde la lejanía. El aura amenazante que transmitía nada se parecía a la pureza y la confiabilidad de Sam.



6

—¡Mamá! Mamá, ¡mira!

Denisse levantó los ojos hacia su hija, que se balanceaba de pie, agarrada a las cadenas del columpio.

—Cala, por favor, hazlo sentada —advirtió con paciencia.

Contempló cómo la niña aminoraba el ritmo, pero con cierta renuencia y pasaba a sentarse sobre la madera para retomar el movimiento. Entonces volvió a hacer el intento de leer y nuevamente fracasó.

Llevaba con la cabeza en las nubes desde la fiesta del fin de semana y ya estaban a jueves. Demasiados días con lo mismo flotando en su mente. Hubo momentos en los que logró apartar sus pensamientos de lo ocurrido y centrarse en sus rutinas establecidas, pero, al final, caía en lo mismo de nuevo. Julien era un asesino.

Ese instante de conexión extraña que vivió, que no recordaba haber tenido antes, que le pareció un indicador de algo había caído estrepitosamente por un barranco. Apoyó los codos sobre el libro y se tapó el rostro. «Céntrate, Deni, céntrate». No podía creer que el único hombre que despertaba su curiosidad fuese un criminal. Menuda suerte la suya.

—¡Mamá! Mamá, ¡mira lo que hago!

Levantó los ojos de nuevo hacia las paralelas de colores que se situaban al fondo del parque en el que se hallaba. Cala estaba enganchada con las piernas y su cuerpo colgaba bocabajo en el aire.

—Woow, eso está genial, Cala, pero ten cuidadito, por favor —reiteró.

—Que sííí...

Denise negó con la cabeza, sonriendo. En algunas ocasiones se daba cuenta de que pecaba de sobreprotectora, la misma actitud que tanta rabia le daba de su propia madre.

Estaba sentada en uno de los bancos de madera blanca, su favorito, porque le permitía una amplia visión de todo el conjunto de atracciones infantiles. Si su hija se movía a cualquier parte, la tendría a la vista. No sucedía lo mismo en todos los puntos que existían. Había bancos desde los cuales no se veía según qué zona.

Una vez más, intentó centrar su atención en el libro de lectura y, aunque era uno de sus favoritos, tuvo que emplear más concentración de lo normal para continuar con la historia de Anthony Malory, de Johanna Lindsey. Sin darse cuenta, consiguió meterse de lleno en los diálogos divertidos de James y Tony, hasta que oyó las carcajadas de su hija. Levantó el rostro y se quedó petrificada. Ahí estaba su tortura mental de los últimos días.

Julien agarraba a Cala por los tobillos y la movía en el aire en lo que ella reía.

—Venga, bicho, intenta agarrarte a mis piernas.

Cala hacía por sujetarse a él, sin embargo, cuando iba a lograrlo, él volvía a menearla en el aire, provocando una nueva carcajada. Él se reía por lo bajo.

—¡Otra vez! ¡Otra vez!

—Va, otro intento —repitió la pauta y se rio—. ¡Frío, frío! ¡Qué bicho más torpe!

Después de contemplar la escena, totalmente inmóvil. Denisse se puso de pie a toda prisa y se acercó.

—No hagas eso, suéltala —dijo sin pararse siquiera a pensar.

Los ojos azules de aquel hombre la observaron con detenimiento y, sin mediar palabra, la situó sobre las paralelas para que la niña se agarrase.

—Lo dejamos aquí, bicho, que tu madre me va a castigar —anunció con diversión en la voz.

—Jooo, mamá, me estaba divirtiendo —refunfuñó Cala fulminándola con los ojos.

—Ya, cielo, pero es peligroso. Juega a otra cosa. —Le acarició la cabeza y se giró para enfrentar a ese hombre. Lo agarró por el brazo y lo apartó de la niña unos pasos.

»Te agradecería que no te acercases a mi hija sin mi consentimiento —advirtió con seriedad, mirándolo a los ojos directamente.

—Tranquila, fiera.

Su tono, con cierto grado de diversión, la irritó.

Entrecerró los ojos para analizarlo. Vestía ropa de deporte y el brillo perlado de su piel, acompañado de la humedad del cabello, le indicó que vendría de correr. No podía ser más atractivo y amenazante al mismo tiempo.

—Estoy tranquila.

No era cierto, pero debía hacer el esfuerzo por intentar frenar los latidos histéricos que se apoderaban de su pecho. Carraspeó y metió las manos en los bolsillos de sus vaqueros para aparentar calma. No comprendía lo que aquel desconocido le hacía sentir.

—No lo parece —rebatía él torciendo los labios.

—¿Por qué? —Ladeó la cabeza esperando respuesta.

—Pss, ni idea. Demasiado alterada por una chorrada.

Su sonrisa la descolocó.

—No estoy alterada. No te conozco de nada y me preocupo por mi hija.

Entonces se le escapó una risa vacía. Denisse se esperó a que se le pasara el ataque sin apartar los ojos de él. Julien se colocó las manos en las caderas y dio dos pasos hacia ella. Cerca, muy cerca. Casi estaban nariz con nariz. Su mirada azulada se clavó en ella.

—Veo que ya te han llegado los rumores —añadió con una sonrisa ladeada de soberbia—. La gente aquí habla mucho sin saber nada. —Levantó la barbilla con desdén.

—¿Qué... qué rumores? —inquirió apenas con un hilo de voz.

Julien se apartó y caminó rodeándola. Denisse se quedó paralizada. Lo sentía a su paso. Como la presa que estaba siendo analizada por la fiera antes del mordisco. Comenzó a respirar con dificultad. Se pegó a su espalda, ella notó cómo inspiraba el aroma de su cabello y pasaba los dedos por un mechón para, a continuación, hablarle al oído.

—Dímelo tú..., Deni —susurró con delicadeza en lo que depositaba un beso sobre el pelo que tenía entre los dedos.

A ella se le entrecortó la respiración con ese gesto, con sus palabras, con su aura. El apelativo cariñoso que solían usar para llamarla las personas más cercanas a ella sonaba extraño en sus labios. Más íntimo, con más confianza, como si lo hubiese dicho millones de veces. Le caló directo en el pecho.

—Dicen que eres... eres... —Se sentía incapaz de pronunciarlo.

Él la rodeó y se volvió a colocar frente a ella. Contempló su rostro con gran interés y fijó los ojos azules en los verdes, entrecerrándolos, indagando en ella. Buscando algo en su interior que Denisse desconocía. Perdió el aliento.

—Un criminal —Julien completó la frase por ella, con lentitud, pronunciando cada sílaba.

Denisse tragó saliva y se animó a preguntar:

—¿Lo eres?

Él ladeó la cabeza, su mirada pasó a observar los labios de Denisse con una adoración casi beata.

—Creo que eres una mujer muy inteligente, Deni —continuaba hablando con una suavidad medida, una tensión controlada. Ella frunció el ceño sin entender ese giro.

»Debes decidir si soy una amenaza para ti o no —añadió pasándose la lengua por los labios.

Subió los ojos hacia la mirada femenina para después volver a su boca.

—¿Por qué tengo que decidirlo? —A duras penas le salía la voz, tenía la respiración entrecortada y, por más esfuerzo que ponía en mantener la quietud, fracasaba.

—Porque sé que quieres seguir conociéndome. —Su pecho se movía con agitación. Se contenía de hacer Dios sabía qué y esa certeza la tenía en guardia.

Ella dejó escapar una risilla nerviosa.

—¿De dónde viene ese ego?

Julien sonrió.

—No es ego, es admitir lo que hay entre los dos.

Entonces ella se rio de verdad en lo que él la observaba con demasiada atención.

—¿Lo que hay entre los dos? ¿Por bailar una vez? ¿Tú alucinas o qué?

—Sí —admitió al mismo tiempo que asentía—. Alucino.

—Pues olvídate. No nos conocemos de nada y no tengo intención de hacerlo. Hemos coincidido y seguiremos haciéndolo porque seguiré yendo a ver a Sam y a Ray. Pero tú en tu sitio, y yo en el mío.

Él frunció el ceño.

—¿Tienes algo con Ray?

Denisse ladeó la cabeza.

—¿A ti qué te importa?

Se encogió de hombros en un gesto despreocupado.

—En realidad, nada.

Cada vez la tenía más confundida. Con su actitud, sus palabras, su confianza de la nada y, justo cuando iba a contestar, oyeron a Cala.

—¡Mamá!

Cala se aproximaba a ellos corriendo, y Julien se apartó de ella sin perder la sonrisa altanera de los labios.

—¿Qué pasa, cielo? —preguntó con la voz entrecortada.

La niña le enseñó la palma de la mano. Se había caído y se había raspado la piel. Sus ojos

estaban húmedos y se veía de lejos que estaba aguantando el ponerse a llorar. Denisse se giró para coger el bolso, que de pronto recordó que lo había abandonado en el banco y, para cuando regresó, Julien estaba en cucullas.

—Ya está —decía en lo que apartaba un pañuelo de papel—. Eso no es nada, bicho, tú eres fuerte. —Se incorporó y le revolvió el pelo—. Bueno, tengo que irme. Ven a verme a El Amida y te invito a otro helado, ¿vale? —Le guiñó el ojo en un gesto cómplice. Cala asintió y se abrazó al forastero, Denisse observó la escena sin saber qué pensar.

»Me voy. —Justo cuando estuvo a su lado, paró y clavó los ojos en ella—. Te estaré esperando, Deni —murmuró con esa sonrisa que la ponía nerviosa.

Se quedó contemplando cómo comenzaba a trotar para alejarse de allí. Notó su corazón acelerado de nuevo. Aquel desconocido la ponía nerviosa en todos los sentidos. Le asustaba la capacidad que tenía para alterarla de aquella forma. Hacía y deshacía lo que le daba la gana con sus palabras y sus gestos. Y, lo peor de todo, no era capaz de mantenerse alejada. Perdía su sensatez y quería seguir indagando en él. Se temía que iría a lo de Sam con propósitos distintos a los de siempre.



7

—Ey, ¿cómo tú por aquí? —preguntó Denisse.

—Entro ahora y quería verte la cara —anunció Tamy con una sonrisa traviesa.

Denisse puso los ojos en blanco.

—No voy a cotillear. Ya te lo he contado todo —dijo y salió de la parte de atrás del mostrador.

Se había dedicado toda la mañana a organizar papeleo. La corriente de turistas aún no era importante. Acudían, pero en goteo. La temporada fuerte estaba a la vuelta de la esquina y a Denisse le gustaba prepararlo todo con antelación.

—No me lo creo. Tú eres de mensajes más extensos, los escuetos audios que me has dejado no me convencen. —Su amiga ladeó la cabeza con una sonrisa traviesa.

Ambas se alejaron hacia un lado para rascar algo de intimidad.

—No estoy siendo escueta, te dije que era mejor hablarlo en persona —apuntó en voz baja mirando de vez en cuando a su compañera de trabajo.

—Pues por eso he pasado por aquí. —Tamy le mostró los dientes con una falsa inocencia.

—Qué impaciente eres algunas veces. —Resopló.

Denisse la cogió del brazo para girarla en una posición más estratégica.

—Soy impaciente en general y, cuando se trata de esto, más aún. ¿Vas a ir a lo de Sam?

—No. Hoy no —contestó Denisse.

—¿Ves? Lo sabía. —Tamy le dedicó una mirada cómplice, y ella chasqueó la lengua.

—Es que necesito reflexionar —apuntó intentando no perder la paciencia.

—¿Reflexionar qué? Un tío guapo e interesante ha entrado en tu radio personal. ¿Por qué no le das una oportunidad? —Levantó los brazos en un gesto de incompreensión.

—Pero, mujer, ¿oportunidad de qué? Solo hemos hablado, nada más.

—No seas tonta. No me di cuenta de grabar ese baile con el móvil, pero te juro que ahí hay algo. Sam también se percató. Hay un aura intensa entre los dos. ¿No te has fijado en cómo te mira?

Denisse tragó saliva. Sí. Había captado cómo Julien clavaba esos hermosos ojos azules en ella, cómo la dejaba sin respiración, cómo la tarde anterior, en cuanto se puso a su espalda, a ella le

recorrió un calambre por la columna. Sin embargo, también existía ese factor importante que la mantenía alerta y con la guardia levantada.

—Ay, Tamy, hay algo que aún no te he mencionado. —Denisse se mordió la cara interna de la boca.

—Pues dímelo. —Abrió los ojos color miel con renovada atención.

Denisse dudó, de nuevo dirigió la vista a su compañera, a la que pilló intentando escuchar. Alejó a Tamy un par de pasos más, se lamió los labios y susurró:

—Es algo delicado. No es para hablarlo aquí.

—Ay, joder, me vas a matar de intriga —refunfuñó.

A Denisse se le escapó una risilla.

—¿Quedamos esta noche? —propuso.

—¿En lo de Sam? —Tamy abrió los ojos, esperanzada.

—No. Mejor no. —Su amiga frunció el ceño, decepcionada—. Ven a mi casa, te invito a cenar, además, no puedo dejar a Cala todos los fines de semana.

—Bah, no la dejas todos los fines de semana, solo alguno esporádico y, para que te enteres, a tu madre le encanta quedarse con ella. Tienes un *chollazo* y no le sacas partido.

—Sí que le saco, pero a mí también me gusta estar con mi hija —apuntó indignada.

—Y nadie lo cuestiona, eres una madraza. Criar sola a Cala es una gesta increíble, pero debes dedicarte tiempo a ti misma. A hacer cosas de adultos y, si tienes la suerte de tener a una madre que adora a su nieta, mejor que mejor. —Le guiñó un ojo con picardía.

Denisse suspiró. Tamy llevaba razón, pero es que, desde el incidente, se había vuelto una mujer insegura, cauta y no se atrevía a dar pasos que pudiesen variar su situación personal. Era como si se hubiese estancado en su monotonía y salir de ella supusiera un desafío que aún no se sentía capaz de afrontar.

—Venga, vamos a El Amida y cenamos allí en el salón interior, en modo tranqui.

—¿Cómo se supone que vamos a hablar del lobo si nos metemos en su guarida? —inquirió con resignación y los brazos cruzados.

Tamy la miró unos instantes y después rompió a reír.

—¡Qué exagerada!

—Es que...

—Es que, nada. Nos vemos esta noche allí.

Denisse iba a protestar, pero apareció el concejal de Cultura, al que había estado esperando toda la mañana, y su amiga aprovechó para hacer mutis por el foro. Resopló y no le dio tiempo a pensar en aquella conversación, pues se metió de lleno a atender al hombre.

—Aquí traigo la programación que me pediste, Denisse.

El concejal de Cultura era alto, de hombros anchos y proporciones grandes en general. Cada vez que lo veía, Denisse se acordaba del actor Tom Hardy. Bien apretado en su traje de chaqueta y con ese toque pícaro, pero formal. Cuando lo conoció, fue un candidato de su lista de personas interesantes, pero encontró su hándicap, estaba casado.

—Podrías haberla mandado por *e-mail*, no era necesario desplazarse hasta aquí —comentó Denisse en lo que cogía la carpeta que le dio y rodeaba el mostrador para regresar a su lugar de trabajo.

Hojeó los documentos por encima.

—Bueno, pero quería venir a comprobar que todo va bien y que no necesitáis material extra por parte del ayuntamiento.

Ella levantó los ojos hacia él y le sonrió con cortesía.

—De momento, estamos surtidas de todo, gracias.

Lo observó asentir varias veces.

—Estupendo, estupendo. —Apoyó las caderas sobre la madera y se cruzó de brazos—. Amm, oye, ¿conoces a algún redactor de deportes?

Denisse parpadeó sorprendida.

—¿Redactor de deportes? Pues no, la verdad. —Levantó los ojos unos instantes para rebuscar en su memoria turbia—. No, no conozco a nadie. ¿No vale un redactor en general?

—Bueno, llevamos tiempo dándole forma al proyecto de sacar un periódico local. En papel, digital y con redes sociales propias conectadas al ayuntamiento. Creo que la mejor tirada la vamos a tener para Navidad. Vamos a generar noticias de interés para el pueblo y, además de los eventos culturales, queremos organizar unas jornadas deportivas navideñas que impliquen a todos, mayores y niños.

Denisse se apoyó en el mostrador, atenta a sus palabras.

—Pues es una iniciativa bastante interesante —apuntó.

El hombre sonrió y se le marcaron los hoyuelos en el rostro.

—Sí, pero me gustaría tener a gente cualificada. Que entienda acerca de lo que hace. Redactar por redactar sé hacerlo yo mismo. —Se encogió de hombros.

Ellaladeó la cabeza. Era un hombre de lo más inteligente, y la inteligencia era un rasgo vital para Denisse. Admiraba a las personas preparadas y cultas, de las que se podía aprender cosas. Ella torció la boca, negando.

—Lo siento mucho, pero no conozco a nadie que pueda serte útil.

Él asintió y después palmeó el mostrador con ánimo.

—Pues nada, seguiré buscando. Echa un vistazo a las actividades para adjuntarlas con el mapa turístico. El departamento de diseño está liado con los *flyers* informativos y pronto te los traeré para que también los repartas, ¿de acuerdo?

—Sí, claro, dalo por hecho. —Denisse le dedicó una sonrisa de despedida, y el concejal se marchó.

Había dejado un aroma masculino flotando en el ambiente y su memoria olfativa viajó hacia el encuentro de la tarde anterior. Cuando Julien se acercó a ella de aquella manera tan seductora, cuando le habló sin tener en cuenta las distancias, casi rozando su cuerpo con el de ella. Cuando se puso a su espalda y acarició un mechón de su pelo entre los dedos e inspiró a su lado. Denisse también lo había hecho y, a pesar de que venía de hacer deporte, olía a una fragancia particular. Personal. No lograba identificarla con ningún aroma, pero al mismo tiempo lo definía como suyo.

Ella estaba acostumbrada a recibir a innumerables turistas en la oficina, algunos olían de maravilla, otros, mejor ni siquiera acordarse o le entrarían ganas de vomitar. Tenía un bote de elimina-olores bajo la mesa para echar un poco en caso de sobrecarga de ambiente. Estaba hecha a oler las fragancias de todo tipo y juraría que sabía definir lo que era un perfume caro de uno barato, pero Julien era diferente.

Su aroma era algo que también se sumaba a la lista de las cosas que le gustaban en un hombre y aquello era algo que le daba aún más pavor. ¿Cumpliría con todos sus requisitos? «No, no los cumple, idiota». Se palmeó la frente. En ninguna lista tenía anotado que ser un criminal era un punto a favor.



8

—No me lo creo —dijo sin más.

Denisse se encogió de hombros.

—Me lo dijo Ray en la fiesta pasada —añadió dándole un sorbo a su copa de vino.

Denisse había salido de trabajar, y al final, cediendo a las presiones de su amiga, había hablado con su madre para dejar a Cala con ella. Ambas encantadas de pasar tiempo juntas. A veces pensaba que ella era la que sobraba en la ecuación.

Apenas habían pedido la bebida cuando Tamy la asaltó a preguntas para que confesase aquello tan personal que se guardaba.

—¿Y Ray cómo lo sabe? —preguntó acercándose un poco a ella en modo conspiratorio a través de la mesa que las separaba.

—No tengo ni idea. —Denisse no supo por qué, pero hizo lo mismo. Ambas medio agazapadas sobre la mesa reservada en el salón interior de El Amida.

—¿Cuánto hace que conocemos a Sam? —inquirió y volvió a su postura erguida para beber de su cerveza.

—Ufff, mucho —añadió Denisse.

—Muchísimo. Sé el amor que le tiene a su negocio. Jamás, pero jamás de los jamases, contrataría a un convicto —zanjó.

—Exconvicto —puntualizó Denisse levantando ambas cejas.

—Bueno, lo que sea. Sam nunca metería a un criminal aquí. —Tamy le dio otro sorbo a su bebida.

—Se trata de su hermano, Tamy, por supuesto que le daría una oportunidad para que rehiciera su vida —apuntó Denisse.

—Ya, ahí sí te doy la razón —admitió torciendo la boca, se quedaba sin argumentos para rebatir.

—Si Julien ha estado en prisión por un delito tan grave, razón de más para que Sam lo haya mantenido oculto, ¿no crees? No ha especificado nada sobre ello, pero da a entender que necesita un nuevo comienzo —Denisse soltó su reflexión y se quedó a la espera de las impresiones de su

amiga al respecto.

Tamy ladeó la cabeza dándole vueltas al asunto.

—A no ser...

—¿A no ser que qué? —Quiso saber Denisse con una urgencia extraña.

—A no ser que Ray se lo haya inventado.

—¿Inventarse que es un criminal? ¿Por qué haría tal cosa? —Arrugó la boca, extrañada.

Su amiga se encogió de hombros.

—¿Para alejarte de él? —Resopló—. Qué sé yo, Ray sigue esperanzado en que lo vuestro tiene retorno y pudo ver lo mismo que yo la otra noche. La tensión entre el forastero y tú era enorme. Quizás le invadieron los celos.

Denisse le hizo un gesto con la mano.

—Bah, no seas peliculera. Entre muchas cualidades, Ray es leal, sincero y honesto. No es un mentiroso.

—¿Sigues enamorada de él?

La miró ceñuda.

—Ya te desmigué ese tema, no volvamos —sentenció.

Denisse le contó lo sucedido en el parque con Julien nada más sentarse las dos. Tamy estaba encantada con la química que, según ella, desprendían ambos, pero Denisse no estaba del todo convencida. Ya estaba más que acostumbrada a caminar por la cuerda floja debido a sus inseguridades, y sentirse atraída por alguien como Julien era toda una novedad en su vida, pero ello no implicaba poner en riesgo a su hija.

—No sé hasta qué punto es verdad o mentira. Te dije que él mismo hizo alusión a los rumores sobre su persona. Dice que la gente habla sin saber.

—¿Ves? Ahí lo tienes. —Tamy la señaló con el botellín antes de darle otro sorbo.

Denisse resopló.

—No seas tonta, ¿qué criminal va a admitir serlo? —Movié la cabeza a los lados, observando el salón de mesas, todas ocupadas, con miedo de haber levantado demasiado la voz—. Además, no me siento cómoda hablándolo precisamente aquí.

Alzó las cejas a modo de advertencia.

—Nadie nos está prestando atención. Es una conversación privada entre nosotras, y él está trabajando en la parte de delante, en la del tapeo.

—Aunque sea así, no quiero seguir hablando de esto —anunció y apuró su copa mientras se debatía sobre si pedirse otra.

—Hemos quedado para hablar justamente de esto —la contradijo Tamy.

Denisse pasó las hojas de la carta, como si no se la supiera de memoria, refunfuñando.

—Ya te lo he contado todo. No hay más. No es como si yo conociese a ese hombre más allá de lo que ya sabes. No busques donde no hay.

—¿No hay qué?

Dio un respingo y se le escapó un grito. Inmediatamente se disculpó con los demás comensales. Julien había aparecido a su espalda, con la PDA en la mano y la miraba como siempre, con esos ojos azules buscando dentro de ella ese algo que ni ella encontraba.

—Esto..., pues...

—Si le puedes preguntar a Sam si hoy hay tartar de atún —apuntó Tamy para rescatarla.

Julien le prestó atención con una ceja levantada, sonriendo.

—Sí hay —concedió.

Por supuesto, Tamy ya lo sabía. Era uno de los platos estrella de Sam, pero fue lo primero que

se le ocurrió.

—Pues uno para mí, por favor. —Su amiga le guiñó el ojo.

—Ok —dijo él sin más y lo apuntó en la PDA.

Denisse no apartó los ojos de él en lo que hacía las anotaciones pertinentes en aquel aparato. «Mierda, es que es taaan jodidamente atrayente».

—¿Y para ti? —le preguntó.

—Ah, pues yo... —Denisse volvió a pasar las hojas, visiblemente nerviosa—. Es que... no me he decidido aún. —Levantó la copa de cristal—. ¿Me traes otro vino?

—Blanco seco, ¿verdad? —Ella asintió conforme—. Y de principal... ¿Lasaña de verduras, salmón al teriyaki, pollo al curry? —Julien levantó una ceja.

Denisse se quedó en *shock*. Perdió unos instantes la capacidad para hablar. Él continuaba a la espera, con esos hermosos zafiros clavados en su rostro.

—La... —Carraspeó—. La lasaña —logró decir.

—Perfecto. —Retiró las cartas—. Chicas... —Les guiñó un ojo y salió del salón.

—Ufff, joder, tía —dijo Tamy con una risilla—. ¡No sé qué coño ha sido eso! Pero ahí hay un algo. —Denisse la miró, y esta hizo el gesto de abanicarse con la mano.

—Ha... ha dicho... —No era capaz de mencionarlo en voz alta.

—¿Además del vino? Tus tres platos favoritos —apuntó Tamy para ayudarla a exteriorizarlo.

—¿Cómo lo puede saber? —inquirió Denisse con asombro y miedo a la vez.

Tamy se encogió de hombros.

—El vino está registrado en la comanda de la mesa y lo otro..., no lo sé, quizás Sam se lo ha dicho, no le des más vueltas.

Denisse negó con la cabeza.

—No puede ser, ¿por qué se lo diría Sam?

—¿Porque es obvio que le ha preguntado por ti? Joder, se le ve en la cara, se muere por darte un revolcón. Te desea con los ojos, es tan intenso que hasta yo he notado el calor de su mirada, tía. —Se abanicó de nuevo soltando una risa.

Denisse comenzó a sentirse nerviosa y su respiración se volvió cada vez más trabajosa. No fue hasta pasado un rato que cayó en la cuenta de lo que sucedía.

—¡Mierda! —masculló.

Cogió su bolso y lo abrió con urgencia.

—¿Qué te pasa? ¿Qué rebuscas ahí con tanta histeria? —preguntó Tamy con el ceño fruncido.

—Jamás me ha pasado esto —murmuró enfadada consigo misma.

—¿El qué? —Quiso saber la otra.

Por fin miró a su amiga y resopló.

—Es decir, me ha pasado, pero no hasta este punto —anunció con preocupación.

Tamy puso los ojos en blanco.

—Agradecería que me lo aclarases.

—Que me he dejado la pastilla en casa —apuntó con nerviosismo.

—¿Qué pastilla? ¿La de tu tratamiento? —Tamy levantó las cejas.

—Sí —contestó Denisse intentando calmarse sin éxito y volvió a rebuscar en cada recoveco de su bolso.

Su amiga torció la boca.

—¿Qué puede pasar por un día?

Denisse levantó los ojos hacia ella.

—No lo entiendes. Es muy fuerte. Debo tomarla estrictamente en el horario que se debe.

Alguna vez me la he tomado a destiempo y...

—Vale, pero ¿y si no?

—Y, si no, comienzo a sentir sudores y mareos, me pongo muy mal, Tamy.

—Oh, joder. ¿Nos vamos entonces?

—No —anunció—. Cenemos rapidito y luego nos marchamos. —Cerró los ojos e inspiró con profundidad.

—Va, déjalo, Denisse, vamos a tu casa. Le digo a Sam que nos ponga la cena para llevar.

Tamy fue a levantarse, pero ella la detuvo, poniendo la mano en su muñeca.

—No te preocupes. Voy al aseo a refrescarme un poco. Estoy bien, de verdad. Nos dará tiempo a cenar.

Su amiga la observó con sospecha en lo que Denisse se levantaba. Se dio la vuelta y le temblaron las piernas. La vista comenzó a bailarle. Enfocó a Julien, que entraba a la sala con una bandeja cargada de platos para otras mesas.

—¿Ju... Julien? —llamó.

Este se dio la vuelta y frunció el ceño al contemplarla. Denisse observó cómo soltaba las cosas en una mesa cualquiera y se acercaba a ella en dos zancadas.

—¡Deni! ¿Qué te pasa? ¡No me acojones! —ladró con su voz ruda y en la que se traslucía la preocupación.

Atinó a agarrar su brazo y a sentir cómo él la sujetaba. Su pulso se aceleró de una manera vertiginosa y lo último que vio fueron sus hermosos ojos azules velados por la angustia antes de que su mundo se volviera negro.



9

Corría de manera desesperada por un camino de tierra árida que parecía curvarse de forma infinita sin que se pudiese vislumbrar el final. Podía sentir el terror absoluto apoderarse de su cuerpo y el aliento, abandonar poco a poco sus pulmones quitándole la energía. Necesitaba huir y no lo conseguía. El atardecer confería tonos anaranjados y rojizos al paisaje de árboles secos decorados con numerosos carteles de imágenes difusas. Cuanto más miraba a su alrededor, más parecía que se acercaba a la boca del infierno. Y llegó un momento en el que sus piernas no pudieron dar un paso más. Observó el llano en el horizonte y el conjunto de casas al que debería llegar, y una angustia desgarradora invadió su corazón del que comenzó a fluir sangre a través de su piel.

—Simon... Simon... —llamaba entre sollozos desoladores.

—¡¡Simon!! —Despertó de golpe y se incorporó asustada en la cama.

Necesitó varios minutos para darse cuenta de que la pesadilla no era real, pero, inmediatamente después, pegó un grito tapándose la boca.

—Sshh..., tranquila.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué hago aquí? —inquirió Denisse al reconocer su habitación y ver a Julien sentado en una silla, con los brazos apoyados sobre las rodillas, analizándola.

—Te desplomaste en el restaurante, así que te trajimos aquí —comentó con naturalidad.

—¿Me trajisteis? —preguntó arrugando la frente.

—Tu amiga Tamy y yo —aclaró.

—Oh, ¿dónde está? —Denisse puso su atención en el pasillo por si la veía.

—Se fue hace poco más de media hora. Tenía cosas que hacer —anunció torciendo la boca.

Denisse se quedó anclada en sus ojos azules. ¿Tamy? ¿Cosas que hacer aquella noche? Habían quedado para cenar y tomar unas copas sin límite de horario. Como todas las veces que estaba en su presencia, Denisse comenzó a inquietarse.

Se levantó de la cama para abandonar la habitación, pero sintió el vértigo de forma inmediata, por lo que cerró los ojos con fuerza. Julien abandonó la silla y se situó junto a ella.

—Wow, wow, espera, despacio. No te vayas a desmayar de nuevo —apuntó con preocupación.

—Amm, estoy bien. Solo que... necesito mi medicación —repuso ella ayudándose de su brazo para caminar.

—¿Medicación? —preguntó—. ¿Estás enferma?

Ella se deshizo de su apoyo en cuanto llegó al gran mueble verde agua que decoraba toda una pared de su salón. Repleto de puertas acristaladas, cajones y baldas con numerosos libros. Aquel mueble, heredado de su abuela, era el tesoro más valioso que tenía. Abrió una de aquellas puertas y dentro, en una caja blanca con su nombre, rebuscó entre las medicinas y comenzó a sentir un sudor frío.

—Algo así —dijo distraída—. Mierda, mierda. No puede ser.

—¿Qué pasa? —Lo miró asombrada al encontrarlo justo a su lado. Aquel hombre se movía con un sigilo desconcertante.

—Nada —contestó en lo que volvía a poner todo en su lugar.

—Por la cara que tienes no parece un «nada».

No iba a explicarle que necesitaba la maldita pastilla de la que prácticamente era dependiente y respiró con profundidad, anotándose en la mente que debía ir con urgencia a su doctora. Se desplomó en el sofá. Nunca le había ocurrido algo semejante y creía saber de quién era la culpa. Observó su rostro. Últimamente la presencia de aquel hombre en su vida hacía que no estuviese centrada. Aunque culparlo a él era una actitud cobarde. La culpa era de ella.

Sus ojos azules aún analizaban cualquier síntoma que ella pudiera presentar.

—¿Mejor?

—Sí, poco a poco. —No estaba dispuesta a confesar que iría a peor en la medida que tardase en tomar el tratamiento.

Él asintió, comprendiendo.

—Me quedaré hasta que te hayas recuperado por completo —anunció, y se sentó de manera resuelta y descarada en su sofá color arena.

—No hace falta. Te agradezco mucho la atención, pero estoy bien. Puedes marcharte. Seguro que Sam te necesita más que yo.

Julien le dedicó una sonrisa pícara y chasqueó la lengua mientras negaba con la cabeza.

—Descartado por completo. No me voy hasta que no estés bien. —Y se cruzó de brazos como para reafirmar su postura.

Denisse titubeó y, sin más, se sentó a su lado. Aún le fallaban un poco las piernas. Ambos se examinaron con deliberada atención. Su seriedad la incomodó.

—¿Quién es Simon? —preguntó él con la voz algo rota. Denisse contuvo la respiración y observó cómo Julien tragaba saliva con dificultad—. No parabas de murmurar su nombre.

—Simon era... Simon era... —Se llevó la mano a la sien unos segundos y bajó el rostro. Después se lamió los labios y volvió a él—. Era mi marido. —Denisse contempló con asombro cómo sus ojos se tornaban húmedos, vulnerables, para después volver a ese color turbio en el que todo se escondía—. Lo perdí hace tiempo —añadió. Julien se mantuvo en silencio, y Denisse, siempre asombrada por su mirada magnética, lo animó a hablar para cambiar de tema.

»Ya que te he confesado algo de mi vida, puedes hacer lo mismo tú, ¿no te parece?

—¿Yo? ¿Qué quieres saber? —preguntó con diversión.

—¿Qué hiciste? —inquirió con la barbilla levantada, dispuesta a afrontar su respuesta.

Él sonrió, sin embargo, esa sonrisa no alcanzó a sus ojos.

—Justicia a mi manera —respondió sin apartar su poderosa mirada de ella.

Ella torció la boca.

—No aclaras mucho con eso —apuntó para intentar sonsacarle algo más.

—No es algo relevante. —Sus palabras seguían siendo muy escuetas.

Denisse se cruzó de brazos.

—¿Y qué se supone que es relevante? Eres un misterio andante y no...

Julien redujo la distancia entre ellos. Pasó un brazo por detrás del sofá, justo a su espalda, le volvió a acariciar un mechón de cabello con delicadeza y ladeó la cabeza, indagando en ella.

—No, ¿qué?

Los ojos azules la ponían nerviosa.

—No... —Carraspeó—. No sé qué haces en mi casa. Deberías irte.

—¿Debería? —inquirió en un susurro.

—A ver... No te conozco de nada. No me gusta este asedio constante. Me pongo en guardia en tu presencia y no me agrada esa sensación.

Julien echó la cabeza atrás y soltó una carcajada.

—Pues no te pongas en guardia —rebatíó sin más mientras se encogía de hombros.

Denisse se envalentonó.

—Dijiste ser un criminal.

Él levantó un dedo.

—Corrijo. Dije que la gente habla sin saber.

—Pues dímelo tú —susurró, temerosa de su respuesta.

—Deni..., conóceme ahora —comentó en lo que se acercaba para aspirar el aroma de su cabello—. Valórame ahora —añadió y besó de nuevo su pelo—. Dejemos el pasado donde debe estar.

Julien hablaba añadiendo un toque sutil de seducción a sus palabras. Ambos miraron los labios del otro. La tensión de él conseguía alcanzarla, contagiándola. Aquel hombre no sabía lo que era mantener la distancia. Apenas lo acababa de conocer y conseguía pegarse a ella constantemente. Aquello era más de lo que permitía a nadie, y que sus barreras de protección se bajasen en su presencia decía mucho de lo mareada que la tenía.

—No voy a acostarme contigo —murmuró.

Él sonrió con picardía cerca de su boca.

—Puede que hoy no —susurró una promesa implícita.

—No seas tan creído. No me gustas nada —replicó intentando que su cuerpo respondiera a la orden de apartarse, mas no se movió.

—Claro, tú a mí tampoco. —Julien rozó su labio inferior.

—¿Cuánto hace que te he visto por primera vez? Apenas un par de días —argumentó nerviosa para frenarlo, porque una fuerza invisible la había dejado inmóvil.

—¿Qué eres? ¿Una damita del siglo XVIII? ¿Necesitas un cortejo? ¿Le tengo que pedir permiso a tu madre para devorarte la boca? —preguntó con diversión en lo que absorbía el aliento femenino.

—No, claro que no, pero es que vas muy rápido. Me pones nerviosa. —Apenas le salía la voz.

Julien levantó la mirada hacia ella sin mover un ápice su postura.

—Deni..., no pienses. Es algo muy sencillo. ¿Quieres que te bese o no?

Ella continuaba paralizada. Percibía su tensión, su respiración cada vez más acelerada, su dificultad para contenerse. No supo cómo, no entendió por qué. Tan solo se vio a sí misma enredando los brazos en el cuello masculino para atraerlo.

Denisse cerró los ojos y se dejó llevar. Él la besó con delicadeza al principio. La lengua bailaba con la de ella, sus labios jugosos. Los dientes dándole suaves mordiscos. La barba le

hacía cosquillas, y Denisse acarició sus mejillas. Julien la atrajo hacia su regazo con un gruñido y metió una mano en su nuca para evitar que se despegara. El beso, que comenzó con timidez y delicadeza, pasó a ser urgente, pasional. Él invadía toda su boca con una intensidad abrasadora. Denisse se derritió ante su energía, su necesidad. Julien transmitía una desesperación tal como quien encuentra agua en el desierto después de mucho tiempo vagando sin rumbo. Ella le acarició la espalda, ancha, fuerte. Le invadió una sensación de seguridad perdida hacía mucho tiempo. Revolvió su cabello rubio, enredando los dedos en la suavidad de sus mechones. El anhelo comenzó a invadir su cuerpo y, sin su permiso, sus caderas iniciaron un ligero vaivén sobre él. Ahogó un jadeo cuando percibió la excitación masculina, y a él se le escapó un gemido ahogado. De pronto, como quien salta de un columpio en movimiento, Julien le puso fin.

Se quedó observándolo. Él le agarró los brazos y la alejó. Con los ojos fuertemente cerrados, lo contempló respirar con dificultad.

—¿Estás bien? —inquirió Denisse con preocupación, aún entre ahogos.

—Será mejor que me vaya ahora. —Por fin abrió los ojos y la taladró con una mirada torturada. Húmeda, dolida—. No voy a ser capaz de frenar. —Hizo el amago de levantarse, y ella entendió el mensaje. Se bajó de su regazo con cierta vergüenza, y Julien se puso en pie. Cogió la cazadora, que había estado todo el tiempo sobre una silla y Denisse no había visto.

»Veo que ya estás recuperada. Cualquier cosa que necesites..., llámame. He grabado mi número en tu móvil.

Ella examinaba su actitud en todo momento. No era el hombre tan seguro de sí mismo que había comenzado a asediarla. Se había derrumbado en un instante. Parecía nervioso, evitaba el contacto visual y salió de su casa como un vendaval que ponía todo patas arriba en cuestión de segundos y que, después de arrasarlo todo, dejaba tras de sí el silencio.

Denisse se quedó estupefacta contemplando la puerta, tan solo oía el sonido de su corazón inquieto zumbándole en el pecho y los oídos, mientras intentaba recuperar la respiración. Luego se quedó petrificada. «¿Cómo ha conseguido la contraseña de mi teléfono?».



10

—¡Vamos! ¡Tendrá que ser una puñetera broma! —ladró malhumorada, abriendo y cerrando el grifo varias veces sin que saliera el agua caliente.

Se enredó una toalla en el pelo, repleto de jabón, y salió como pudo de la ducha para echarle un vistazo al termo.

Durante la noche, la angustia no la había dejado dormir. Una ansiedad incontrolable se apoderaba de su pecho y le impedía respirar. Denisse se había sentado en la cama con las sábanas arremolinadas a su alrededor, donde lo único que hizo fue dar vueltas. No conseguía hacerse amiga del sueño y, cada vez que el agotamiento vencía sus párpados, acudían a ella pesadillas sobre la pérdida de su marido.

Había lanzado un grito de frustración agarrando con fuerza el edredón. Estaba convencida de que su conciencia la estaba torturando por dejarse llevar con Julien. Esa laguna mental se retorció de rabia al contemplar cómo ella intentaba rehacer su vida y relegaba a un fondo del armario los recuerdos que una vez tuvo y que no volverían jamás.

Había hecho varios intentos por volver a dormir que no dieron fruto, por lo que finalmente desistió y se levantó para abandonar la cama. Cala se había quedado con su madre, así que tenía la mañana libre hasta que decidiese ir a recogerla. En palabras de su madre: «Cuando quieras, no hay prisa». Por tanto, decidió que necesitaba respirar y salió a correr. Con su mente completamente despejada, y la música de fondo, entró en la ducha deseando sentir el placer del agua caliente sobre su cuerpo.

Al principio así fue, pero, cuando ya tenía el cabello lleno de espuma, el agua caliente decidió que ya no saldría.

—No vas a funcionar para fastidiarme el día, ¿verdad? —comentó abriendo y cerrando el gas para ver si así lograba hacerla trabajar.

No lo consiguió.

Se colocó un chándal, una pinza para sujetarse el cabello y fue en búsqueda de su móvil para hacer una llamada. Salió a la puerta a observar la calle completamente vacía. Denisse vivía en una pequeña urbanización a las afueras del pueblo. Era una zona tranquila con poco trasiego de

gente. De todas formas, reparó en que era ella la que había madrugado demasiado para ser sábado. Se puso las manos en las caderas y resopló, observando el amanecer a lo lejos. Aún era demasiado temprano para avisar a Ray. Él era el que la solía ayudar con las chapuzas del hogar. Un movimiento llamó su atención y apartó la vista del anaranjado cielo.

Alguien corría en su dirección. No lo veía con claridad. Venía con un trote suave y comprendió que era una persona haciendo deporte. Cada vez más cerca, hasta que lo tuvo casi encima. Contuvo la respiración. No estaba preparada aún para verlo.

Observó, atónita, cómo se situaba en la acera de enfrente, de la que apenas la separaban de la suya cuatro metros.

—Buenos días —saludó colocando las manos en sus caderas e intentando controlar la respiración.

Cogió una pequeña cantimplora que llevaba atada con una banda elástica al muslo y bebió un trago largo, para después echarse una buena cantidad sobre la cara y sacudirse como un animal.

—¿Qué haces aquí? —se atrevió a preguntar.

Julien señaló la puerta de atrás con el pulgar por encima de su hombro.

—Vivo aquí —anunció sin más.

—¿Cómo que vives ahí? —inquirió incrédula.

Él dejó escapar una risilla.

—Llegué al pueblo, vi las casas en alquiler, me gustó esta y... —Se encogió de hombros con una sonrisa—. Vivo aquí.

—No te he visto nunca —apuntó cada vez más nerviosa.

—Ah, bueno, no hemos coincidido. Yo madrugo mucho y además llego muy tarde. —Torció la boca—. Tú eres la que está fuera de su horario hoy, ¿no? ¿Qué te pasa? —preguntó con la cabeza ladeada analizando su rostro.

Denisse tenía tal mezcla en su interior que no era capaz de hablar. Había pasado la noche torturándose por el beso compartido. Su mente le jugaba malas pasadas haciendo un amago de recordatorios que no llegaban a ser nítidos. Le faltaba la medicación y necesitaba ir a urgencias. Y, para colmo, lo tenía ahí, frente a ella, como si nada, cuando fue él el que se había marchado de una manera muy extraña. Saber que vivía justo en la puerta de delante era un nuevo *shock*. Ese hombre no le daba tregua.

—¿Deni? —Su pregunta, con suavidad, hizo que parpadease.

—Amm, el termo no va. Tengo prisa. Debo ir..., en fin, tengo cosas que hacer.

No iba a retomar la conversación del día anterior respecto a su estado de salud.

Él asintió, comprendiendo.

—Si quieres, le echo un vistazo.

No supo si le dijo que sí, pero se vio a sí misma junto a él, que miraba las piezas de su termo como si fuese un profesional.

Se regodeó observándolo. Llevaba unas deportivas negras, calcetines altos azules y unas bermudas combinadas con los zapatos. Bajo ellas, se veía el atisbo de unas mallas del mismo color sobre la que llevaba una especie de complemento atado con la cantimplora. La camiseta era larga, a juego con los calcetines, tenía los ojales de los brazos muy grandes, y se veía parte de su pecho y espalda. La humedad en ella indicaba el deporte realizado. Una fina banda elástica apartaba su cabello de la frente. Cuando llegó arriba, volvió a repasarlo otra vez. «Madre mía, qué piernas tiene. Vaya muslos y vaya gemelos».

—A esto le falta una pieza. ¿Tienes de repuesto? —Se giró para hablarle y la pilló *in fraganti*.

Ella carraspeó y tosió un par de veces. Julien sonrió con engreimiento.

—¿Eh? Ah, no. No lo sé. Ray es el que viene a ayudarme con estas cosas, así que... —Abrió una puerta que conducía a un pequeño lavadero—. Si hay algún repuesto, debe de estar aquí.

—Ray, ¿eh? Ray..., y ahora yo. Tienes a los hombres a tu servicio —apuntó.

Denisse lo miró. Sus ojos tenían un brillo angustiado. Lo que pretendía ser una broma, por su tono, fue un reproche.

—¿Disculpa?

Él torció la boca y rebuscó en la caja que ella puso sobre el poyete.

—Nada. Que estás rodeada de hombres, por lo que veo.

—Amigos. Son amigos. Y sí, me ayudan cuando lo necesito porque para eso están los amigos —volvió a recalcar—. Aún no sé qué eres tú.

Julien levantó el rostro hacia ella y ladeó la cara con una sonrisa en los labios.

—Oh, vamos, Deni, ¿volvemos al principio otra vez? Pensé que habíamos avanzado algo.

—¿Avanzado en qué? ¿En enrollarnos? —Se cruzó de brazos y levantó una ceja.

Él dejó escapar una risilla.

—La verdad, no sé si estás indignada porque nos hemos enrollado o porque no llegamos al final.

Ella lo aniquiló por la espalda.

—Deja de burlarte de mí. No creo que nos hayamos movido de donde estamos —repuso más para ella misma, pero él estaba pendiente.

—Hemos dado un paso en entendernos —comentó con tono cansino y se volvió para terminar de hacer lo que había comenzado.

—Pues no. Yo no comprendo nada.

—Fluye, Deni, fluye —añadió mientras seguía a lo suyo.

—Lo dice el que se lanza a besarme y después desaparece como si le persiguiese el diablo.

Julien la miró por encima del hombro.

—Dijiste que no te ibas a acostar conmigo —apuntó.

Denisse notó su cara comenzar a calentarse.

—¿Y eso qué? No puedes besar a una mujer y cortar de manera brusca para luego largarte. Me... me...

Él levantó la cara, esperando a que terminase.

—Te, ¿qué?

—Me confundes mucho —confesó levantando las manos en el aire.

Julien soltó una carcajada y no mencionó nada más.

—Ea, listo. Probemos. —Se fue hacia el grifo del fregadero y conectó el agua caliente. Enseguida se oyó el ruido del termo y, al poco tiempo, comenzó a salir el vaho que indicaba el funcionamiento correcto—. Ya tiene agua caliente la señora para terminar de enjuagarse el pelo.

Denisse se llevó una mano a la cabeza. El jabón se había secado formando una capa pegajosa. Sintió vergüenza. No por la situación, sino porque aún no tenía esa confianza o complicidad con él como para que la viera de esa guisa.

—Ten cuidado de no pelarte la piel —advirtió sonriendo.

—¿Qué quieres decir? —Levantó una ceja.

—Fijo que te gustan las duchas con el agua hirviendo. Vamos, que si echas un huevo se cuece al instante.

A su pesar, Denisse soltó una risilla. Esas, precisamente, eran las duchas reconfortantes que ella amaba. Miró sus ojos azules, risueños, y carraspeó.

—Gracias.

Él se acercó, a pocos centímetros de su rostro, casi le rozaba los labios, y ella volvió a desconcertarse con su proximidad.

—De nada —murmuró—. Cualquier cosa que necesites, vivo enfrente.

—Ya —contestó a media voz percibiendo el vaho de su aliento a chicle de menta.

Denisse se giró para romper el momento, y ambos salieron camino a la puerta principal.

—Se te da bien arreglar cosas, por lo que veo. —Observó su rostro, y él inspiró.

—Crecí con mi abuelo, él me enseñó a hacer un poco de todo.

Ella lo analizaba con atención.

—¿Siempre te has dedicado a la hostelería?

Julien se paró justo en la puerta y la enfrentó con una mirada profunda clavada en ella.

—No. Solo durante el tiempo que necesité para pagarme los estudios.

Denisse abrió los ojos con sorpresa.

—¿Has estudiado? ¿Qué exactamente?

Julien soltó una breve carcajada.

—Voy a fingir que tu pregunta no me ha ofendido. ¿Un camarero tiene que ser un lerdo o qué?

—Eeh, no, por supuesto que no. No pretendía...

—Era periodista deportivo. Trabajaba para un periódico importante y me codeaba con gente de alto nivel —anunció dejándola en silencio por unos instantes.

—Periodista deportivo —repitió.

—Sep. Adoro el deporte.

—Aah, yo no. Solo me gusta bailar —comentó. Correr no era lo suyo, lo practicaba solo cuando necesitaba un respiro, y a lo que hacía no podía llamarlo eso. Era más bien un trote suave o un caminar rápido—. Bailes de todo tipo, pero lo que más me gusta es la bachata.

—Lo sé —dijo con una sonrisa en los labios.

—¿Cómo? —preguntó en lo que abría la puerta.

Julien carraspeó.

—Por la otra noche y eso. —Él salió y bajó el escalón de la entrada.

—Ah.

—Bueno, tengo que irme. Yo también quiero ducharme y tengo que entrar en El Amida.

—Ah.

—A no ser... —añadió mientras le dedicaba una sonrisa pícara y se lamió los labios en lo que se acercaba a ella, que se había quedado en el escalón— que quieras que nos duchemos juntos.

Su voz seductora hizo que tragase saliva y se quedase paralizada unos segundos mirando su boca, esa que había paladeado escasas horas antes y que había despertado en ella el deseo más primitivo. Después, parpadeó para salir de la absurda hipnosis a la que la sometía su impresionante mirada azul y le dio un manotazo en el brazo.

—¡No seas idiota! —repuso más indignada consigo misma que con él.

La carcajada de Julien fue tan natural que ella se quedó embelesada.

—Vale, vale. Otra cosa más para la lista.

—¿Qué lista? —inquirió con curiosidad.

Entonces él se acercó a su boca y murmuró sobre sus labios:

—Cosas que hacer con Deni. Bailar... —susurró—. Una cena romántica... —Lamió su labio inferior—. Una ducha... —Le mordisqueó con suavidad—. Amarla toda la noche... —Finalmente, logró meter la lengua en su boca y darle un beso dulce y delicado.

Denisse se apoyó en sus hombros, trabajados y fuertes, y bajó por los brazos, con bíceps marcados y con una ligera capa de vello rubio muy suave. Se le escapó un gemido. No sabía lo

que eran o hacia dónde irían, pero el deseo no lo podía camuflar. Él se apartó y la observó con detenimiento.

—Llevo esperándote mucho tiempo, no creo que pueda aguantar más —anunció con la voz entrecortada—. No me tortures tanto, para la próxima... ya no podré frenarme.

Ella se quedó clavada allí viéndolo irse justo a la casa de enfrente. Permaneció en el escalón mientras su mente rebobinaba y reproducía una y otra vez sus palabras, unidas al dolor de su rostro y a su mirada húmeda y torturada. Se le entrecortó la respiración.

«Dios mío, ¿qué le ha pasado a este hombre?».



11

«A ver, Denisse. En el pueblo nos conocemos todos. Ese hombre es el forastero que trabaja con Sam. Lo que me extraña es esa complicidad con tu hija. Me acerqué para hablar con él la situación. Después de todo se trata de un desconocido acercándose a una menor. Es un tema serio, pero la mirada de furia que me dedicó me dejó muy asustada. Dijo que yo no era nadie para prohibirle pasar por allí. Por eso te he llamado».

Denisse se había quedado petrificada en cuanto escuchó esas palabras y aún hacían eco en su mente.

Había pasado toda una semana desde la última vez que vio a Julien. Se había dedicado a sus rutinas y, ¿por qué no decirlo?, no se había acercado al local de Sam en todos aquellos días. Necesitaba espacio, tiempo y analizar lo que estaba sucediendo. Tampoco ayudaba el hecho de que tuvo que acudir a su doctora de manera urgente para que le recetase de nuevo las pastillas. Hubiese jurado que le quedaba un blíster, pero no sabía dónde lo había metido. Ella había decidido cambiar su tratamiento y le recetó unas nuevas con las que no se había sentido bien en toda la semana.

Fue a recoger a su hija, como todos los días, solo que, en aquella ocasión, la profesora la hizo pasar dentro y le soltó la bomba. Julien había acudido a ver a Cala durante los recreos.

No sabía qué decir. Se sentía nerviosa, acelerada, inquieta, asustada. Un combo de emociones que no lograba entender. Sí, le gustaba Julien. Aquella semana le había servido para llegar a ese punto, sin embargo, también le transmitía un aura de amenaza extraña. Sus reacciones no eran sanas o, al menos, eran desconcertantes. Había pasado de no existir nadie para ella a, de pronto, encontrarse con un desconocido por el que su corazón se aceleraba como nunca, que ella recordase, y con una atracción irrefrenable. Aun así, debía prevalecer el sentido común. Para ella lo primordial era su hija. Era intocable.

Por lo tanto, una vez en su casa, se preparó para mantener una conversación con ella. Entró en su habitación, donde Cala estaba sentada coloreando.

—Cala, cielo, ven un momento —la llamó en lo que se sentaba en la cama, y la niña se acercó situándose a su lado—. Dice la profesora que Julien ha ido a verte estos días.

—Sí —confirmó sin dudar un instante.

—¿Sabes por qué lo ha hecho? —Denisse no conocía otra manera de mantener aquella charla. Cala se encogió de hombros.

—Va a hacer deporte y pasa corriendo por las vallas del cole.

—Ya, cariño, pero una cosa es que pase corriendo y otra que todos los días pare a saludarte —apuntó Denisse.

Cala jugaba con los cordones de su sudadera en lo que levantaba la vista hacia ella de vez en cuando.

—Bueno, tú siempre dices que hay que contestar con educación. —Se encogió de hombros—. Él me pregunta, y yo le contesto.

—¿Y qué te pregunta exactamente? —Quiso saber Denisse.

—Pues... —Cala subió los ojos en actitud pensativa—. Cuál es mi comida favorita, mi color. Qué películas me gustan, esas cosas. —A Denisse la situación cada vez le gustaba menos—. Ah, y me preguntó si sabía de dónde venía mi nombre.

Ella arrugó la frente.

—¿Tu nombre?

—Sí, ¿tú sabes qué significa, mamá?

—Sí, claro, tu nombre... te lo pusimos porque... porque...

—Julien dice que significa pureza y mira... —Se fue a su mochila y rebuscó hasta sacar un adorno—. Lo ha hecho para mí. —Denisse contuvo la respiración. Observó una cala hecha de papiroflexia. Tenía tal caos interior que no sabía qué sentir. Aquel hombre la estaba llevando al límite en todos los aspectos. Su hija se quedó contemplando su expresión y le acarició la cara.

»No estés triste, mamá. No va a pasar nada malo.

Los ojos verdes de Denisse se humedecieron. Cala había crecido sin padre. Eran una familia monoparental con el soporte de la abuela, poco más. Si bien era cierto que Denisse había hecho todo lo posible por suplir el papel de padre, era consciente, muy en el fondo, que su hija lo había pasado mal.

Apenas contaba con un año cuando Simon falleció, por lo tanto, Cala no lo recordaba. Con tan solo nueve años los niños podían llegar a ser muy crueles y en muchas ocasiones le habían recalcado el hecho de que no tuviese padre. Ella presumía de tíos, pues consideraba a Sam y a Ray de aquella manera, pero Denisse sabía que su hija buscaba a alguien al que poder adjudicarle ese lugar y por fin completar el hueco que le faltaba. Y no era porque Denisse no le hubiera hablado de Simon, pues le hablaba muchísimo de él, en la medida de lo que podía recordar. La abuela era la que conocía más sobre él. Cala sabía que tuvo un padre maravilloso. Aun así, costaba mantener ese recuerdo vivo.

—Cielo... Julien... ¿Le pregunta a más niños? —inquirió con la voz temblorosa.

—No, dice que no le gustan los niños, solo le gusto yo.

Denisse se irguió despacio, tapándose la boca para no soltar un grito. Su corazón latía con un pánico *in crescendo* difícil de contener.

Abrazó a su hija y le dio un beso en el pelo.

—Vale, cielo, sigue jugando, voy a hacer la cena.

—¿Hoy no vamos a lo de Sam?

—No, cariño. Hoy, noche de chicas en casa. —Le sonrió, y su hija le enseñó el pulgar, de acuerdo con sus planes.

—¡Mamá!

—¿Sí? —Denisse se asomó antes de marcharse.

—Me gusta Julien, además, es hermano del tío Sam, ¿puede ser mi amigo?

—Amm, ya veremos, ¿vale?

—Vaaale —contestó haciendo un visible puchero.

Apoyó las caderas en la mesa del salón, invadida por un pánico que no podía controlar. Necesitaba calmarse de alguna manera porque, si pensaba en caliente, lo único que le pasaba por la mente era dar un aviso a la policía.

«No te preocupes, hablaré con él y todo quedará aclarado. Gracias por avisarme». Era lo que le había contestado a la profesora, pero lo cierto era que no sabía lo que hacer. Era un tema más que delicado.

Desde su encuentro con él, no lo había vuelto a ver. Y, aunque cada vez que salía de casa miraba de soslayo su puerta, era cierto que no coincidían. A pesar de todo, tenía que poner las cosas en perspectiva. Julien era, aparentemente, el hombre que ella buscaba. Físicamente tenían una conexión innegable. Lo poco que había tratado con él, había descubierto que era pícaro, risueño, resuelto y seguro de sí mismo. Parecía que, quisiera o no, sus cuerpos se atraían como dos imanes con una potencia irreversible. Además, su mirada era capaz de hipnotizarla de tal manera que Denisse no era capaz de apartarse. Se había sentido culpable por besarlo. Disfrutó como nunca, despertó un deseo en ella largo tiempo dormido. Su mirada azul turbia de desesperación, su cuerpo fuerte sujetándola y su miembro pidiendo más le habían llevado a tener algún que otro sueño, pero después aparecía Simon... «Oh, Simon». No dejaba de pensar en que traicionaba la memoria de su marido. No hacía mucho que había roto su relación con Ray por lo mismo, aunque el corazón no se le había agitado de manera semejante, la conciencia le recalcaba que aquello era un error. Después de varios intentos por comprenderse a sí misma, llegó a la conclusión de que no era amor lo que sentía por Ray, era cariño.

No quería confundirse de nuevo.

Por un lado, se merecía rehacer su vida. Era joven. Apenas había cumplido los treinta y seis años, le quedaba mucho por vivir y se daba cuenta de que Julien despertaba anhelos en ella. Proponiéndole una cena romántica, un baile, ser amada... Eran cosas que no se había dado cuenta de hasta qué punto le hacían falta. No era que quisiera tener pareja o la buscase —porque, la última vez, nada había salido bien—, pero, si, como decía su madre, el destino le ponía en el camino a alguien que le hiciera sentir viva de nuevo, no debería rechazarlo. No obstante, el destino podía ser bastante caprichoso, porque Julien no era lo que se podía llamar fácil.

Buscó en su agenda: «El hombre de mi vida», así era como el muy idiota se había grabado. Había estado revisando todos sus contactos y no había ningún «Julien». Todavía no sabía cómo consiguió entrar en su teléfono. Aún no se había puesto en contacto con él, porque no quería. Necesitaba meditar la situación. No había aparecido por El Amida. Sin embargo, la situación de su hija le pareció lo suficiente grave como para ponerle punto final.

—Dime, preciosa —contestó a la segunda señal.

—Tenemos que hablar. —El tono de Denisse era serio.

—Amm..., suena importante.

Ella oía el jaleo del bar de fondo.

—Importantísimo, diría yo.

—¿Ha pasado algo? —Su voz sonaba taaan sexy por teléfono.

—Ha pasado de todo. —Suspiró—. Julien, tienes que parar.

—Parar, ¿de qué?

—De meterte en mi vida —anunció.

—Wow, espera un momento. ¿Qué capítulo me he perdido? —Lo oyó resoplarse—. Creía que ya

habíamos superado esa parte y nos dirigíamos hacia algo más formal.

—No lo entiendes. No puede haber nada entre tú y yo —apuntó con la voz temblorosa.

Le daba tanta rabia que le gustase un hombre que al mismo tiempo le daba pavor que se sentía acorralada entre cabeza y corazón.

—Deni..., ¿qué es lo que ocurre? —inquirió con suavidad. Ya no se oía jaleo. Se habría metido en algún sitio privado.

—No te acerques a mí ni a mi hija. —Denisse se sentó en el sofá, apoyó el codo en su pierna y se tapó la cara con la mano.

—Vamos, no seas tan extremista. Estamos conociéndonos —dijo con la voz quebrada.

Silencio. Denisse lo oía con la respiración entrecortada.

—Si vuelves a hacerlo, llamaré a la policía. —Un nudo en la garganta le bloqueaba el paso de la saliva.

Notaba la tensión a través del teléfono.

—Haz lo que quieras, ya lo perdí todo. No tengo nada que perder. —Tenía tal mezcla de furia, desdén y vacío en su voz que Denisse se quedó hiperventilando.

Después de esa frase, colgó.



12

—No puede ser verdad —murmuró para ella misma cuando contempló a las personas que se encontraban al final del pasillo.

Había pasado el fin de semana con su hija. En exclusiva. Mantuvo algunas conversaciones con Tamy y Sam, pero había decidido desconectar de todo y refugiarse en su pequeña.

Sentía una opresión en el pecho que escapaba de su control. Le costaba respirar, dormir, la cabeza le dolía de forma constante y no daba pie con bola. No sabía si era producto del tratamiento o del caos que la sacudía desde la conversación con Julien.

Y allí se encontraba en aquel momento, acudiendo a la cita que tenía con su doctora. Lo que no esperaba era ver a su madre charlando con el causante de sus desvaríos. Había quedado con ella para ir a verla cuando terminase la consulta. No entendía nada.

—¿Mamá? —preguntó acercándose a ambos y, nuevamente, se quedó paralizada con sus ojos azules.

—Hola —saludó con una sonrisa.

—Mamá, ¿qué haces aquí? —inquirió ignorándolo.

Él tan solo mantenía los labios curvados hacia arriba.

—Ay, hija, pues... —titubeó, y Denisse achicó los ojos—. He venido a tu encuentro porque..., porque...

Ella se cruzó de brazos y levantó una ceja, a la espera de una explicación entendible.

—Habíamos quedado en que iría a verte cuando saliera de mi consulta —apuntó para ayudarla a hablar.

—Sí, claro, Deni, pero tenía unos recados que hacer cerca de aquí y he preferido venir yo a tu encuentro y ya..., pues he visto a...

—Julien —apuntó él con los labios curvados hacia arriba y los ojos cargados de misterio. Su madre carraspeó.

—Julien, claro. —Tragó saliva—. En fin, ya sabes que las chicas del súper...

—Sí, sí —añadió Denisse a punto de perder la paciencia.

—Parece que soy la comidilla del pueblo. La gente no tiene nada mejor que hacer —anunció

con lo que pretendía ser humor, pero sonó hartazgo.

—Supongo que... llamas la atención en cualquier parte —añadió Delia con una sonrisa forzada para intentar calmar la situación.

Denisse la observó. Su madre parecía incómoda y a gusto a partes iguales. Como si fuese un conocido, pero al mismo tiempo alguien a quien conocer. Aquel momento era, cuanto menos, extraño. Como todo lo que rodeaba a aquel hombre.

—¿Y tú qué haces aquí? —inquirió.

Desviando la atención de su madre, lo encaró, ya hablaría con ella después.

Él ladeó la cabeza, dibujando una sonrisa ante su mosqueo.

—A ver, Denisse. Estamos en un centro de salud. ¿Puede ser que haya venido al médico? —preguntó con ironía—. ¿A qué has venido tú? —interrogó con diversión.

Denisse examinó su rostro. Hacía nueve días que no lo veía. «Joder, ¿por qué llevo la cuenta?». Seguía pareciéndole el hombre más atrayente que había conocido, salvando la memoria de su marido. Continuaba poniéndose nerviosa en su presencia. Su estómago se revolucionaba. Verlo en sí era una tortura. ¿Por qué no podía ser más fácil? La fragancia que desprendía se movió hacia ella, y Denisse tragó saliva. Se le fueron los ojos a los labios masculinos. Esos que la besaron con la mezcla de ternura y pasión justa que la llevaba a enloquecer, esos que se moría por volver a paladear. Pretendía estar cabreada, indignada o cualquier sentimiento que la obligase a mantenerse alejada de él, pero volvía a recaer cuando lo tenía delante.

—Yo..., eehh...

—¿Te encuentras mejor? Respecto a tu medicación y eso, ya sabes —comentó sacándola de su bloqueo.

—Venía a revisar eso, precisamente. —No era capaz de comprender qué ocurría a su alrededor.

Tamy le había dicho que no le diera tantas vueltas a todo. Según su amiga, estaba asustada dada su delicada situación personal, sin embargo, no veía nada raro, tal y como Denisse se empecinaba en creer.

—Espero que todo vaya mejor. —Hizo un gesto para despedirse—. Señora, ha sido un placer.

—Igualmente, Julien.

Se giró para marcharse pasillo adentro, y Denisse no pudo refrenarse. Caminó rápido para alcanzar aquella espalda enfundada en una cazadora color camel a juego con su cabello leonado.

—¿Y a ti qué te pasa? —preguntó asiéndolo del brazo para pararlo.

Él se giró, sorprendido ante su agarre, anclando sus ojos en los verdes de Denisse.

Parecía que estaba sometiéndolo a un interrogatorio, pero todo alrededor de Julien la perturbaba. Siempre primaba la necesidad de saber más.

—Un pequeño incidente —anunció sin más.

Denisse se quedó a la espera de que aclarase mejor sus palabras y entonces él levantó un poco la mano derecha.

—¡Dios mío! ¿Qué te ha ocurrido? —No pudo controlar la impulsividad y se la agarró entre los dedos con delicadeza.

Tenía los nudillos reventados y, aunque la sangre parecía haberse secado hacía tiempo, la mano había adquirido un tono morado alarmante. Se había multiplicado por dos a causa de una inflamación importante.

—No es nada —murmuró.

Denisse levantó los ojos hacia él con visible preocupación.

—¿Cómo que no es nada? ¿Le has pegado a alguien?

Julien se soltó con delicadeza y frunció el ceño.

—¿Por qué demonios debería haberle pegado a alguien? —preguntó indignado ladeando el rostro.

—Porque tiene toda la pinta de ser algo así —lo acusó.

Él se acercó a ella con los ojos ardiendo de furia.

—Eres una jodida malpensada. Siempre vas por el peor camino cuando se trata de mí.

Denisse se cruzó de brazos.

—A ver, dime algo creíble —insistió.

—Se me cayó el barril de cerveza cuando lo estaba colocando. Me la he reventado contra el suelo, ¿te sirve? —Apretó los labios y los dientes—. ¿Quieres llamar a mi hermanito Sam para que te lo confirme? —Su tono, irritado e indignado, caló en Denisse.

Ambos se analizaron. De nuevo los dos con la respiración entrecortada. ¿Qué sucedía con ellos? Denisse se lamió los labios sin dejar de mirarlo. Tamy tenía razón. Igual no era un problema de Julien, era ella la que estaba asustada.

—Lo... lo siento.

Él ladeó la cabeza acercando su oído.

—No te he escuchado bien.

Su tono era serio, aun así, Denisse comprobó que el atisbo de una sonrisa amenazaba con aparecer.

—Lo siento, ¿vale? Es que... estoy..., no sé..., agobiada —soltó resoplando y levantó las manos en el aire.

Lo observó lamerse los labios.

—Puedo entenderlo —murmuró.

—No, no lo entiendes. Nadie lo entiende. Nadie sabe lo que es vivir así. Asustada de todo, en alerta por todo. Es una sensación horrible y agotadora. —Gruñó por lo bajo—. Por culpa de... de...

—¿De qué? —la animó cuando vio que se trababa.

Denisse cogió una gran bocanada de aire y lo soltó con lentitud para calmarse.

—Nada. Lo siento, soy yo la que tiene un problema con el mundo en general.

A pesar de la seriedad de la situación, Julien soltó una risilla.

—Ya veo.

—Tampoco ayuda que seas tan ambiguo.

Él abrió los ojos, sorprendido.

—¿Ambiguo?

—Sí. No logro entenderte. Hay cosas en ti que me ponen nerviosa. No consigo desprenderme de la preocupación constante.

Julien volvió a reírse.

—Piensas demasiado, Deni. Ese es tu gran problema.

Su tono dio un giro radical, de estar indignado y cabreado hacía unos instantes a tratarla con dulzura y comprensión. Algo que contribuía a su confusión.

—Me gusta pensar —apuntó sin más y, a su pesar, sonrió.

—Me queda claro.

—¿Podrías hacerme un favor? —preguntó con delicadeza.

—Te escucho.

—¿Podrías ser un poco más transparente? Me sentiría más cómoda contigo.

Julien se quedó unos instantes observándola sin decir nada, y ella pudo contemplar los matices azules de su mirada. Reflexionaba, escondía, ocultaba. Esos eran los detalles que no la dejaban avanzar con él en ningún sentido.

—Intentaré serlo, con una condición. —Su voz se volvió seria de nuevo. Denisse se quedó callada, a la espera de que continuara—. Dame una oportunidad de verdad.

—¿Qué quieres decir? ¿Te he dado una de mentira, quizás? —Denisse levantó una ceja, divertida, pero él mantenía esa expresión profunda.

—Quiero que me conozcas sin dejarte influenciar. Sin prejuicios, sin escuchar a nadie. Déjate guiar por lo que sientes, no por lo que piensas.

—¡Paciente treinta! ¡Paciente treinta, por favor! —gritó una enfermera, sobresaltándolos a ambos.

—¡Voy! —contestó Julien—. Denisse. —Ella observó cómo tomaba una bocanada de aire como si le doliera respirar—. Por favor, piénsalo.

Se quedó absorta en su rostro. Tan solo asintió. Julien se acercó a ella, agarró sus brazos y pegó la frente en la suya, su mirada torturada en sus labios. Pareció pararse el tiempo. Denisse no se percató de que estaban en medio de una gran sala de espera abarrotada de pacientes. No reparó en que su madre aún estaba esperándola al final del pasillo. No se dio cuenta de que eran el centro de atención y de que probablemente hablarían de ellos. No fue consciente de nada. Eran Julien y ella. Nadie más. Respiraban el vaho del otro.

—¡Paciente treinta! —vociferó de nuevo la enfermera.

—Te necesito taaanto... taaanto... Esta situación me desgarrar por dentro —anunció apartándose de ella, con la voz quebrada, la mirada húmeda de nuevo. Denisse se quedó paralizada.

Julien se despidió con un suave «nos vemos» y caminó hacia donde lo reclamaban. Se enfundó de nuevo el traje de la simpatía y saludó a la enfermera con su cortesía de galán. Ella dejó escapar una risilla cómplice con su broma. Y desaparecieron tras la puerta.

—¿Deni? —La delicada pregunta de su madre, junto con su gesto protector cogiéndola del brazo, la devolvieron a la realidad.

—Mamá... —murmuró sin apartar la vista de aquella puerta—. ¿Es posible... que me esté ilusionando?

Denisse no se dio cuenta del gesto preocupado de Delia ni de cómo se tapaba la boca ni mucho menos vio cómo se limpiaba una lágrima, negando con suavidad.



13

—¡Ey! —dijo parando a su lado y casi sin aliento—. ¿Qué haces por aquí?

Denisse levantó el rostro y se encontró con los ojos de Sam.

Aquella tarde había decidido acercarse a la playa. Necesitaba un poco de aire fresco. Cala estaba jugando en la arena, y ella se había sentado sobre una toalla, tan solo mirándola y contemplando el mar.

—Me hacía falta un paréntesis de calma —contestó dedicándole una sonrisa.

Sam se dejó caer a su lado. Lo había observado de lejos. Iba corriendo por la orilla.

—Uuf, estoy oxidado. No corro ni la mitad que antes —confesó con una sonrisa.

—¡¡Hola, tío Sam!! —saludó Cala desde la arena.

—¡¡Hola, pitufa!!

La niña soltó una risilla y volvió a lo suyo, negando con la cabeza.

—¿Te has tomado el día libre? —preguntó incorporándose hasta abrazar sus rodillas.

—Qué va. Pero es el día más suave de la semana y he decidido que usaré los huecos que pueda para hacer algo de deporte. Quiero estar más en forma.

—¿Y eso? —Denisse le dedicó una sonrisilla.

—Pss, por nada. Me dedico en cuerpo y alma al negocio y me he abandonado a mí mismo un poco.

Ella se echó hacia atrás y lo examinó con descaro.

—Yo te veo muy bien —rebatió.

Denisse tenía la manía de buscarle parecidos a todos y, para ella, Sam se asemejaba a Chris Pratt.

—Todo se puede mejorar —contestó riéndose.

—Ya, ya. —Su tono junto con la sonrisa insinuaban algo, y Sam picó.

—¿A qué viene ese «ya, ya»?

—A nada en particular. Me parece estupendo que quieras verte mejor, pero supongo que también quieres que se vea desde fuera, ¿no?

—Ooj, Deni, se te da de puta pena ser sutil. Estamos hablando de Tamy, ¿verdad? —Él

levantó una ceja, y ella soltó una risilla.

—Claro que sí. Hay algo entre los dos, desde siempre, vaya. Tenéis un rollo muy raro.

—No tenemos un rollo muy raro, porque no hay rollo, directamente —soltó indignado cogiendo una concha que estaba semienterrada y limpiándola con los dedos.

—Parecéis dos adolescentes. —Resopló—. ¿Por qué no dais el paso de una vez?

—No pienso dar un paso que me lleve a ninguna parte. Me da mucha rabia que me guste tanto la pediatra esta.

Denisse soltó una carcajada.

—¿Por qué?

—Porque le van las pamplinas del amor libre, parejas abiertas, poliamor y esas gilipolleces de hoy en día. Yo no soy así. No somos compatibles —anunció lanzando la concha con fuerza.

—¡¡Oyeee!! —exclamó Cala al ver pasar el objeto por delante de ella. Sam soltó una carcajada.

—La verdad, no sé hasta qué punto le gusta eso a Tamy. —Denisse torció la boca.

—¿Qué quieres decir? —Sam la observó, atento a sus palabras.

—Pues que no sé si de verdad le va todo eso o es porque no se ha enamorado nunca hasta las trancas.

—Ahí lo tienes. Si no es por una cosa es por la otra. El caso es que no le gusto nada.

Tamy no lo había reconocido nunca en voz alta, pero los gestos hablaban por ella. Siempre atenta a Sam, preocupada por él, observando si se liaba con alguien o no. Dejaba comentarios caer, como quien no quería la cosa, sobre lo atractivo que era, lo simpático. También estaba atenta a la ropa que vestía, a la fragancia que desprendía cuando se acercaba a ellas. Y, en numerosas ocasiones, había mencionado lo talentoso que era. Qué buen empresario, cómo sabía lo que quería el cliente, qué bien se le daba organizar eventos, atender a todos y un largo etcétera. Denisse había recogido todas sus reacciones y apuntes en una carpeta a la que había llamado: «Amor a escondidas». De pronto, soltó una risilla.

—¿De qué te ríes? —Quiso saber Sam.

—Yo no diría que no le gustas nada. Más bien todo lo contrario. —Lo observó entrecerrar los ojos.

—¿Te lo ha dicho?

—No, no lo ha dicho en voz alta, pero es muy cantoso.

—Bah, será para ti. A mí no me ha dado ninguna señal. —Se encogió de hombros, como resignado a ello.

—Las señales están justo delante de ti, es cuestión de que mires mejor —apuntó con picardía levantando sus cejas varias veces en lo que él la fulminaba con la mirada—. ¿Y tú?

—¿Yo qué?

—Tampoco le has pedido siquiera una oportunidad, así que no puedes saber si abandonaría todas esas ideas del amor libre por ti.

Sonó a regañina y así pretendía que fuera. Sus amigos estaban comportándose como idiotas. Entendía que cada uno iba a su bola y llevaban vidas diferentes, pero, si no se intentaba algo, no se sabía si podría funcionar. «Aplicatelo, guapa». Puso los ojos en blanco ante su voz interior.

Después de unos instantes en silencio, Sam le dio un pequeño empujón cómplice con el hombro.

—¿Y tú qué? No has venido por El Amida en toda la semana, se te echa de menos.

—Bueno, es que... —Le dedicó una sonrisilla cómplice.

—Déjame adivinarlo, mi hermano, ¿verdad? —Levantó las cejas varias veces con diversión

imitando su gesto anterior.

—¿Cómo lo sabes? ¿Te ha dicho algo? —inquirió abriendo los ojos con curiosidad.

—No hace falta que Julien me diga nada, es muy obvio —comentó con retintín copiando sus palabras anteriores.

—¿Eso crees? —Lo miró con los ojos entrecerrados.

Se encogió de hombros.

—Te conozco desde hace mucho. Intuyo ya cuando te pasa algo —apuntó con un toque de seriedad.

—Sam..., ya sabes lo que me pasa —anunció.

—Bueno, pero eso no tiene nada que ver con él, ¿o sí? —Levantó las cejas a la espera.

Denisse observó el suave movimiento de las olas del mar.

—No, pero me crea miedos, inseguridades. No creo que sea capaz de volver a tener una relación —confesó mientras percibía cómo cierto halo de tristeza la invadía.

—No seas idiota. ¿Cómo no vas a poder? Conócelo y ya está. Si os gustáis, y no tenéis lazos con nadie, ¿qué tiene de malo?

—Pues es que..., cada vez que lo pienso, vuelvo a lo mismo.

—¿A qué?

—A sentirme miserable por haber olvidado a Simon. Creo que es cruel.

Sam se quedó en silencio y se lamió los labios. Apoyó los brazos sobre las rodillas y entrelazó los dedos.

—Lo mismo ocurrió con Ray y tus miedos hicieron que te echaras atrás. No veo por qué no puedes intentar ser feliz, Deni.

—Ya, pero...

—No pienso que seas cruel, nadie es culpable de lo que sucedió, pero no puedes estar anclada toda tu vida en un incidente. Hay que seguir adelante y si Julien te hace sentir bien... —Se encogió de hombros.

—¿Me lo dices porque soy tu amiga o porque es tu hermano? —Examinó el rostro de Sam.

Su amigo inspiró hondo y aquello le dio mala señal. No apartó los ojos de ella.

—Por ambas cosas. —Silencio—. Deni, Julien es un tío legal. Demasiado, diría yo.

—A mí no me lo parece. Es ambiguo muchas veces y da la sensación de ocultar algo, aunque sea tu hermano, no se puede defender lo indefendible.

Sam le puso la mano en la rodilla y le dio un apretón cariñoso.

—No es porque sea mi hermano. Te diría que no pusieras los ojos en él si fuera como dices, ¿o no te advertí sobre Ray?

—Ray es buena persona —replicó.

—Claro que lo es, pero sabía que no sentirías nada más allá de algo fraternal, al igual que conmigo. Lo que pasa es que estás acostumbrada a nosotros y te cuesta adaptarte a otra persona.

—¿A vosotros en qué sentido?

Él sonrió.

—Los que estamos a vuestro alrededor, de Cala, de tu madre y de ti, sabemos lo que ha pasado en tu vida, y tú te sientes cómoda en nuestra presencia porque nos conoces.

—Bueno, pero eso no tiene nada que ver —repuso.

—Tiene todo que ver. —Denisse ancló su atención en él—. Julien no tiene ni idea de tu situación, y tú tampoco sabes nada de él, por eso vas con pies de plomo y desconfiada. Pero te aseguro que es un tío de diez.

Oyeron el sonido de una alarma, y Sam contempló su reloj digital.

—Ay, joder, que se me va el tiempo. Pitufa, ¡me quedan diez minutos! ¿Vamos a probar el agua?

—¡Qué dices, Sam! Estamos en diciembre, estará como el hielo —protestó Denisse.

—Que es broma, tonta, vamos a tirar conchas al agua. —Sam dejó caer su móvil, las llaves y los auriculares que llevaba en la toalla, junto a ella.

Denisse dejó escapar una risa de alivio y los vio acercarse a jugar en la orilla. Sam era un niño grande. Conectaba con su hija de una manera fraternal que a ella siempre le había gustado. Se quedó absorta en ellos y reflexionando sobre sus palabras.

Tamy decía lo mismo que él. Incluso su madre le había dicho que hiciera lo que le dictara el corazón, pero las palabras de Ray seguían haciendo eco en su cabeza. No era capaz de apartarlas sin más. El mismo Julien no le había reconocido si había cometido un delito o no. Ciertamente ella tenía sus propias limitaciones que la llevaban, como decía Sam, a desconfiar de todo lo nuevo que entraba en su vida. Sin embargo, hablar de un criminal eran causas mayores. Tenía que averiguar si eso era verdad. Si efectivamente había cometido un delito, necesitaba saber los detalles. Si decidía iniciar una relación con él, debía hacerlo con la libertad suficiente desde el conocimiento de lo sucedido. En plan... «Vale, sé que has hecho algo horrible, pero lo voy a pasar por alto» o algo así. No quería convertirse en la típica novia que no se enteraba del monstruo que tenía a su lado.

«Quiero que me conozcas sin dejarte influenciar. Sin prejuicios, sin escuchar a nadie. Déjate guiar por lo que sientes, no por lo que piensas».

Esas habían sido sus palabras. Era algo difícil hacerse la ciega y la sorda, y tirarse a una piscina sin saber si habría agua en el fondo.

El sonido de un mensaje la rescató de sus divagaciones y miró a su lado. La pantalla del móvil de Sam se iluminó y pudo leer lo que salía en ella.

J:

Acuérdate de cubrirme con lo del barril de cerveza, tío.

Denisse perdió el color de la cara. El tal «J» no podía ser otro que Julien. Se levantó como si se hubiese quemado y logró apartar los ojos de allí para dirigirlos a su amigo. Acaba de decir que su hermano era un hombre de fiar, entonces, ¿por qué mentía? ¿Por qué le mentía Sam? Si no se había reventado la mano, tal y como le contó, ¿cuál era la verdad?

Cada vez que lograba alcanzar un estado de paz, regresaba al pánico.



14

—¡Ey! ¿Estás bien?

Sam dio un respingo y se llevó la mano al pecho mirando con sorpresa el rostro de Tamy, que había golpeado el cristal del coche.

Aquella mañana había salido a correr, necesitaba un respiro, a pesar de que le había dicho a Denisse que era por ponerse en forma, que también, pero las circunstancias que lo rodeaban le estaban arrinconando poco a poco contra la pared. Llevaba muchos años mintiendo y la verdad explotaría de un momento a otro arrasando con todos, él incluido. Necesitaba aire, mente fría, templanza y armarse con la paciencia que había tenido durante el tiempo que había durado la farsa. No lo iba a echar a perder justo cuando llegaban al final.

Se bajó del coche y la saludó.

—Ey, sí, bien. —Le dedicó su sonrisa más especial, la que le salía cuando estaba con ella.

—Parecías pensativo, ¿es por tu hermano? —Tamy levantó una ceja a la espera de respuesta.

Sam cerró el coche, y ambos pasearon hacia la entrada de El Amida.

—Puede ser —concedió con los labios curvados hacia arriba.

—Puedes confiar en mí. Cuéntame qué es lo que pasa. —Su voz era serena, nada que ver con el torbellino de siempre.

Sam dejó que sus ojos grises pasearan por su rostro. Era tan bonita que le hormigueaban los dedos por tocarla.

—Sé que puedo confiar en ti, pero no es cuestión mía. Son asuntos de mi hermano. —Chasqueó la lengua mientras continuaban caminando.

—Vale, pueden ser cosas tuyas, pero de alguna manera te está afectando a ti. —Ladeó la cabeza para indagar en él.

—No de la forma que crees —rebatía para calmarla.

Si lo que decía Denisse era cierto, los dos sentían algo, pero ninguno había dado el paso por confesarlo, no obstante, independientemente del amor, Tamy era una mujer muy protectora. En los años que hacía que se conocían, había sentido una preocupación real para con él. Cuando Sam se dio cuenta de ello, fue consciente de que ya la miraba con otros ojos más allá de la

amistad.

—¿Entonces? Sabes que sois el rumor más interesante que hay por el pueblo, ¿verdad?

Sam resopló.

—La gente está muy aburrida —anunció con cansancio.

—Ya, yo soy de las que pasan, pero...

Él analizó su rostro.

—¿Pero?

—Nada, que si tiene que ver con Denisse, me gustaría saberlo.

Sam puso los ojos en blanco. Sabía que todo aquello iba a ocurrir en cuanto Julien pusiera un pie en el pueblo. Era un forastero, nuevo y encima recién salido de prisión. El hecho de que él no hubiera pronunciado palabra alguna sobre su hermano, y lo hubiera tenido todo oculto, de alguna manera añadía más misterio al asunto. Y aquello era lo peor que le podía pasar a alguien, si él pensaba en ello, también sería del *team* investigador. La curiosidad le corroería por dentro, no obstante, no podía abrir la boca. Las cosas tenían que ir con el ritmo adecuado, el mecanismo se había puesto en marcha, y Julien lo controlaba todo. Sam se recalcaba una y otra vez que no iba a echar a perder todo lo que su hermano había sacrificado hasta el momento porque él se fuera de la lengua. «Joder, tío, espero que te des cuenta de lo que te quiero».

—Estáis todos muy insistentes con el temita. —Paró justo antes de entrar—. ¿Confías en mí, Tamy?

Ella clavó sus ojos color miel en él.

—Por supuesto —confesó sin parpadear.

Sam dejó escapar el aire. Por un momento se quedó atascado, temeroso de su respuesta. Sonrió.

—Entonces deja que el tiempo haga su trabajo —apuntó clavando en ella sus ojos grises.

—¿Qué quieres decir? —inquirió ladeando la cabeza.

—Si mi hermano y Deni se gustan, déjalos a su aire. Si de verdad fuese una mala influencia, después de los años que llevamos juntos, ¿crees que me quedaría callado? Le diría a Julien que se fijase en otra y protegería a nuestra amiga, pero no es el caso. —Tamy se mordió el labio, analizando sus palabras, y finalmente asintió.

»A mí no me gustaría que me dijese si debo o no salir con alguien —añadió él.

Ella abrió los ojos, asombrada con su confesión.

—A mí tampoco —replicó indignada.

Sam le sonrió.

—Lo sé. Eres de las del amor libre y tal —dijo con picardía.

—Bueno..., no tan libre.

Al observarla titubear, Sam levantó una ceja con curiosidad.

—¿Ya no?

—No. Bueno... es que ni ya no ni sí. Quiero decir..., es... es normal si una no tiene una relación estable, ¿no? Que no..., en fin, que puedes... estar con quien quieras, ¿verdad? Bueno, lo que sea, pues eso —apuntó, indignada con su propia confusión.

Sam soltó una breve risilla al contemplar cómo se trababa.

—¿Estás nerviosa? —Ni podía ni quería evitar picarla.

—¿Yo? ¿Nerviosa por qué?

Él se encogió de hombros.

—No sé, porque divagas.

—No divago. —Lo miró ceñuda—. Creo que, si no tengo a nadie a quien guardarle una

fidelidad, puedo hacer lo que quiera. Además, no tengo por qué hablar contigo sobre mis intimidades. —Se cruzó de brazos.

—Ah, ¿eres una chica fiel?

Tamy le dio un manotazo.

—¿De qué vas? ¡Por supuesto que soy fiel! Pero no ha llegado el momento.

Sam estalló en una carcajada y, cuando se le pasó el ataque, se quedó contemplando sus preciosos ojos color miel. «Pues va a ser verdad que hay señales y no las he visto antes, seré gilipollas». El corazón le latía con renovadas esperanzas.

—Va, entra que te invito a algo. —Él le hizo un gesto con la cabeza indicando el local.

—No, de hecho, tengo turno ahora. Venía a... a... darte esto. —Le tendió una bolsa, y Sam la curioseó. Era una caja de fresas—. Me las han regalado y, bueno, se me van a estropear en casa.

Él le dedicó una sonrisa con picardía.

—A ver si adivino, quieres tartaletas de hojaldre, vainilla y fresas, ¿verdad?

Tamy se mordió el labio para contener la risa y notó cómo se le incendiaban las mejillas. No llegaba a entender cómo toda la seguridad y el descaro que ella solía tener se le derretía cuando tenía a Sam delante. Se volvía nerviosa, patosa e incluso algo tartamuda.

—Sí, *pleaseeee*... —Le enseñó los dientes y le rogó con las manos. Sam soltó una risilla—. Pero es cierto que se me van a estropear. No paso mucho tiempo en casa estos días.

Él ladeó la cabeza, mirándola con atención.

—Ya, ya. No hace falta que me traigas fresas. Te haré las tartaletas cada vez que me las pidas.

Tamy contuvo el gesto de abanicarse. Notaba las piernas temblorosas. Aquel hombre era, sin duda alguna, el que ella quería en su vida. Solo había un inconveniente. Se llevaban tan bien que le daba miedo dar el paso y que después la increíble amistad que tenían se fuese a la mierda.

—¡Hola!

Ambos se sobresaltaron y se giraron.

Tamy se quedó estupefacta. Una impresionante rubia, bien trajeada y con tacones de ejecutiva, se acercó a ellos.

—Ah, buenas. No sabía que venías hoy.

Ambos se saludaron con dos besos.

—Sí, bueno, en realidad me tocaba la semana que viene, pero tengo la agenda más ocupada aún, así que... —Se encogió de hombros—. Aquí estoy.

—Pues bienvenida. —Le sonrió Sam.

Tamy no se perdía la escena y le chirriaba esa complicidad.

—¿Dónde está? —preguntó la recién llegada.

Sam indicó el local.

—Lo dejé ordenando el almacén.

—Te estás aprovechando, ¿eh? —Ella entrecerró los ojos con diversión.

Ambos se rieron.

—Pues claro. Demasiado tiempo ha sido al revés, ¿no crees? Venga, pasa, te invito a algo. —Entonces sus ojos se desviaron a Tamy—. Ah, ella es Tamy, una muy buena amiga.

«¿Muy buena amiga? ¿Por qué me acaba de matar esa presentación?», pensó Tamy con la boca apretada en una sonrisa forzada.

—Encantada —dijo aquella mujer.

Hasta su voz era dulce, acorde con toda ella.

A Tamy no le pasó inadvertido el hecho de que Sam no pronunció su nombre.

—Amm, debo irme. Entro ahora —anunció.

Sam asintió.

—Que tengas una buena jornada. Vente a por las tartaletas cuando termines.

Ella le dedicó una sonrisa, igual de impostada que la que le había dedicado a la desconocida un momento antes. Observó cómo la rubia caminó por delante. Sam se giró hacia ella, le guiñó un ojo y chasqueó la lengua.

—¿Qué te pasa? —le preguntó con curiosidad.

—¿A mí? Nada, me voy. —Comenzó a caminar, y Sam la detuvo.

—Joder, Tamy, eres la tía más expresiva que conozco. La cara de asco era muy visible. —Sam intentaba ocultar una sonrisa sin conseguirlo. Se estaba divirtiendo, era cuestión de perspectiva.

—No alucines. —Bufó enfadada para después marcharse.

Sam contempló cómo se iba con pasos decididos y una sonrisa tonta se le instaló en la boca. Miró la bolsa y soltó una carcajada, el *ticket* de compra estaba dentro.

«Con que regaladas, ¿eh? Qué tonta. Mira que encelarse de la nada».

Resopló sin dejar de sonreír.

—Me vas a obligar a subir los escalones de dos en dos... y de tres en tres si hace falta —murmuró en lo que entraba al local, mirando las fresas.



15

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Dijiste que serías transparente, y en un día ya has quedado al descubierto.

Denisse echaba fuego por los ojos. Había leído el mensaje en el móvil de Sam. Al principio le invadió el pánico para después pasar a la furia, y decidió que se había acabado el huir, el estar asustada y encerrarse en su caparazón. No más. Así que había ido, como siempre, a casa de su madre a dejar a Cala con ella. En el trayecto, se había reafirmado en su postura de plantarle cara a todo. Por tanto, allí se encontraba, en el almacén del Amida, con Julien, que acababa de organizar una estantería de licores. Se sacudió las manos, una de ellas vendada, y se acercó a su posición.

—No te sigo —añadió irguiéndose cuan alto era y mirándola desde arriba, apenas a unos centímetros de ella.

—¿No me sigues? —inquirió indignada porque se hiciese el tonto.

—Te pregunté por la mano, preocupada de verdad.

—Me acusaste de agredir a alguien, eso no es preocupación —apuntó y se cruzó de brazos. Seguía contemplándola con esa expresión poderosa y penetrante.

—Cierto, creí que le habías pegado a alguien, aun así, también es verdad que me preocupé por ti.

Él levantó una ceja.

—¿Y?

Denisse resopló mientras se movía incómoda con su actitud prepotente.

—¿Cómo que «y»? Y me acabo de enterar de que no se te cayó ningún barril de cerveza encima. Así que mientes —lo acusó de manera directa.

Julien ladeó la cabeza.

—Sí. Miento. Hay cosas que no te puedo contar —confesó sin un atisbo de arrepentimiento, cosa que a Denisse la dejó petrificada.

—¿Por qué? —preguntó con dolor—. Quieres que me deje llevar y te conozca, pero jamás he entendido la mentira como un factor positivo en una relación.

—Depende —apuntó.

—¿Cómo que depende? ¿Depende de qué? Nunca es bueno mentir a alguien a quien le importas. —Se indignaba cada vez más con su actitud. Esperaba arrepentimiento por haberle mentido, quizás una disculpa, pero no que se reafirmase de aquella manera tan soberbia.

Julien inspiró con profundidad. Cogió una botella de las que había colocado y la lanzó con fuerza reventándola contra la pared contraria. Denisse dio un respingo y se quedó en *shock* contemplando el líquido discurrir por todas partes y la cantidad indefinible de cristales que se desperdigaron por doquier.

—Ese soy yo ahora mismo. Tengo el alma hecha pedazos —confesó con la vista clavada en ella y una humedad indescifrable en sus ojos azules—. Y tú eres la única que puede arreglámela.

Pasó un brazo por su lado y agarró el pomo de la puerta que estaba a su espalda. Tiró de él con fuerza y cerró, dejándolos a ambos allí.

—¿Qué haces? —inquirió, nerviosa, asustada y con un fino hilo de voz.

Él se limitó a acercarse aún más, obligándola a retroceder contra la pared. La contemplaba con esa mirada magnética de la que se desprendía un deseo casi palpable.

—Deni... —dijo con la voz tan rota que a ella le temblaron las piernas—. Hay veces en que la verdad es más temible que una mentira. Así que sí, pienso que mentir a alguien que te importa es posible si lo haces para protegerlo.

—¿De qué...? ¿De qué me tienes que proteger a mí? —musitó sin entender.

Julien colocó las manos en la pared, a ambos lados de su cabeza, y se pegó a ella. Denisse comenzó casi a hiperventilar.

—Ya estás protegida de todo. Yo solo quiero que confíes en mí. Solo eso —anunció mirando su boca con necesidad reprimida.

—¿Por qué yo...?

—Shh... —la cortó situando el dedo índice en los labios de ella—. ¿No puedes hacerlo? Tan solo confiar sin más. No pienses tanto, no busques explicaciones para todo, no analices cada detalle, solo siente aquí. —Colocó una mano en su pecho, donde el corazón le latía tan desbocado que amenazaba con salirsele.

»Y aquí. —Le cogió la mano y la situó en su propio pecho. Denisse pudo percibir cómo el corazón de Julien iba, si no igual, más acelerado que el suyo.

Levantó los ojos hacia él. A pesar de lo que suponía Julien para ella, del misterio, de la amenaza que lo rodeaba, del miedo que le daba seguir adelante con él, aun con todo, no podía frenar ante su magnetismo. Era como el botón brillante de un mecanismo, parpadeaba sin cesar, llamándola. Sabía que si pulsaba explotaría todo por los aires, aun así, era incapaz de refrenarse. La tentación de pulsarlo era más fuerte que su cordura.

Levantó las manos a su rostro y colocó las palmas en sus mejillas acariciando su barba. Él cerró los ojos y movió la cara buscando su contacto. Besó su piel, y Denisse se derritió. Parecía tan desesperado por sentirse querido que a ella se le rompió el corazón al contemplarlo.

Julien tenía el alma hecha girones, pero ella tampoco se sentía completa.

Quizás, entre los dos, podrían formar un todo.

Tiró de él con suavidad para besar sus labios, y él, como un niño dócil y obediente, cedió. Denisse llevaba el control. Julien mantenía las manos en la pared, pero se rozaba con ella de manera sutil. El calor que desprendía pasaba a ella a través de la ropa. Denisse bajó las suyas por su cuello hasta alcanzar el pecho. Lo adoró con las palmas, memorizando el tacto que dibujaba la prenda. Sus labios se acariciaban con delicadeza, explorando, saboreando. Las lenguas entrelazándose, bailando juntas y paladeando cada rincón. La respiración entrecortada.

Denisse sentía cómo despertaba el deseo en su interior. Extendiéndose poco a poco, como el fuego que se acerca con lentitud, pero con la clara intención de quemarlo todo. Julien bajó las manos por su espalda y le agarró el trasero para empujarla hacia sus caderas.

—Aahh... —Ella abrió los ojos ante el *shock* de haberse escuchado gemir y se tapó la boca, sorprendida de sus propias reacciones.

—¿Qué pasa? —preguntó Julien con la voz rasgada pasando a lamerle el cuello. Su lengua ardiente y húmeda le dio escalofríos.

—Mmm... —Denisse se mordió los labios y cerró los ojos con fuerza en lo que apoyaba las manos en los hombros de él—. Para, no podemos seguir aquí.

—No puedo parar —murmuró en su oído. El vaho de su aliento le hizo cosquillas en la piel y le erizó el vello de la nuca.

Ella notaba su urgencia, Julien imprimía cada vez más fuerza al apresarla contra él y comenzó a mordisquear su escote, bajando con deliberada intención hacia el pecho.

—Para..., por favor..., para. —Denisse quería frenar, pero Julien estaba tan metido en aquella espiral de deseo que tuvo que empujarlo.

Ambos se quedaron contemplándose, con las respiraciones agitadas y la pasión en la mirada. Sus ojos azules, brillando de deseo, hicieron que Denisse tragase saliva. No dijo nada, no obstante, Julien pareció entenderla.

—Lo siento —reconoció. Tomó una gran bocanada de aire y la soltó despacio con los ojos cerrados, después la contempló.

—No te disculpes. No has hecho nada. Es solo que... no creo que sea el momento ni el lugar —apuntó con nerviosismo sin apartar sus ojos verdes de él.

Recorrió su cuerpo, desde abajo hasta arriba. Llevaba las Panama Jack, unos vaqueros negros que escondían muy bien sus trabajadas piernas y un jersey en color mostaza que se adhería a su pecho, para ella, era una imagen irresistible. Cuando llegó a su rostro, él le dedicó una sonrisa sesgada lamiéndose el labio. El muy bastardo sabía meterse en su mente, y aquello también la asustaba.

Aún le temblaban las piernas y le costaba ralentizar el pulso. Julien apenas la había tocado unos minutos, pero era capaz de hacerla explotar de excitación y expectación. Jamás había sentido nada semejante o no recordaba haberlo hecho.

Él levantó una ceja. Se veía de lejos que quería replicar, pero se contuvo y tan solo asintió.

—Salgamos de aquí. Necesito respirar —anunció.

Ella estaba totalmente de acuerdo con ello. A su lado siempre le faltaba el aire. Se apartó de la puerta, y él agarró el pomo para abrirla, pero no pudo.

—¿No se abre? —preguntó con curiosidad.

—Ah, joder, me la he cargado —contestó mientras forcejeaba con la cerradura.

—¿Cómo que te la has cargado? —inquirió incrédula.

Julien la miró y entrecerró los ojos apretando los labios.

—Cuando alguien te dice que se ha cargado algo, es que lo ha roto, por si no lo sabías.

—Ja, ja, ja. Me parto de risa, listo. No tires de ironía y ábrela como sea —ordenó.

Él levantó las cejas ante su autoridad.

—Tus deseos son órdenes, Deni. —Se alejó de la puerta, obligándola a retroceder.

Ella observó cómo Julien analizaba el espacio. Ojeó la estancia y después volvió su atención a la puerta. De pronto, pateó con fuerza el pomo.

—¿Qué haces?! —gritó sobresaltada por el estruendo que había provocado, pero él no le hizo caso.

Volvió a patear, una y otra vez hasta que destrozó la cerradura y la puerta cedió.

Una vez abierta, ambos se quedaron mirando la cara de pocos a amigos de Sam, que los esperaba con los brazos cruzados.

—Nos hemos quedado encerrados —aclaró Julien.

—¿Sabes? En mi local hay bastante cobertura. Podías haberme llamado y haber descartado cargarte la puerta —anunció torciendo la boca.

—Te la pagaré —contestó sin más, sonriendo.

—Eres un salvaje —apuntó Denisse y pasó por su lado reprobándolo con la mirada.

Julien levantó las cejas y dejó escapar una risilla.

—¿Y qué hacías con este salvaje ahí encerrada? —inquirió Sam con diversión.

Julien soltó una gran carcajada, y Denisse le golpeó el brazo.

—No te rías. Y tú. —Miró a Sam—. Ya te vale con la bromita.

—Uuff, Deni está mosqueada —anunció su amigo—. Han venido a verte —dijo con seriedad mirando a su hermano—. Me largo. Te apunto la puerta, que lo sepas. —Señaló a Julien y se fue hacia la cocina del local.

—Que sííí... —contestó, de acuerdo con sus palabras.

Denisse puso los ojos en blanco.

—Será mejor que me vaya —dijo con un leve toque de agotamiento.

—¿A dónde? —inquirió él en lo que pasaban a la sala que precedía a la salida.

—Recogeré a Cala, que está con mi madre, y me iré a casa. Mañana trabajo, y ella tiene cole, lo que me recuerda..., deja de pasar por allí.

—¿Por dónde?

Denisse sabía que se estaba haciendo el tonto.

—Lo sabes bien, por el colegio. La profesora me llamó y me puso al corriente de lo sucedido contigo. Dejemos a mi hija al margen o no podré seguir con lo que sea que tenemos. Tu interés en Cala no me gusta.

Él chasqueó la lengua.

—No te gusta —refunfuñó—. Hoy en día todo tiene que sonar malo por cojones. Hay una sensibilidad muy fina —replicó indignado—. Paso por allí porque hago deporte y me pilla de camino. Y no es raro. Solo la saludo. Pero, vamos, que no la saludaré si eso te molesta.

En sus palabras se interceptaba el tono ofendido.

Denisse se quedó analizando su expresión. Fruncía el ceño y la miraba, con las manos en las caderas, demasiado mosqueado por una petición tan sencilla. Le parecía mentira que hacía unos instantes estuviera entre sus brazos disfrutando de su roce y de su boca.

—Saldré temprano hoy, ¿puedo ir a verte?

Ella no pudo evitar sonreír. A pesar de que se esforzaba en camuflarlo, Denisse percibió su impaciencia.

—Mejor no. Lo dejamos para el fin de semana —comentó con suavidad.

—No jodas —contestó—. El finde esto está hasta los topes, no me puedo escapar y salgo de madrugada.

—Pues vendré a verte aquí.

—No podremos tener intimidad, a no ser que quieras volver a meterte en el almacén —apuntó con picardía.

—No quiero tener intimidad contigo, Julien. Quiero ir despacio, conocerte mejor.

Su cara de pocos amigos hizo que soltara una risilla.

—Podemos conocernos e intimar a partes iguales, es perfectamente compatible, ¿sabes? —

Tiró de ironía de nuevo.

—Lo pensaré —añadió sonriéndole con picardía.

—¡Ey, Julien! ¡Que te están esperando! —gritó Sam desde la barra para recordarle que tenía visita.

Tanto Denisse como él se giraron, y ella notó al instante cómo se tensaba.

—Ya hablaremos, Deni —se despidió con un beso rápido y caminó con la seguridad que le caracterizaba hacia aquella mujer.

Denisse comprobó cómo se daban la mano y se sentaban en una mesa apartada. La mujer era una rubia, elegantemente trajeada y tacones de infarto. Observó la escena de lejos.

—Es su agente.

Denisse se sobresaltó al ver a Ray a su lado. No se había dado cuenta de que estaba allí.

—¿Su agente? —inquirió ella.

—Su agente de libertad condicional —aclaró Ray, y Denisse se quedó paralizada contemplando la escena.



16

—¿Qué cojones estás haciendo? —inquirió Ray visiblemente cabreado.

Hacía poco más de media hora que habían echado el cierre. Tanto Sam como él eran los últimos en abandonar el lugar, y no pudo evitar enfrentarlo en cuanto había visto la oportunidad.

—No sé a qué te refieres —dijo su amigo en lo que ambos caminaban calle abajo hacia sus respectivos coches.

—Lo sabes muy bien. Has metido a un delincuente en nuestro negocio y para colmo estás empujando a Denisse hacia él.

Sam paró de inmediato.

—Oye, no te pases, tío —contestó lanzándole una mirada de advertencia—. Es mi hermano, y no estoy empujando a nadie. Si se gustan, ¿qué problema tienes? —Se encogió de hombros.

Ray alucinaba.

—¿Cómo que qué problema hay? ¡No me tomes por gilipollas! ¡Por ahí no paso!

—¿Qué coño te pasa últimamente? Estás de malas pulgas y hacia arriba. Vives cabreado con el mundo. Deni ya te dio su respuesta, siento mucho que no hayan salido las cosas como querías, pero supéralo de una puta vez.

Sus palabras fueron como echar sal en una herida abierta.

—¡Nos dimos un tiempo! Eso no quiere decir que la cosa haya terminado. —Ignoró las cejas levantadas e incrédulas de Sam—. Además, sí que estoy cabreado con la situación. Somos socios, amigos y colegas. Has tomado la decisión sin consultarme.

Sam le hizo frente, intentando no mosquearse. Él era un hombre con mucha paciencia. Hacía falta algo muy grave para que se enfadase, pero Ray comenzaba a subir posiciones.

—¿Es que no te entra? No hay nada que consultar, ¡es mi hermano, tío! ¡Mi hermano! Le iba a dar el trabajo sí o sí —habló entre dientes—. Sabes que siempre hemos trabajado así. Cuando hace falta un empleado, los dos hemos confiado en el criterio del otro. Hacía falta un camarero, y he contratado a Julien. —Se encogió de hombros de nuevo—. Es muy trabajador y lo hace bien. No sé dónde ves el problema.

—Sí. Hemos confiado el uno en el otro porque nunca se nos ha pasado por la cabeza meter a

un delincuente con nosotros, sea tu hermano o no —recalcó.

Sam bajó la cabeza y resopló.

—No hables de lo que no sabes —volvió a advertirle.

—Ah, ¿no lo sé? La agente que viene a verlo continuamente, ¿quién es? —inquirió con desdén.

Su amigo clavó la mirada grisácea en él.

—Sí. Es una agente de libertad condicional, pero, Ray..., ¿no puede alguien rehacer su vida? Julien es un buen tío. Cumplió su condena y está empezando desde cero. Si no lo fuera, no estaría aquí, por mucho que fuese mi hermano o mi padre.

—No soy partidario de meter a la familia en los negocios. —Ante el mutismo de su amigo, continuó—: Vale. Dime qué delito cometió. —Se cruzó de brazos, a la espera de respuesta.

—Eso forma parte de su vida privada. No lo puedo decir. —Se estaba mosqueando.

Ray abrió los ojos, estupefacto.

—¿No confías en mí?

Sam comenzó a caminar de nuevo, intentando ser paciente.

—No se trata de eso, tío. No entres en un bucle. Prometí no decir nada y yo cumplo mis promesas. No pienso traicionar a mi hermano. Si quieres saber algo, pregúntale a él.

—Vale —anunció Ray, que se situó a su lado—. No me cuentes nada, pero ¿qué demonios tiene eso que ver con Deni?

Sam lo miró.

—No sé qué quieres decir.

—Sí que lo sabes —espetó Ray apretando los dientes—. Aunque ella y yo tengamos nuestra historia, Deni es nuestra amiga, Cala es como si fuese una sobrinita para nosotros, ¿cómo dejas que Julien se acerque a ellas? Se supone que deberíamos protegerlas.

Sam se paró justo al lado de su coche.

—¿Protegerlas de qué? Denisse se cuida muy bien solita y es una madraza. ¿De qué la vamos a cuidar? ¿De enamorarse? —Sam chasqueó la lengua—. Esta conversación no tiene sentido. —Levantó el dedo índice, amenazador—. Y no quiero volver a repetirte que mi hermano no es ninguna amenaza.

—¿Para mí sí lo tiene, pero no lo quieres ver! Si algún día les pasa algo, tú serás el culpable.

—¿Déjate de chorradas, hombre! Estoy reventado, no tengo ganas de escuchar gilipolleces —añadió y abrió la puerta de su coche.

Se quedó estupefacto cuando Ray la cerró con violencia.

—Que un asesino trabaje con nosotros, y se acerque a una mujer y a su hija, no son gilipolleces —dijo con los dientes apretados—. Y no quiero volver a repetirte que me importa una mierda que sea tu hermano —recalcó imitando sus palabras.

—¿A quién llamas asesino?

La pregunta les cayó como un jarro de agua fría. Ambos se giraron y ahí estaba Julien. Con ropa de deporte y la capucha tapando su rostro. Tenía las manos en las caderas e intentaba recuperar la respiración, pues la escena le había pillado en mitad de su trote.

Ray inspiró con profundidad y se acercó a él. Levantó la barbilla y, apretando la boca, anunció:

—A ti.

Julien se bajó la capucha con lentitud y analizó su rostro.

—¿Qué cojones sabes de mí para hablar tan a la ligera? —No camufló la ira.

—¿No lo eres? —inquirió sin disminuir la tensión.

—¿Qué te importa? —En realidad, Julien no esperaba respuesta. Sam observó su semblante y se temió lo peor.

Una risilla vacía salió del pecho de Ray.

—¿Que qué me importa? No quiero a un puto delincuente trabajando conmigo y menos que se acerque a Deni y a su hija.

Julien se aproximó a él en clara actitud violenta, y Sam se metió por medio para separarlos.

—¡Lo que yo haga con Deni no te importa una mierda! —ladró.

—¿Quién eres tú para decidirlo? —Ray estaba indignado.

—¡El que te va a reventar la puta cara! —bramó Julien encarándose con los puños apretados.

Sam forcejeaba entre los dos para mantenerlos alejados el uno del otro.

—¡A ver si tienes cojones de tocarme un puto pelo, gilipollas! —lo alentó Ray.

—¡¿Queréis parar los dos, joder?! —gritó Sam. Eran casi las cuatro de la madrugada. Salían de una de las calles más céntricas y estaban formando un espectáculo.

»¡¡Calmaos ya!! —Sam insistió para intentar frenar la pelea.

Julien se llevó las manos a las caderas. Caminaba nervioso, de un lado a otro, sin apartar la mirada asesina de Ray.

—Que no me diga lo que tengo que hacer o no respondo, Sam —advirtió con los dientes apretados intentando contener la furia.

—¿No respondes de qué? ¿De qué? —Ray seguía echando leña al fuego desde el otro lado.

—¿Qué problema tienes conmigo? —exigió saber Julien.

—No me gustas. Punto. No quiero trabajar contigo y no quiero que te acerques a Deni. Olvídate de que te lo permita.

Julien soltó una risilla incrédula y levantó la mano.

—Que me lo permita, dice —añadió cabreado. Después miró a Sam—. ¿Le tengo que pedir permiso? ¿En serio? —Caminó hacia atrás respirando con dificultad y después se volvió a girar—. ¡Le reviento la cara! ¡¡Es que se la reviento!! —le hablaba a Sam.

—Si tienes cojones, te acercas —lo retó Ray.

Julien dio dos pasos, y ambos se quedaron nariz con nariz. Ray era apenas un palmo más bajo, pero le sobraba coraje.

—Estáis formando un puto espectáculo como dos gilipollas. ¿Tenéis quince años ahora o qué?

Sam, irritado, volvió a meterse por medio.

—Yo he llegado aquí sin crear broncas. De manera pacífica y educada, pero que no me toque lo que no debe... —apuntó Julien, enfocando a Sam con complicidad.

—Ray, tío, cálmate —recomendó Sam a su amigo.

—¿A ti qué cojones te pasa? ¿Te pones de su lado? ¡Que da igual que sea tu puto hermano! ¡Es un criminal!

—No me pongo del lado de nadie. Eres tú el que te has montado en el burro —añadió Sam con un toque de irritación.

—¿Es en serio? Así que yo, que no quiero trabajar con un asesino y no quiero que se acerque a nuestra amiga, soy el que me he montado en el burro. Tú lo ves normal todo —bramó haciendo un gesto de incredulidad con las manos.

Julien se acercó a él y lo cogió por las solapas de la camisa del uniforme para levantarlo.

—Escúchame bien: deja de hablar de Deni como si fuera algo tuyo, gilipollas, y sí, soy un puto asesino, ¿contento? Y, como no dejes de decirlo por ahí, date por muerto. —Sus ojos azules tenían tal brillo amenazador incluso en la negrura de la noche que Ray tan solo apretó los dientes.

—Te voy a denunciar por amenazarme —se atrevió a decir.

—Te acompaño y redacto la denuncia por ti —apuntó con los colmillos apretados.

El ruido sordo de una lata impactando en el suelo llevó a los tres a girar la cabeza.

—Mierda —musitó Sam al contemplar a Tamy allí paralizada con los ojos fijos en Julien.

—Eres... eres... un asesino... —afirmó.

La discusión acabó de inmediato. Ray hizo lo suyo por calmarse y se alejó de aquel degenerado. Sam contempló cómo Julien cerraba los ojos y soltaba el aire. Juraría que se sentía acorralado por todos, y él, que se veía en medio, no podía hacer nada por salvar la situación.

—No es lo que piensas, Tamy —fue lo único que a Sam se le ocurrió decir y, al observar cómo ella caminaba hacia ellos con esos andares de determinación tan suyos, quiso que se los tragase la tierra. Si Ray era cabezota, Tamy lo era más.



17

—No insistas. Ya dije lo que tenía que decir. Así que déjame tranquilo y cállate ya, que viene Deni —le advirtió señalándola con el dedo.

Tamy apretó la boca en total disconformidad.

—Holaaaa, ¿qué tal, chicos? —saludó Denisse apoyándose en la barra.

Había pasado la semana y de nuevo llegaba su deseado viernes en el que disfrutaba del almuerzo con su hija y el tiempo no corría en su contra. En aquella ocasión, Tamy le había dicho que se uniría a ellas.

—¡Hola, preciosa mía! —Su amiga acogió a Cala, que se tiró directa en sus brazos.

—Nada, aquí hablando de la fiesta de Nochebuena —comentó Sam.

Denisse los observó contemplarse ceñudos.

—¿Habéis discutido? —preguntó con curiosidad.

—No, qué va. ¿Discutir con semejante cabezota? ¡Dios me libre! —contestó Sam con ironía.

Rodeó la barra y las acompañó a la mesa de siempre, con las cartas en la mano. Denisse le hizo señas a Tamy para enterarse de lo que pasaba, y ella sacudió la mano para restarle importancia.

—Ahora mando a Ray, tengo que verificar una entrega —anunció—. Bienvenida, pitufa. —Le revolvió el pelo a Cala.

—Jooo, tío Saaam, hoy tenía el peinado perfecto —refunfuñó intentando recolocarse los mechones que se le habían salido de la trenza.

—¿Qué va a dejar esta niña para la adolescencia? —inquirió divertido—. No se puede ser tan presumida. —Le sacó la lengua antes de irse, y la pequeña hizo lo mismo.

—¿Qué tiene pensado Sam para la fiesta? ¿Te ha dicho algo? —Denisse formuló la pregunta con curiosidad, pero se centró en hacer un barrido del local. No lograba localizar a esos ojos azules entre clientes y trabajadores.

—No va a venir hoy —afirmó Ray, que logró sobresaltarla.

—¡Ay, jolines! —exclamó Denisse llevándose una mano al pecho—. No te he visto llegar.

—Quizás porque no me mirabas, buscas algo por aquí, ¿no?

Ella analizó la expresión de su amigo. El tono era serio e incluso parecía estar enfadado o indignado con algo.

—¿Qué te pasa? —Quiso saber.

—Nada. Un mal día. —Ray y Tamy se miraron con complicidad, y Denisse se percató de ello.

—¿Está pasando algo y no me entero? —Se cruzó de brazos y levantó una ceja.

Su amiga hizo una seña con la barbilla a Cala, y Denisse comprendió.

—Cielo, quédate un momento con Tamy, ahora vuelvo.

Observó cómo ellos no se esperaban esa reacción. Su amiga no supo qué decir, y Ray se dejó arrastrar por el brazo hacia la barra.

—Suéltalo —ordenó.

Este puso los ojos en blanco.

—No hay nada que contar.

—Venga, Ray, que nos conocemos. Siempre has sido el centrado del grupo y el que sabe en todo momento qué hacer. Sé cuándo algo te molesta y te reconcome por dentro. Hasta que no lo digas, no te vas a quedar tranquilo.

Ray se quedó en silencio unos instantes, observándola.

—No hay nada que decir que no te haya dicho ya. No me fío de Julien.

Denisse abrió los ojos con sorpresa. No esperaba que lo que le perturbase fuera precisamente Julien.

—¿A qué te refieres? —No estaba segura de querer saber su respuesta, pero no podía evitar indagar en él.

Ray suspiró y, justo cuando iba a hablar, apareció Sam, que salía del almacén. Ambos se miraron, y Ray apretó los labios.

—¿Qué? La misma chorrada, ¿no? —dijo Sam con hastío uniéndose a ellos.

—¿Qué chorrada? —preguntó Denisse.

—Este, que se ha montado en el burro con respecto a tu nuevo novio.

—No es mi novio.

—No me he montado en el burro.

Contestaron los dos al mismo tiempo y con el mismo tono de indignación.

—Digo que no es de fiar, punto —aseveró Ray.

—Y yo digo que es mi hermano y que es mil por mil de fiar, punto. Pongo la mano en el fuego por él, eso debería bastar para que dejéis de una puta vez las desconfianzas. Me tenéis hasta los cojones —avisó con acritud.

—Estoy harto de decir que me importa bien poco que sea tu hermano. Sois diferentes —apuntó Ray.

—Pero si se muere por Deni, joder —añadió torciendo la boca.

Ella abrió los ojos desmesuradamente.

—Eso es mucho decir, ¿no te parece? —inquirió Ray con acidez.

—Solo digo que no hay que hablar tanto, hay que demostrar. Fíjate la otra noche. Pasó de lo abarrotada que estaba la sala, dejó de servir copas, pidió una canción en concreto y fue hacia ella para sacarla a bailar. —Sam comenzó a limpiar la barra.

—¿Qué...? —. No le salió la voz—. ¿Qué quieres decir? ¿El baile no fue fortuito?

Sam se quedó observando su rostro. Denisse sentía que había perdido el color de la cara. Siempre que se enteraba de algo respecto a Julien, le invadía la ansiedad.

—Eeeh... —Él apretó la boca.

—No, no, no, ahora me contestas. —Lo amenazó con el dedo índice.

—Pues eso, que no fue casualidad. Él lo hizo adrede. Me dejó colgada la barra para ir a bailar contigo. Si eso no es que le gustas, ya me dirás. —Se encogió de hombros y procedió a recargar la cubitera. Hablaba casi por inercia. No estaba especialmente interesado en aquella conversación.

Denisse comenzó a respirar con dificultad.

—Deja de justificar todo lo que hace. Su forma de actuar no fue normal. ¡No la conoce de nada, joder! —intervino Ray.

—Tío, ¿no has oído que existen los flechazos? —Sam arrugó la boca con pesadez. Era obvio que estaba cansado del mismo tema.

Los dos se sumieron en una pequeña discusión hasta que Denisse regresó del *shock* y los mandó callar.

—¿No creéis que es una decisión que me concierne solo a mí? —indicó ella con indignación ante el cariz que estaba tomando aquella situación.

Sam le prestó atención y sonrió, aliviado con su comentario.

—Totalmente de acuerdo. Decide lo que quieras, Deni.

—Yo no he dicho que no sea decisión tuya —aclaró Ray—. Solo digo que tengas cuidado con él y... —Cogió sus manos, mirándola directamente a los ojos—. Quiero que sepas que estoy aquí. Sigo estándolo de todas las maneras, así que... cuenta conmigo cuando me necesites.

Tras sus palabras, se marchó para atender a las mesas que estaban esperando, y Deni se quedó contemplando su espalda. Sam comenzó a organizar los cubitos de hojalata *vintage* tan monos en los que servía el pan y los cubiertos.

—¡Mamáaaa! Tengo hambreee... —Cala se unió a ellos.

—Venga, pitufa, en nada te llevo unas patatas al horno. —Él le guiñó un ojo.

Denisse se marchó a la mesa, en la que aún la esperaba Tamy, completamente noqueada. Julien había pedido aquella canción, justamente bachata, para bailar exclusivamente con ella.

—¿Qué te pasa? —Su amiga la miraba con las cejas arrugadas—. ¿Qué te han dicho?

Clavó en ella sus ojos verdes. La notaba nerviosa. Los tres ocultaban algo, eso lo tenía claro, pero no sabía qué podía ser tan malo para que la excluyesen. Le preocupaba la reacción de Ray. No sabía hasta qué punto podría ser debido a los celos por lo que hubo entre los dos o hasta dónde eran reales sus sospechas. Todo estaba relacionado con Julien, y, sin darse cuenta, hizo un nuevo análisis de la sala. Su presencia se había vuelto tan intensa que le resultaba extraño no verlo por allí. El aura de El Amida era diferente. Como si faltase algo.

—¿Denisse? —insistió Tamy.

—Eeeh... Julien...

Su amiga abrió los ojos a la espera de sus palabras.

—Julien, ¿qué?

—Nada.

Denisse le restó importancia y se centró en su hija. Las tres se metieron de lleno en conversaciones adaptadas a Cala y se echaron unas risas con las ocurrencias de la niña. Sin embargo, Denisse tenía la cabeza en otra parte. En un hombre de mirada poderosa. Ojos que expresaban un mundo y la nada al mismo tiempo. Alguien que había entrado en su vida de golpe y no daba un paso atrás. Una persona que había decidido ir a por ella a saco, y Denisse no tenía la capacidad para frenarlo.

«Pasó de lo abarrotada que estaba la sala, dejó de servir copas, pidió una canción en concreto y fue hacia ella para sacarla a bailar».

¿Cómo sabía Julien que ella bailaba bachata? ¿O tan solo la sacó a bailar porque él sabía?

Todo lo que lo rodeaba era un misterio, no obstante, cada vez quería averiguar más.



—¿Por qué demonios me has llamado aquí? ¿Me lo explicas? —inquirió malhumorado y cruzándose de brazos cuando se acercó a él.

Sam se quedó contemplando los ojos de Ray brillando de indignación.

—¿No lo ves? Vamos a hacer una barbacoa. —Le dedicó una sonrisilla traviesa.

Sam había pasado el día anterior dándole vueltas a qué hacer para limar las asperezas surgidas. Lo cierto era que no le gustaban las malas vibras y, menos aún, cuando había que lidiar con eso en el trabajo. Hacía muchos años —desde que le pidieron ayuda— que había puesto en marcha El Amida o traducido del budismo: Luz Infinita, y como idea motriz siempre recalcaba el buen rollo. Si no había buen *feelling* entre los miembros del equipo, el negocio no iría bien, puesto que el cliente percibía las diferentes tensiones. No se esperaba que la llegada de su hermano iba a mosquear tanto a Ray. Supo, desde el minuto uno, que Deni y él habían comenzado a afianzar una especie de relación, que aquello no tenía futuro y, desde luego, sabía lo que pasaría en el momento en el que llegara Julien allí. Sin embargo, Ray le había sorprendido, pensaba que, a aquellas alturas de la película, ya había entendido los sentimientos de Denisse. Así pues, había decidido dejar el local en manos de sus trabajadores más fieles durante aquel día y citar en su casa al curioso grupo para intentar suavizar el ambiente. El primero en llegar fue Ray, que continuaba con las malas pulgas.

—Una barbacoa, con el frío que está cayendo —comentó con la boca pequeña y los ojos entrecerrados.

—Va, intenta disfrutar, relájate. —Sam le dio un codazo cómplice y lo animó a que le echara una mano con las carnes.

Cuando llegó al pueblo, y montó el negocio, no pensó que se enamoraría del lugar. Creyó que sería un paréntesis en su vida, hasta que todo volviera a su cauce. Sin embargo, decidió invertir lo que fue recaudando en comprar una coqueta casa a las afueras, dentro de una pequeña finca que colindaba con diferentes propietarios. Los que se instalaban allí, se construían enormes *chalets* equipados con un sinfín de caprichos. Desde piscinas, pistas de pádel, minigolf, pistas de baloncesto, campos de fútbol, etcétera. Algunos poseían incluso cuadras con caballos y pistas de

hípica. Él aún tenía sus tierras algo salvajes. Le estaba dando forma poco a poco a lo que en un futuro sería un agradable hogar. Por el momento, además del muro que delimitaba su propiedad, solo tenía la casa y un porche acristalado en el que había instalado una barbacoa.

—Hola holaaaa —saludó Tamy, que venía cargada con varias bolsas.

—Ey, ¿qué traes? —preguntó Sam acercándose a curiosear—. ¿Cerveza? —La miró a los ojos—. Ya he traído yo.

—Pero esta es mi favorita —apuntó.

—Sí, lo sé, y te la he traído. —Le guiñó un ojo.

Tamy parpadeó con sorpresa y sonrió.

—Bueno, pues por si faltan —dijo encogiéndose de hombros y pasó de largo para colocarlas en la nevera—. ¿Y Deni no ha llegado? —preguntó al salir de nuevo al porche y, como si la hubiera invocado, sonó el timbre y apareció en la entrada tras abrir Ray.

Tamy se quedó sorprendida al ver a Julien detrás de ella y después de los saludos de rigor, observando que se reunían en el porche, le dedicó una mirada cómplice a Ray, que torció la boca.

—Aquí tu amorcito, que quiere que seamos *superamiguís* —repuso él con acidez.

Tamy no pudo evitar soltar una risilla.

—Hala, vamos a poner en marcha la «operación protección» —anunció enganchándose a su brazo para arrastrarlo hacia el lugar donde estaban los demás—. Por cierto, no es mi amorcito.

—No, qué va —insinuó con ironía.

Ella ignoró al apunte que hizo con una sonrisa. Desde lo vivido con ellos la última vez, Tamy se había posicionado de su parte. Ni Sam ni Julien habían desvelado nada de lo que ocultaban, pero ella creía en las palabras de su amigo Ray. No era normal que, si Tamy creyese en algo, cambiase de parecer tan fácil, no obstante, el aura que había transmitido Julien unas noches antes no le daba buenas vibraciones. Sus ojos azules brillaban con una furia camuflada mientras se llamaba a sí mismo «asesino». No supo cómo, pero, tras esa escena, ya nada de lo que contase podría girar sus pensamientos. Por mucho que apreciase a Sam, por muy hermano suyo que fuera y por más que él pusiera la mano en el fuego por Julien. Tamy sintió su aura amenazante y tendrían que darle unos argumentos exageradamente sólidos para que se bajase de la parra.

Dispusieron toda la comida que Sam tenía organizada sobre la gran mesa de madera de roble que decoraba el porche y se acomodaron para degustarla.

Denisse percibió la tensión. Se había sentado sin pensar y, de pronto, Tamy le cedió su sitio en la cabecera aludiendo que le daba el sol, algo que era incierto. Tanto ella como Ray se sentaron a sus flancos, como si quisieran aislarla del contacto de Julien. Este se sentó junto a Tamy y a Sam, que presidía la mesa en la otra cabecera. La situación le pareció cómica y se le escapó una risilla.

Julien estaba de mal humor. O al menos así lo percibía Denisse. La conversación iba y venía de un tema a otro, pero todo insustancial. Cuando llegaron a la sobremesa, y Ray le llevó una copa, Julien resopló, cogió la suya y dijo que iba a dar un paseo por la finca.

—¿Qué cojones os pasa? —inquirió Sam con cierto tono de indignación.

—¿Por qué debería pasarnos algo? —Tamy parpadeó con inocencia.

—Os juro que siento vergüenza ajena —espetó asqueado—. Parecéis dos niñatos inmaduros. ¿Por qué no me hacéis sentir orgulloso de los amigos que tengo? ¿Por qué no podéis acoger a mi hermano con más amabilidad? ¡Hacedlo al menos por mí, joder!

—Nuestro círculo está cerrado. Que sea tu hermano no significa que tenga que caernos bien por cojones. Tú eres tú, y él es él, no es una extensión tuya —argumentó Ray, que acomodó su brazo por el respaldo de la silla de Denisse y lo miraba con desafío.

—Con vuestro comportamiento, me hacéis dudar de si sois verdaderos amigos. —Se levantó—. Voy a buscarlo.

—Espera, Sam. —Denisse lo detuvo y recibió la atención de Ray y Tamy—. Iré yo.

—No, no vayas. Ya vendrá. Ha dicho que quería dar un paseo, igual quiere estar solo. —Tamy agarró su muñeca para retenerla.

—Sam tiene razón. Vale, Julien es extraño. Es misterioso e introvertido. Pero no se puede juzgar a alguien por las piedras que tenga en su mochila, porque entonces aquí ninguno seríamos amigos —recalcó—. Hay que juzgarlo por lo que nos aporta ahora mismo y, de momento, se ha comportado bien con todos nosotros. Me parece muy feo lo que estáis haciendo —sermoneó mirándolos con reprobación.

Cogió el *foulard* que al llegar había dejado en el perchero de la entrada, se envolvió en él y emprendió el camino, buscando aquella espalda que había contemplado alejarse minutos antes.

Lo encontró junto al carril que encuadraba el pequeño huerto que Sam había instalado.

—¡Ey! —lo llamó, y él se giró. Su mirada traslucía furia contenida—. ¿Qué te pasa?

Julien levantó una ceja.

—¿En serio estás preguntando eso? —Le dio un gran sorbo a su copa y comenzó a dar pasos tranquilos para rodear el huerto.

—Eeeh, sí, lo siento, ha sido una pregunta tonta —comentó colocándose junto a él—. En realidad, son buenos chicos, es solo que...

—Que no me soportan —interrumpió.

—No es eso. —Lo cierto era que no sabía cómo justificar el comportamiento que habían tenido, y eso, como decía Sam, le hacía sentir vergüenza ajena.

—Lo es. —Se paró y la obligó a encararlo, clavando en ella su mirada turbia—. Ella te sobreprotege como si fueras una niña desvalida, y el otro mea a tu alrededor como un perro marcando su territorio.

Denisse se quedó paralizada unos segundos durante el tiempo que él invirtió en darle otro trago a la copa sin apartar sus zafiros de ella.

—Ray no hace eso —aseveró con indignación.

Una risilla vacía salió del fondo de su pecho.

—Sí que lo hace o ¿es que aún no te habías dado cuenta?

—Bueno..., él es así, no lo magnifiques. —Intentó restar importancia a la actitud de su amigo. Volvió a levantar las cejas rubias.

—¿Lo magnifico? Te sirve la comida, observa si te falta bebida, te prepara la copa, está pendiente de si tienes todo lo que necesitas...

—Eso es amabilidad —aclaró.

Julien ladeó la cabeza con una media sonrisa.

—Amabilidad, mis cojones. Ese se muere por ti y me ve como un rival, por eso no me soporta. —Se acercó a ella y la señaló separando un dedo de la copa que sujetaba—. Pero te diré una cosa, Deni, me importa una mierda lo que piense tu amiguita y lo que el otro quiera acapararte. —Redució aún más el espacio y volvió a observar sus labios con aquella mirada anhelante, deseosa, impaciente—. La conexión que tenemos tú y yo es más fuerte que todo eso, es más intensa, más profunda, más mágica, si prefieres llamarla así. —Indicó el corazón de ella—. Seré capaz de llegar a ti, las veces que sean necesarias, pasando por quien sea que se ponga en mi camino.

Casi hiperventilaba.

—¿De qué hablas? ¿Pasando por encima de quién? No seas cavernícola.

—No lo soy. No me importan los obstáculos que se me presenten en el camino. Te conquistaré de la mejor manera que sé y te atesoraré como necesitas. Llevo esperando mucho tiempo a que llegue este momento y ahora no me lo va a joder nadie.

Denisse frunció el ceño.

—¿Qué? ¡¿Que llevas esperando?! —Colocó las manos en su pecho y lo empujó—. ¿No entiendes que con esas ambigüedades me confundes? —Se llevó las manos a las sienes—. ¡Háblame claro!

Julien lanzó un grito de rabia dejando a Denisse paralizada. Después tan solo apretó la boca e inspiró hondo. El músculo de la mejilla le palpitó y dejó la copa a un lado del camino, comenzando a andar con largas zancadas.

—¿Por qué huyes? ¿Por qué no respondes? —Ella se situó a su lado, intentando igualar sus pasos, pero más bien casi tenía que trotar de forma suave—. ¡Dime! ¡Contéstame!

—¡¡¡No puedo!!! —gritó parándose para mirarla a los ojos.

Denisse contempló de nuevo los secretos, el dolor. La tortura interna que lo sacudía se traslucía a través de ese azul marino.

—¿Qué no puedes? —insistió, aun a sabiendas de que lo estaba presionando.

Julien la agarró por la cintura y devoró su boca con ferocidad. No era uno de esos besos dulces que le había dado antes. Era puro enfado mezclado con ansia y fuego. Le mordió y le succionó la lengua. Parecía querer tragársela y, de pronto, le puso fin. El corazón le iba a mil.

—Lo único que te puedo decir es que eres mi alma gemela. Somos tú y yo. Nadie más. ¿No crees en el destino? —masculló casi con desesperación.

Se quedaron en silencio. Denisse lo percibía. Sentía lo que él quería transmitirle. Percibía su intensidad. Sus ganas de que diesen más pasos hacia delante. Su seriedad respecto a lo que sentía por ella. Algo que le asustaba y al mismo tiempo le llenaba el corazón de algo nuevo. Algo que hacía tiempo que no tenía. Vida.

Ambos se sobresaltaron al oír los gritos de Sam. Lo miraron. Iba corriendo hacia ellos como si le persiguiera el diablo. Se llevaba las manos a la boca a modo de megáfono y les gritaba.

—¿Qué dice? —preguntó Julien frunciendo el ceño.

Cada vez estaba más cerca y volvió a vociferar.

—Denisse, ¡¡¡apártalo de ahí!!! ¡¡¡Aparta a Julien de ahí!!!

—Ah, sí. —Denisse lo entendió y cogió la mano de Julien—. Dice que tengas cuidado.

—¿Eh?

Denisse señaló el gran boquete en el suelo.

—Sam tiene un pozo, pero aún no se lo han sellado.

Fue tan rápido que ella no tuvo tiempo siquiera de asimilarlo. Julien se giró despacio, contempló aquella hendidura y se quedó paralizado. Denisse observó cómo perdía el color del rostro. Su piel tostada se volvía blanca, se cubrió de sudor y cayó de rodillas. Las manos sobre la tierra, incapaz de quitar sus ojos de allí.

—¿Julien? —preguntó con suavidad colocando la mano sobre su hombro.

—No, no, no, no, esto no es verdad, dime que no es verdad —murmuró.

—¡¡¡Mierda!!! ¡¡¡Mierda!!! —gritó Sam, que derrapó justo al llegar.

—¿Qué es lo que pasa? Me estáis asustando —musitó Denisse con cautela.

Julien entró en un bucle nervioso, extraño. Comenzó a llorar de manera dolorosa y lanzó un grito amargo que pareció partirle el pecho en dos. Cubriéndose el rostro con las manos, se cayó de lado. Denisse entró en pánico y observó cómo Sam se abalanzaba sobre él.

—¡Vamos, hermano! —Le palmeó la cara—. ¡Venga, reacciona, no me hagas esto! —Volvió

a palmearle y le levantó el torso para colocárselo sobre las piernas—. ¡Va, venga, eres fuerte, campeón! ¡Reacciona, joder!

Sam se giró y ladró pidiendo la ayuda de Ray.

Denisse se encontraba en estado de pánico absoluto. No se sintió aliviada ni cuando cogieron su cuerpo inconsciente, ni siquiera cuando lo instalaron dentro. No encontraba consuelo ni explicación. «Dios mío, ayúdame. Me estoy enamorando de un hombre y ni siquiera lo conozco». ¿Quién era él? ¿Qué escondía? ¿Qué le pasaba? Denisse sentía que caía en una espiral cada vez más profunda de secretos.



19

Una risa vacía se instaló en su garganta para después romper en una carcajada histérica al contemplar aquel lugar.

—Será mejor que no se acerque, señora. —Oía la voz distorsionada de alguien, pero no reparó en su recomendación.

Caminó con debilidad y torpeza hasta allí. Había personas rodeando el borde, analizando toda la zona, recopilando datos... Ella no veía nada ni a nadie. Sus ojos acabaron enfocando la manta plastificada dispuesta en la arena árida. Parpadeó en trance. La cabeza se le quedó en blanco, el corazón le estalló en mil pedazos dentro del pecho, desgarrándola. Fue entonces cuando las lágrimas corrieron por sus mejillas sin control. No era capaz de articular palabra. Tal era el shock que la invadía que no podía hablar. Tan solo negaba con la cabeza, lloraba y se dejó caer al suelo a su lado.

—Señora..., no debería tocarlo.

Le hablaron con la delicadeza que requería la situación, pero para ella todos dejaron de existir en aquel momento. Su mundo se destruyó en aquel instante.

—Simon, Simon..., por favor, Simon... —Le agarró los dedos fríos por última vez.

Denisse abrió los ojos casi hiperventilando. De nuevo las pesadillas. Se incorporó, percatándose de que se había quedado dormida en un lado de la cama en la que habían acostado a Julien, pero allí no había nadie.

Aún estaban en la casa de Sam y recorrió el pasillo hacia el salón, desde donde se oían voces.

El fuego de la chimenea crepitaba con fuerza y se encontró a su amigo sentado en el sofá charlando con Julien, que estaba repantingado en un sillón.

—Ey, Deni —saludó Sam—. ¿Te apetece tomar algo?

Ella observó el reloj que marcaba las dos de la madrugada.

—¿Qué hacéis ahí los dos? ¿Y los demás? ¿Por qué no me habéis despertado? ¿Y tú cómo estás? —inquirió sentándose bajo su pierna en el sofá.

—Charlar, se fueron, porque estabas descansando, que te conteste él. Joder, ¿te hago una tila?

—Sam soltó una risilla.

Denisse se frotó el rostro.

—Sí, creo que sí —comentó sintiendo la pesadez de la presión sobre sus hombros.

—¿Estás bien? —Sam se levantó de inmediato.

—Me duele la cabeza —aclaró.

—Venga, te la preparo enseguida —apuntó.

Su amigo le dio un breve apretón en el hombro antes de poner rumbo a la cocina. Julien entrecerró los ojos y se incorporó. Acomodándose sobre el filo del asiento, dejó caer los brazos sobre los muslos. Lo que había sido una broma en aquel instante parecía otra cosa.

—¿Te pasa algo? —preguntó escudriñando su cara con la mirada.

—Nooo o, más bien, ¿qué te pasó a ti? —Denisse le devolvió la mirada.

—Nada, un ataque de pánico. Ya estoy recuperado. —Le dedicó una sonrisa, pero, como muchas de ellas, no le llegó a los ojos.

—¿Te pasa a menudo? —Aprovechó para indagar.

Julien se encogió de hombros.

—Secuelas que arrastro, ¿y tú qué?

Denisseladeó la cabeza, él siempre se mantenía ambiguo, contestaba a medias sin sacarla de sus dudas. Cerró los ojos unos instantes. «Deni, debes tener paciencia con este hombre».

—Yo... llevo sintiéndome mal desde que me cambiaron el tratamiento. He ido a mi doctora varias veces, pero nada. Sigue sin caerme bien lo que me receta. —Arrugó la boca y se acomodó en el sofá, subiendo las piernas y abrazándolas.

—¿Y qué es lo que te provoca la nueva medicación? —Julien colocó la barbilla sobre el puño, concentrado en ella.

Denisse se encogió de hombros.

—Pesadillas. Pesadillas muy angustiosas —confesó con voz débil, casi metida de nuevo en una de ellas.

—¿Sobre qué?

Ella levantó el rostro y se quedó contemplando el techo.

—Creo que están conectadas con lo que había en mi mente. —Dirigió sus ojos verdes al rostro masculino—. Cuando perdí a Simon... también desapareció lo que ocurrió.

—Ajá, pero ¿sabes lo que ocurrió?

Ella torció la boca y se concentró en sus ojos azules.

—Bueno, la doctora y mi madre me explicaron lo sucedido. Hubo un terrible accidente. Un camión se vino contra nosotros, y el coche dio vueltas de campana colina abajo. Me encontraron inconsciente —explicó con la voz suave—. Lo único que agradezco es que Cala no estaba con nosotros aquel día.

Julien apretó la mandíbula y bajó la cabeza.

—Debió de ser duro para ti —comentó con la voz rota.

—Era una angustia constante. Tuve que aprender a controlarla. No saber qué ha sucedido con tu vida, por qué te ves sola, sin tu marido. O por qué él y no yo. Miles de preguntas me torturan. Y lo peor de todo...

Él levantó el rostro, poniendo toda la atención en su relato, con los ojos húmedos.

—¿Lo peor? —instó con suavidad para que ella continuase.

—Puede que suene egoísta, pero yo... no recuerdo a Simon, nada en absoluto. Solo tengo pesadillas recurrentes en las que me desgarró de dolor al darme cuenta de su pérdida y, la verdad, no hacen referencia al accidente. Es muy raro todo. —Se mordió el labio—. Aun así, me duele

mucho más por Cala. —Julien levantó una ceja.

»Sé que ella extraña la figura de un padre. A pesar de que mi madre, que es la que se acuerda de él, le habla de la excelente persona que era, y Cala es consciente de que tenía un papá como todos los niños. Sé que crecer sin Simon es duro para ella. Apenas tenía un año cuando murió. No se acuerda de él, y yo no se lo puedo recordar, eso me atormenta todo el tiempo. —Denisse observó cómo Julien se lamía los labios y se frotaba los ojos con las palmas de las manos.

»Lo siento, no pretendía aburrirte con mi historia.

—No me aburres en absoluto —comentó en lo que seguía cubriéndose el rostro—. Pienso en la mierda que nos rodea. —Se acercó a ella arrastrando el sillón y, sentándose apenas en el filo, le agarró las manos—. Confía en mí, Deni. Conseguiré arreglar lo roto que estamos los dos. Ya lo verás.

Denisse se quedó hipnotizada en sus ojos azules, en la determinación que mostraban.

—Me gustaría confiar, pero hay tanta niebla a tu alrededor, Julien, que me aturde demasiado.

Él sonrió.

—Llegará el momento en que la niebla se despeje y brillará un sol enorme, pero hasta entonces habrá que soportar la niebla, la tormenta, los rayos y los truenos. Dime que pasarás por todo eso conmigo. Lo superaremos juntos, ya lo verás.

Otra vez, se vio a sí misma asintiendo sin verbalizar nada. Él conseguía arrastrarla hacia sus promesas.

—Ey, Deni. Aquí te tengo la tilita. —Sam entró en el salón y se paró de golpe—. ¿Os dejo solos? —preguntó con tono de diversión al verlos agarrados de las manos.

Ella se soltó con suavidad, y Julien carraspeó.

—No hace falta —apuntó él.

—Gracias —contestó ella recibiendo la taza.

—Os dejaré solos de todas formas —dijo allí parado—. Estoy muerto, chicos. Ahora que los dos os hacéis mutua compañía, me voy a la cama.

—Buenas noches, tío —añadió Julien.

—Que duermas bien, Sam —comentó Denisse.

Él les guiñó un ojo y desapareció, entornando la puerta del salón. Julien se levantó a mover la leña de la chimenea para que las llamas volviesen a coger fuerza y, tras ello, se sentó al lado de Denisse.

Ambos se quedaron contemplando el fuego. Ella sujetaba la taza entre las manos regodeándose con el calorcito que le aportaba. Él pasó la mano por sus hombros y estiró los pies sobre los pufs que Sam tenía alrededor de la mesa auxiliar. Después de un rato, Denisse dejó caer la cabeza contra su pecho y unió los pies a los de él.

—Qué silencio más agradable —anunció ella.

—Sí.

—Me encuentro extrañamente en calma ahora —añadió. Ambos seguían mirando el fuego—. Será la tila.

—Será.

—Me encanta mirar las llamas de fuego consumir la leña y más en una noche fría como la de hoy.

—Lo sé.

Denisse levantó un poco el rostro, y él la observó.

—¿Lo sabes todo?

Él le sonrió y, en aquella ocasión, fue de verdad. Después le dio un tierno beso sobre los

labios.

—Te observo demasiado.

Ella entrecerró los ojos con diversión y después volvió a contemplar el fuego.

—Seguro que no sabes que hacía muuucho tiempo que no me sentía tan en paz como ahora mismo —confesó con delicadeza, después de varios minutos en silencio.

Julien le dio un dulce beso en el pelo.

—Seguro que no lo sé —murmuró.

A Denisse comenzaron a pesarle los párpados. El sonido relajante del crepitar del fuego junto a los latidos, fuertes y en calma, del pecho de Julien hicieron que su mente permaneciese en blanco como hacía tiempo que no le ocurría y, extrañamente, no necesitó medicación ninguna. Cerró los ojos con el atisbo de una sonrisa en los labios. Se quedó dormida como nunca antes.



20

—**A** que adivino por qué me has hecho venir —comentó con tono cansino en lo que le daba una caja con sus tartalelas favoritas y entraba para dejarse caer en su sofá.

—No hace falta ser Sherlock Holmes. —Ella sacó los pasteles y los colocó con delicadeza en una bandeja—. Desembucha.

Sam estaba reventado. La noche anterior no había pegado ojo a raíz del incidente de su hermano. Y, justo cuando creía que le vencía el sueño, la llamada a primera hora de Tamy le había sacado del limbo en el que se encontraba, ni despierto ni dormido. Sabía perfectamente por qué lo llamaba y a qué interrogatorio lo sometería, con todo, tenía que entrar en El Amida y decidió pasar por su casa un rato.

—Sabes que no soy un chismoso, ¿no?

—Sí, lo sé —contestó mientras preparaba unos cafés y le hablaba desde la cocina—. Sé que eres una persona en la que se puede confiar a ciegas. Que te cuentan algo y antes muerto que abrir la boca, pero... ¿podrías al menos darme una pista?

Tamy vivía en un ático de unos ochenta metros cuadrados, en el que la cocina y el salón estaban comunicados.

Sam levantó una ceja mientras ella dejaba la bandeja en una mesa auxiliar y le daba un café para después sentarse a su lado.

—Tienes que admitir que tu hermano es muuuy raro. Ayer nos dio un susto de muerte. Ya se encuentra bien, ¿verdad?

Sam asintió con una débil sonrisa coronando sus labios, después la miró.

—Tienes que admitir que Deni no es muy normalita que digamos. Ella también tiene un problemilla. —Se señaló la sien con el dedo índice.

—Pero no es lo mismo —replicó mientras cogía su taza.

—¿Y eso por qué? —inquirió Sam levantando una ceja.

—Porque Denisse va con la verdad por delante, no oculta nada. Tiene un problema de memoria y ya, pero tu hermano es demasiado oscuro.

—Anda, oscuro, ¿por qué?

—Pues... lo de ayer, ¿qué? Y, lo de la otra noche, ¿qué? —Tamy le dio un sorbo a su café.

Tenía que sincerarse al menos con ella misma. Tener a Sam a su lado, en su sofá y solos le estaba acelerando el pulso. Habían desayunado juntos muchísimas veces, pero siempre en el local o en cualquier parte con gente alrededor. En aquel instante era demasiado consciente de su presencia. De su aroma a recién duchado invadiendo la sala, de sus sonrisas, sus miradas, sus gestos.

—¿Y no puede ser que acaba de llegar al pueblo y no tiene la confianza suficiente como para contaros sus cosas? —Se encogió de hombros—. La gente necesita tiempo, ¿no crees?

—Pues no ha necesitado mucho tiempo para pillarse por Denisse —recalcó.

Cogió una tartaleta y paladeó su magnífico sabor. Solo él sabía hacerlas así o quizás fuese que solo le gustaban las suyas.

—Eso es distinto —apuntó dándole un sorbo al café. Su gesto con la boca apretada le hizo gracia—. ¿No crees en el amor a primera vista?

Tamy torció el gesto.

—No, la verdad.

Sam dejó la taza en la mesa y se giró hacia ella.

—¿Seguro? —insistió con un tono pícaro.

—Soy médico, Sam. Soy mujer de ciencias. El amor a primera vista no existe, es tan solo la combinación de testosterona, oxitocina, dopamina y endorfinas. —Le dedicó una sonrisa.

Sam se quedó estupefacto y después soltó una gran carcajada.

Tamy lo observaba con los labios curvados hacia arriba.

—¿Puedes explicar ese análisis tan científico a un hombre que pasa de la ciencia, por favor?

Ella asintió, emocionada, y comenzó a enumerar con los dedos en lo que desarrollaba su tesis.

—La testosterona despierta el deseo sexual, la oxitocina promueve el apego hacia la otra persona y la dopamina junto con las endorfinas hacen que aparezca esa sensación de hormigueo en el estómago o lo que suelen llamar mariposas.

Soltó el aire después de su charla y observó con atención cómo Sam la contemplaba con la boca semiabierta.

—¿Me estás hablando en serio? —preguntó arrugando el entrecejo.

Tamy soltó una risilla.

—De verdad. Hay estudios que avalan esta teoría. —Asintió para darle énfasis a sus palabras.

—Bueno, vale, en el hipotético caso en el que te crea...

—¿Y por qué no me vas a creer? Es ciencia, Sam, ciencia.

Él resopló.

—Vale, ciencia o lo que sea. ¿Qué pasa? ¿No se podrían cumplir esos factores con mi hermano y Deni?

Tamy se quedó contemplando su cara. Con una seguridad en sí mismo asombrosa, y ese atractivo que la volvía loca, podía asegurar que con ella sí se cumplían los factores.

—Bueno..., sí, claro que sí podría darse el caso, pero es que...

—Mira que eres cabezota. —Chasqueó la lengua al mismo tiempo que negaba con la cabeza.

—No soy cabezota, tu hermanito confesó ser un asesino, y yo estaba delante, ¿sabes? Por muchos factores que se cumplan entre él y mi mejor amiga, no deja de ser una amenaza.

—No es ninguna amenaza. —Sam la fulminó con los ojos.

—Lo dices porque es tu hermano.

—¡Lo digo porque es verdad! —exclamó con impaciencia.

Ambos se quedaron asombrados. Sam no esperaba alterarse como para levantar la voz, pero

estaba hasta las narices de tener que estar defendiendo a su hermano de tantas injusticias. Demasiado había sufrido y pagado ya.

—Mira... —dijo al cabo de unos minutos—. Lo siento, no quería gritarte, no hay nadie en este mundo que conozca mejor a Julien, y se merece ser feliz. Yo... —Clavó sus ojos grises en ella—. Necesito que sea feliz. Lo siento mucho por Ray porque lo aprecio, pero, si Deni es la indicada, que así sea. Ella también se lo merece, ¿no crees?

La suavidad de su tono contrastó con el grito de impotencia que había dejado escapar minutos antes. Tamy bajó la cabeza y le sorprendió que Sam colocase las manos sobre sus rodillas. Incluso a través de la gruesa tela de su pantalón de pana negro de pata de elefante, sintió el calor que le transmitía. Se quedó mirándolas. Manos grandes, dedos gruesos, uñas cuidadas. Levantó los ojos hacia su rostro y se perdió en el brillo que traslucían.

—No puedes contarme nada. —Él negó—. Pero estás seguro de que no es peligroso para ella y para Cala.

—Muchísimo menos para Cala —aseveró.

—Puedo confiar en ti, a ciegas, ¿verdad?

Sam asintió.

Se hablaban con suavidad.

—Puedes y debes —advirtió.

Tamy se dejó llevar por sus propias mariposas y se acercó a él. Mirando con adoración su boca. Lo oyó carraspear.

—¿Deberíamos cruzar la línea, Sam? —inquirió con anhelo.

Sam abrió los ojos con sorpresa ante aquella pregunta. Nunca pensó que Tamy fuese la primera en proponerlo. Sonrió.

—Depende —murmuró él casi sobre sus labios.

—¿De qué?

—De lo importante que sea esto para ti —confesó.

Sam se acercó lo suficiente como para que ambos respirasen el aroma a café en el aliento del otro. Tamy comenzó a acelerarse y su pecho se agitaba en un vaivén constante como a alguien al que le faltase el oxígeno.

—¿Qué quieres decir? —Apenas le salía la voz.

Sam la estaba excitando sin hacer nada. Tan solo con su cercanía, con su roce, con su voz, sus manos, su esencia... Tamy estaba rozando el límite.

—Soy un hombre de una sola mujer, Tamy. No me van las parejas abiertas ni el amor libre que tanto adoras. Cuando estés preparada para ser toda mía, seré todo tuyo. —De la nada, se levantó dejándola estupefacta.

»Tengo que irme. Tengo un negocio que atender.

Tamy se quedó petrificada en el sitio. Sam había desaparecido en un momento de alta tensión. ¿Creía, ingenua, que se podrían enrollar y después actuar como si nada? Los dos eran adultos y sabían interpretar las señales. Se gustaban hacía mucho, pero suponía que a ambos les daba miedo estropear la amistad tan bonita que tenían. Con sus palabras, le demostraba que él ya estaba preparado para avanzar, pero ¿a qué? ¿Quería que construyesen la casa por el tejado? ¿De ser amigos a ser pareja sería?

Tragó saliva y se lamió los labios. No se tenía como una mujer cobarde, sin embargo, sí que se consideraba una mujer complicada, bastante maniática y de mucho carácter. No era lo mismo compartir ratos de manera esporádica a tener una relación. ¿Y si Sam se cansaba de ella en poco tiempo? ¿Dejarían de ser amigos?

Soltó el aire con suavidad. «Joder, quiero abrazarlo, quiero besarlo, quiero arrancarle la ropa». Tamy no se podía creer que fuese un hombre el que quisiera una relación estable. Normalmente en la ecuación solía ser al revés. Debía tomar una decisión. No estaba dispuesta a perder a Sam, aun así, no aguantaba más sin conocer a qué sabía su boca.



21

—¿De verdad no te mencioné dónde puse mis cosas? —inquirió levantando una ceja.

Había vivido un bonito amanecer. Sobre el pecho de Julien se sintió tan segura que había dormido como una niña. Sam había salido muy temprano y, después de un café rápido con Julien, él se fue a El Amida, les tocaba trabajar a los dos, puesto que se pillaron el día anterior libre. Denisse había optado por irse a casa, quería dedicarse a buscar alguna pista que la guiase hacia esa laguna que llevaba demasiado tiempo oculta. Ciertamente era que había revuelto cosas más veces sin éxito, pero por volver a intentarlo no perdía nada.

Su madre le había llamado, y Denisse le pidió que llevase a Cala a su casa. Así que allí estaban, ella, desalojando cosas del mueble del salón, mientras su hija veía dibujos y su madre le contaba qué tal lo habían pasado el día anterior.

—No, hija, no sé nada. Guardaste todo. —Delia pareció titubear, y Denisse continuaba rebuscando.

—Pero se supone que desperté en el hospital después del accidente, y ya desde entonces no recuerdo lo sucedido, ¿cómo puede ser que escondiera todo antes de eso?

—Ay, hija, qué sé yo. —Delia retiró una silla y se sentó, observando distraída las cosas que había en la mesa.

—Mamá..., ¿yo... —titubeó y, antes de continuar, miró a su hija, que estaba totalmente abstraída con la caja tonta y se sentó junto a su madre— amaba a Simon?

No se perdió detalle de la reacción de su cara. Carraspeó y perdió algo de color.

—Por supuesto que lo amabas, con locura. Y él... —Su madre se emocionó—. Él te adoraba con devoción. —Su voz rota hizo que Denisse pusiera la mano sobre la suya.

—Si nos queríamos tanto, ¿qué ganaba yo escondiendo todo? No puedo creer que ni siquiera dejase sus fotografías.

—¿Qué decirte? Estabas tan destrozada, solo pensabas en Cala. —Denisse apoyó el codo en la mesa y se acarició la frente.

»¿Por qué preguntas así de repente?

—Es que... me vienen imágenes, difusas, pero dolorosas. No sé si está conectado con lo que

ocurrió, solo que me han despertado las ganas de volver a trabajar en mi recuperación.

—¿Se lo has mencionado a la doctora? —preguntó retorciendo un papel que Denisse había puesto en la columna de cosas para tirar.

—No, aún no. Tengo que pedirle cita porque otra vez me está cayendo mal la medicación. Creo que voy a cancelar el programa de experimentación que me ofreció. Quiero volver a la pastilla de antes, esa, al menos, me permitía descansar mejor.

Delia se quedó contemplándola.

—Deni, cariño, no te he preguntado estos días acerca de lo que está sucediendo contigo últimamente.

—¿Te refieres a Julien? —Sonrió a su madre.

—Sí, bueno..., ¿todo bien?

Ella resopló.

—Creo que sí, no lo sé. Es que... —Se acomodó el pelo por detrás de la oreja—. Por momentos parece que todo va bien, me siento segura, ilusionada e incluso noto las cosquillas en el estómago como si fuese una adolescente. Pero después...

—¿Después qué? —Su madre la animó a continuar con suavidad.

—No lo sé. Los dos estamos hechos polvo. Aún no sé qué es lo que le ha pasado a él, pero está muy mal. —Delia bajó el rostro, callada, tan solo asintió.

»Vamos, no te preocupes —comentó levantándose—. ¿Sabes? Tengo la impresión de que, a pesar de todo lo extraño que nos rodea, las cosas pueden salir bien. —Tras esas palabras, volvió a colocar lo que había extraído de un cajón y comenzó a sacar papeles y restos de otro.

»Mamá. —Se giró para mirarla—. ¿Crees que Simon sería feliz si yo rehiciera mi vida?

Delia se mordió el labio.

—Me preguntaste lo mismo cuando comenzaste a salir con Ray —apuntó su madre con delicadeza.

—Sí, pero lo de Ray fue un error, no me lo dijiste de forma directa, pero sé que lo sabías. Con Julien siento algo diferente y no quiero equivocarme otra vez.

Denisse observó cómo se le humedecían los ojos.

—Oooh, abuela, ¿qué pasa? —Cala se acercó y enseguida le echó los brazos al cuello.

—Nada, cielo, me emociono —contestó limpiándose las lágrimas con un pañuelo que le ofreció Denisse.

—Estamos hablando de papá, Cala.

Su hija abrió los ojos con sorpresa.

—¿Es por eso por lo que estás sacando todo? ¿Estás buscando fotos?

Rápidamente comenzó a investigar entre todo lo que su madre había dispuesto por la mesa.

—Bueno..., no sé lo que busco. Solo lo hago a ver qué encuentro. —Denisse se encogió de hombros.

—Jooo, me encantaría verlo —anunció mientras se le quebraba la voz.

Denisse la abrazó, y la niña se rompió. A su madre también le recorrieron lágrimas silenciosas, y a ella se le instaló una bola amarga en la garganta.

El timbre sonó sacándolas a todas de aquel momento denso y amargo. Cala voló hacia la puerta, y a Denisse le sorprendió la capacidad que tenían los niños para recomponerse a la velocidad del rayo. Podían estar derrumbados y, en un segundo, se animaban.

—¡Eyy! ¿Qué te pasa, bicho?

Su voz llegó hasta el salón, y Denisse se pasó las manos por el rostro.

—¡Es Julien, mamá! —dijo Cala acompañándolo hacia donde se encontraban.

—Hola —saludó él.

—Hola, ¿y esta sorpresa? ¿No trabajabas hasta tarde hoy? —preguntó Denisse acercándose a él.

Ambos titubearon sintiéndose observados, tanto por la abuela como por la nieta.

—Tengo turno partido, me he acercado a casa en mi descanso a por un par de cosas y decidí saludar antes de irme. —Rodó los ojos por el desorden que había en el salón—. ¿Qué ha pasado? ¿Un ciclón? —inquirió con tono divertido.

—Julien, mamá está buscando fotos de mi papá —comentó Cala limpiándose los ojos.

Él carraspeó y dirigió su atención a Delia, que tragó saliva.

—¿Por eso estabas llorando, bicho? —Quiso saber al mismo tiempo que le revolvía el pelo.

—Sí..., porque... porque... —Cala se volvió a colocar el peinado mientras titubeaba.

—Ooh, cielo mío. —Denisse se acercó a ella para abrazarla, no obstante, para su sorpresa, la niña se agarró a la cintura masculina.

Comprobó cómo él contenía el aliento y se agachaba para estrecharla contra su pecho.

—Llora todo lo que necesites, bicho, no pasa nada —comentó con la voz rota.

—Es que... todo el mundo tiene padre. Sé que papá murió, pero si por lo menos tuviera una foto...

—¿Sabes? Sam y yo no conocimos a nuestro padre —confesó para calmarla.

Cala se apartó de él.

—¿No?

—No. Nos abandonó a Sam y a mí cuando éramos unos críos. Sam aún era más pequeño que yo. Lo único bueno que hizo fue dejarnos con nuestro abuelo. Para nosotros fue más que un padre. Tú al menos... —Julien tragó saliva, y Denisse comprobó que también se emocionaba—. Al menos sabes que no te abandonó. Seguro que...

—Simon —apuntó Denisse.

Julien cogió aire y lo soltó despacio.

—Simon te quería, muchísimo. ¿Porque sabes una cosa, bicho? —Él levantó la mirada hacia Denisse. Sus ojos azules, húmedos, llenos de dolor—. Los padres hacen cualquier cosa por sus hijos, por su familia. Estoy seguro de que el tuyo te adoraba.

Oyeron un gemido, y Denisse se giró.

—¿Mamá? —inquirió con dulzura al verla llorar sin control.

—Ay, hija, me da mucha pena este momento.

A su pesar, Denisse sonrió.

—Bueno, ¿qué tal un chocolate caliente? —propuso para animar un poco el ambiente.

Le hubiese gustado indagar más en lo que contaba Julien, pero no era el momento. A pesar de que alguna vez había mencionado la relación cercana que mantuvo con su abuelo, desconocía que su propio padre los había abandonado. Cada vez que surgía un nuevo dato sobre él, le hacía mirarlo con otros ojos. Más empáticos, más tiernos, más comprensivos, y no entendía por qué Sam tampoco había mencionado nada al respecto. No se había dado cuenta de cuán introvertido era su amigo, al igual que Julien. Qué nefasta observadora había resultado ser.

Su madre se despidió de ellos, y Denisse prometió llamarla más tarde. La situación que se había dado fue algo densa para todos. Cada cual tenía su propia cicatriz, pero estaba convencida de que Delia se emocionaba más que nada por Cala. Las dos lo pasaban peor por el sufrimiento de la niña.

Denisse apartó todo lo que había dispuesto sobre la mesa y, tras preparar el chocolate y situar el bote de cristal con las nubes en el centro, volvió a la cocina para disponer de unas fresas.

Cuando regresó, chasqueó la lengua.

—¡No le echas más! —lo riñó al ver que, cada vez que se daba la vuelta, él le volvía a añadir nubes al chocolate de Cala.

—¿Qué más da? Deja que lo disfrute. —Soltó una risilla traviesa.

Denisse resopló y se sentó delante del suyo.

—Es mucho azúcar, Cala ya es inquieta de por sí. No va a dormir en toda la noche.

—Bah, la mandas a correr un par de vueltas a la manzana y listo, bicho reventado —comentó sin más.

Ella soltó una carcajada y observó cómo su hija se divertía. Julien cogió una fresa del cuenco y la mojó en chocolate.

—No sé por qué adoras este contraste de cítrico y dulce —anunció lamiéndose el labio y con cara de asco.

—¿Cómo sabes que me encanta? —inquirió entretanto cogía una fruta.

Sus miradas se hablaban solas. Ninguno apartó el rostro.

—Las has traído, ¿no? Será por algo. —Antes de que ella pudiese añadir nada, él se levantó—. Bueno, mi descanso ha terminado.

—Jooo, quería jugar contigo —refunfuñó Cala, que dejó su silla vacía y caminó detrás de él por el pasillo.

—Yo también, bicho, pero tengo que trabajar.

Le agarró los mofletes tirando de ellos para provocarla, ella apartó las manos masculinas provocándole una carcajada.

Denisse observaba la escena completamente obnubilada. Le encantaba ver a su hija conectar con Julien de aquella manera y al mismo tiempo, como siempre, le asustaba. ¿Y si su relación se iba a pique? ¿Qué pasaría si Cala se encariñaba demasiado de su vecino? Odiaba tener dudas al respecto. Ambos se despidieron, y ella volvió a lo que había dejado en *stand by*. Le parecía una contradicción enorme buscar a su marido entre sus pertenencias mientras otro hombre se iba instalando poco a poco en su corazón.

—¡Mamá! ¡Mamá! —Cala se acercó a ella y dejó las llaves en la mesa—. Se han caído en el pasillo.

—Ponlas en el recibidor, cielo —ordenó sin apartar la mirada de todos aquellos documentos.

—Pero, mamá. Aquí ya hay otra, ¿será de la abuela?

Denisse frunció el ceño y se dirigió al recibidor. Su hija le enseñaba el juego de llaves. Era imposible que existiera otro igual, puesto que el suyo llevaba un llavero especial personalizado. Un árbol de la vida en el que estaban grabados los nombres de su marido, Simon, y de su hija, Cala.

Contuvo la respiración al observar los dos llaveros, cada uno en una de sus palmas.



22

—Llevas ya un buen rato mirando eso. ¿Qué te pasa?

Denisse torció la boca y, resoplando, guardó las llaves en el bolso. Había salido disparada de casa, dejado a Cala en el colegio y se había incorporado a su oficina. Después de revisar el trabajo del día, y desde su descanso del desayuno, observaba aquel llavero con detenimiento. Tanto que su compañera se extrañó.

—Nada. He encontrado estas llaves y no recuerdo que sean mías —anunció acariciando de nuevo los nombres grabados.

—Pues llévalas a la oficina de objetos perdidos —añadió su compañera encogiéndose de hombros.

—No..., es que... son mías de alguna manera —aclaró concentrada en el objeto.

—¿Qué quieres decir? —Ella chasqueó la lengua—. Qué rara eres.

Denisse la miró de soslayo. Más bien la rara era ella. No congeniaba mucho con su compañera laboral, no obstante, le tocaba lidiar con eso. Ella simplemente se dedicaba a cumplir con su trabajo y nada más, pero, a veces, echaba de menos que hubiese un ambiente más agradable y acogedor. Era bien sabido que, si uno trabajaba a gusto, le era más fácil llevar el día a día. En ocasiones como aquella, le hubiera gustado tener a alguien con el que poder desahogarse. Podía disponer de Tamy en cualquier momento, pero quizás, cuando una estaba metida en un círculo tan exclusivo y cerrado, una opinión externa podría arrojar más luz en según qué cuestiones.

A pesar de estar concentrada en lo que hacía, su cabeza estaba atascada en la tarde anterior. Desvalijó todo el mueble, cajón por cajón, balda a balda, y nada. No había señales de ese pasado olvidado que de pronto le urgía recordar. Aquella mañana se había vuelto a despertar con imágenes opacas de recuerdos extraños. Las sensaciones eran siempre inquietantes. Abría los ojos, presa de un dolor en el pecho irreparable. Denisse estaba convencida de que en cualquier momento recordaría la muerte de Simon. Por una parte, estaba asustada porque en sus sueños se iban solapando corto a corto, hasta ir formando una película de terror y, por otra, le podía la necesidad de conocer ya el final de aquello. Quería, en lo más profundo de su ser, recordar su rostro. Llorarle de verdad, como cualquier viuda. Ella había pasado por un duelo extraño. Debía

superar la pérdida trágica de un marido al que no recordaba, y eso, además de doloroso, resultaba complicado. Sus sentimientos se encontraban metidos en una espiral de contradicciones. Quería respetar la memoria de su marido, y decirle, de manera espiritual, que iba a empezar una nueva vida. Que se estaba enamorando de otro hombre y que, a pesar de que no recordaba el amor que una vez le tuvo, Cala era el resultado de ello y, por tanto, atesoraría el regalo más hermoso que Simon le había hecho antes de morir.

—Buenos días, chicas.

—¡Hola! —El saludo meloso de su compañera, indicó a Denisse quién era la persona que había entrado.

Denisse levantó la cabeza para contemplar al concejal de Cultura.

—Lo prometido es deuda. Aquí tenéis los *flyers* de la programación navideña.

—Pero si aún falta todo un mes —apuntó la chica revisando los folletos.

Denisse y él se contemplaron con complicidad. No entendieron su comentario. Se suponía que las actividades culturales se organizaban con meses de antelación o como mucho un mes antes. ¿Cómo iban a promocionar el turismo de un día para otro? Las personas que acudían al pueblo sabían de antemano a qué venían, qué visitas eran interesantes y qué actividades se realizarían por si decidían apuntarse a ellas. Aquella muchacha había acabado en el puesto por puro milagro, puesto que su competencia también brillaba por su ausencia.

—Ya se ha llevado a cabo la elección de los Reyes Magos, la Estrella de la Ilusión y del Cartero Real. Se presentarán el próximo viernes en el ayuntamiento. La semana que viene se inaugurará en la plaza de España el tradicional Mercado de Navidad y comenzarán las funciones de teatro en el auditorio. Bueno... —Señaló el folleto—. Ahí lo explica todo.

—Qué maravilla de organización —murmuró Denisse mientras lo leía.

—Ah, hemos pensado en regalar entradas a los niños para que vayan a ver las funciones de: *El Lago de los Cisnes* y *El Cascanueces*. —Se llevó una mano a la barbilla—. ¿Crees que deberíamos premiar a los que saquen buenas notas?

Ella torció la boca y le dedicó su atención unos instantes antes de volver al programa.

—No. Quizás mejor podrían hacerse dos pases. Uno exclusivo para niños y otro para adultos —comentó pensativa.

—¿Y las familias que quieran ir con sus hijos? —preguntó su compañera.

—Lo que quiero decir es que podrían programarse los pases para los niños dentro de los últimos días escolares antes de las vacaciones. Como excursión —aclaró para que se entendiese su idea.

El concejal asintió comprendiendo la propuesta de Denisse.

—Hablaré con el alcalde a ver qué le parece. Tendríamos que reunirnos con el elenco que lo representa y con la junta directiva de los colegios.

—Pues no lo pospongas mucho porque la cosa está ajustada de tiempo —comentó la compañera.

Denisse hojeó el resto de la programación sorprendiéndose del amplio abanico de propuestas y reparó en la Carrera Navideña.

—¡Ah! —exclamó de la nada.

—¿Qué ocurre? ¿Hay algún tipo de fallo ortográfico? —Él se acercó para analizarlo con ella.

Denisse lo observó de soslayo, sintiéndose incómoda.

—No, no. Es que... la última vez... dijiste que si conocía a algún redactor de deporte. ¿Ya has encontrado a algún candidato?

Se separó de ella abriendo los ojos con asombro.

—No, aún no, ¿por?

—Resulta que Julien, el hermano de Sam, que ha empezado a trabajar de camarero con él en El Amida, es periodista deportivo. —Se encogió de hombros—. O lo era.

—Ah, interesante. Pues dile que se pase por el ayuntamiento. Me interesaría hacerle una pequeña entrevista.

—Estupendo, se lo diré.

Sin más, el concejal salió de la oficina dejando su fragancia en el ambiente.

—¿De qué conoces tanto al forastero?

Denisse puso los ojos en blanco antes de darse la vuelta.

—De El Amida.

No quería sonar borde ni seca, pero ya estaba hasta las narices de tener que fingir un papel que no le correspondía.

—Vaya, vaya. No pierdes el tiempo.

—Exacto. Tengo que aprovechar que aún soy joven —apuntó sin más. Con aquel comentario, puso punto final a la conversación.

Se enfrascó en meterse de lleno en el trabajo y, hacia el final de su jornada, recibió una llamada personal en el teléfono de la empresa.

—¿Mamá? —preguntó extrañada.

—Hija, ¿dónde leches tienes el móvil? Te he llamado mil veces.

—¿Mi móvil? —Sujetó el auricular con el hombro y rebuscó en su bolso—. Mierda, lo dejé cargando en casa.

—Me han llamado del colegio porque dicen que no lograban localizarte. —Silencio—. Cielo...

El tono no le gustó nada de nada y se puso en guardia.

—¿Qué le ha pasado a Cala?

—No quiero que te preocupes, ¿vale?

—Mamá, empezando así, ya consigues que lo haga.

—Cala ha tenido un pequeño accidente.

—¿¡Quéééé?! —Se puso de pie enseguida. Sintió una punzada en el pecho.

—Una mala caída en el recreo y la han llevado al hospital.

Denisse contuvo la respiración. No tenía el móvil a mano, por lo que no podía arrancar a correr sin terminar la llamada.

—¿Cómo ha sido? ¿Cómo está? ¿Dónde está ahora? —inquirió con desesperación.

—Estamos aún en el hospital. Todo está bien, cielo. Solo tiene una pequeña brecha, le han dado puntos y está en observación.

—Salgo para allá inmediatamente. No llevo móvil, mamá. Dime, ¿en qué planta estás?

—Eeeh..., ¿qué planta era? —Se oyó cómo le preguntaba a alguien, y Denisse alcanzó a escuchar su voz.

—¿Por qué está Julien ahí? —Quiso saber de inmediato.

—Hija, él fue el que vio el accidente —aclaró su madre casi con la voz entrecortada.

Colgó la llamada y, disculpándose con su compañera aludiendo a que era una emergencia, salió despavorida hacia el hospital con la cabeza echando humo. Necesitaba ver a su hija, comprobar por sí misma que no le había ocurrido nada y después... intentaría comprender por qué Julien estaba metido en su familia de aquella manera.



23

—Hija, sal ya del trance.

Su madre chasqueó los dedos delante de ella, y Denisse parpadeó.

—Aunque todo lo que está ocurriendo tenga cierta lógica, no la encuentro.

Ambas se habían acomodado en el sofá de aquel salón. Denisse no creía haberse retrasado en llegar al hospital, de hecho, se fue directa. A pesar de ello, le habían informado de que su madre y el hombre que la acompañaba se habían marchado con Cala, pues había recibido el alta. No entendía nada. Se suponía que Delia le había comentado que la dejaban en observación. Aquella huida tan rápida le sonaba extraña. Pidió hacer una llamada, puesto que no tenía su móvil encima, y allí estaban. Cala se había quedado dormida en una de las habitaciones para invitados de la casa de Julien debido a los calmantes, y madre e hija se encontraban en el salón a la espera de que aquel hombre les sirviera un café. Surrealista.

—Pues ya te lo he explicado varias veces —aclaró su madre con cierto deje de agotamiento.

Ella analizó su expresión y apretó los labios. Sí, le habían explicado que jugando, «cosas de niños», Cala había caído hacia adelante golpeándose la frente con el poste de la portería, lo que había provocado una brecha que necesitó varios puntos de sutura. Aparcando el hecho de que la sangre era muy escandalosa, y de que ya se le había examinado concienzudamente descartando problemas serios, necesitaría reposo y tiempo. Lo que Denisse aún no comprendía era el hecho de que Julien, en lugar de llevarla a casa de su madre, la hubiese instalado en la suya.

Él le había explicado lo sucedido desde su perspectiva. Fue a hacer deporte como siempre, coincidió con que los alumnos salían a la hora del recreo, como siempre, y se percató de lo sucedido al ver al tumulto de alumnos y profesores alrededor de Cala. Actuó de inmediato. Según su versión, le pareció más práctico llevarla a su casa, puesto que, al vivir enfrente, se trasladaría de forma fácil y rápida y se podría respetar la recomendación de reposo absoluto las primeras veinticuatro horas.

—Aquí tenéis. Café amargo y zumo de naranja natural. —Torció la boca al contemplar a Delia —. No tengo descafeinado, lo siento.

—El zumo es perfecto, gracias.

Denisse cogió la pequeña taza que le tendía en lo que él se sentaba en un puf frente a ellas y después observó a su madre con atención. ¿Aquellos dos habían entablado una relación algo más íntima sin que ella lo supiera? No comprendía cómo Julien le había ofrecido precisamente una alternativa que Delia habría elegido de faltarle el descafeinado. Se llevó una mano a la frente y cerró los ojos inspirando con profundidad. Después, clavó la vista en él.

—Muchas gracias por atender a mi hija —confesó con voz temblorosa.

Él tan solo asintió, pero su mirada se empañó unos segundos.

—No hay nada que agradecer. Digamos que estaba en el momento justo y en el lugar adecuado.

Ella se quedó analizando su expresión mientras él le daba un sorbo a su bebida. Su voz sonaba rota, como siempre que quería ocultar sus sentimientos.

—Bueno, yo mejor me voy a casa.

Delia rompió el momento al comunicar que se marchaba, y Denisse se percató de que su madre se había tragado el zumo en un pestañeo.

—Mamá, ¿te llevo?

—No, cielo, no hace falta. Después del susto, necesito que me dé el aire. Una buena caminata me vendrá bien.

—Pero ya es casi la hora del almuerzo —insistió ella.

Su madre le colocó una mano en el hombro.

—Es mejor que te quedes aquí. —Sus ojos se fueron hacia los de Julien—. Es donde debes estar.

Denisse frunció el ceño y se despidió de ella, confusa con sus palabras y con su modo de actuar.

—¿Qué le has hecho a mi madre? —preguntó de golpe en cuanto ella desapareció por la puerta.

—¿Yo? —Sus labios tiraban hacia arriba—. ¿Por qué debería haberle hecho algo?

—No sé. —Ella se volvió a frotar el rostro, resoplando—. Es que así, de primeras, es muy raro que mi madre confíe en las personas. Suele quedarse al margen, pero observa, y no cedería tan a la ligera a que me quedase o a que Cala esté aquí. Me extraña que haya pasado de la incomodidad a esa tranquilidad en tu presencia.

Julien dejó escapar una risilla antes de darle un sorbo a la isotónica que él se había servido.

—En su momento me costó ganarme su confianza, créeme. Pero ya... —añadió y se encogió de hombros— la tengo en el bolsillo.

Ella ladeó la cabeza y entrecerró los ojos con sospecha. «¿En su momento? ¿Me he perdido ese encuentro?», lo que a él le provocó otra risilla.

—¿A qué te refieres? —interrogó desconfiada.

Julien se encogió de hombros.

—Justo a lo que digo, que ya confía en mí.

Denisse se llevó una mano a la frente. Entre el susto, la medicación, el comportamiento cada vez más extraño de su madre y la ambigüedad de Julien, comenzaba a dolerle la cabeza.

—¿Puedo usar el baño?

—Faltaría más —concedió.

Caminó por el pasillo, igual al suyo, pero a la inversa —puesto que toda aquella urbanización estaba construida con las mismas líneas—, y cerró la puerta para apoyar la espalda en la madera. Apretó los ojos y respiró con profundidad, después, se acercó al lavabo y se refrescó la nuca, justo bajo el cabello. Se quedó unos instantes con las manos apoyadas sobre el mármol,

intentando mantener a raya el punzante dolor que amenazaba con acentuarse. Tras ello, levantó la mirada y entonces sufrió un pequeño pellizco en el pecho. En una balda, junto a todos los productos de aseo masculino, se situaba un pequeño jarrón de cristal fino y en él una cala solitaria. Denisse comenzó casi a hiperventilar. ¿Qué significaba aquello? Presa de un ataque de pánico incontrolable, comenzó a registrar los pocos cajones que tenía el mueble. Solo encontró lo típico que alguien guardaba en un baño y fue entonces cuando se sentó en la tapa del inodoro y suspiró.

—Cálmate, Deni, cálmate —se animó a sí misma y, mientras intentaba recobrar la cordura, se quedó contemplando las dobles puertas que había bajo el lavabo.

Ladeó la cabeza y, con desgana, abrió una de ellas. Observó los varios juegos de toallas, todos en azul petróleo, un color que particularmente le gustó. Entrecerró los ojos al ver entre ellas un bulto y, sin pensarlo, apartó las telas para extraer una pequeña caja de madera tallada.

Pasó las yemas de los dedos por aquel grabado. Un intricado de flores que le hizo fruncir el ceño, como si fuese un objeto que ya había contemplado antes. Lo abrió, pues era sencilla y no tenía ningún tipo de cierre de privacidad, y le temblaron las manos. Forrada de terciopelo burdeos, encontró un blíster de pastillas que al levantarlo la dejó sin respiración. Era su medicación. Los nervios se apoderaron de su cuerpo al contemplar la pieza suelta del termo que él mismo había reparado. Hiperventilaba.

—Aah..., aah..., aah... —Lo guardó todo donde lo encontró—. Aah..., aah..., aah... —Se incorporó, temblando con un terror indescriptible—. Aah..., aah..., ahh...

Abrió la puerta con delicadeza.

—Mamá...

Se giró precipitadamente hacia el sonido de queja y se acercó con velocidad a la habitación donde estaba la niña.

—Oh, preciosa mía..., ¿cómo te encuentras? —inquirió Denisse, que se mordía el labio, haciendo un gran esfuerzo por ocultar su miedo.

Tenía que salir de allí y llevarse a su hija sin levantar sospecha.

Julien ya estaba allí, de pie, cruzado de brazos, mirándolas. Escudriñó su rostro y frunció el ceño. Ella sabía que en cualquier momento le preguntaría si le pasaba algo, pero Denisse solo quería escapar. Pensar lo haría después.

—Me duele... —anunció al mismo tiempo que se llevaba la mano hacia la frente.

—Wow, wow, para, bicho, no puedes tocarte el apósito —informó Julien, que se adelantó para agarrar la mano de la pequeña.

—Pero...

—No te preocupes, en nada estarás como nueva. Digamos que has pasado por el taller y te han reparado, ¿eh?

Denisse lo observó y, junto al pánico, una punzada se instaló en la boca del estómago. Ese hombre le estaba robando, de alguna manera, el protagonismo de la madre que consuela a su hija tras un incidente. Después contempló a Cala. La admiración en sus ojos era absoluta. Él era el que había acudido a rescatarla como un superhéroe, él era el que había estado con ella mientras le suturaban la herida y el que se la había llevado a casa. Él era en quien ella se había refugiado y, sin embargo, en Denisse cristalizaba la idea de que ya lo tenía calculado. «Respira con disimulo. Saca a tu hija de aquí».

Se levantó como un resorte.

—Cariño, ¿estás bien para incorporarte? —preguntó con delicadeza camuflada.

Julien la miró con los ojos entrecerrados.

—¿No sería mejor que siguiera en reposo? —aconsejó, extrañado con su reacción.

—Sí, claro, continuará en reposo, pero mejor en mi casa, en su habitación, con su madre y en su entorno.

Lo apartó con suavidad y se acercó a su hija para ayudarla a levantarse. La niña, que obedeció en todo momento sin protestar, miraba a Julien con pena, y eso también se quedó marcado en el pecho de Denisse.

—Oyeee, Deni...

—Julien —interrumpió—. No tengo palabras para agradecerte que estuvieras allí en el momento justo y el lugar adecuado —recalcó lo que él había dicho hacía apenas un momento—, pero creo que ya es hora de que ambas nos vayamos a casa.

Él se mantuvo en silencio. Denisse acompañó a la niña hacia la salida adaptándose a su paso. En cuanto estuvieron cerca de la pequeña verja de entrada, Julien habló:

—Entiendo que estás asustada, pero todo saldrá bien.

Ella se giró lo que pudo, sujetando a Cala por los hombros.

—Por supuesto que saldrá bien, es solo un corte. No soy tan hipocondríaca.

Él sonrió y se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros.

—Lo sé. Eres valiente, pero no me refería a Cala.

Denisse levantó las cejas con pánico. Él había leído su miedo, había percibido el terror, ¿se habría dado cuenta de que ya sabía lo de la caja? Julien siempre conseguía hacerla caminar como una funámbula; haciendo equilibrios constantes entre amarlo o temerlo.



24

—¿Ahora me crees? —preguntó con aire de superioridad y levantando una ceja.

Denisse abrazó la taza de tila que él le sirvió en cuanto ella le pidió que lo hiciera.

—No sé qué creer. Estoy muy desorientada, ya no sé qué es verdad, qué es mentira, qué es producto de mi mente o qué de la medicación que tomo. Necesito que intentes comprender mi posición, no que me juzgues.

Denisse se quedó observando los ojos de su amigo, aquellos que la miraban con la misma proporción de consuelo que de advertencia.

A pesar de que solo había pedido un día más, en el trabajo le habían concedido el resto de la semana libre para que cuidase de Cala. Se despertó al día siguiente de lo sucedido o más bien no había conseguido dormir, tantas pesadillas, tanto caos, tanta confusión... Se sentía mareada. En cuanto su hija tomó el desayuno, y Denisse se cercioró de que se encontraba bien, había dejado a su madre al mando y salió disparada hacia la casa de Ray a buscar algún atisbo de sentido común. Suerte que él aún no se había incorporado a su turno. Y allí se encontraba, sentada en su porche, en aquellas maravillosas sillas acolchadas rollo *chill out* que tanto le gustaban. La mañana estaba fresca, de hecho, se adentrarían en diciembre para la semana siguiente, a pesar de ello, necesitaba respirar. Desde que Julien había aparecido en su vida, sentía que continuamente le faltaba el aliento, a veces creía que era amor, otras, miedo.

—¿Por qué no lo enfrentas de una vez? Mándalo a tomar por culo, además, ¿quién es ese tío que llega a tu vida de la nada? No le debes nada, Deni.

Ella agachó la cabeza y se quedó observando el líquido rojizo, dentro de aquella taza.

—Busco que se me entienda, no que se me diga lo que tengo que hacer —aseveró con voz firme, levantando los ojos de nuevo hacia él.

—¿Qué quieres que entienda? Te dije desde el principio que no es de fiar, pero eres muy cabezota. Sigues erre que erre queriendo descubrir en él, ¿qué?, ¿qué es lo que buscas tanto? Porque, la verdad, me desespera —comentó mosqueado.

—No lo sé, ¡no lo sé! —Levantó la voz, fulminándolo con la mirada.

—¿Por qué sigues tan emperrada? Acabas de llamar a mi casa y me has soltado el rollo de que

has encontrado tus medicinas y la pieza del termo que se estropeó y que él mismo reparó. ¿Qué más quieres? Se acerca a ti con jugadas sucias. ¡Es un puto asesino, Deni! —recalcó.

—¡No lo es! ¡No lo es! Estoy convencida de que hay una explicación. —Ray se quedó unos instantes observándola y compuso una expresión impertérrita, a pesar de que Denisse se daba cuenta de que estaba haciendo un enorme esfuerzo. Cogió una gran bocanada de aire.

»¿No te has planteado nunca que puede que fuese un accidente? —sugirió con algo de esperanza.

Él levantó una ceja.

—¿Cómo?

—Pues eso. Quizás... no mató a nadie a conciencia, quizás fue involuntario. ¿Y si lo condenaron injustamente? ¿Por qué no debo darle el beneficio de la duda? Además, es el hermano de Sam, él no taparía algo tan grave —explicó, intentaba convencerse a sí misma de sus propias reflexiones.

Ray se levantó como un gorila cabreado.

—Pero ¡bueno, esto es el colmo! ¿Cómo lo sabes? ¿Cómo sabes que él no cubriría a su hermano? ¿Qué cojones le ves para querer buscar una justificación a toda costa? ¡Tú misma me estás diciendo que le tienes miedo!

—Sí, sí. —Ella agarró su muñeca y lo invitó a sentarse de nuevo, él cedió—. Pero es un miedo que no puedo explicar. No le temo a él en sí mismo. Temó al desconocimiento, temo a conocer la verdad y al mismo tiempo quiero hacerlo. No sabes lo que es vivir en una niebla constante. ¡Nadie sabe eso!

Ray apoyó los codos en sus rodillas y la frente, en los pulgares, pensando.

—Vale. —Suspiró—. Intento entender tu situación. Sabes que siempre te he apoyado y estoy aquí para ti, solo es que... este bucle en el que has entrado no lo comprendo. Hago el esfuerzo de respetarte, de aceptar tus decisiones, pero entiéndeme tú también. —Ladeó la cabeza para mirarla—. ¿Mis sentimientos no cuentan? —preguntó con dolor—. Es como si estuvieras en la vía del tren, y yo contemplase que te va a atropellar y, por más que trato de apartarte, sigues ahí clavada.

Denisse se quedó observándolo en silencio unos segundos. Después, dejó la taza en la pequeña mesa de cristal y se lamió los labios.

—Claro que entiendo tus sentimientos. No quiero por nada del mundo hacerte daño —declaró con dulzura.

—Ya lo estás haciendo —susurró con amargura.

—No es mi intención, lo sabes muy bien. —Cogió sus manos—. Además, ¿y si no me atropella? ¿Y si consigo quitarme en el último momento? ¿Y si frena? ¿Y si se aparta?

Ray resopló y se despeinó el invisible cabello, puesto que estaba rapado.

—¡Los isis no me valen! Déjalo, no sé por qué estás aquí. No pensamos lo mismo. Creí que habías venido porque entendías la situación, porque, quizás, tú y yo... —Silencio—. No importa —dijo sacudiendo la cabeza—. Eres la persona más exasperante que me he echado a la cara. —Aunque arrancó mosqueado, terminó de hablar con suavidad.

Denisse le sonrió con cariño y le apretó las manos.

—Estoy aquí porque sé que jamás me mentirías. No soy tonta, ¿sabes?

—Jamás he dicho que lo fueras, pero estoy comenzando a pensarlo.

Le palmeó la rodilla, y él sonrió.

—Oye, sé que todos los que estáis a mi alrededor me apreciáis.

—Algunos más que otros —anunció mirándola con profundidad.

—Bueno. —Tragó saliva—. Lo que quiero decir es que me tenéis metida en una burbuja de

protección constante. —Chasqueó la lengua—. A mí y a mi hija, y no quiero eso, Ray, no necesito que estéis continuamente adornándome la realidad como en la película de Drew Barrymore *50 Primeras Citas*. —Él levantó una ceja sin comprender aquella comparación.

»Necesito enfrentarme a la vida en general, por dura que sea, con las pocas armas que yo pueda tener, y sé que tú eres el único que no me endulza nada. No quiero mentiras a mi alrededor.

—Nunca te hemos mentado.

—Pero sí me ocultáis las cosas como si yo fuese una muñequita de cristal que fuese a romperse en cualquier momento. Así no me ayudáis —protestó.

—¿Y qué quieres de mí? ¿Que me quede de brazos cruzados mientras te metes en la boca del lobo? ¿Que haga la vista gorda mientras te lanzas hacia él, y yo me quedo sin ti?

Denisse sonrió y se recolocó en el asiento para mirarlo de frente. No le soltó las manos e imprimió algo más de fuerza en ellas.

—Quiero que me ayudes a averiguar la verdad —admitió concentrada en su expresión.

—¿Qué? —Ray levantó una ceja y arrugó la boca sin ocultar su desconcierto.

—Tú estás convencido de que Julien es un asesino —afirmó Denisse.

—Lo es —reiteró.

—Sí, vale, no voy a discutir contigo de nuevo. —Lo miró con determinación—. Demuéstramelo, Ray. —Él resopló, y ella le volvió a apretar los dedos—. Busca una noticia, un periódico, un dato, algo real que me informe exactamente de cómo sucedieron los hechos.

—Con una condición —objetó con firmeza.

—Lo que quieras.

—Prométeme que, cuando aparezca delante de ti con una prueba contundente en las manos, vas a mandarlo a la mierda y a alejarte de él.

Ray se quedó observando la duda en sus ojos verdes y aquello le pellizcó el pecho más de lo que se atrevía a admitir. Ya se estaba arrastrando demasiado. Después de los años que llevaban conociéndose, le daba rabia que ese hombre hubiera llegado de la nada y calado demasiado hondo en Deni en tan poco tiempo.

—Lo prometo —concedió después de un buen rato.

—Has dudado.

Ella puso los ojos en blanco y después suspiró.

—Voy a ser sincera y clara contigo, Ray.

—No espero menos —murmuró, aunque sabía de antemano lo que iba a decir.

—Julien me importa. —Aquello le escoció. Bastante.

»De hecho, creo que me estoy enamorando de él. No puedo explicarte cómo está sucediendo porque yo misma no lo comprendo, pero necesito despejar la bruma que hay entre los dos para poder amar con libertad. Quiero reconciliarme con mi pasado, necesito superar lo que ocurrió con Simon. Cometí un error contigo y no quiero volver a equivocarme. Nunca había estado tan desesperada por dar un paso hacia adelante en paz conmigo misma. Sin sentirme culpable constantemente.

—No recuerdo que tuvieses semejante determinación antes —confesó con indignación—. ¿Tan culpable te sentías conmigo? —Compuso una expresión de angustia.

—Me duele haberte hecho sufrir, pero sí, no conseguía superar la culpabilidad y después me di cuenta de lo que de verdad sentía. No sé cómo ni cuántas veces pedirte perdón.

—No pidas perdón —dijo bajando la cabeza, después la levantó para escudriñar su rostro—. ¿Y si resulta que nada de lo que has creído hasta ahora es verdad?

Su pregunta, seria, franca, dirigida directamente hacia su pecho, la dejó clavada en el sitio. Se quedó contemplando sus ojos, que brillaban con impotencia ante algo que se le escapaba. Denisse apretó los labios y se levantó.

—Los *isis* no me valen.

Él abrió los ojos, sorprendido con su respuesta, tras ello se incorporó y se acercó a ella, respirando con agitación, casi rozó su nariz, y Denisse parpadeó asombrada con su comportamiento.

—Te traeré esas pruebas. Te demostraré que todo lo que te rodea es un castillo de naipes. Quitaré la carta que has situado como si fuese la más importante y todo se derrumbará a tu alrededor. Solo entonces sabrás que soy el único en el que puedes confiar.

Ella se quedó contemplando el brillo de su mirada, impregnada de furia y confianza, y fue entonces cuando pasó por su cabeza una idea muy débil y fugaz, a pesar de que cada vez iba tomando más importancia. ¿Y si de verdad Ray estaba en lo cierto? ¿Y si ella se estaba empecinando en creer que Julien no era tan peligroso como parecía? ¿Y si todo lo que ella creía que tenía una explicación lógica y entendible era mentira? ¿Y si de verdad se estaba enamorando de un criminal sin escrúpulos?

«Calma, Deni, los *isis* no valen para nada», se dijo a sí misma no sin sentir cierto grado de intranquilidad.



25

—¡Estoy tan contenta de que te hayas animado a salir! Ni siquiera he tenido que usar tácticas para convencerte y tirar de ti. Es todo un hito. —Tamy soltó una risilla dándole un pequeño golpe a la copa de Denisse a modo de brindis.

Habían pasado los últimos días muy rápido. Se había dedicado por completo al cuidado de Cala, a pesar de que la peque no tenía nada grave. Quizás era ella la que se estaba obsesionando con su bienestar, pero cada vez sentía más reales los delirios de las pesadillas. Las escenas tomaban más claridad y se despertaba presa de un pánico aterrador, queriendo y temiendo saber cosas.

—¡Necesitaba un respiro muuuy grande! Y al final siempre acabamos aquí —contestó riéndose. Las copas que llevaban ya se habían encargado de relajarla.

Llegado el sábado, sintió que necesitaba salir más que ningún día. Había sucumbido al miedo y a la sospecha y se vio a sí misma yendo de manera furtiva para saber si la llave que había encontrado abría la casa de Julien. Le sacudió una risa absurda y nerviosa cuando comprobó que no. No lograba entender de dónde había salido aquella llave que había aparecido de la nada.

Así pues, allí se encontraban, bebiendo y bailando en El Amida. Denisse se había dedicado a establecer poco o ningún contacto con Julien durante aquellos días. Más de una vez se había acercado a preguntar por Cala y a verla a ella. Habían intercambiado algunos besos esporádicos, pero no era tonta, sabía que él notaba la tirantez, con todo, no había preguntado, se había limitado a respetarla.

No obstante, esa noche necesitaba una desconexión. ¿Y qué mejor manera que salir con Tamy? Podrían haber acudido a otro lugar, pero siempre acababan allí. Después de todo, era el mejor local, era donde se encontraban más cómodas; la música, el ambiente y la compañía eran inmejorables.

Notaba las miradas de Ray en la lejanía, que no le tenía novedades, pero no perdía detalle de lo que ocurría. Y, por supuesto, sentía la mirada poderosa de unos ojos azules que, incluso con el lugar a rebosar, era capaz de colarse entre todas las personas para llegar hasta ella y hacerla temblar.

No se había atrevido a contarle a Tamy todas las coincidencias que habían surgido alrededor de Julien. Ella era de la misma opinión de Ray, y con uno que le diera la tabarra respecto al tema tenía suficiente. Además, contarle todo chocaría estrepitosamente con la motivación que le había llevado a salir, que no era otra que despejarse.

—¿Cómo van mis chicas favoritas? —preguntó Sam en cuanto se sentaron a la barra para descansar un poco del bailoteo.

—¡Genial! ¡Después de una guardia de veinticuatro horas, necesitaba un desfogue! —gritó Tamy.

Sam le sonrió, y Denisse se quedó en un tercer plano, observándolos. Se le curvaron los labios hacia arriba.

—Pues venga, que no se diga. Un chupito de Lobo de melón, que invita la casa, ¡y a darlo todo!

Él se sirvió uno también, y brindaron.

Denisse estaba ya bastante achispada y sus ojos se iban hacia él. La causa de sus nuevas emociones. Servía copas sin parar y atendía con una sonrisa letal a todas las que se acercaban a la barra.

Celosa. Era celosa y no recordaba haberlo sido antes. Le hervía la sangre, aunque entendía a la perfección su trabajo y que él no estaba haciendo nada raro, pero no lo podía controlar. Desde el principio había sido un reclamo nuevo. El pueblo se había hecho eco de la llegada de aquel forastero, y las mujeres, si él quisiera, se le ponían a tiro una tras otra. No era para menos, Julien estaba tremendo.

—¿Qué edad tiene tu hermano? —inquirió sin apartar los ojos de aquel hombre.

—¿Julien? Treinta y ocho, ¿por? —Sam seguía poniendo copas.

—Por nada. —Dio por finalizada la conversación, y Sam siguió a lo suyo, cosa que agradeció.

Denisse tenía los ojos verdes clavados en el forastero y no podía apartarlos de allí. Intercambiaron una mirada fugaz desde la distancia, ella tenía los labios en el borde de la copa, y él le guiñó, poniéndola nerviosa. Aquella noche no quería pensar, quería evadirse. Así que una nueva Denisse se apoderó de su cuerpo y le dio un suave lametón al filo del cristal sin apartar la vista de él. Contempló la expresión de asombro de Julien y observó cómo su nuez se movía al tragar saliva. Lo tuvieron que llamar varias veces para romper el vínculo que se creó entre ellos.

«La conexión que tenemos tú y yo es más fuerte que todo eso, es más intensa, más profunda, más mágica, si prefieres llamarla así. Seré capaz de llegar a ti las veces que sean necesarias, pasando por quien sea que se ponga en mi camino».

Denisse asintió, comprendiendo a lo que se refería Julien aquel día en la casa de Sam. Existía una fuerza poderosa que los arrastraba a estar uno con el otro que no se podía explicar. No pudo hacérselo entender a Ray porque ni siquiera lo comprendía ella misma. Había descubierto que Julien era como una especie de adicción de la que no podía apartarse. Tan solo le quedaba por averiguar si esa conexión era sana e inocua o debía poner remedio para abandonarla.

—No hagas ese gesto o no respondo —susurró en su oído.

—¿Por qué? —preguntó ella a su vez. Era una conversación privada.

—Oooh, sabes muy bien por qué. Me pone a mil ver tu lengua —la picó.

—A mí me pones a mil entero. —Ella contuvo la respiración cuando sintió la mano en su muslo.

Una carcajada.

—Vamos, Deni, que estamos en una cena familiar. Compórtate —murmuró con diversión.

—Luego, a solas..., te vas a enterar.

—Sí, sí. Luego, a solas..., quiero enterarme.

Denisse se llevó una mano a la frente y dejó la copa sobre la barra de manera abrupta.

—¿Qué te pasa? —inquirió Tamy sujetándole el brazo.

—Nada...

—No me mientas. Sé que ocurre algo y que no me lo cuentas. No he querido presionarte, pero ya es demasiado —la sermoneó.

—No pasa nada, Tamy, de verdad.

Parpadeó varias veces y enfocó a los ojos color miel, preocupados, de su amiga.

—¿Te ha subido el chupito?

Se le escapó una risilla sincera. Sí, se le estaba subiendo el alcohol, también la lívido y la mezcla de recuerdos la tenía en tensión. Quería seguir bebiendo. Quería pausar a su cerebro. No era el momento para que su laguna decidiera llenarse.

Le daba mucha rabia que lo sucedido hacía ya ocho años le hubiese puesto un cartel de: pobrecita o tonta. No lo era en absoluto y sabía que todas aquellas escenas eran los recuerdos de su marido. Quizás, llamando a su conciencia. Probablemente, torturándola por enamorarse de otro hombre.

Se terminó lo que le quedaba de copa de un trago.

—Vamos a bailar, Tamy. No quiero pensar en nada. Quiero disfrutar.

Su amiga examinó su expresión unos segundos y después asintió.

—¡Venga! Pues a disfrutar.

Ambas se dirigieron a la pista. Con cada canción, cada chupito, cada movimiento, Denisse se evadía más y más. Hasta que el tumulto de personas pasó a ser borroso, las luces se mezclaban formando un arcoíris de colores, y ella danzaba como si estuviese en un ritual fuera de su cuerpo y mente. Entonces lo vio. Lo reconoció. Lo sintió. Él.

—Baila conmigo. —Su susurro en el oído le puso el vello de punta.

Comenzó a sonar una bachata.

—No sé si seré capaz —confesó con una risilla producto de su ebriedad.

La canción de India Martínez, *5 Sentíos*, se filtró hacia su alma. Cada palabra de la letra se grababa en su piel.

—Yo te guiaré. Confía en mí. —Su voz, suave y grave, ronca y sensual, caló en Denisse como el ácido más potente, destruyendo cualquier barrera que ella pudiera levantar.

Se aferró a él como si fuese su salvavidas personal. Julien se encargaba de moverlos a los dos. Denisse sintió los cuerpos de ambos tan pegados que el calor comenzó a ahogarla. Los movimientos la seducían, su aroma. Ella pegó la nariz a su cuello y cerró los ojos. Notó cómo Julien apoyaba la cabeza sobre la suya al tiempo que sus piernas, entrelazadas, bailaban al son de la música. La tenía sujeta con fuerza y delicadeza al mismo tiempo. ¿Por qué sentía tanta seguridad en sus brazos? No quería dudar tanto. No quería sombras.

—*Me enamoré de tu alma, tu prisa, tu calma...* —A Denisse le temblaron las piernas al oírlo cantar a susurros en su oído fragmentos de la letra, pero se quedó allí, anclada en sus brazos, mientras él la movía.

»*Porque no hay distancia que me aleje de ti.* —Se separó unos milímetros, los justos para contemplar sus ojos azules, que la observaban con tanta intensidad que le robaban la respiración.

—*Seguro que me enamoré...* —murmuró sobre sus labios.

»*Que te quiero, te amo y de todo... Que no quiero vivir de otro modo.*

Le embriagó el aroma a lima de su aliento.

Denisse no se pudo contener más. Se lanzó a su boca como si fuese Eva tentada por el diablo a

comerse la fruta prohibida que la llevaría a pecar.

Julien respondió con la misma intensidad. Ambos se paladeaban y saboreaban como si estuvieran solos. Abrazados, balanceándose de manera placentera. Los roces eran cada vez más intencionados. Eran dos adultos que ya no tenían la capacidad para contenerse más.

—Quédate conmigo esta noche —le propuso él. Denisse no pudo hacer otra cosa más que asentir. Observó cómo salía de él una especie de suspiro de alivio y eso le provocó una carcajada.

»¿De qué te ríes? —preguntó él con sus labios curvados hacia arriba.

—De que pareces satisfecho.

Julien sonrió acercándose de nuevo a su boca.

—Si me hubieses dicho que no, ya es que no sé lo que haría. Te necesito, Deni. —Mordió su labio inferior—. Te necesito muuucho muuucho. No sabes cuánto.

Su contestación, seria y profunda, parecía decir algo más. No hablaba del contacto físico, quería transmitirle más cosas. Siempre había mensajes implícitos en sus ojos, sus gestos y palabras.

No recordó ni despedirse. En su mente solo aparecía la imagen de agarrar los dedos de Julien con fuerza y dejarse arrastrar hacia el lugar al que él quisiera llevarla. Le dio pánico darse cuenta de que en aquellos instantes, podría ir con él al fin del mundo.

«Ay, Dios, perdóname, Simon, pero estoy enamorada de este hombre».



26

—Llevo tanto tiempo esperando este momento que no voy a dejarte ir en toda la noche, aunque te confieso que no sé ni por dónde empezar.

Su voz sensual, en lo que besaba la parte de atrás de su cuello, le arrancó un jadeo.

Se habían marchado del local, directos a la casa de Julien. Denisse no sabía cómo había acabado en un pestaño en su habitación, siendo desnudada con una delicadeza casi reverencial. Su piel tiritaba de anticipación. Sus dedos pasaban por sus brazos quemándola. Bajó hacia sus muslos y se deshizo de la falda que llevaba.

—Estoy nerviosa —confesó a media voz.

—Yo también, pero da igual, déjame a mí —murmuró lamiendo la curva de su oreja.

Denisse apoyó la cabeza en su hombro y levantó el brazo para enredarlo en su cuello. Julien ya se había deshecho de su ropa, y ella notaba el bulto de su erección pegado al trasero. Una mujer que no reconocía se apoderó de ella. Se frotó contra él con descaro, pidiendo contacto. Quizás eran muchos años de soledad. Mucho tiempo sin sentirse querida o deseada. Demasiado esperando a alguien que llenase el vacío que la consumía. Durante un lapsus en su vida creyó que el hombre que completaría aquel hueco sería Ray, cuán equivocada estuvo. Por mal que le pesase, y a pesar de no haber tenido intención de hacerle daño, lo que le hacía sentir Julien era diferente. Tan solo una mirada de sus ojos azules bastaba para hacerla temblar, algo que no había sucedido con ningún otro hombre. La Denisse que era con él no se podía explicar, estaba situada en otra órbita distinta. Nunca pensó en lo necesitada que estaba hasta que aquel forastero apareció ante ella.

—Aaah...

Julien sabía lo que hacía. Mordisqueó la parte de atrás de su cuello, transmitiéndole un dulce calambre a su entrepierna y agarró sus pechos, pellizcándole los pezones justo en el lugar en el que lo habría hecho ella, un escalofrío recorrió su columna y la llevó a apretarse más a él.

—Mmm... —gimió él en su oreja cuando ella se volvió a frotar.

La incitó a tumbarse en la cama. A ella llegó el agradable aroma de las sábanas y cerró los ojos embriagándose del momento. Se giró para contemplar al espécimen de hombre que

acariciaba sus piernas con devoción.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó con sorpresa al ver un apósito en la parte baja de su abdomen.

—Nada, un tatuaje.

—¿Te duele?

—No. —Le lamió la pantorrilla, y Denisse se arqueó.

—Aaah... ¿Y qué te has dibujado?

Julien levantó los ojos hacia ella, desde abajo. Sus zafiros la intimidaban y su lento avance la ponía a mil.

—Mi alma está en ese tatuaje.

—Uuff... —jadeó cuando él mordió la cara interna de su muslo—. Tendrás que enseñármelo. —Apenas podía hablar. Julien le arrebató el aliento.

—Pronto..., muy pronto...

Iba a besarla, iba a saborearla, Denisse lo sabía y se mordió el labio de expectación. Julien le abrió las piernas, no tuvo que ponerle mucho empeño, y ella se arqueó en cuanto sintió su boca.

—Aaahh... Julien...

—*Hazme vibrar...*

—*Siempre lo hago.*

—*Pero hoy no quiero a mi Bestia, quiero a mi Rey...*

Una carcajada.

—*Pides al Rey al principio y no termino los preliminares cuando me gritas que quieres al Bestia...*

Denisse apretó los ojos con fuerza. No quería *flashes* en aquel momento. Quería disfrutar. La lengua de Julien hacía maravillas en su clítoris. Jadeó, gimió y se agarró a las sábanas.

—Aaahh..., aaahh... —Justo cuando le iban a sacudir los calambres del orgasmo, él paró. Se incorporó sobre sus rodillas y la miró. Se limpió la boca con el dorso de la mano y jamás antes le había parecido un gesto tan *sexy*. La tenía atrapada.

Denisse llevó las manos a su pecho, acarició levemente la cadena que le colgaba del cuello, los adornos que llevaba no eran de su interés en aquel momento. Recorrió sus músculos, trabajados debido al deporte en su justa medida, memorizándolos con las yemas. Bajó por su abdomen, pasó con suavidad por el apósito, deslizó los dedos por sus oblicuos y... acarició su miembro. Observó cómo él contenía el aliento. Estaba duro, suave y húmedo, preparado para el momento. Continuó con su exploración admirando las reacciones que provocaba en él. Se mordía el labio, el ceño fruncido, disfrutando de su atención.

—Aaah... —Puso la mano en su muñeca—. Para o terminaré rápido —confesó con la voz grave y áspera por el deseo.

Denisse le cogió la mano y le lamió el dedo índice. Contempló cómo Julien la observaba con los ojos empañados y la boca semiabierta. Respiraba con dificultad y tragaba saliva una y otra vez. Ella paró, y Julien se llevó el mismo dedo a su boca. A Denisse le pareció excitante. Observó cómo se giraba hacia uno de los cajones y buscaba un preservativo. Se lo mostró. Ella tenía los ojos clavados en él, en cada movimiento, cada suspiro, cada gruñido o cada jadeo. El pecho de Julien bajaba y subía con ansiedad. Denisse abrió los ojos con asombro al ver cómo rasgaba el envoltorio y se lo colocaba en el miembro. Él no dejaba de mirarla, y ella tragaba saliva con desesperación. Necesitaba sentirlo.

Julien captó su orden implícita y se dejó caer, colocando las palmas a ambos lados de su

cabeza. Fue ella quien lo guio al interior. Denisse analizó su rostro. Había cerrado los ojos con fuerza y se mordía el labio hasta el punto de hacerse daño. Pasó los dedos por su boca para que se relajase, a pesar de que ella estaba casi delirando.

—¿Qué ocurre? —inquirió al contemplarlo, parecía que sufría en lugar de disfrutar.

—Nada... —negó mirándola—. Mucho tiempo esperando.

Sus ojos estaban vidriosos, de deseo y de mil emociones que ella no sabía interpretar. Se deslizó hacia su interior con suavidad en las primeras incursiones.

Denisse se aferró a su cuello y enredó las piernas en su cintura. Él comenzó a ir más deprisa. Notaba su urgencia, ella no duraría mucho más. Se abandonó a sentir. Julien encajaba en ella de una manera asombrosa. Arqueaba la espalda de tal forma que lograba más profundidad en sus estocadas. La llenaba por entero, su pelvis pegaba con intención calculada justo en el punto que la hacía enloquecer.

—Aaahh... Julien..., aaahhh...

—Grítamelo..., déjate ir conmigo... —rogó dejando su pecho caer sobre el de ella provocando más contacto y fricción entre los dos.

Julien aumentó la velocidad y la ferocidad de sus embestidas. Denisse lo sentía tan fuerte que por un momento pensó que estaba enfurecido, hasta que contempló la desesperación en sus ojos. Los dos apremiaban los movimientos para alcanzar el orgasmo de manera más intensa. Denisse no soportó muchas estocadas más. El hormigueo comenzó a recorrerle las piernas y la espalda se le contrajo contra la cama de tal forma que gritó cuando llegó al clímax. Sintió las oleadas de la culminación extenderse por todo su cuerpo y abrió los ojos para observar a Julien, que seguía empujando sin perder un ápice de atención en su rostro.

—Uuufff..., joder..., aaahhh...

Ella percibió el momento exacto en el que él eyaculó. Contempló cómo le invadían los espasmos, cómo jadeó con unos sonidos tan primitivos que más parecía un animal. Ambos recuperaron el aliento, y su mirada azul se clavó en ella haciéndola sentir amada de una manera inexplicable.

—Te quiero —confesó.

Denisse no lo pudo evitar y soltó una risilla nerviosa. Callada, le acarició el cabello rubio, acomodándose tras la oreja. Y él continuó analizándola sin apartar los ojos de su rostro. Al cabo de unos instantes en los que ambos recuperaron la respiración, él se apartó. Salió de ella para sentarse sobre la cama y limpiarse en la intimidad.

Denisse se quedó embobada con su espalda, con la manera en la que los músculos se movían y, sin pensar, se abrazó a él por detrás. Acarició su piel caliente, besó con cariño la base de su cuello y pasó los dedos por su cabello rubio. De pronto le invadió un sentimiento de posesión. ¿Cuántas mujeres habrían disfrutado de su compañía? ¿A cuántas habría desnudado? ¿Qué habrían sentido al tener a Julien para ellas? Sin darse cuenta, esas dudas se le escaparon en voz alta.

—¿Has estado con muchas mujeres? —inquirió con delicadeza, abrazada a sus hombros y observando su perfil.

—No.

Su respuesta fue tan rápida que Denisse sonrió.

—No me lo creo.

—Soy hombre de una sola mujer —confesó mirándola a los ojos.

Denisse estalló en una carcajada nerviosa. Aquello era imposible. ¿Cuántos años dijo Sam que tenía? ¿Treinta y ocho? Podría ser que no hubiese estado con muchas, pero desde luego sí con

varias, era difícil de creer que un hombre como él no hubiera sucumbido a tentaciones.

—¿Le dices eso a todas? —inquirió con un toque de diversión.

No tenía sentido que se encelase de su vida pasada, de hecho, no estaba celosa, Denisse tan solo quería conocerlo mejor.

Él se giró y, en un parpadeo, ella lo tuvo encima.

—No. No se lo digo a todas.

Sin más, Julien la giró y comenzó a provocarla de nuevo. Ella soltó una risilla.

—¿Qué haces? —No podía dejar de sonreír.

—¿Qué crees? Vamos a por el segundo asalto —anunció y le acarició los pechos desde atrás tironeándole con suavidad de los pezones.

Ella cerró los ojos y dejó escapar un jadeo en cuanto él le metió la mano entre los muslos y pasó los dedos por su entrepierna.

—Aahh...

—¿Te gusta, Deni? —preguntó con sensualidad al mismo tiempo que lamía el lóbulo de su oreja.

—Sííí...

—Lo sé —afirmó él mientras le frotaba el miembro deliberadamente contra el trasero—. Voy a saborearte toooda la noche, Deni...

Denisse no podía resistirse, aunque quisiera. Julien parecía tener muchísima experiencia. Sabía provocarla y encenderla. Sabía qué hacerle, dónde tocar, dónde besar, dónde morder y, por supuesto, sabía cómo hacerla gritar.

El cometido de aquella noche era no pensar, y Denisse comprobó que lo estaba consiguiendo. Solo quería disfrutar, sentirse una mujer normal, con sus deseos, sus necesidades y, por supuesto, experimentar todo aquello que tenía olvidado. Le urgía percibir lo que era el sexo. Saciarse. Evadirse. En aquel momento no era la Denisse madre, hija, viuda o amiga. No era la mujer trabajadora ni la que tenía un problema de memoria. En aquel instante solo quería ser Denisse a secas. Por y para ella misma. Y Julien se estaba encargando de conseguir que así fuera.

Hicieron el amor de manera salvaje, suave, de varias posturas, en la cama, en la ducha, sobre la mesa... Con sus tiempos, por supuesto, era humana y se le agotaba la batería. Pero era cierto que no necesitaban nada para encenderse. Se complementaban a la perfección, y para su asombro, ella también descubría sus puntos débiles. Supo que, si pasaba la lengua por sus oblicuos, gemía diferente. Supo que, si le mordía el cuello, gemía diferente y supo que, si lo miraba mientras él la penetraba desde atrás, también gemía diferente. Descubrir todas esas cosas, le hacía sentirse poderosa.

El amanecer se colaba entre las rendijas de la ventana y el estómago de Denisse hizo su aparición. Ambos eran una maraña de brazos y piernas, desnudos, enredados entre las suaves sábanas.

—Julien..., tengo hambre... —susurró contemplando su atractivo rostro enterrado en la almohada. Dormido.

Apartó el cabello que le caía sobre la frente.

—Mmm..., estoy reventado..., has acabado conmigo —murmuró.

Denisse soltó una risilla.

—Y tú, conmigo —admitió acariciando su barba.

—Ay..., joder..., hacía tiempo que no dormía tan bien... —comentó al mismo tiempo que enterraba la cara aún más en la almohada—. Estoy agotado.

—Pues vamos a desayunar... y recobramos energía —sugirió con un deje de diversión en la

voz.

Él se giró y se quedó de espaldas, aún semidormido.

—Hazme tus famosas tortitas, vida mía... —En cuanto aquellas palabras salieron de su boca, abrió los ojos con pánico y se incorporó. Clavó su mirada en ella, que lo observaba con sorpresa.

»Eeh..., lo siento —se disculpó.

Denisse asintió, tragando saliva.

—No importa. —No iba a preguntarle. No estaba preparada para saber a quién iba dirigido aquel «te quiero» ni tampoco a quién llamaba con ese apelativo cariñoso—. A mí... también se me dan bien las tortitas.

—No es lo que crees, Deni.

Su voz suave, a pesar de la aspereza del sueño, hizo que a ella se le erizase la piel. Denisse le dedicó una sonrisa, aunque sintió una opresión extraña en el pecho.

—De verdad, no pasa nada. —Le guiñó—. ¿Desayunamos?

No quiso que la conversación se agriase, pero a Denisse le escoció, muchísimo, que él estuviera anclado en otro lugar. Ella no era la indicada para hablar, puesto que se había acordado de Simon nada más despertarse. Se había quedado observando el techo y una losa de culpabilidad amagó con asfixiarla, pero después contempló a Julien, dormido a su lado, y puso todo su esfuerzo en apartar aquella sensación, porque, a pesar de todo, había sido la mejor noche que había vivido desde hacía ocho años. A veces, solo a veces, necesitaba pensar en sí misma y ser un poco egoísta.

—¿Por qué sonríes? —inquirió él levantando una ceja.

Denisse le dio un pequeño beso en los labios.

—Porque me siento feliz ahora mismo —Le sacó la lengua—. Vida mía —dijo repitiendo sus palabras a modo de broma, no obstante, Julien tragó saliva y se le humedecieron de nuevo los ojos.

—Así debe ser y así será a partir de ahora, lo prometo —sentenció con la voz rota.

Denisse ladeó la cabeza examinando su rostro. Una pequeña lágrima amenazaba con salir de su ojo izquierdo, y ella la acarició.

—¿Qué pasa así de pronto? —Quiso saber.

Le urgía conocer todos aquellos sentimientos que pasaban por sus ojos azules. Todos los que él se empeñaba en ocultar.

Julien negó con la cabeza y situó su mano encima de la de ella.

—Ha sido maravilloso encontrarte.

Ella le dedicó una triste sonrisa y resopló.

—Tú y tus misterios. —Le palmeó el hombro—. Vamos, holgazán, desayunemos algo.

Se colocó, sin preguntar, una blusa suya y caminó hacia la cocina.

—¿Holgazán? Te recuerdo que pedías clemencia no hace mucho.

Oyó su voz pícaro desde la cama.

—Y tú acabas de decir que estabas reventado —contestó con igual diversión en lo que se internaba en la cocina.

—¡Ya estoy recargado de nuevo! ¡Ponme a prueba! —gritó desde la habitación.

Denisse soltó una carcajada que murió de golpe cuando contempló la mesa de la cocina.

La noche anterior, habían dejado todo esparcido por allí al llegar. Denisse soltó su bolso y su abrigo, Julien su chaqueta y revoleó su cartera, arrojando las llaves junto a ella. Y... levantó en el aire aquel juego de llaves para analizarlo con detenimiento. Parpadeó varias veces para asegurarse de que no era producto de su mente inestable. No. Lo que tenía delante era real. Había

un árbol de la vida, con los nombres de Simon y Cala grabados. Quiso cerciorarse y con pánico rebuscó en su bolso para compararlas. No eran las suyas. En aquella ocasión no estaba delirando. Aquel juego de llaves era de él. Comenzó a hiperventilar y... no se sintió preparada para mantener una conversación en aquel momento. No quería que aquello empañase lo que había vivido en sus brazos. Por suerte, su puerta se situaba justo en frente. Cogió todas sus pertenencias y, sin pararse a pensar si hacía bien o mal, huyó.



—*Señora..., siento comunicarle esta terrible noticia, pero...*

—*¿Qué ocurre? —Aquel agente de la ley se presentó en su casa, y ella, tan solo con verlo, supo que se le destruiría el corazón.*

—*Lo sucedido no ha sido un accidente.*

—*¿Cómo dice? —Agarró la puerta con fuerza. No podría mantenerse en pie durante mucho tiempo.*

—*Me temo que ha habido un homicidio.*

Su frase, aun siendo delicada, se le clavó en el pecho con una contundencia atroz.

—*¿Qué... qué me está diciendo? —inquirió sintiendo las lágrimas correr a raudales por su rostro.*

—*Que Simon ha sido asesinado.*

—*Simon... Simon..., no... no puede ser... —Cayó de rodillas.*

—*Señora. —El agente se agachó a ayudarla, y ella apartó sus manos.*

—*Simon... ¡Simon! ¡Simon! ¡No, mi Simon nooo...!*

El desgarró en su garganta, la angustia, las lágrimas, todo se apoderó de ella y...

Denisse se había despertado visualizando esa pesadilla de manera tan real que gritó y lloró como si se encontrase aún dentro de ella y le costó hacerse a la idea de que no era así. Su mente se había encaprichado de un juego sucio y rastroso, haciéndola ir de un lado a otro, a cuál más cruel y doloroso. Así pues, se plantó en la clínica para buscar una solución que arrancase sus desvaríos de raíz.

—*¿Denisse? No teníamos cita hoy —comunicó su doctora revisando su agenda.*

—*No, no la teníamos, pero necesito que cambies mi medicación o voy a volverme loca.*

Había ignorado a Julien. Sin atender sus llamadas ni sus mensajes. Se refugió de nuevo en sí misma, en recolectar la energía que necesitaba para enfrentarlo. Aquello había sido antes de sufrir un nuevo delirio.

—*Verás... Denisse. No puedo cambiar tu tratamiento —anunció entrelazando los dedos y*

apoyando las manos encima de la mesa.

—¿Cómo no vas a poder? ¡¡Lo estoy pasando realmente mal!! —Se cubrió la cara—. La cabeza me estalla, las alucinaciones se acumulan una tras otra y ya me veo desconfiando hasta del aire. No puedo seguir así, por favor, te lo suplico.

La doctora se humedeció los labios.

—A ver, cálmate. Hablemos, pero debes calmarte.

Ella ladeó la cabeza y frunció el ceño. La doctora extrajo su expediente del archivador que se encontraba a su espalda y lo abrió delante de ella.

—¿De qué vamos a hablar? —Quiso saber.

—De lo que está sucediendo en tu cabeza ahora mismo y por qué no lo entiendes.

—¿Me estoy volviendo loca? —preguntó con suavidad arrancando una suave sonrisa a su doctora.

—No. No te estás volviendo loca, pero debes estar preparada para lo que vas a enfrentar.

—No te sigo.

Ella volvió a entrecruzar los dedos y carraspeó.

—Denisse, hace ocho años hubo un incidente —anunció.

—Un accidente, sí, eso ya me lo sé —concedió con impaciencia.

—No, no, un incidente —corrigió haciendo que Denisse frunciera el ceño.

—¿Cómo? —Comenzó a agitarse.

—Entraste en un programa innovador, en un ensayo clínico, en el que se perseguía inhibir parte de la memoria de los pacientes, especialmente aquellos que habían sufrido un trauma severo, para que pudieran continuar con sus vidas de manera feliz y tranquila.

Denisse se cubrió la boca con la mano e intentó respirar, cogiendo grandes bocanadas de aire y soltándolo con lentitud.

—No estoy entendiendo nada —confesó con la voz débil.

Observó cómo la doctora tragaba saliva.

—Lo que estoy intentando decir es que... no tenías una laguna mental, creamos esa laguna para tapar el incidente que te impedía continuar con tu vida.

—¿Qué? —Achicó los ojos. Una bola amarga se le instaló en la garganta.

—Que la medicación que tomabas no era para recuperar esa parte de ti que creías olvidada, era para retener los recuerdos.

Denisse se quedó estupefacta.

—¿Se trata de una broma? ¿Estás jugando conmigo? Porque no tiene gracia.

La doctora negó con suavidad.

—Tranquilízate, por favor, y seguiré explicándotelo. —Silencio—. Hemos estado reteniendo esa parte de tus recuerdos con un tratamiento, y el caos que tienes en tu mente es porque, poco a poco, tu memoria se está despertando.

—¿Entonces? ¿Qué se supone que estoy tomando ahora? ¿Qué estáis haciendo conmigo? ¿Soy una rata de laboratorio o qué? —Denisse se encontraba cada vez más acelerada. No estaba segura de si lo que estaba escuchando era real o estaba metida en otra pesadilla.

—Relájate, por favor. —Una pausa—. Lo que estás tomando ahora no es nada, es placebo.

Denisse se levantó de golpe y caminó nerviosa por la consulta.

—No entiendo, ¿qué pasa conmigo? ¿Qué es lo que veo ahora? —Se giró—. Hubo un accidente, Simon murió y desde entonces estoy sola con Cala.

A la doctora se le humedecieron los ojos.

—Sí, Simon murió, pero no como has creído hasta ahora.

—Pero... esta mañana..., esta mañana... soñé que un agente me decía... que habían asesinado a Simon.

Observó cómo ella se mordía el labio y después asentía.

—Así es. A Simon lo asesinaron. —A pesar de taparse la boca, el grito fue contundente. Rozaba la histeria.

»Por favor, intenta calmarte —dijo la doctora levantándose para agarrar su mano e incitarla a sentarse de nuevo—. Respira conmigo. —Denisse imitaba sus movimientos—. Eso es, inspira, espira...

Tras varios ejercicios para intentar mantener la calma, rogó:

—Cuéntamelo todo.

—No puedo, no podemos, nadie puede. Entra dentro de las contraindicaciones del tratamiento. Hay que dejar que tu memoria vuelva sola.

—¿Qué quieres decir con que nadie puede? ¿Todos lo saben? ¿Quién lo sabe? —inquirió con las lágrimas en los ojos.

—Tu entorno más cercano sabe la verdad, pero no pueden hablar. Hay que dejar que la naturaleza de la medicación siga su curso. Debes estar preparada para recuperar tus recuerdos por ti misma.

—¿Mi... mi... madre lo sabe? —preguntó casi con dolor.

—Tu madre... fue la que firmó el ensayo clínico para que te sometiéramos a él.

—¿Qué?! —Comenzó a sentir náuseas. Se llevó una mano al estómago. Se levantó de nuevo, mareada.

Había odiado durante todo aquel tiempo que la trataran como a una muñeca de cristal, sobreprotegida, constantemente juzgada por todo lo que hacía y el resultado era bien diferente. Todos sabían la verdad. Sabían que habían matado a Simon, y nadie le había dicho nada. La obligaron a tapar todo aquello y borrarlo de su mente e hicieron la vista gorda. ¡¡Qué hipócritas!!

—¿Tan mal estaba? —inquirió con las lágrimas recorriendo sus mejillas.

—¿Disculpa?

—¿Estaba tan mal? ¿No lograba superar la pérdida de mi marido hasta el punto de tener que borrarlo de mi mente? ¿Me nombraron incapaz? ¿Por qué tomaron esas decisiones por mí? ¿Por qué lo permitieron?

—Denisse... No puedo contestar a todo. Yo no trabajaba hace ocho años aquí. Lo que sé es lo que dice el expediente.

—¿Y qué dice? —Arrebató el informe tan rápido que la doctora no pudo alcanzarlo. Aunque solo pudo coger la primera hoja.

Situación psicológica extrema. Se formaliza la petición de inhibición de memoria en aras de proteger la custodia de su hija menor, que consta de un año en la actualidad, pues, de seguir en la situación que se describe a la paciente, se recurriría a avisar a Servicios Sociales, ya que la madre se encuentra incapacitada para ejercer su papel.

Las lágrimas continuaban cayendo sin cesar por su rostro, y Denisse no podía mantenerse en pie.

Unos golpes con contundencia sonaron en la puerta, y la doctora se levantó para acudir, antes siquiera de alcanzar el pomo, se abrió de golpe. Denisse observó a Julien. Entró casi sin aliento. Como el que frena de golpe después de una maratón, sudando y con el semblante preocupado. Sus ojos se fueron a la doctora, que negó con la cabeza.

—Julien... —Apenas podía hablar—. Mataron a Simon..., mataron a mi marido... —Él tragó

saliva y contuvo la respiración, asintió despacio—. ¿Lo sabías? ¿Tú también?

Julien entrecerró los ojos y se mordió el labio. No negó ni tampoco asintió.

Denisse comenzó a notar la falta de aire, unos sudores fríos se apoderaron de ella, no sentía las piernas y le temblaban las manos. Tras ello, comprobó cómo él se acercaba para sostenerla.

—¡¡¡Un médico!!! ¡¡¡Un médico, rápido!!!

Se desplomó por segunda vez con él. Y en aquella ocasión le dolía el corazón y la mente la tenía quebrada en miles de cristales. No sabía si al unirlos podría formar de nuevo lo que había dentro.



28

—Estoy mejor, de verdad. —Su voz sonaba débil, agotada.

—Nos has dado un gran susto —reconoció Tamy agarrando sus dedos.

Desde el día anterior, en el que se había desvanecido en la consulta, la ingresaron en observación. Le comunicaron que tan solo sería por veinticuatro horas, aun así, le pusieron un gotero con calmantes que la mantenía en una especie de nirvana.

—Somos amigas desde hace años, dime, con la mano en el corazón, Tamy. ¿Lo sabías?

—¿Yo? Te juro que no. No sé absolutamente nada más allá de lo que me has contado siempre. Lo del accidente y tu laguna mental, eso es lo que sé.

Denisse frunció el ceño, intentando escudriñar en sus ojos, pero no encontró más que la verdad.

—Estoy tan agotada..., taaan agotada psicológicamente —confesó mirando al techo.

—¿Y qué pinta Julien en todo esto? —preguntó con suavidad.

Denisse le prestó atención.

—No tengo idea. Solo sé que me hace feliz estar con él. La otra noche fue increíble, mágica. Fue... alcanzar la paz, la seguridad..., no sé identificarlo, pero luego...

—Luego, ¿qué?

—Luego hay cosas que no entiendo.

Denisse recordó todo lo extraño que lo envolvía. La caja con la medicación, la pieza del termo, la obsesión por Cala y lo de las llaves...

Tamy observó cómo comenzaba a ponerse nerviosa de nuevo y palmeó su mano.

—Bueno, no le des más vueltas. La doctora ha dicho que todo llegará, solo tienes que ser paciente y fuerte.

Denisse asintió y se obligó a dejar las dudas a un lado. No era el momento. Oyeron la puerta, y Sam junto a Ray entraron en la habitación.

—Joder, Deni, ¿qué ha pasado? —inquirió este último cruzándose de brazos junto a la cama. Escudriñando su rostro.

—Supongo que lo sabéis —concedió ella mientras examinaba sus caras.

—Yo no tengo ni puñetera idea. Solo sé lo que me ha dicho Tamy. —La señaló.

Denisse observó a su amiga, que se encogió de hombros. De modo que Ray tampoco sabía sobre el experimento médico al que la habían sometido. Después, sus ojos verdes rodaron hasta Sam, que permaneció con cara de póker.

—Tú sí, ¿verdad? —inquirió—. Y tu hermano también sabe algo —sentenció.

—Ya has oído a la doctora, ¿no? —Se escudó en aquella respuesta, y Denisse supo claramente que Sam estaba al corriente de todo.

Él sabía la verdad. Que habían asesinado a su marido.

Un nuevo invitado abrió la puerta. En cuanto las miradas conectaron, su madre se echó a llorar.

—Chicos...

—Sí, sí, no te preocupes. Vámonos. —Tamy apremió a los dos para salir—. Dejémosla sola con Delia.

Esta les dedicó una débil sonrisa de agradecimiento.

—Cualquier cosa que necesites, sabes que puedes contar conmigo —sugirió Ray cogiéndole la mano antes de despedirse. Denisse asintió.

Delia se acercó y se sentó en el borde de la cama. Agarró las manos de su hija y las lágrimas caían sin cesar.

—¿Qué hiciste, mamá? —preguntó con la voz rota y la mirada húmeda.

Ella ladeó la cabeza.

—Lo que creí que era necesario en aquel momento. Estabas muy mal, y Cala te necesitaba. La pequeña se quedó sola y le hacía falta una madre, no una abuela.

—¿Y ahora qué? ¿Se supone que debo esperar a saberlo todo? ¿Nadie puede contarme nada?

Su madre bajó la mirada y se limpió el rostro, negando.

—Así es. Solo espero que no te rompas de nuevo cuando todo llegue.

—¿Por qué? ¿Tan duro fue? Las personas pierden constantemente a gente. Está a la orden del día. ¿Tan débil me viste? ¿Tan poca fuerza tenía que no era capaz de cuidar de mi hija? Por supuesto, no niego que perder a tu marido de aquella manera sería algo brutal y devastador, pero ¿qué tipo de persona soy que no sé afrontar los reveses de la vida?

Delia negó con la cabeza una y otra vez.

—No, no eres nada débil. Fui yo, creí que era lo mejor. No sé qué hubiese ocurrido si no hubiera firmado los papeles para ese ensayo clínico, quizás yo fui la cobarde porque no era capaz de seguir viéndote así. Era yo la que necesitaba que superases todo con rapidez porque no tenía fuerzas para ver cómo desatendías a Cala. —Su madre le agarró las manos con fuerza.

»Deni, hija, esta vez seré fuerte por ti. Cuando todo llegue a tu mente, tu madre no se derrumbará. Estaré aquí, firme como una montaña en la que puedas apoyarte.

Denisse bajó la mirada a las manos entrelazadas.

—¿Y por qué ahora? ¿Por qué de repente se anula el tratamiento? —inquirió mirándola a los ojos—. Quiero la verdad.

—Ha llegado el momento, es lo que te puedo decir.

—¿Has decidido dar la orden de revocarlo? —Su madre se mantuvo en silencio—. Mamá, por favor. Te suplico que me contestes.

Delia vio la devastación en los ojos de su hija.

—Tu benefactor dio la orden.

Denisse abrió los ojos más allá de lo posible. Comenzó a hiperventilar de nuevo.

—¿Qué has dicho? —preguntó con desesperación.

—Yo firmé esos papeles, pero era un tratamiento nuevo, muy costoso. Lo pagó otra persona.
—Silencio—. No me pidas que diga más. Es contraproducente. Ten paciencia hasta que sepas toda la verdad.

—Qué fácil lo veis todos —confesó llorando de nuevo, sin embargo, asintió comprendiendo que no sacaría más información. Suspiró—. Mamá... —Levantó la mirada—. Quiero saber algo.

—No puedo contar nada, por favor, hija, no me pongas en esa tesitura —imploró.

—Solo quiero saber si se hizo justicia con Simon.

Delia rompió en un amargo llanto otra vez y se llevó las manos a la cara, asintiendo.

—¿Lo querías tanto?

Su madre se volvió a limpiar.

—¿Cómo dices?

—En todo este tiempo, tú eres la que ha definido a mi marido. Eres la que le has contado a Cala cómo era su padre, pero, al verte tan afectada, te pregunto: ¿cómo era como yerno?

Delia tragó saliva, y justo en ese momento entró Cala acompañada de Julien. Denisse frunció el ceño al verlo llegar.

—El mejor marido, padre y yerno que pudiera existir.

Denisse miró a su madre, que había murmurado su respuesta mirando hacia abajo, quizás, pensando que no la oiría.

—¡Mamá! —La niña se lanzó a la cama—. Mamá, ¡qué susto! ¿Ya estás bien?

—Sí, cielo, en nada me darán el alta. Es solo que mamá ha estado algo cansada últimamente y me faltaban algunas vitaminas.

—Anda, anda..., y después dices que tengo que comer de todo para que no me falten a mí.

A todos se les escapó una risilla.

—¿Qué haces aquí, cariño?

—Vine con la abuela, pero mira con quién me he encontrado en la puerta.

Denisse observó de nuevo esa cara de admiración cuando su hija veía a ese hombre.

—Cala, cariño, ¿qué tal si le compramos a mamá un zumo?

—Psss, ¿un chocolate caliente? A mamá no le gustan los zumos —comentó.

Denisse sonrió y acarició su carita, era muy lista. Quería aprovecharse ella también.

—Gracias, cielo, pero no me apetece. ¿Qué tal si os tomáis el chocolate juntas y después volvéis a verme?

—Vaaale. —Le dio un gran beso, y ambas se despidieron de Julien.

—¿A qué has venido? —inquirió.

—He venido a verte, me dejaste preocupado.

—¿Y cómo sabías que estaba en la consulta ayer? Además, recuerdo que entraste como si te persiguiera el diablo —comentó sin apartar los ojos de los suyos.

Él se sentó al borde de la cama y le mantuvo la mirada.

—Hay cosas que no te puedo explicar.

—¿De qué me conoces? ¿Eso lo puedes responder?

—No.

—Imagino que desde antes de que llegases al pueblo.

Julien mantuvo la misma expresión. Sus ojos decían todo lo que su boca no podía.

—¿Sabías... sabías lo de mi marido?

Él tomó una gran bocanada de aire y la soltó con evidente agotamiento.

—Oye... Deni...

—No me llames Deni, contéstame, por favor —lo reprendió.

Julien entrecerró los ojos con algo de furia en ellos.

—¡No puedo contestarte! ¿Lo entiendes o no? ¡Ojalá pudiera soltar lo que tengo dentro, pero no puedo! —Su voz rota la sorprendió—. Me da igual lo que pienses, me da igual lo que creas, me importa una mierda todas las sombras que nos rodean ahora mismo, solo quiero saber una cosa, ¿me quieres o no?

Ella abrió los ojos con evidente asombro y se incorporó en la cama.

—¿Acaso no entiendes en la posición en la que me encuentro ahora?

Julien se golpeó la pierna.

—¡La entiendo! ¡La entiendo mejor de lo que crees! ¡Intenta entender la mía!

—¡No, no lo entiendes! Después de ocho años creyendo que mi marido murió en un accidente, me entero de que todos esos recuerdos son inventados. ¡Acabo de enterarme de que asesinaron a Simon! ¡Lo asesinaron! —gritó con voz amarga. Julien la miró, mordiéndose el labio y conteniendo la furia, y fue entonces cuando algo cristalizó en su mente.

»¿Fuiste tú? —Sus ojos azules la miraron con sorpresa—. ¿Esa es la conexión entre nosotros? ¿Mataste a mi marido? —Incluso hacer esas preguntas le arañaron en la garganta, le sangraba el corazón. Que él no contestase y se limitase a observarla volvió la escena aterradora.

»Vete.

Él negó chasqueando la lengua.

—No es así..., no ocurrió así. —Julien miraba el suelo, y a Denisse se le agotaron todas las oportunidades que le había dado.

Se había enamorado del asesino de su marido. Cerró los ojos, se asfixiaba, se ahogaba. Había cometido una crueldad incalificable a la memoria de Simon.

—Vete —repitió con apenas un hilo de voz y comenzó a hiperventilar de nuevo.

Se dio cuenta de que él la examinaba, observó preocupación en sus ojos azules.

—¡Arg! ¡Mierda! —se quejó—. Me voy porque no quiero que empeores, pero ¡olvídate de la burrada que estás pensando! —La señaló con el índice a modo de advertencia y levantó la voz, visiblemente irritado.

Salió cabreado dando un estruendoso portazo que hizo que Denisse diera un respingo. El dolor en sus ojos, la indignación en sus palabras, la frustración de no poder hablar. Denisse se daba cuenta de que no solo ella estaba asfixiándose con tantas sombras. Julien parecía más ahogado que ella, y aquello hacía que aún le diera más miedo conocer la verdad.



—Cerramos los ojos y nos concentramos en mantener el equilibrio dejando la mente en blanco. Tomamos aire... y lo soltamos suavemente por la boca, sintiendo cómo va saliendo poco a poco de nuestros pulmones. Nos volvemos uno con nuestro cuerpo... Muy bien...

Denisse intentaba seguir aquel tutorial de meditación sin mucho éxito.

Le habían dado el alta muy temprano y fueron muchas las horas que había tenido para reflexionar sobre los nuevos acontecimientos que sacudían su medio organizada vida. Jamás pensó que lo de su laguna mental era invertida, por lo que fue todo un *shock* averiguar que, poco a poco, sus verdaderos recuerdos regresarían a ella. No sabía en qué estado tuvo que encontrarse cuando ocurrieron los hechos que implicaban la muerte de su marido, pero quería estar preparada para afrontar lo que tuviese que venir.

Nunca se había considerado débil, le sorprendía mucho que la tuviesen que «incapacitar» para «capacitarla» como madre y, desde luego, se negaba en rotundo a ser una cobarde. Por ello, intentaba organizarse de manera diferente. A partir de que la medicación fuese abandonando su cuerpo, y las imágenes comenzasen a llegar a su cabeza, se enfrentaría a su pasado, asimilándolo, para poder caminar hacia adelante y, en aquella ocasión, sin nada que la perturbase.

Después de casi quince minutos esforzándose por meditar, resopló. No tenía la paciencia que hacía falta para dejar la mente en blanco, más cuando le era imposible. Sentía la ansiedad continua de querer ver el rostro de Simon entre sus recuerdos. Quería descubrir a su marido y, al mismo tiempo, le asediaba lo de siempre: Julien.

Desde que salió dando un portazo el día anterior, no habían vuelto a hablar. Denisse había tenido tiempo de reflexionar sobre ello en calma. Quizás fuese debido al delirio del momento, a la oscuridad que lo rodeaba, al misterio, al *shock* que la perturbó. No supo explicar la causa que la había llevado a acusarlo de manera abierta y cruel, justo tras haber pasado el fin de semana amándose como locos. Se había convencido de que cada vez se entendían mejor, a pesar de los secretos, y, después de todo ello, ¿qué hacía? Volcar sus miedos sobre él sin miramientos. Sentía que no estaba siendo justa con él.

El timbre sonó y dio un respingo. Cuando abrió la puerta tragó saliva al verlo y, a pesar de

haber estado trabajando en la meditación, su corazón se revolucionó como loco.

—Pensando en el rey de Roma...

Él levantó una ceja.

—¿Qué?

Denisse sonrió.

—Nada, pasa. —Se hizo a un lado, y él entró escudriñando su rostro.

—Estás muy suave, ¿no?

—¿Preferirías que estuviese enfadada? —inquirió cruzándose de brazos y se paró junto a él, en el salón.

Julien observó la alfombra de yoga y levantó los ojos hacia ella.

—¿Qué estás haciendo?

Denisse se quedó analizándolo. Nunca se había percatado en el *look* de un hombre hasta el momento, pero de él le atraía todo el conjunto. Llevaba sus Panama Jack, que tanto le gustaban; unos vaqueros claros y un jersey azul oscuro a juego con sus ojos. Su aroma la embriagaba. Si tan solo fuesen ellos dos, si no existiera tanto secretismo y tanta oscuridad a su alrededor, podrían ser muy felices. Deseaba lanzarse a sus brazos a buscar refugio. Odiaba la situación en la que se encontraba.

—¿Deni?

—Eeh..., nada, intentando meditar —respondió quitándole peso a la actividad con un gesto de la mano.

—¿No te encuentras bien? —Ella observó la preocupación en su rostro y, cuando levantó la mano para acariciar su mejilla, lo vio.

—¿Qué es esto? ¿Otra vez te has herido? —inquirió con inquietud cogiendo sus dedos y analizando el vendaje. Se veía que era reciente.

—No es nada. —Él apartó su mano herida y cubierta, restándole importancia.

Torció el gesto.

—Vale, yo no te cuento, tú no me cuentas, y así podemos seguir —masculló con ironía.

Lo observó resoplar con hastío.

—Oye..., he venido en son de paz. Quería saber cómo estabais tú y Cala, no ahondemos en nada más. Vamos a hacerlo simple y sencillo por una vez.

Se examinaron mutuamente, y Denisse no lo pudo soportar más, dio dos pasos y lo abrazó. Después de unos segundos de asombro, él la apretó con fuerza. No sabía cuánto necesitaba estar entre sus brazos, cerró los ojos y se embriagó con su aroma.

—Lo siento. Lo siento muchísimo. Fui cruel contigo. No te lo mereces —confesó aferrada a su jersey.

—No. No me lo merezco —murmuró él contra su cuello.

A Denisse el vaho de su aliento le puso los vellos de punta y se apartó para mirarlo a los ojos, en ellos contempló el dolor que había causado su acusación.

—Es que, no sé..., estoy muy confusa —añadió casi temblando—. Descubrir de la nada que me han borrado los recuerdos adrede ha sido muy impactante para mí. Me siento impotente, cabreada y asustada a casi partes iguales. Me siento... como si me hubiesen dejado desnuda, vulnerable... —Se frotó los ojos y después lo observó.

Julien levantó una ceja.

—¿Preferirías que no hubieran hecho eso? —preguntó con calma.

Denisse le agarró la mano herida con suavidad y lo invitó a sentarse en el sofá.

—Pienso que, si mi madre se vio obligada a tomar aquella decisión, fue porque realmente me

vio muy mal y también creo que tendría que haberme dejado el tiempo suficiente para afrontar lo ocurrido por duro que fuese.

Él se quedó en silencio. Analizando su expresión.

—Bueno, no podemos cambiar las cosas que suceden en nuestro pasado, pero tenemos la oportunidad de controlar el presente —anunció con voz queda.

Ella permaneció unos instantes en silencio. Sus palabras parecían una reflexión filosófica y, al mismo tiempo, un mensaje subliminal.

—¿Qué crees que debo hacer? —Quiso saber con total sinceridad.

Se encontraba más perdida que antes. Durante ocho años se había hecho a vivir sin la memoria perdida, y en ese momento tendría que estar preparada para que todos los recuerdos vinieran a ella.

Julien se encogió de hombros.

—Seguir las recomendaciones de tu doctora, que en este caso es de la que debes fiarte. Paciencia, tranquilidad y fuerza. Poco a poco todo llegará a tu mente. —Llevó una mano a su rostro, le acarició la mejilla y le recolocó el cabello tras la oreja.

»Pero quiero que tengas presente que estaré a tu lado cuando eso ocurra, así que no temas. No dejaré que sufras.

Una risilla nerviosa se escapó de ella.

—¿Y cómo conseguirás eso? Lo que supuestamente tengo que recordar no es un paseo por el campo, es..., es...

—Un incidente terrible, lo sé, aun así —añadió y frunció el ceño con convicción—, estaré aquí. —Sus ojos azules la observaban con seriedad y determinación. Denisse se acercó a él como llamada por el canto de una sirena. Abrazó su cuello y le besó los labios con dulzura. Julien respondió de inmediato.

»Tienes que dejar de hacer eso, ¿vale? Me matas —susurró contra su boca.

—Dejar de hacer, ¿qué?

—Desconfiar, confiar, odiarme, quererme, echarme, acosarme...

Denisse se apartó lo justo para observarlo. Una mirada pícara oscurecía sus zafiros.

—¿Te estoy acosando ahora mismo?

—Me estás calentando bastante, sí. Y, si después de montármelo como locos vas a salir huyendo de nuevo, me vas a acabar destrozando.

Ella tomó una bocanada de aire.

—Siento haber hecho eso también —confesó.

No era el momento para pedirle explicaciones. Había salido huyendo por un motivo importante. Él tenía un llavero muy significativo en su poder, sin embargo, en aquel instante, no le apetecía entrar en otro bucle de acusaciones y misterios sin resolver. Estaba agotada emocionalmente. Quería centrarse en lo que estaba sucediendo. En lo que sentía su corazón, porque su cabeza estaba quebrada.

—Deja de pedir disculpas y confía un poco más en mí. A ciegas. Yo no he desconfiado de ti en ningún momento. No te he puesto ninguna pega —replicó indignado.

—Yo no soy tan misteriosa.

Él levantó una ceja, incrédulo.

—Joder que no. Ni tú misma sabes lo que tienes que recordar, si a eso no le llamamos misterio, dime entonces a qué.

Palmeó su hombro sonriendo.

—Odio que lleves razón.

—Bésame ya, que me muero por hacerte mía otra vez, ahora que estás mansa.

—Cállate —contestó riendo sobre su boca.

Ambos comenzaron a saborearse, a paladearse, a frotarse. Denisse se deshizo de su sudadera quedándose con una básica. No llevaba sostén. Se subió al regazo masculino atraída por él. Cerró los ojos y se abandonó a sentir. A que su corazón cogiera el timón de su cuerpo. Apagó su mente a conciencia. Él le agarró los muslos y la apremió a que se moviera sobre su miembro. Se besaban cada vez con más ansia, hasta que el timbre comenzó a sonar sin parar, y los dos miraron hacia el pasillo.

Denisse se incorporó.

—No abras, que se vaya quien sea —le pidió él agarrándola de la muñeca.

—¿Y si es mi madre?

Él dejó caer la cabeza en el respaldo del sofá.

—Joder, qué oportuna, entonces.

Ella agarró la sudadera y se cubrió en lo que acudía a abrir, soltando una carcajada por el camino. Ray entró como un huracán.

—Aquí tienes. Pediste pruebas y te las he traído. Me ha costado muchísimo encontrar datos. Parecía como si cualquier cosa que hablase sobre él se hubiera tapado, censurado o vetado. Algo muy raro. —Arrugó la boca—. Ahora tienes la oportunidad de oro de mandar a la mierda a ese capullo —anunció cruzándose de brazos, satisfecho con su descubrimiento.

Denisse se quedó contemplando el folio fotocopiado que hacía referencia a una noticia.

—¿Mandar a la mierda a quién? —inquirió Julien malhumorado.

Se había levantado para acercarse a ellos. Ray no se lo esperaba.

Denisse le mostró aquello.

—¿Puedes explicar esto? —preguntó a media voz, porque un nuevo revés la sacudía.

Él contempló la noticia. La fotografía de su rostro que decía que había sido condenado a prisión por asesinar a un menor.

Ella se quedó anclada en sus ojos azules. En ellos, en aquella ocasión, no había nada que ocultar. Sus ojos afirmaban sin que su boca hablase.

—Te lo dije, Deni. Has dejado entrar en tu vida a un asesino de niños.

Las palabras de Ray no se filtraron en su mente, fueron directas a clavarse en su pecho, más concretamente, en su corazón.



30

Denise se tapó un alarido con las manos al contemplar la escena. Julien se abalanzó sobre Ray como un lobo salvaje. Lo agarró de la chaqueta y lo empujó contra la pared. El otro se aferró de sus muñecas, y ambos comenzaron a gritarse con furia.

—¡Deja de meterte en mis asuntos! ¡Me tienes hasta los cojones! —gruñó Julien.

—¡Basta! —La pobre intervención de Denisse quedó en el aire. Ninguno le prestaba atención.

—¡Estás obsesionado con ella! ¡Quiero que la dejes en paz y salgas de su vida! —exclamó Ray.

Una risa incrédula salió del pecho de Julien para después pasar a la ira de nuevo.

—¿Quién demonios te crees que eres para decirme lo que tengo que hacer?!

Lo volvió a estampar contra la pared, y Ray tironeó de sus muñecas para liberarse sin éxito.

—¡Parad los dos! Julien, ¡suéltalo! —La orden de Denisse, sujetando su codo, cayó en la nada, por lo que se apartó.

—¡Soy su prometido!

Tan solo con aquellas palabras, Ray consiguió paralizarlo.

—¿Qué? —Se giró y, a pesar de que aún lo mantenía atrapado, perdió fuerza. Clavó los ojos azules, furiosos, en Denisse—. ¿De qué cojones está hablando? ¿Estás prometida con este tío?

—¡No! —contestó casi de inmediato—. Bueno... —Dudó—. Lo estuve hace tiempo, pero ya no.

Estaba muy nerviosa. Nunca le habían gustado las situaciones conflictivas, porque conseguían bloquearla. No sabía qué hacer con las manos y se las acariciaba, inquieta.

—Aún no hemos hablado de eso —apuntó Ray terminando de deshacerse del agarre de semejante bestia.

—Sí que hemos hablado. —Lo fulminó con la mirada—. Lo dejé zanjado. No estaba preparada y fue un error.

—¿Y sí estás preparada para este? Te recuerdo que es un criminal. Me pediste ayuda, pruebas, y te las he traído.

Algo en Julien cambió. Denisse se percató de ello, pues se apartó de Ray y comenzó a respirar

con dificultad.

—Te dije claramente que me estaba enamorando de él —anunció Denisse sin entender por qué Ray la exponía de esa manera delante de Julien.

—Y que le tenías miedo —añadió.

Ella, a pesar de mantener aquella incómoda conversación con su amigo delante de Julien, no apartaba la mirada de este, que parecía estar en *shock*.

—¿Es así? ¿Me tienes miedo? —inquirió con la voz rota y los ojos húmedos.

—No. No a ti. No sé cómo explicarlo. —Suspiró—. Tengo miedo de ir descubriendo capas. Lo he hablado contigo también. Sabes que estoy muy confusa, no me acuses con esa expresión. No me hagas sentir culpable cuando he sido clara en todo momento.

—¿Confusa con respecto a qué? ¿Estás enamorada de este? —preguntó Julien con la incredulidad en su rostro.

—Sí —apuntó Ray.

—No —aclaró Denisse.

—Dijiste que sí en su momento —contestó Ray, cada vez más impaciente por resolver la situación.

—No. No y no —lo amenazó señalándolo con el dedo índice—. No me hagas esto, Ray. Sabes que siempre he confiado en ti y que en todo momento he sido sincera. Me confundí. Necesitaba cariño y creí estar enamorada, pero cuando me di cuenta de mi error te lo expliqué todo. —Denisse se sintió acorralada por la situación.

No entendía cómo su amigo la ponía contra las cuerdas justo en aquel momento. No quería hacer daño a Julien, pero tampoco quería pisotear los sentimientos de Ray.

—¿Alguna vez has estado enamorada de él? —inquirió Julien con apenas un hilo de voz.

—No. Creí estarlo, pero no era amor. Era la necesidad de sentirme amada, y él me trató muy bien.

Sus palabras lo hicieron retroceder un par de pasos. Casi como si le hubiese dado un gancho de derecha en el rostro.

—¿Te acostaste con él? —Tenía la mirada torturada.

—¿A ti qué te importa? —contestó Ray con brusquedad.

—No tengo por qué darte explicaciones. No te conocía antes y no tenía a nadie a quien guardarle una fidelidad —respondió cruzándose de brazos, indignada con su reacción.

Observó cómo apretaba la boca. Incluso a través de su barba recortada, el músculo de su mejilla palpitó. Sus ojos se achicaron juzgándola, sentenciándola. Se le empañaron. Parecía estar sufriendo.

—Necesito respirar.

Apenas le salió la voz, parecía débil, como si hubiese perdido toda su fuerza. Con la poca energía que disponía, enfiló el pasillo.

—Julien, ¡espera! ¡Por favor! ¡Espera, por favor! —Logró asirle del brazo, pero se liberó con violencia.

—¡Suéltame! —ladró levantando las manos—. Ahora necesito aire. —No la enfocó en ningún momento—. No puedo hablar porque estoy a punto de reventar a alguien, ¿vale? Mejor deja que me calme.

Salió sin más. Sin mirarla. Dando un estruendoso portazo. A Denisse se le aceleró el corazón de tal manera al verlo así que le dolió incluso inspirar. Se giró hacia Ray, que se había acercado hasta el pasillo.

—Pero ¿a ti qué te pasa? —inquirió furiosa.

—Eso mismo te pregunto yo. ¿Qué cojones te pasa? Me pediste pruebas, y las he traído. Te juro que ya no sé qué más hacer para que te des cuenta de dónde te estás metiendo.

—¿Por qué tuviste que mencionar lo que pasó entre nosotros? —Denisse ignoró su reacción.

—¿Y por qué no? Puede que al decirlo se le meta en la cabeza que tiene que dejarte en paz. Así entenderá que no estás sola, que tienes a alguien que te respalda.

Ray se cruzó de brazos y encogió un hombro.

—¡Es que no quiero que me deje en paz! —gritó—. ¡¡Es que yo le quiero!!

Y decirlo en voz alta le sentó tan bien como liberar a su corazón largo tiempo enjaulado. Los dos respiraban, agitados. Ray analizó su expresión.

—¿Le quieres? —preguntó con un deje de incredulidad.

—Sí. Ya te lo dije. Estoy enamorada —anunció y dejó escapar el aire que contenía.

—Dijiste que te estabas enamorando, ¿y qué? ¿No es suficiente con saber que es un asesino para que te alejes de él?

Ray se sentía cada vez más histérico. No comprendía lo que Denisse tenía en la cabeza. Aquella historia de amor le parecía surrealista.

—Aun así, quiero escuchar su versión. —Tragó saliva ante la mirada de incredulidad de su amigo—. Es que no sé cómo ni por qué, pero muy dentro de mí... —Se señaló el pecho—. En mi corazón. —Se llevó las manos al estómago—. En mis entrañas... A pesar de todo lo que escucho, lo que veo, las sombras. Todo gira en mi mente continuamente. No creas que soy tonta, sé muy bien las cosas extrañas que están sucediendo, pero..., con todo... —Lo miró con los ojos verdes llenos de lágrimas retenidas—. Lo siento con el alma. —Se humedeció los labios y tragó saliva—. Él no es una mala persona. —Negó con la cabeza para enfatizar sus palabras—. No lo es.

Ray copió su gesto y, con las manos en las caderas, caminó un par de pasos, resoplando.

—¿Y yo qué? ¿En qué lugar se supone que quedo yo? —farfulló.

Denisse se acercó a él y le cogió las manos con cariño. Ray levantó los ojos y le prestó toda su atención.

—Oye, eres muy importante para mí. Te necesito en mi vida y te quiero muchísimo, pero sabes que es un amor fraternal —aclaró con suavidad, no quería ofenderlo ni hacerle daño con sus palabras.

Sus ojos la observaban, con seriedad, mientras escuchaba atentamente sus palabras, dolidos. Su expresión se clavó en el pecho de Denisse haciéndola sentir miserable.

—Pensé que ya habíamos superado esa etapa. Creí que necesitabas tiempo para asimilar lo de tu marido, para reencontrarte contigo misma y aclarar tu cabeza.

Ella negó con una triste sonrisa. Quería a Ray, aquello no era mentira. Era muy valioso en su vida.

—No, Ray. Lo que me sucede no tiene nada que ver con mi marido. No siento por ti lo que se supone que se debe sentir por alguien —confesó poniéndole el máximo cuidado a sus palabras.

Él se humedeció los labios y asintió, comprendiendo.

—¿Y por él sí? —inquirió con dolor.

Denisse suspiró.

—¿Qué quieres que te diga? Jamás he pretendido hacerte daño, simplemente no puedo elegir qué debo sentir. Ojalá pudiese programar mi corazón y amarte como te mereces, pero no puedo. Sé que contigo la vida sería más fácil y cómoda. Eres el hombre ideal y sé lo que nos quieres a mi hija y a mí, aun así, no sería feliz. No puedo mentirme y, lo peor, no quiero engañarte.

—¿Cómo sabes que él te hará feliz?

—La verdad, no lo sé, pero quiero averiguarlo.

No le iba a explicar que llevaba muchos años vacía y muerta por dentro, que, además de su rutinaria vida, no había tenido ningún aliciente para ella misma, hasta que apareció Julien.

Él se quedó en silencio, observándola.

—Entiendo. Aun así, no puedes evitar que me preocupe por ti. —Le dio un beso en la frente y, antes de marcharse, recogió el papel que contenía la noticia y se la tendió—. Creo que no sabes dónde te estás metiendo —reiteró.

Denisse se quedó contemplando la puerta un buen rato y, después, le prestó toda su atención a aquel folio. Una punzada le atravesó el pecho. Los titulares confirmaban lo que Ray decía. La fotografía de Julien entrando en prisión acusado de asesinato y el crimen había sido contra un menor.

«¿De quién estoy enamorada?».

Se mordió el labio y se le humedecieron los ojos. Qué cruel el destino. El hombre que había llegado a su vida sembrando algo de esperanza al mismo tiempo hacía que se extendiese el pánico a su paso.



31

Lloraba, gritaba, la amargura la hacía doblarse en dos y no había forma de conseguir más aire. Se ahogaba. Sujetaban sus brazos, porque apenas se tenía en pie. Sentía los ojos ardiendo e hinchados. Como si hubiera estado derramando lágrimas de forma continua durante días. No creía que hubiese una gota más que desahogar, no obstante, aquella desolación no cesaba. No era consciente del caos que la rodeaba. Una gran multitud se unía a ella en gritos. Entonces lo vio. Sus ojos azules la miraban desde la distancia. Su rostro, mezcla de furia y tristeza, se dirigió a ella. Caminaba entre el gentío en mitad de un pasillo que abrieron para él. Los agentes vigilaban atentos a cualquier altercado. Las voces se mezclaban entre insultos y aplausos.

Denisse se quedó sin aliento cuando su atención se fue hacia las muñecas. Unas esposas mantenían sus movimientos limitados.

Y una palabra cobró claridad de entre todas: «¡ASESINO!», gritaban.

Fue en aquel momento en el que lo supo. Su mente cobró el raciocinio que la situación requería. Se lo llevaban. Aquel criminal de ojos azules entraba en prisión. Se había hecho justicia.

Denisse corría a su ritmo por la orilla. Se había despertado, de nuevo, acosada por sus recuerdos. No obstante, en aquella ocasión no sabía detectar la verdad de la mentira. No sabía si su subconsciente había creado una película a raíz de leer la noticia en el periódico o si aquello había ocurrido. Sentía la impaciencia de su memoria por reconstruirse. Trabajaba sin descanso, no le daba tregua, y ella no tenía la capacidad para apagarla. Se veía obligada a respirar con paciencia para refrenarla, quisiera o no, pues la estaba dejando sin fuerzas. Nada más hacerse un té, había salido en busca de aire fresco. Una pequeña parte de ella se sentía culpable por desatender a su hija aquellos días, sin embargo, estaba intentando equilibrar su «yo» actual con los vestigios que le llegaban de la Denisse anterior. No creía ser tan débil o cobarde, sin embargo, la realidad era que, al no recordar las circunstancias que la rodearon, no sabía cuán mal estuvo. Quizás su madre llevaba razón —fue Delia la que se asustó hasta el punto de no tener la paciencia suficiente para dejarla afrontar la situación— o quizás no. No lo sabría nunca, pero se llenaba de ira y rabia al

pensarlo. Le habían arrebatado sus recuerdos a conciencia, le habían forzado a vivir durante ocho años como si tuviese una tara mental. Con miedos, con inseguridades, con desconfianzas y, por más que le explicasen todo, no lograba entenderlo. Creía firmemente que se había cometido una injusticia con ella y ya no había manera de recuperar ese tiempo perdido.

Respiró de nuevo. Cerró los ojos unos segundos y continuó corriendo. A pesar de estar haciendo deporte, y de que su ritmo cardíaco estaba acelerado, la realidad era que le dolía el pecho y no precisamente por el ejercicio. Había visto a Julien en su sueño. Perdida entre realidad o ficción, necesitó ese escape a la playa, lugar que le aportaba calma y tranquilidad. Continuó, hasta que se encontró con una figura que la esperaba a pocos pasos más. Denisse paró y llegó hasta él con pasos lentos, recuperando la respiración.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó con suavidad.

—Siempre sabré encontrarte —dijo sin más.

—Tengo muchas dudas y preguntas.

—Lo sé.

—¿Vas a responderme a todo?

—Haré lo que pueda.

—Te vi. Te vi entrar a prisión. Te gritaban «asesino». Yo estaba allí. ¿Eso es cierto o se lo ha inventado mi mente?

Su rostro impasible lo corroboró.

—Estabas allí y me viste entregarme.

—¿De qué te conozco? —Silencio y cara de póker.

»¿Qué tienes que ver con el asesinato de mi marido? —Silencio y sin gestualizar nada.

»Pero sí mataste a alguien, ¿no? Acabas de decir que te vi entrar a prisión y que eso fue real. En la noticia que me trajo Ray. —Ahí sí él chasqueó la lengua. No le gustaba Ray para nada y menos que mencionase su nombre—. Decía que... que...

—Que maté a un menor —completó—. Sí. Lo hice —admitió con la voz fría. Denisseladeó la cabeza. Su respuesta se le clavó en el pecho.

»La palabra menor es muy indefinida, ¿no crees? —añadió.

Ella negó con la cabeza y después le puso una mano en el pecho agarrando su jersey blanco con fuerza.

—Dime que fue un accidente, dime que lo hiciste sin querer —apuntó con angustia.

—Un chaval de catorce años no es tan menor como suena ante la ley —replicó con dureza.

Denisse lo empujó, pero sin soltarlo, mientras sus ojos se empañaban.

—¡Dime que te arrepientes, que fue sin querer! —insistió sintiendo las lágrimas caer. Lo empujó de nuevo, sin embargo, no liberaba su agarre, lo tenía apresado con fuerza y rabia.

—Un chaval de esa edad sabe distinguir entre el bien y el mal. Sabe si lo que está haciendo es grave —señaló con la misma frialdad con la que confesó su crimen, aunque notaba cierta angustia en su voz.

Ella negaba, incrédula. A pesar de que oía la voz de Julien cada vez más rota, Denisse no podía comprender, no era capaz de asimilar. Lloró agachando la cabeza sin parar de zarandearlo. La fuerza de Julien le impedía moverlo. Tenía las piernas clavadas en la arena, como un muro inquebrantable.

—Dime al menos que te arrepientes —suplicó mirando sus ojos azules, que comenzaban a humedecerse.

—No —confesó inspirando con profundidad—. Lo que hice en aquel momento lo volvería a hacer con los sentimientos que tenía entonces —farfulló con rabia—. Sin embargo, hace tiempo

que entendí que aquello me llevó a perder más de lo que gané, pero, Deni... —Suspiró—. Ya fui juzgado y sentenciado. Ya pagué mi condena y créeme que fue muy duro. —Tragó saliva—. No te corresponde a ti enjuiciarme —terminó con suavidad, casi con súplica.

—No me toca juzgarte —repitió casi como un mantra—. Me estás diciendo que mataste a un muchacho de catorce años y que lo volverías a hacer. ¿Qué clase de hombre eres tú? —inquirió achicando los ojos, buscando en él algo que la ayudase a comprender. —Negó con la cabeza ante su silencio. Le faltó el aire y comenzó a hiperventilar. Él la sujetó, pero ella lo apartó con violencia.

»¡Déjame! ¡No me toques! —Levantó las manos un poco, observando su alrededor, pero sin prestar atención a nada—. No puedo asimilar tantas cosas —anunció mientras se le desgarraba la garganta—. No puedo...

Cayó de rodillas y se llevó las manos a las sienes. Lloraba con angustia. Había salido a la playa con la idea de respirar y calmar a su mente inquieta. No esperaba semejante situación. No era capaz de recomponer los incontables cristales rotos que tenía girando a su alrededor y que, con cada nuevo hallazgo, cada pieza se rompía en pedazos más diminutos.

Julien se arrodilló a su lado.

—Deni. Te dije que pasaríamos por un tramo doloroso, pero después todo encajará. Lo entenderás. Confía en mí.

—¿Cómo puedo confiar en ti?! ¡Acabas de confesar que eres un asesino!! —le gritó mirándolo a los ojos sin parar de llorar.

—¡No es así! ¡No puedo explicártelo todo ahora! Un asesino es alguien que mata por gusto. ¡No fue mi caso!

Denisse se quedó analizando su expresión. Parecía sufrir, pero sus palabras no tenían sentido para ella. Si había matado a un muchacho de catorce años, a conciencia y no se arrepentía de ello, era un asesino, lo mirase como lo mirase.

—No entiendo nada —confesó ya apenas sin voz.

—Oye, no te pido que me comprendas. —Se lamió los labios—. Solo quiero que tengas paciencia. Estás comenzando a recordar cosas. No puedes ver la totalidad de la imagen de un puzle si te faltan piezas.

—¿Estás intentando decirme que, cuando todo venga a mi mente, te voy a entender? —preguntó con incredulidad.

Julien asintió.

—Estoy convencido de que así será.

Ella se quedó en silencio, además de las olas del mar, se oía su suave lamento. Él llevó las manos a sus mejillas y le limpió el rostro, después, apoyó la frente sobre la suya.

—Te quiero, Deni, y quiero estar contigo. Eso es lo único que me importa ahora mismo.

—Lo ves muy fácil —anunció mientras colocaba una mano sobre la de él. Estaba fría, ambos lo estaban.

De él salió una triste sonrisa.

—No es fácil, no está siendo naaada fácil. De hecho, es una puñetera tortura, pero hay que superarla.

Denisse se separó de él y se quedó unos instantes perdida en sus ojos.

—Quisiera poder confiar en ti. Necesito taaanto poder confiar en alguien. —Observó cómo cogía una bocanada de aire.

—Confía. Todo saldrá bien. —Suspiró—. Solo relájate y ten paciencia. —Ambos se quedaron contemplando en silencio.

»O solo confías en Ray —añadió con un tinte de malhumor en la voz.

Aun a su pesar, Denisse sonrió.

—¿Qué problema tienes con Ray? Es una gran persona y sí, confío mucho en él, ha estado conmigo estos años tan difíciles.

Julien gruñó, se levantó y le tendió la mano.

—Su interés en ti es mi problema —soltó cabreado.

—No lo es. Porque lo que sucedió entre nosotros fue antes de ti, así que guárdate los celos porque no tienen sentido.

Él no dijo nada, tan solo agarró su muñeca y la empujó para acogerla sobre su pecho. La abrazó con fuerza, y Denisse sintió el suspiro masculino en el oído. De nuevo, su alma lograba confundirla, pasando por encima del raciocinio de su mente, se sentía increíblemente bien ahí, refugiada en su pecho. Inexplicablemente, su corazón encontraba paz, a pesar de los acontecimientos turbios que los rodeaban. Quizás fuese verdad. Quizás tenía que apagar el botón del sentido común y dejarse llevar por lo que él le transmitía. Se agarró a su jersey por la espalda y recolocó la cabeza para inspirar su aroma. Cerró los ojos y se abandonó a disfrutar de aquel instante. Las caricias suaves que él le prodigaba lograron calmarla. «Dios mío, ayúdame, no quiero equivocarme».



32

—Pensé que ya no vendrías —le dijo Sam cuando ella se adentró en el local.

—Bueno, se me hizo tarde.

—¿Seguro que no tiene nada que ver con lo rara que estás últimamente? —preguntó con una ceja levantada.

—No. Solo me entretuve charlando con algunas madres al recoger a Cala.

Denisse se había dedicado a poner orden en su casa, un poco porque se había relajado con las labores domésticas y otro, por entretenerse. Debido a que no tenía que incorporarse a su puesto de trabajo hasta el lunes, no hacía falta ir corriendo a recoger a su hija, por tanto, caminó con calma hacia el colegio. Entonces, sucedió lo típico. Las preguntas de: ¿qué te ha pasado?, ¿qué tal te encuentras?, ¿cómo sigues?, etcétera se repetían con cada persona que se cruzaba. Menos mal que no le había dado por entrar al supermercado, seguro que las chicas estaban deseando que les diera detalles. Así pues, habían ido a El Amida, como siempre.

—Te noto desinflada —anunció Sam, que se sentó junto a ella un instante.

—Claro que lo estoy, pero tú ya lo sabes, ¿cierto? —Indagó en su mirada, parecía tener un botón que, al pulsarlo, le salía una cara de póker indescifrable, justo igualita a la de su hermano.

—No vayas por ahí, Deni, no me hagas sentir mal. Me tengo que callar y punto. No puedo interferir. Créeme que me encantaría, es toda una hazaña cerrar la boca pero se supone que es por tu bien.

Ella tan solo asintió.

—¡Tío Sam! ¡Tío Sam! ¿Dónde está Julien?

Cala se acercó a ellos, pues, nada más llegar, había salido disparada a buscarlo.

—Tenía cosas que hacer hoy, le he dado el día libre, pitufa —contestó al mismo tiempo que le revolvía el pelo.

—¡Ay! ¡Que no me despeines! Jo, ahora tengo que ir al espejo —dijo y le sacó la lengua.

Él dejó escapar una carcajada.

—Le concedes muchos días libres, ¿no?

Se encogió de hombros.

—Lo necesita.

Ella torció la boca.

—Nunca te había visto tan condescendiente, pero, claro, tratándose de tu hermano —apuntó con intención de picarlo—, ¿no pensarán mal de ti? Por ese favoritismo, digo. —Se encogió de hombros.

—Me resbala lo que piensen —contestó en tono serio.

—Sabes que mató a un menor, ¿verdad? Oh, por supuesto que lo sabes. —No le dejó contestar.

Sam se agazapó sobre la mesa, se acercó a ella y bajó la voz como si fuesen a conspirar un crimen.

—Sí, sé todo lo que hizo mi hermano. El por qué, el cómo, el cuándo. Todo. Y, si te soy sincero, en sus circunstancias yo también lo hubiera hecho, y te digo más, ojalá a raíz de lo que hizo cambiasen las leyes —sentenció dando un pequeño puñetazo en la mesa.

Su expresión se volvió tan colérica que Denisse no quiso preguntar más, tan solo asintió, llenándose de dudas y un sinfín de preguntas que no formuló.

—Pediremos lo de siempre —apuntó para zanjar el tema.

Sam le guiñó un ojo y se fue a por el pedido.

Denisse se quedó observándolo y suspiró. La última semana había sido de lo más intensa. Por más que hacía los intentos necesarios para calmarse, quería averiguar la verdad cuanto antes. Era como encontrarse en una *scape room* en la que todos ya tenían la solución a los acertijos menos ella.

—Ey, ¿qué tal estás? —preguntó Ray, que se acercó a ella por detrás haciéndole dar un respingo.

—¡Hola, Ray! —saludó Cala, que llegaba corriendo para ocupar su sitio.

—Ey, preciosa, ¿cómo sigue esa herida? —preguntó sonriéndole.

—Como nueva, ¿ves? —Se señaló la cicatriz, que ya tenía al aire libre y comenzaba a sanar—. Hoy hacemos una sesión de cine en casa, con chuches y palomitas, ¿vienes? —Sus ojillos mantenían una esperanza infantil que le encogió el corazón.

—Hoy no puedo, trabajo hasta tarde —comentó encogiéndose de hombros.

—Oooh, le quería preguntar también a Julien, pero no está.

Ese comentario hizo que se tensase, Denisse lo notó.

—Cala, cariño, ¿no íbamos a hacer una sesión de chicas? Es nuestro viernes.

—Bueno, pero algunas veces también estaría bien invitar a más gente, ¿no? Para que sea más divertido.

—¿Y qué peli vais a ver hoy? —Quiso saber Ray.

—*Red*.

—¿*Red*? ¿La de Bruce Willis? —inquirió arrugando la nariz.

—¿Quién? —Cala puso una cara extraña.

—La de Disney, Ray, ¿cómo va a ser la de acción? —Denisse soltó una risilla.

Él chasqueó la lengua.

—Yo qué sé. No estoy puesto en las pelis infantiles.

Las dos soltaron unas risas, después él levantó el rostro ante unos clientes que reclamaron su atención y se despidió de ellas.

—Mamá, ¿Ray está enfadado contigo?

Denisse parpadeó, sorprendida con su pregunta.

—¿Por qué piensas eso, cielo?

—Porque os ibais a casar y ya parece que eres la novia de Julien.

Se quedó contemplando los ojos inocentes y puros de su hija, grises con un matiz azulado, heredados de Simon o eso decía su madre.

—Las cosas no son así, Cala. Ray no está enfadado, le aclaré mis sentimientos, y no soy la novia de Julien, solo nos estamos conociendo.

Un camarero se acercó y dejó el cestillo con el pan y los picos.

—Pero últimamente pasas mucho tiempo con él.

A Denisse se le escapó una risilla ante las observaciones de su hija mientras ella arrastraba el cestillo y miraba en su interior.

—Eso no quiere decir nada, es un amigo.

—Pues para él no eres una amiga —comentó mientras apartaba las bolsitas de picos y miraba el pan con adoración.

—¿Qué quieres decir?

—Que te quiere, y a mí también, o eso es lo que dice. Me hace gracia cuando me llama «bicho» y lo oí decirte «vida mía».

Denisse se quedó de piedra.

—¿Dónde lo oíste decir eso? —preguntó con nerviosismo.

—Cuando estabas en el hospital y llegué con la abuela a verte, él estaba sentado en las sillas de espera, fuera de la habitación. Escuché cómo decía: «Pronto, vida mía, pronto». Creo que quería que salieras pronto de allí.

La niña se encogió de hombros y le dio un mordisco a un bollito de pan caliente.

—*No puede ser más cursi llamarte así. No me sale, invéntate otra cosa* —contestó riéndose.

—*Andaaa, me encanta cómo suena con tu voz. —Le rodeó el cuello por detrás. Él estaba redactando un trabajo en una de las mesas de la cafetería.*

—*Me va a salir merengue por la boca, paso, no sé por qué te ha dado ahora por esa chorrada.*

Ella refunfuñó.

—*Todas las parejas tienen motes cariñosos.*

Él la miró por encima del hombro y observó el puchero de su labio.

—*Eso no es un mote cariñoso, da grima, busca otro, seguro que hay miles.*

—*Ni que te pidiera un piso en la playa, jolines* —protestó girándose y se sentó de espaldas, a su lado.

Al cabo de un instante, percibió sus labios en la oreja.

—*No te enfades..., vida mía. Haría cualquier cosa por ti, incluso llamarte así, arriesgándome a una sobredosis de azúcar. —Le dio un mordisquito cariñoso en el lóbulo—. Después no te asustes si me tienes que llevar a emergencias, ¿eh?*

Ella estalló en una carcajada y lo abrazó.

—*Te quiero.*

—*No más de lo que yo te quiero a ti, que te quede claro.*

Denisse se llevó una mano a la sien.

—¿Estás bien, mamá?

—Eh, sí, claro, cielo —contestó, a pesar de que le faltaba un poco de aire.

—Pues te has puesto muy blanca —anunció la niña escudriñando en su rostro.

—Estoy bien, lo que pasa es que tengo hambre. A ver si Sam nos trae ya la comida, ¿no? —Y, para transmitir normalidad, cogió un bollo y lo pellizcó para llevarse un trozo a la boca.

Su hija asintió, satisfecha con la respuesta.

En lo que masticaba, Sam les acercó la comida, intercambiaron algún comentario que otro, pero ella se quedó anclada en ese nuevo *flash* que le mostraba su memoria. Estaba deseando poder tener más piezas para ir formando el puzle.

Una nueva pareja llamó su atención, y observó sorprendida cómo Julien entraba junto a su supuesta agente de la condicional. Ambos sonreían y parecían llevarse bien, sin embargo, algo más atrapó su mirada. La mano de él volvía a estar vendada.



—¡Disculpe! ¿Tendría un momento?

La mujer se volvió hacia ella.

Denisse había contemplado con atención la conversación de Julien con esa mujer, después, él se internó en el almacén sin percatarse de que ella estaba allí. Cuando observó a la agente salir, un impulso que no comprendió, la llevó a ir tras ella. Era hora punta, la gente caminaba de un lado a otro en plena salida de trabajo. Las terrazas estaban llenas de comensales, unos que entraban, otros que salían y personas que se quedaban charlando de pie por la acera, por lo que tuvo que gritarle.

Sus ojos oscuros se abrieron ante la sorpresa.

—Sí, claro —contestó en lo que Denisse se acercaba.

—¿Nos conocemos? —preguntó analizando su rostro, limpio y liso, casi como la piel de una chiquilla, a pesar de rondar los cuarenta. La observó dudar.

—Eh, no, no tengo el gusto de conocerte en persona.

Ambas se quedaron observando mutuamente.

—Quería preguntarle por Julien.

La agente la miró extrañada.

—¿Por Julien?

—Sí, bueno, soy consciente de que cometió un crimen, pero me gustaría saber su opinión, dado el hecho de que tiene que estar vigilando sus movimientos.

—Tutéame porque haré lo mismo —anunció sonriendo—. Quieres saber si es una persona peligrosa, ¿no es así?

Denisse sintió que se sonrojaba. Sus intenciones eran bastante transparentes.

—Sí.

La mujer se cruzó de brazos.

—No lo es. Es un hombre excepcional. Cometió un error, pagó por ello y fin de la historia. Mi deber es controlar sus movimientos, pero es algo protocolario. Julien no es una amenaza para nadie y no hay indicios de que algo así vuelva a ocurrir.

Denisse asintió, comprendiendo.

—¿Por qué crees que no se arrepiente de lo que hizo? —inquirió. Necesitaba información.

La agente meditó su respuesta.

—Verás, Denisse..., no me corresponde a mí darte los detalles de su juicio. Él ya pasó por el tribunal psicológico y me consta que, durante los años de condena, se ha redimido. Creo que, cualquier cosa que necesites saber sobre él, deberías preguntárselo tú misma.

—¿Cómo sabes mi nombre?

La mujer sonrió.

—¿Cómo no saberlo? No ha dejado de nombrarte ni un solo día.

—¿Por qué estáis hablando de mí aquí fuera? —Su pregunta, ruda, las hizo girarse.

Julien se acercó a ellas con la ceja levantada, pidiendo explicaciones.

—Yo ya me iba, hasta la próxima visita. Cuídate —dijo mirando a Julien—. Adiós, Denisse, un placer.

—Igualmente —contestó despidiéndose de ella.

—¿Qué pasa? ¿Estás cotilleando? —inquirió con diversión.

Los transeúntes los rodeaban para continuar el paso, ambos se habían parado en mitad de la acera.

—No estoy cotilleando —anunció indignada.

—No cuela. Es demasiado cantoso —repuso con una sonrisa pícar.

—Tampoco es que me haya contado nada. —Resopló cruzándose de brazos y con la boca pequeña.

—Lo sé —dijo sonriendo.

—¿Lo sabes? —Lo fulminó con la mirada.

Se encogió de hombros.

—Es material confidencial. No se puede ir por ahí detallando los entresijos de un caso penitenciario.

—Ah. Pensé que también la habías censurado.

—¿Yo? Yo no he censurado a nadie, ¿por qué crees eso?

Denisse resopló.

—Qué sé yo. Todo es muy raro, parece que hay una conspiración a mi alrededor. Todos sabéis cosas y nadie habla. Me siento absurda.

Él se acercó y cogió su mano, obligándola a descruzar los brazos.

—No te sientas así. Ya lo hemos hablado un montón de veces, es cuestión de paciencia. Todo llegará. Deja de girar en bucle.

Denisse clavó sus ojos verdes en él. La miraba como siempre, con un sinfín de pensamientos ocultos en su expresión.

—¿Y esto? —inquirió cogiendo sus dedos y dándole un giro a la conversación—. ¿Qué se te ha caído esta vez? —preguntó con ironía.

Él resopló sonriendo.

—Digamos que a veces... soy un pelín impaciente.

—Digamos que no lo entiendo —repuso levantando una ceja.

Julien dejó escapar una risilla y, después, tan solo la atrajo hacia su pecho.

—No tienes por qué entenderlo todo.

—Me estoy cansando de esas palabras —aseveró contra su pecho y cerró los ojos para regodearse en su aroma.

Él volvió a reír y la vibración de su risa le hizo cosquillas.

—¿Qué hacéis?

Ambos se apartaron y contemplaron a Cala.

—Lo siento, cielo, ¿he tardado demasiado?

—Sí. Ya Sam me ha dado un helado y todo —comentó levantando las manos.

Denisse puso los ojos en blanco.

—Voy a tener que hablar con Sam, te consiente demasiado. Te va a dar una sobredosis de azúcar. —De pronto, entrecerró los ojos, acordándose del último *flash* que le había venido—. Sobredosis de azúcar... —murmuró quedándose anclada en sus pensamientos.

—¿Julien puede venir a la noche de cine, mamá?

La niña esquivó con destreza el regaño de la madre.

—¿Noche de cine? —preguntó él con curiosidad observando de reojo a Denisse.

—Vamos a ver una peli y comer palomitas en casa, ¿te vienes?

Él sonrió.

—Me encantaría, bicho, pero trabajo hasta tarde.

—Jooo, otro igual —protestó.

—¿Otro? —Julien levantó una ceja enfocando a Denisse con la boca apretada.

Ella se mordió el labio para ocultar una sonrisa. Los celos de él le parecían divertidos.

—Ray no puede venir tampoco y a Sam no le he preguntado.

—Ya, Ray, cómo no —murmuró con desdén.

—Ven cuando termines, porfaaa... —ofreció Cala—. No importa si llegas tarde, te estaré esperando despierta, mañana no hay cole. —Agarró su muñeca y tiró de él con ojos suplicantes.

A Julien se le escapó una risilla.

—Cielo, no seas insistente —añadió Denisse, que apartó a la niña de él con suavidad.

—¡¡Oyeee!! ¡Qué pasa con vosotros!! ¡¡Me falta un camarero y las clientas se van sin pagar!! —ladró Sam desde la entrada.

Los tres se giraron para después echarse a reír.

—Tengo una idea —anunció Julien agachándose para estar a la altura de los ojos de la pequeña—. ¿Por qué no venís a cenar a mi casa esta noche? Después me incorporo a trabajar y vosotras veis la peli.

—¡¡¡Sííí!!! —gritó Cala dando saltitos y se fue hacia dentro.

—¿No trabajabas esta noche hasta tarde? —inquirió Denisse caminando junto a él para volver a El Amida.

—Y trabajo, pero cenar tengo que cenar, como todo el mundo. —Se encogió de hombros.

—Como sigas así, Sam te va a echar —añadió con una sonrisa.

—No puede echarme, soy su hermano.

—Por eso digo que los negocios en familia es lo peor que hay —comentó—. La confianza de entrar y salir cuando te da la gana es mala para el trabajo.

—Bah, nosotros nos llevamos bien. Curro como un jabato cuando estoy con él, por eso me permite las escapadas que necesito.

—Pero esta, en cuestión, no es por necesidad, es por un capricho tuyo. —Lo miró, porque él le dedicó una sonrisa pícara.

—¿Seguro que no es por necesidad? Porque yo siento que necesito estar con vosotras. ¿No lo sientes tú?

No la dejó contestar, se marchó a paso rápido hacia la barra donde Sam le esperaba para darle órdenes. Observó cómo asentía en lo que se colocaba el delantal.

—¡Por favor! ¡Por favor! —gritó con un desgarró en la garganta—. ¡Por favor, no me dejes!

¡Te necesito! ¡Te necesito! ¡No me dejes sola! —Cayó de rodillas agarrando sus manos y llorando con amargura.

—No llores, no llores, vida mía, estaré contigo pronto. Tienes que ser fuerte, muy fuerte. Yo también voy a necesitarte.

Lo empujaron hacia adentro, apartándolo de ella casi a la fuerza. Se vio obligada a soltarle las manos y contempló cómo él lloraba con el mismo sufrimiento.

—¡¡¡No me dejes!!! ¡¡¡Por favor!!! ¡¡¡Vendré a verte todos los días!!! ¡¡¡Por favor, te necesito!!! —Le rompieron el pecho en pedazos. Nunca había sentido un dolor tan inmenso. Se quedó tirada en el suelo, de rodillas—. Te necesito..., te necesito... —murmuró con agotamiento.

Denisse tragó saliva y se llevó una mano a la garganta. Un nuevo recuerdo la dejaba sin respiración. Se quedó observando la espalda de Julien. Si esa noche iba a ir a su casa, tendría que aprovechar la oportunidad para descubrir más secretos.



34

—¿Nos podemos quedar a dormir aquí? —preguntó con ilusión.

Denisse contempló el rostro de Julien. Con sus ojos azules en calma, miraba a Cala con una sonrisa instalada en los labios.

Tal y como habían acordado, acudieron a cenar con él. Cocinó espaguetis a la carbonara, aunque él les había advertido que no era buen cocinero, a ella y a su hija le supieron a gloria. Después, tal y como anunció, tenía que regresar al trabajo. Denisse había colaborado en recoger los trastos de la cena y se preparaba para marcharse a su casa con Cala, a sabiendas de lo que su hija iba a pedir, y deseando oír la respuesta masculina.

—Por supuesto que podéis, bicho. —Le acarició la cara con una adoración que a Denisse le puso nerviosa—. Me incorporo a trabajar y después a ver si salgo temprano y os pillo despiertas. Estáis en vuestra casa.

—¡¡¡Genial!!! —Salió corriendo al salón para instalarse en el sofá.

Julien soltó una pequeña carcajada al verla corretear.

—Te pareces a Sam —anunció Denisse con una sonrisa.

—¿Y eso? —inquirió levantando una ceja.

—La consientes demasiado y no es bueno que se acostumbre a salirse con la suya.

—Bueno, quedarse a dormir en mi casa tampoco es como si le hubiera regalado un unicornio —comentó con ironía.

Ella soltó una risilla y ladeó la cabeza, atenta a su expresión. Sus ojos azules brillaban con picardía. Se acercó, le agarró la cintura y la arrastró hacia su cuerpo.

—Parece que hace siglos que no me besas, ¿no me echas de menos?

Ella se derretía ante su contacto. Su aroma, su voz varonil, grave y profunda, y, por supuesto, con el calor que le transmitía. Llevó los brazos alrededor de su cuello.

—Sí. Sorprendentemente, y a pesar de todo, no puedo detener a mi corazón.

Él abrió los ojos con sorpresa ante su confesión.

—Dime más —murmuró acercándose a su boca.

Denisse sonrió.

—Dices continuamente que lo entenderé todo, y quiero confiar en ti. Pero lo que menos entiendo es cómo se siente mi corazón contigo.

—Tu corazón es sabio —susurró sobre sus labios.

Ella soltó una risilla.

—No sabes ni lo que son las distancias. Siempre encima de mí, eres un descarado que se aprovecha de que no entiendo a mi cuerpo.

—Sí, juego sucio y me aprovecho, es lo que hay.

No le dio la oportunidad de replicar más. Devoró su boca. Primero con cierta delicadeza, con dulzura y casi pidiendo permiso en sus incursiones, después... comenzó la pasión. Denisse notó cómo él tiraba de ella a medida que se apoyaba sobre la mesa de la cocina. Abrió las piernas y la acomodó pegándola a su cuerpo. Ambos se paladeaban, se mordisqueaban e incluso se acariciaban como si el otro fuese a desaparecer. Enseguida notó la erección de él a través de la ropa y se frotó con descaro.

—Aaah, joder... —Se le escapó un gruñido y pasó a lamerle el cuello—. Quiero seguir, quiero saborearte, quiero comerte entera y hundirme en ti.

Denisse soltó una risa ahogada.

—No podemos, tienes que irte —susurró mientras metía las manos a través de su jersey y le acariciaba el abdomen.

—Deja de provocarme... —insinuó dándole mordiscos abrasadores.

Él le agarró el culo con fuerza y la obligó a incrementar el roce.

—Me enciendes tú, para..., aaah... —Sucumbió a su roce y le puso intención. Sentir la erección de Julien, aun por encima de la ropa, hacía que deseara desnudarlo.

—Aaah..., mierda..., quiero follarte aquí mismo —gimió en su oreja.

Denisse se quemaba. Le sobraba la ropa entre los dos. Quería sentirlo dentro.

—Para, Julien... —lo sermonéó, porque ella era incapaz de frenar, hasta que pasó por sus oblicuos y levantó algo el jersey para meter las manos y poder tocarle el pecho—. Ya no tienes el apósito..., quiero ver tu tatuaje.

Él bajó hacia su escote dejando un reguero de besos, lametones y mordiscos, mientras continuaba delirando con la fricción de ambas caderas. Tiró de la prenda para poder besarle el pecho y agarró su jersey para que ella no lo subiera.

—No..., tengo que irme..., si me desnudas ya no podré frenar.

Lamió la cima de uno de sus pechos, y ella cerró los ojos.

—Aaah..., me siento taaan bien entre tus brazos...

—Así debe ser —sentenció—. Me muero, Deni, necesito meterla, aunque sea un poquito antes de irme, por favor —suplicó con ansiedad y la giró con la intención de bajarle los vaqueros solo lo justo, pero se vieron interrumpidos.

Cala había entrado en la cocina con el mando de la televisión en la mano.

—¿Qué estáis haciendo?

Denisse ahogó un grito y se apartó de él de inmediato. Julien carraspeó y se pasó los dedos por las comisuras de la boca para ocultar una sonrisa.

—Me despedía de tu madre, bicho. —Carraspeó de nuevo.

—Así no se despide nadie de mí —anunció torciendo la boca.

Julien estalló en una enorme carcajada mientras se tapaba un poco la entrepierna con el jersey. Caminó hacia ella y se acuclilló.

—Ni que me entere yo de que lo hagan. Son despedidas de adultos, ¿vale?

—Pues nunca he visto que se despidan de mamá así. Nadie, y se han despedido muchas veces.

A pesar de lo incómodo de la situación, ambos soltaron una carcajada.

—Bueno..., es que yo soy muy importante. Solo nos despedimos así tu madre y yo, nadie más —apuntó mirando a Denisse de soslayo.

Cala asintió, aunque no entendía nada, y Julien le dio un beso en la frente.

—Mamá, hay que poner la película, y ¿las palomitas? —preguntó mirando alrededor. Creí que las estabais haciendo.

Julien soltó una risilla y pasó por su lado a buscar la chaqueta.

—Venga, ya os dejo a las dos a vuestro aire. Divertíos.

Denisse se quedó observando cómo salía por la puerta. Aquel hombre la estimulaba en todos los sentidos. Le encantaba cómo trataba a su hija, le gustaba cómo se portaba con ella, respetando en todo momento su problema de memoria y, por supuesto, le creaba una adicción irresistible. Tanto que se había olvidado hasta de que su hija estaba en el salón. Resopló. Había estado a nada de montárselo sobre la mesa de la cocina.

—No me lo explico —murmuró cerrando los ojos unos instantes y cogiendo aire.

—¿Qué no te explicas, mamá?

—Nada, cielo, vamos a hacer las palomitas.

Intentó centrarse en su hija, que era lo que en ese instante debía hacer, pero conociéndola sabía que Cala caería rendida —y así se lo demostró, casi a los cuarenta minutos de película—. La acomodó sobre el sofá y se propuso hacer lo que llevaba rondando su cabeza desde el mediodía; investigar.

La casa de Julien estaba virgen, Denisse suponía que el verdadero dueño o dueña la había decorado con la sencillez que un alquiler demandaba. Él tenía cosas repartidas por las diferentes estancias, todo insustancial, eran objetos que usaba y le eran necesarios para su día a día. Recorrió las tres habitaciones que tenían aquellas casas unifamiliares, dos de ellas estaban prácticamente intactas, la suya y principal disponía de lo normal. Ropa, calzado... Se acercó a una cómoda y olió su fragancia. Investigó por los cajones, pero no había nada que llamase su atención. Eran pertenencias básicas.

Aunque no sabía qué pretendía encontrar, se sintió decepcionada. Creía que descubriría un gran secreto o algo que la llevase a unir más los *flashes* de sus recuerdos. No obstante, cuando llegó al salón de nuevo, se quedó observando a su hija sin nada más que hacer. Sin embargo, antes de sentarse junto a ella, decidió curiosear por la cocina y, de ahí, pasó a la puerta que comunicaba con el garaje.

Al abrirla, observó cajas de trastos apiladas de tal manera que conformaban un muro y una bicicleta de montaña colgada en la pared. Poco más. Bajó el par de escalones que conducían al lugar y se internó en la estancia. Abrió una de las cajas que quedaba a su altura. Fisgoneó en los documentos que guardaba, sorprendiéndose de encontrar trabajos de periodismo. Artículos de prensa deportivos, todos redactados y firmados por J. M. Se sorprendió al corroborar que eran trabajos para empresas importantes y muy famosas como él una vez le había mencionado. Recortes de noticias, curiosidades del mundo del deporte, alimentación..., todo relacionado con el mismo tema. Denisse sonrió, guardándolo de nuevo en su lugar. Ciertamente era que él no entraba en detalles y no hablaba de según qué cosas, pero lo que decía era verdad. Al menos, lo poco que habían intercambiado no era ficticio y, de momento, no se sentía engañada.

Asomó la cabeza por detrás de las cajas, sorprendiéndose de que, en lugar de haber más, se encontrase un pequeño habitáculo, como una especie de habitación clandestina. Un bulto sombreado llamó su atención, pero no era capaz de verlo bien. Denisse tuvo que dirigirse hacia la puerta por la que había entrado y darle al interruptor para tener la luz necesaria. Después, caminó

de nuevo hacia aquella estancia oculta y se llevó una mano a la boca para tapar un grito. Sus ojos se abrieron de manera desmedida ante la sorpresa. Un gancho del techo sostenía un malogrado saco de boxeo, pero aquello no fue lo que la asustó, lo que la dejó en *shock* fue contemplar la pared trasera. Se acercó para verificar si lo que estaba viendo era real o fruto de su mente perturbada. Sí. Las diferentes manchas que adornaban la pared eran de sangre. Titubeó y alzó la mano hasta casi tocarla con las yemas de los dedos, mas no lo hizo. Negaba con la cabeza intentando comprender lo que tenía delante.

Se suponía que tenía un saco de boxeo para descargar la energía y ejercitarse. ¿En qué momento le podía la rabia y pasaba del saco a enfrentarse a la pared?

Las piezas encajaban y entendió poco a poco las heridas de su mano, no así el motivo de aquel castigo. Que hiciera deporte no tendría que ser un secreto, tenía más de medio garaje para poder colgar el saco en cualquier zona, visible desde la entrada. No. Aquel saco estaba oculto por alguna razón que no llegaba a imaginar.

—Sabía que te podría la curiosidad.

Su voz, aunque suave, sonó en el eco del garaje y el silencio de la noche haciendo que diera un respingo.

Denisse tan solo señaló la pared.

—Explícamelo.

Él continuaba mirándola con los ojos cargados de secretos.

—A veces me puede la impaciencia y no consigo dominar la rabia de la impotencia.

—¿Qué quieres decir? ¿No vas a correr todos los días? ¿No paseas? ¡E incluso tienes un saco de boxeo! ¿Por qué te haces daño contra la pared?

Denisse se acercó a él, con lentitud y calma, y analizando sus ojos lo comprendió. No temía a Julien por lo que había hecho en su pasado, tenía miedo del dolor que veía en su mirada. De lo torturada que se sentía su alma, del castigo que él mismo se imponía. Le daba pánico no poder ayudarlo de alguna manera y que continuase tan enigmático como siempre. No quería una relación que se cimentara con sufrimiento.

Supo, en ese momento, que Julien estaba más roto que ella.

No dijo nada, solo lo abrazó, y él buscó refugio en su cuello.

—No lo hagas más, por favor. Tú mismo dijiste que ya cumpliste tu condena —le susurró en el oído.

Percibía los latidos rápidos de su corazón.

—Pero aún estoy pagando el precio —murmuró sobre su piel. Denisse se apartó y observó cómo se le humedecía la mirada. Acarició su mejilla.

»Duerme conmigo esta noche. No quiero seguir solo.

Y fue tal la amargura de su voz y la derrota en sus ojos que no pudo negarse a cumplir con su súplica, asintió abrazándolo de nuevo.



—No sé qué decirte, es tan surrealista que la cabeza me explota y no puedo aconsejarte nada.

—Da igual lo que me aconsejes y no importa lo que digan a mi alrededor. No hay ninguna sugerencia que pueda ayudarme. Soy consciente de que tengo que dejarme fluir y, como dice la doctora, todo llegará poco a poco.

Denisse le dio un sorbo a su café y levantó la mano para saludar a Cala.

Se había despertado entre los brazos de Julien, después de pasar una noche inolvidable. No fue sexo, fue amor, fue refugio, fragilidad y sentimientos a flor de piel. Fue emoción, lágrimas, abrazos y consuelos. Fue calma y aliento. Quedaron exhaustos, física y psicológicamente. Por primera vez Denisse se dio cuenta de hasta qué punto ambos estaban destruidos. Pasaron la noche reconstruyéndose uno al otro.

Había estado bastante tiempo autoconvenciéndose de no juzgarlo más, a pesar de que continuaban los misterios. Volvía a tener el apósito sobre el tatuaje y se negaba a enseñárselo, no obstante, le aseguró que sería temporal, que lo vería pronto. Así que ella quería creer en su palabra.

Cuando despertaron, él se fue a correr tras despedirse de Cala, que le dio un gran abrazo. Algunas veces, le preocupaba el vínculo que estaban creando, pero veía a su hija tan feliz que no se creía capacitada para frenarlo. Fue entonces cuando llamó a Tamy y quedaron a desayunar en el centro comercial. Y ahí estaban, paladeando un buen café mientras Cala jugaba en un parque de bolas que se situaba justo frente a ellas.

Le había puesto al día respecto a sus sentimientos y visiones, y su amiga no sabía qué decirle. Por supuesto, no esperaba que la comprendiera, puesto que ni ella misma encontraba la conexión de todo, solo quería desahogarse con alguien.

—Bueno, independientemente de lo que está sucediendo, ¿qué tal te sientes con él? —Denisse contempló sus ojos color miel y no tuvo que decir nada, una sonrisa tonta se instaló en su boca haciendo que su amiga soltase una carcajada.

»Veo que fenomenal —apuntó con diversión.

—Sí, bueno, es que es tan increíble lo que siento que me da hasta miedo. Por más que mi

mente me haga boicot y me recalque una y otra vez todos los contras. —Se señaló el pecho—. Es como si mi corazón, mi alma, mi cuerpo se levantasen en una guerra civil.

—¿Qué dices? —Tamy soltó una carcajada, y Denisse sonrió.

—Que sí, que mi mente me traza los pasos a seguir, pero el resto de mí no está de acuerdo. Por mucho que yo me plante y diga hasta aquí, luego lo tengo delante y soy incapaz de alejarme. Es una adicción extraña, parece como si fuésemos compatibles en casi todo.

—¿Casi? —Se atrevió a preguntar su amiga.

—Exceptuando el hecho de que tiene muchos secretos y que, sí, cometió un crimen — concedió con la boca pequeña, casi como si le avergonzase admitir que estaba enamorada de un asesino.

Tamy se quedó en silencio en lo que tomaba un sorbo de café.

—¿Qué decirte? No creo en la reinserción, pero no me corresponde a mí juzgar. Como bien te ha argumentado, fue condenado y ya cumplió con su castigo. No soy nadie para impedir que una persona intente rehacer su vida.

Denisse soltó una risilla.

—Ya, ese discurso está muy bien cuando ves un caso ajeno a ti. Cuando la cosa te salpica... Ay, amiga, ya no es lo mismo, ¿eh? —soltó con ironía.

—¿Qué quieres decir? —Tamy levantó una ceja.

—Me refiero al rollo de la reinserción. Es en plan..., sí, voy a ir de comprensiva y voy a entender que la persona en cuestión merece empezar de cero, pero no es lo mismo cuando dicha persona ha cometido un crimen y está comenzando una relación contigo. No es tan fácil de asimilar. —Su amiga asintió, de acuerdo con sus palabras—. Y encima tengo a Cala constantemente en la cabeza —añadió para después darle un sorbo a su café.

—¿Cala? ¿Qué pasa con la peque? —Tamy le dio un mordisco a su tostada de pan de centeno con aguacate, tomate y pavo.

—Sí. Es cierto que he iniciado una especie de relación con Julien, que nos vamos conociendo poco a poco y que de alguna manera, incomprensible para mí como ya he mencionado por milésima vez, creo que me siento en paz cuando estoy a su lado. Ahora bien, no sé lo que va a durar y me inquieta que Cala lo esté idealizando tanto.

—¿A qué te refieres?

—A que ve a Julien y se le enciende la mirada. Como si hubiese llenado con él el vacío que tenía.

—Como tú —aseveró Tamy.

—Exacto. Como yo. Si bien yo soy adulta y, si llegado el momento las cosas con Julien no funcionan, sabré ponerle fin y superar la ruptura, pero ¿y mi hija? ¿Qué hago con ella si se encariña demasiado?

Su amiga resopló.

—No podemos estar constantemente anteponiéndonos a lo que va a suceder. Las estadísticas confirman que casi el noventa y nueve por ciento de las cosas catastróficas que creemos que van a ocurrir nunca suceden. No te ofusques con eso. Disfruta del presente, del ahora, ni siquiera pienses en lo genial que lo vamos a pasar en Nochebuena. —apuntó echándose a reír.

Denisse se rio con ella. Nada mejor que tener a una amiga científica que analizaba todo desde una cuestión numérica. Pero llevaba razón, en todo, ella ya tenía suficiente caos emocional de por sí. Cerró los ojos unos segundos e inspiró con profundidad.

El teléfono de Tamy sonó y se apartó para atender la llamada mientras Denisse apoyó un codo en la mesa, dejó caer la barbilla en la mano y disfrutó del café mientras observaba a su hija jugar.

—Perdónalo, por favor, no era su intención —amonestó a un niño—. Pídele disculpas.

Denisse observó cómo un padre se lamentaba por el incidente que había causado su hijo. Sonrió sin más, pero entonces le dio una punzada en la cabeza y cerró los ojos con fuerza.

—*Lo siento de corazón, perdónalo, por favor, no sabía lo que hacía...*

Ella estaba de pie, fría y serena, como una estatua sin vida. Aquel hombre se acercó con el lamento en su mirada grisácea. Denisse lo observó. De su misma altura, tenía un lunar encima de la ceja izquierda. Su cabello, castaño y recortado.

—*Simon... Simon...* —murmuró con suavidad.

Él asintió.

—*Lo sé.*

—¿Deni? ¿Qué te pasa?

Se sobresaltó y se dio cuenta de que una lágrima recorría su mejilla.

—¡Creo que lo he visto!

—¿A quién? —preguntó Tamy haciendo un barrido con la mirada.

—¡A mi marido, a Simon! Seguro que era él, no puede ser otro, era él —dijo asintiendo varias veces—. ¡Por fin lo he visto...! —anunció. Sonriendo y nerviosa, agarró el brazo de su amiga con fuerza—. ¡He visto su rostro! ¡Era él! ¡Estoy segura de que era él! —Se llevó una mano a la frente—. Era él, mi Simon, no podía ser otro..., era él. —Continuó asintiendo y repitiendo lo mismo un buen rato.

Tamy colocó una mano sobre la de ella para tratar de calmarla al tiempo que se sentaba de nuevo.

—Tranquila, ¿vale? Vamos, respira y cuéntame..., desahógate...

Denisse se llevó la mano a la sien, se lamió los labios y asintió varias veces, nerviosa.

—Era..., era de cabello castaño, era... —Miró hacia arriba, rebuscando dentro de su visión—. Tenía los ojos grises, como los de Cala, y... era de la misma altura que yo, y... me pedía perdón. No, ¡espera! —La frenó con la mano, como si Tamy hubiese dicho algo—. Me pedía que perdonase a alguien, ya... no sé más. Pero ha sido... —añadió, se quedó en silencio unos instantes y entrecerró los ojos— raro.

—¿Raro? —Tamy arrugó la boca.

—Sí, bueno..., no sé. Ha sido extraño. No he sentido nada. ¿No debería sentirme diferente? —inquirió casi rozando la ansiedad.

Su amiga se encogió de hombros y le agarró las manos para mostrarle ánimo e intentar, de nuevo, que respirase con sosiego.

—Diferente, ¿por qué? Se supone que ahora estás enamorada de otro. Tu reacción no es rara, creo que es normal —comentó sin más, para restarle importancia y que ella no volviera a entrar en estado de confusión.

—Sí, claro, pero... No sé... Llevo tantos años queriendo recordarlo, necesitando ponerle rostro, cuerpo, e incluso voz, y ahora aparece su imagen en mi memoria y... ¿no siento nada? —Denisse se limpió las lágrimas.

Tamy resopló.

—Es la primera vez que aparece en tu mente, quizás ahora mismo estás en *shock*, pero poco a poco te vendrán más imágenes y será diferente. —Torció la boca.

Denisse asintió.

—Sí, puede que sea eso. —Se abanicó con la mano—. Dioooo, estoy tan acelerada ahora mismo... Y, de alguna manera, me encuentro algo aliviada.

—¿Y eso? —Tamy levantó una ceja.

—Pues no sé... Por fin parece que le voy poniendo cara y tendré la oportunidad de hablarle a Cala de su padre con mis propios argumentos, sin depender de lo que me cuenta mi madre. — Suspiró con una semisonrisa.

—¿Ves? Al final no es nada más ni nada menos que lo que decía la doctora, paciencia y tiempo —concedió sonriendo.

—Parece que sí —ratificó y suspiró con profundidad—. Y, bueno..., ¿quién llamaba?

A Tamy se le iluminó la cara.

—Sam.

Una sonrisa pícara se instaló en los labios de Denisse.

—No me has puesto al día, ¿ha sucedido algo entre vosotros?

—No hay nada que contar. Hemos quedado un par de veces, solo como amigos. Como siempre, vaya.

Denisse resopló.

—¿Hasta cuándo vais a esperar? Acabas de aconsejarme que viva el presente.

Tamy se quedó callada con una extraña sonrisa coronando sus labios que contagió a su amiga.

—Es muy listo, me ha puesto contra las cuerdas —anunció sonriendo.

—¿A qué te refieres? —En aquella ocasión fue Denisse la que levantó una ceja.

—¿En resumen? Lo quiere todo o nada. —Denisse abrió los ojos con sorpresa—. Dice que no le van las relaciones abiertas ni quiere ser mi «*follamigo*», que para eso tengo a cualquiera. Vamos, que quiere una relación seria conmigo. —Tamy se cubrió la cara con una repentina vergüenza.

—¡Ostras! Vaya tela con estos hermanos. —Soltó una carcajada.

—Sí, van por derecho, ¿eh? —Tamy torció la boca—. Le daré mi respuesta en Nochebuena.

—Ajá —concordó Denisse—. Nochebuena parece prometer

—¡Mamá! —Cala se acercó a ellas.

—¿Ya ha terminado la hora del parque? —preguntó sorprendida con lo rápido que había pasado el tiempo.

La niña asintió y bebió agua.

—¿Podemos ir a ver a Julien? ¿Podemos, mamá?

Tamy soltó una risilla y apoyó la mejilla sobre su puño.

—Cielo..., nos quedamos anoche en su casa, hay que dejarlo respirar un poco o se cansará de nosotras —contestó riéndose.

—Pero es que... quería llevarle los *cupcakes* que hacen aquí. Como es nuevo en el pueblo, seguro que no los ha probado. Además, se fue temprano sin desayunar, pobrecito, ¿no?

—¿Ves lo que te decía? Esto no es normal —apuntó Denisse mirando a su amiga, que se encogió de hombros.

—Yo diría que Julien desprende unas feromonas especiales y que vuelve adicta a quien las respira —añadió soltando una carcajada.

—¿Y tú? ¿No las has respirado? —inquirió con sorna.

—Creo que he inhalado las del hermano.

Ambas estallaron en risas, y Cala las miraba sin entender.

—Sois muy raras —musitó torciendo la boca.

—¡Ah! Sam llamaba para invitarnos esta noche —informó Tamy recordando la conversación.

—¿Invitarnos a qué?

—A una fiesta temática sobre cine, creo que ha dicho y... —Tamy acercó su hombro al de su

amiga—. Adivina quién estará deseando verte allí.

Tan solo imaginarlo, hizo que unas cosquillas enormes sacudieran su estómago y con la misma velocidad, volvió a la culpabilidad. En aquella ocasión, con mucha intensidad, puesto que ya creía conocer el rostro de su marido y, a pesar de ello, su corazón se agitaba como loco ante la expectación de ver a otro hombre.



—¿Qué tal os lo estáis pasando, preciosas? —preguntó Sam en lo que les servía unas copas.

Denisse y Tamy se sentaron en los taburetes altos que había junto a la barra. La fiesta temática que Sam había organizado era, como siempre, un acierto. El ambiente estaba siendo agradable y las canciones iban de una a otra, recorriendo un amplio repertorio de bandas sonoras de películas. Saltando de época, desde antiguas hasta actuales y viceversa. El local estaba lleno, para no variar.

—¿Cómo crees? Siempre lo pasamos genial cuando venimos. —Tamy lo miró con coquetería.

—Y yo encantado con teneros por aquí. —Los ojos grises de Sam bajaron lentamente desde el rostro de su amiga hasta el escote y luego ascendieron. Se lamió el labio—. ¿Os quedaréis hasta el cierre?

—¿Quién sabe? Depende de si nos compensa.

Denisse se mordió el labio para contener la sonrisa, observando la química que se traían los dos.

Una risilla sacudió a Sam.

—Os compensará, seguro.

Denisse le dio un sorbo a su copa y se giró con discreción para tener una panorámica completa de la sala. Hacía apenas media hora que habían llegado y, nada más entrar, ya tenía localizado al hombre al que necesitaba ver allí. Reponía hielo, servía copas, retiraba vasos vacíos...

Apoyó el codo sobre la barra y dejó caer la barbilla sobre el puño. Analizándolo bien, Julien era una persona muy activa. Tenía mucha energía. Hasta donde lo conocía, sabía de él que madrugaba, que salía a hacer deporte, que cuidaba su alimentación y se incorporaba a trabajar junto a su hermano sin perder tiempo. No era como otros camareros que había visto en diferentes lugares, que parecían estar cansados de la vida, caminaban con los hombros caídos y necesitaban dar varias vueltas para cumplir con una función que se resumía en una. No. Julien exudaba energía y actitud. Algo que se unía a otras de sus facetas que tenían a Denisse embelesada.

Después de todo, ella quería sentir que el hombre que estuviera a su lado era un soporte en el que confiar, no una nube de humo que se esfumase con cualquier revés de la vida.

—¡Voy al aseo!

La intervención de Tamy la sacó de sus pensamientos y asintió, observando cómo se adentraba en el pasillo hacia el baño.

—¿Estás pensativa hoy?

Denisse dio un respingo, no se esperaba a Julien justo frente a ella, ¡si lo había observado apenas hacía un minuto y estaba en la otra punta de la barra!

—No especialmente, ¿por?

Sus ojos, risueños y pícaros, la hicieron temblar y agradeció estar sentada en el taburete. Se encogió de hombros, a pesar de seguir sirviendo copas, le prestaba atención.

—Normalmente en estas fiestas sueles estar por la pista, bailando. —La miró levantando una ceja.

A ella le pareció divertido.

—¿Controlas lo que hago?

—No, no controlo. Observo, que es distinto.

Su sonrisa fue letal, de esas que hacían que le hormiguease todo. Esa que le llevaba a recordar cuánto disfrutaba de su contacto. En su mente, tenía ganas de besarlo, abrazarlo y ¿quién sabía?, incluso le apetecía montárselo en aquella misma barra. Aquel pensamiento la llevó a toser.

—¿Qué pasa? —Ladeó la sonrisa—. Piensas cosas sucias, ¿eh?

—¿Yo? ¿Qué dices? No inventes, no he pensado nada.

Julien dejó escapar una carcajada.

—Tanta indignación corrobora lo que digo. Ya me tienes con la intriga, ¿me desnudas, te desnudo, lo hacemos los dos? —Fue llenando varios vasos con tres cubos de hielo cada uno—. ¿Sobre la barra, en el baño? Suelta por la boquita lo que ha pasado por tu imaginación. —Le guiñó un ojo con pillería—. Igual podemos hacer realidad esa fantasía, ¿no?

Sacó un cubito de metal con rodajas de lima que fue repartiendo en las copas al tiempo que le lanzaba miradas traviesas. Denisse ya temblaba con lo que prometían sus ojos.

—Antes muerta que decírtelo —contestó sonriendo.

—Te apuesto a que te lo saco. —Levantó la barbilla desafiándola.

—¡¡¡Eyy!!! ¡¡¡El buenorro de los ojos azules y el culo prieto!!!

Julien se giró ante un grupo de muchachas que se encaramaron a la barra, después miró a Denisse.

—Y luego dicen que los piropos deberían estar prohibidos porque a las mujeres les resultan denigrantes. —Torció la boca—. ¿Y los hombres sí los tenemos que aguantar? —preguntó con indignación.

Ella se encogió de hombros. Julien se incorporó sobre la barra y le dio un pequeño beso, que incluía lametón y mordisco. A Denisse le sorprendió y la dejó en fuera de juego. A pesar de ello, respondió al beso como si fuese el último de su vida. Estaba deseando saborearlo.

—Lo que sea que estés pensando, yo también tengo ganas —murmuró sobre su boca. Luego, sin más, le guiñó el ojo y se fue a atender.

Las miradas de las chicas se centraron en ella, y Denisse se quedó bloqueada.

—¿Qué pasa? Parece que te hubieran congelado —anunció Tamy, que regresó a su lado.

—No sé. —Abrió los ojos con diversión—. Parece que Julien tiene muchas fans, y todas ellas me están desintegrando ahora mismo —contestó riéndose.

Tamy soltó una carcajada.

—Normal, ya has atrapado al recién llegado. —Se rieron—. ¿Vamos a la pista?

Denisse asintió, y ambas se mezclaron entre la gente para bailar. Sonaba en aquel momento la

canción *Remember my name* con un toque de *remix* y se dejaron llevar por la música.

La noche avanzó a pasos agigantados. Denisse observó cómo a Julien no le quitaban ojo de encima y le lanzaban la caña cada vez que podían. El mundo de la noche era peligroso, a pesar de ello, lo comprendía bien. Ella misma lo había hecho. Ligar cada vez era más complicado. Y, si pasabas de ciertos años, más aún. Las personas cada vez se volvían más exigentes, no estaban dispuestas a aceptar a cualquiera y parecía que tener defectos era como tener taras insalvables, ya eras inútil y desechable. La gente buscaba pareja con unas expectativas difíciles de cumplir, una perfección inalcanzable. El baremo de las exigencias cada vez era más alto. Denisse creía que en un futuro las aplicaciones de citas evolucionarían hasta el punto de que buscar pareja sería como ir a pedir una *pizza*; elegías los ingredientes y te lo fabricaban a medida. Con todo, encontrar a una persona que de primeras ya te entrase por el ojo hacía que te arriesgases a apostar todo para ver si podría ser lo que buscabas. Por ello, comprendía que Julien no se las pudiera quitar de encima. Todas, y algún hombre que otro, querían comprobar si él era el destinado. Sin embargo, no fue consciente hasta aquel momento en que lo estaba viendo con sus propios ojos, cuánto lo sentía suyo, cómo de íntima se estaba volviendo la relación, cómo era conocedora de cada porción de piel de su cuerpo, de su culo prieto —como lo habían llamado—, de sus manos, sus jadeos, su fuego, su atención, cariño y toodo de él. Saber aquello le llenaba el corazón de ilusión. Veía cómo las mujeres se acercaban a todos en general, pero a él lo avasallaban de manera constante. No creía conocer a nadie con tanta paciencia. Bueno, Sam también la tenía. Cierto que para aquel tipo de negocios se necesitaba estar hecho de otra pasta. Dar una buena cara, una grata respuesta, una sonrisa... era casi obligatorio, independientemente de si tenías un mal día o no. Subió las cejas con resignación y se limitó a disfrutar de la noche a su manera.

Cuando se dieron cuenta, apenas quedaba gente, y Julien por fin pudo acercarse a ella.

—¿Bailas conmigo? —preguntó agarrándola de la cintura.

La canción que sonaba era la de *Sweet Dreams* y era bastante movidita, pero él se empeñó en atraerla hacia su cuerpo. Fue entonces cuando comenzaron a sonar baladas.

—Qué astuto, ya lo sabías, ¿no? —Su sonrisa lo delató.

»¿Sabes? Quería contarte algo que me ha sucedido hoy. —Julien la miraba con atención.

»Creo que he recordado el rostro de mi marido. —No dijo nada, pero Denisse sintió cómo se tensaba.

»Después de muchos años por fin me han venido imágenes a la memoria.

—¿Y cómo era? —inquirió con curiosidad.

—Pues... tenía el cabello castaño, muy corto, y los ojos grisáceos.

—¿Así era Simon? —preguntó controlando la tensión.

Denisse comprendió su actitud. Quizás pensaba que, al recordar a su marido, renacería el amor que una vez le tuvo.

—Sí, así es como lo vi. Tenía un lunar encima de su ceja izquierda y...

—¿Ese es el rostro que viste? —inquirió con una irritación camuflada.

Analizó su expresión, parecía cabreado, y ella sonrió.

—Pues así es como vino a mi cabeza, espero poco a poco recordarlo mejor y afianzar esa imagen, pero no te enfades. —Él levantó una ceja inquisitiva—. Por más que Simon vuelva a mi mente, mi corazón ya está ocupado, y lamento mucho haber olvidado lo que sentí por él, pero, como bien dijiste, no se puede vivir en el pasado.

Julien apretó los dientes.

—No estoy celoso —apuntó malhumorado.

Ella sonrió sin creerle.

—De todas formas, me siento triste.

—¿Por? —Quiso saber intentando imprimir suavidad a sus palabras.

Denisse notaba aún su tensión y la aspereza de su voz, sabía que no le hacía gracia aquella conversación, aun así, ella quería ser sincera con él en todo momento.

—Porque estaba deseando recordarlo y me siento miserable. —Julien la apartó un poco de su pecho para clavar su mirada penetrante en ella y levantó otra vez la ceja.

»A ver, mi madre dice que amaba a Simon con locura, que éramos el matrimonio ideal y que Cala fue concebida con muchísimas ganas, sin embargo, parece que mi corazón no recuerda nada. Al ver su rostro, no he sentido ni un atisbo de ese amor. Me siento taaan culpable de enamorarme de otro hombre. Tan rastrera.

Observó cómo él apretaba la mandíbula y le palpitaba el músculo de la mejilla, mosqueado. Suspiró y Denisse pensó que estaba rascando paciencia.

—No hables así. No seas injusta contigo misma —la reprendió—. Y no le des más vueltas a eso. —Denisse observó sus ojos, profundos e intensos, con un brillo de ira cruzando por ellos y repletos de significados ocultos.

»Si lo amaste tanto, estoy seguro de que lo recordarás tarde o temprano —matizó para tranquilizarla—. Ahora, límitate a disfrutar del presente.

A pesar de pretender que no le afectaba, Denisse percibió su mosqueo a través de su lenguaje corporal. Sus brazos la agarraban con más fuerza, el ceño fruncido, la mirada poderosa, el tono de voz algo rudo por más que se esforzase en atenuar la tirantez. Ella se mordió el labio para evitar sonreír. Le hizo gracia ese repentino lapsus de celos o inseguridad. Denisse creyó que Julien podía sentirse engullido por los recuerdos que ella pudiese tener de Simon y la situación le pareció curiosa.

Las canciones fueron saltando de una a otra hasta que comenzó a sonar *Unchained Melody* e inmediatamente Julien comenzó a mecerse a su son, arrastrándola en un movimiento dulce y delicado.

A Denisse la canción se le metió dentro del pecho y, a pesar de apoyar la mejilla sobre el hombro masculino, sintió una angustia y una pena muy grande. Las lágrimas resbalaron despacio por sus mejillas, quisiera ella o no.

—Esta canción siempre me hace llorar —anunció limpiándose el rostro.

—Lo sé.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque muchas mujeres se emocionan, ¿no? ¿Será por la peli? ¿Porque Patrick Swayze se muere y al final no se queda con ella?

Denisse negó.

—No, no es por eso. Hay algo más. Siempre siento una emoción demasiado intensa cuando la escucho. Como si hubiese estado haciendo algo muy importante mientras sonaba.

—¿Como si fuese la melodía de tu baile nupcial? —sugirió con suavidad.

Ella se quedó analizando su rostro y después asintió despacio.

—Puede ser, quizás sí..., creo... No sé. —Julien la acomodó de nuevo sobre su pecho y comenzó a tararear en su oído.

»¿Te gusta cantar? —preguntó ella sin apartarse de allí. Con los ojos cerrados, disfrutando de estar refugiada entre sus brazos, oía los latidos rítmicos de su corazón.

—No especialmente.

—¿Entonces?

—Me gusta hacerlo para ti, así, como estamos ahora, suave, bajito y despacio. Disfrutando de

este momento.

Denisse sonrió sobre su pecho, disfrutó de la melodía y de la vibración de su voz.

—Hazlo así, suave..., adoro oír tu voz en mi oído —dijo meciéndose y olvidando los rostros que los observaban.

Risa.

—Si lo hago fatal.

—Pues a mí me enamora cada vez más. —Lo abrazó más fuerte.

—Entonces lo haré hasta que me muera, vida mía.

—Empezamos una nueva etapa —anunció emocionada mientras él recogía la cola de su vestido en el antebrazo y seguía moviéndola a su antojo.



37

—¿Qué es esto? —inquirió al encontrar un sobre sellado sobre su escritorio.

—No lo sé, lo ha dejado el de correos para ti —respondió su compañera con la misma desgana de siempre.

Denisse la miró de soslayo y se sentó al frente de su habitáculo.

Había llegado el lunes y, con él, la vuelta a la rutina; Cala a su colegio, y ella se había incorporado a trabajar. Debía reconocer que lo había echado de menos, no así a ella. Darse cuenta de que aquella chica le contaminaba los chakras le llevó a recordar lo bien que había pasado aquellos días sin su presencia. Cerró los ojos unos segundos y decidió que nadie le arruinaría el ánimo. Sus recuerdos regresaban con cierta fluidez, su vida personal iba poco a poco afianzándose y se sentía cada vez más enamorada.

Examinó el envoltorio y no le ofrecía pista alguna. Tan solo estaba escrito su nombre y la dirección de la oficina. No existía remitente. Lo abrió con delicadeza, pues creyó que sería, como tantas veces, alguna empresa que solicitaba entrar en las programaciones turísticas y así obtener publicidad beneficiosa para su trabajo. Entrecerró los ojos cuando extrajo lo que había en su interior; una tarjeta con el logo de una central bancaria y un documento de arrendamiento. Volcó el sobre, que parecía contener algún objeto dentro, y en su mesa cayó una llave. La examinó con detenimiento sin saber qué era todo aquello. Dejó la tarjeta a un lado y leyó con atención aquellos papeles.

—¿Qué es esto? —inquirió de nuevo, incrédula, para sí misma.

—¿Qué es? ¿Un nuevo cliente? —Su compañera se asomó.

Denisse apartó de ella los papeles.

—Es personal —aseveró con sequedad.

—Ah, perdona.

Puso los ojos en blanco y continuó leyendo. Parecía el contrato de alquiler de una caja de seguridad bancaria. Observó que había una clave de acceso. Lo que más le extrañaba de todo aquello era que la información respecto a aquel banco correspondía a otra ciudad. Un lugar que no le sonaba de nada.

El timbre de entrada la sacó de sus pensamientos y una ola de turistas se coló pidiendo información. Apenas quedaba una semana para Nochebuena, y se centró en atenderlos y orientarlos por las diferentes actividades que se llevaban a cabo en el pueblo.

Aunque una parte de su cerebro trabajaba de manera eficiente, la otra estaba anclada en aquella documentación. Eran sus datos y su firma, por tanto, aquello lo había solicitado ella. Estaba deseando encontrar un hueco para llamar a su madre y pedirle explicaciones. Denisse creyó que siempre había estado en el pueblo, exceptuando sus años de facultad. No tenía sentido que fuese clienta de un banco con sede en una ciudad en la que no recordaba haber estado.

Justo cuando la oficina quedó algo despejada, entró el concejal de Cultura.

—¿Qué tal, chicas? —saludó.

—A tope —contestó su compañera.

—Lo imagino. —Se acercó al mostrador—. Venía a decirte que he hablado con Julien, como me recomendaste.

Denisse abrió los ojos con sorpresa.

—¿Sí? ¿Y qué te ha dicho? No me ha contado nada —confesó con la boca apretada.

—Ha sido justo ahora —puntualizó—. He ido al mercado navideño, esta tarde se hacen los talleres para niños de adornos de arcilla y demás, y me he cruzado con él.

Ella asintió, atenta a su relato. Los lunes eran los días de descanso de El Amida.

—Le he desgarnado la idea que tengo y le he propuesto el trabajo, pero se ha negado.

Denisse frunció el ceño.

—¿Y eso?

—Dice que de momento prefiere seguir trabajando con su hermano, que ya no se dedica al periodismo y que quizás en un futuro cuando su situación personal se estabilice. —El concejal se encogió de hombros.

Ella se quedó extrañada ante aquellos argumentos.

—Pues es realmente bueno. Tuve la oportunidad de leer algunos de sus artículos y la verdad es que es un buen redactor.

—Entonces espero que solucione sus cosas pronto y pueda trabajar con nosotros.

—Estupendo y, bueno, ¿nos traes algo hoy? —inquirió para desviar el tema, más tarde, quizás podría averiguar de la boca del propio Julien qué situación personal tenía que estabilizar.

—No, qué va, venía a contarte eso.

Ella se echó a reír.

—Sabes que existen los teléfonos, ¿verdad?

—Sí, claro, pero ando de aquí para allá todo el tiempo y pasaba por aquí. —Sonrió.

Terminó despidiéndose de ellas y animándolas a asistir al taller de manualidades, sobre todo a Denisse, para que llevase a su hija.

En cuanto se fue, no pudo aguantar más y llamó a su madre.

—¿Sí?

—Mamá, tengo que preguntarte algo.

—Ay, cielo, no me asustes —comentó ella ante su tono de seriedad.

—Necesito saber por qué tengo en mis manos una clave de acceso y una llave para una caja de seguridad que no recuerdo, en una ciudad en la que, según creo, no he estado.

El silencio fue tal que incluso parecía ensordecedor.

—Deni..., hija..., sabes que no puedo decirte nada.

—Todo esto es tan injusto..., a veces pienso que entiendo tu decisión y otras, mi corazón me impide perdonarte.

Oyó un ahogo tras el auricular.

—Por favor, no digas eso. Me vi superada por las circunstancias, ya te lo he explicado.

—Pero no me dejaste afrontar las mías, y ahora me veo constantemente perdida entre la realidad y los recuerdos. Intento reconstruir todo lo que hay dentro de mí, y es un caos. Estoy destruida, mamá.

—Cielo..., ¿por qué no vienes a casa y lo hablamos? No quiero que discutamos por teléfono.

Denisse cerró los ojos y resopló. En eso llevaba razón. No podía dejarse llevar por los nervios que la sacudían y armarle una rabieta tan solo porque un nuevo dato había conseguido desestabilizarla.

—Sí, vale. Iré a lo largo de la tarde —concedió.

—Todo saldrá bien, lo prometo.

Esa última frase antes de colgar la dejó aún más inquieta. Era casi una réplica de lo que repetía Julien una y otra vez. Ella se había propuesto ser fuerte y paciente, no dejarse llevar por el pánico y afrontar sus recuerdos uno a uno. Con todo, cada vez que aparecía una nueva señal que la guiaba hacia su anterior vida volvía a enajenarse.

Se sentó tras su mostrador y garabateó con el bolígrafo sin ser consciente de lo que escribía. Una nueva duda asaltaba su mente, ¿quién le había dejado aquel sobre allí? Si era un empleado de mensajería, ¿por qué no llevaba ningún sello ni remitente?

Alguien que la conocía y sabía de su pasado quería que averiguase cosas, y eso la llevaba otra vez a la desconfianza. Tenía anotadas a todas las personas de su alrededor que sabían sobre su vida pasada. Ray y Tamy no tenían idea de nada. Por tanto, en aquellos instantes, le aportaban seguridad. No mentían. Sam y Julien, además de ser hermanos, estaban enterados de algunos hechos. A pesar de que Denisse no sabía cuáles en concreto. Lo único que había pedido era que, si estaban limitados y no podían hablar, al menos que de las cosas que ella fuese recordando matizaran lo que era verdad y lo que no. Y, por supuesto, su madre estaba al tanto de todo.

A veces sentía que se encontraba en una película.

—Ey.

Levantó los ojos para salir del trance y los abrió con sorpresa.

—¿Qué haces aquí?

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó su compañera con un tono evidente de galantería coqueta.

—Ya lo atiendo yo, gracias —contestó Denisse con sequedad. Salió de detrás del mostrador y lo alejó hacia la entrada.

Julien sonrió y, agarrándola por la cintura, le dio un pequeño beso.

—Vuelvo a casa de hacer unos recados y he pasado a verte. Te echo de menos —confesó colocándole el cabello tras la oreja y agarrando un pequeño mechón para llevárselo a la nariz con dulzura.

—Deja de hacer eso —lo reprendió con una sonrisa al tiempo que apartaba su mano.

—Me gusta oler tu fragancia —dijo con picardía—. ¿Hacemos algo hoy?

—Eeeh..., pensaba ir al mercado navideño. Hay un taller de manualidades para elaborar adornos y quería llevar a Cala.

—Ah, guay, pues voy con vosotras. Igual Cala quiere un chocolate caliente. —Le mostró los dientes en una sonrisa que más parecía la de un niño ilusionado.

—Oye..., hay algo de lo que tengo que hablar contigo.

Denisse notó cómo se tensaba.

—¿De qué?

—Bueno, en realidad hay varias cosas —dijo poniéndose nerviosa.

—A ver, empieza —la animó, pero sus ojos ya estaban reflejando inquietud.

Denisse se giró y le enseñó el sobre con la documentación, atenta a su reacción. Julien debía de haber practicado su cara de póker durante muchos años porque no se inmutó, por lo que dedujo que, o mentía muy bien, o no sabía nada sobre aquello.

—Resulta que soy clienta de un banco y tengo una caja de seguridad en una ciudad en la que no recuerdo haber estado.

Sus ojos azules la miraron con detenimiento.

—Igual eres millonaria, bien por ti —comentó con diversión.

Ni sus palabras ni su expresión resultaron convincentes. Denisse supo que tenía que ir a aquella ciudad a buscar más información sobre su identidad perdida.

—Nos vemos esta tarde y te cuento lo demás —zanjó.

—Esperaré con paciencia —contestó y, sin más, le dio un beso, que, a pesar de ser corto y suave, consiguió hacerla temblar de nuevo.

Intuía que aquel hombre sería su perdición.



38

—Habíamos quedado en tu casa, ¿por qué me haces venir aquí? —preguntó Denisse indignada.

—Vamos, hija —contestó Delia en lo que guardaba su bolso en la taquilla—. ¿No tenías clase de baile?

Denisse resopló y se llevó una mano a la frente.

—¿Crees que estoy para clases de baile? —Frunció el ceño.

Tras la conversación mantenida por teléfono, y su jornada laboral, había recogido a Cala y habían llegado a casa a comer y a organizar la tarde. Justo cuando se dirigía a visitar a su madre para hablar acerca de aquella misteriosa caja de seguridad, Delia la había desviado al centro de deportes. Era el lugar menos indicado para hablar sobre cómo se sentía. Allí, entre sus amigas, las que adoraban cualquier tipo de rumor y adornaban los sucesos para llenar el tabloide del corazón de noticias frescas.

Mientras Delia se preparaba con toda la tranquilidad del mundo para su clase de yoga, Denisse se desesperaba.

—Lo cierto es que sí, creo que bailar, desconectar y meterte de nuevo en el ambiente que te aporta tanta energía positiva es precisamente lo que necesitas. Siempre has conseguido evadirte y calmarte con el baile —comentó cogiendo sus manos.

Denisse miró a su hija de soslayo, que hacía estiramientos e intentaba copiar a la profesora de bachata.

—No, si de verdad entendieras mi situación, sabrías que esto no es lo que me hace falta ahora mismo —aseveró irritada—. Lo que necesito es descubrir todos los malditos misterios que me rodean. ¡Estoy hasta las narices de este caos emocional! —ladró entre dientes—. Y, a cada paso que doy, más intriga hay, más recuerdos confusos y más me cuesta unirlo todo. —Se lamió los labios y resopló—. Mamá, lo intento, pero me cuesta mucho comprender lo que hiciste. —Cerró los ojos e inspiró con profundidad—. Sabes que nunca he sido una persona rencorosa, pero...

Delia la abrazó sin dejar que terminase la frase porque, con toda seguridad, sufriría con cada palabra que pronunciase. No hacía falta que su hija le dijera nada, ya sabía que, en cuanto todo

fuese saliendo a la luz, ella sería la más castigada por tomar aquella decisión. Pero ya no había vuelta atrás. Se había arrepentido durante todos aquellos años, mas había visto a su hija feliz y a Cala crecer con los cuidados de una madre. No podía seguir atascada en el mismo bucle de culpabilidad, solo esperaba que salieran cuanto antes de todo lo que estaba por venir.

—Necesito... ir a esa ciudad. Averiguar qué tengo allí, qué hay en esa caja —confesó con determinación clavando sus ojos verdes en su madre.

—¿Crees que es el momento ahora? —preguntó Delia con delicadeza.

—¿Y cuándo entonces? —replicó con enfado—. ¿Cuándo podré ponerle fin a esto? ¿Cuándo acabarán las pesadillas constantes, la inseguridad, el miedo? ¿Por qué no habláis todos y me contáis las cosas de una vez?

Delia apretó las manos con fuerza, se le habían humedecido los ojos a causa de ver la angustia en su hija.

—Cálmate, cielo. Respira, por favor. —Observó cómo Denisse hacía lo posible para tranquilizarse. Cerró los ojos y tomó una gran bocanada de aire, después la volvió a mirar—. Qué más quisiera yo que sentarme contigo ahora mismo y contarte todo de una buena vez, pero ya oíste a la doctora, podría ser contraproducente. —Cogió una de sus manos y la palmeó para darle ánimos con la otra—. Hay que esperar, cariño. Hay que esperar.

Denisse asintió, llevándose la lengua a las paletas.

—Muy bien, pues, como la doctora os tiene a todos censurados, seré yo misma la que busque la verdad. —La señaló con el índice—. No pienso quedarme varada a esperar a que me rescaten. —Abrió las manos en un gesto desesperado—. ¡Estoy cansada! ¿O no lo ve nadie? ¡Se acabó! Me voy ahora mismo a esa ciudad a averiguar qué es lo que tengo allí.

—¿Qué?! —Cala acudió corriendo al oír a su madre gritar—. ¿Te vas? ¿A dónde?

Denisse observó a su alrededor. Sus compañeras de bachata se habían quedado prudentemente al margen, aunque curioseaban desde la distancia, y las amigas de su madre, en la sala de al lado, las analizaban con atención para descubrir cuál era el asunto. Así pues, agarró con suavidad la manita de su hija y la llevó hacia un rincón más reservado, notó los pasos de su madre tras ellas, después, se agachó y cogió las manos de Cala.

—Cielo, tengo que ir a recoger una documentación importante —informó con dulzura. La niña se cruzó de brazos, enfurruñada.

—Pero dijiste que me llevarías a la manualidad de Navidad —reprochó.

Denisse puso los ojos en blanco para reunir paciencia.

—Lo sé, cariño, pero es muy urgente, te llevará la abuela, ¿vale?

Cala dio un pisotón de indignación.

—¡No! ¡No vale! Quiero mucho a la abuela y me gusta estar con ella, pero llevas muchos días sin pasar tiempo conmigo. Quiero ir a la manualidad de Navidad y ¡quiero ir con mi madre!

Denisse agachó la cabeza y suspiró. Después levantó los ojos hacia su hija.

—Cala. Eres una niña muy lista para tu edad. Hace tiempo que sabes que mamá tiene un pequeño problema de memoria, ir a recoger esa documentación me ayudará a ponerme bien, ¿lo entiendes?

Su hija apretó la boca hacia un lado, pensando.

—¿Y tiene que ser hoy? ¿No puede ser mañana? Todas mis amigas van a ir al mercado navideño con sus padres —añadió poniéndole morritos.

—La temporada de Navidad acaba de empezar, mi vida, te aseguro que iremos a muchas actividades. —Le dio un toquecito con el dedo en la nariz—. Te recuerdo que mamá trabaja en turismo, sé tooodo lo que harán estos días. —Denisse acogió sus mejillas entre las manos,

sonriéndole—. Cuanto antes recobre mi memoria perdida, mejor, ¿no crees? Así podrás tener a mamá cien por cien recuperada —le hablaba con la máxima delicadeza posible. Quería persuadirla con miel.

A pesar de que se resistía, su enfado iba menguando.

—Eres como Dory, mamá.

Denisse se echó a reír.

—No tanto, cariño, Dory perdía la memoria a cada minuto como mucho, yo solo tengo que recordar algo sobre el incidente en el que perdimos a papá.

Ambas se analizaron unos segundos. Denisse se dio cuenta del momento en el cual su hija entendió la situación. Su expresión cambió.

—¿Y me llevarás a ver el belén viviente? —inquirió con un atisbo de arrepentimiento por su rabieta.

Denisse soltó una risilla.

—Por supuesto, cielo, iremos a ver el belén y comeremos buñuelos con chocolate, ¿qué te parece la idea?

—¿Promesa de meñique? —Le mostró el dedo para que Denisse enredase el suyo y así lo hizo.

—Promesa de meñique —confirmó sonriendo.

—Pero esta promesa no la puedes romper. —Ladeó la cabeza a modo de advertencia, y Denisse soltó una risilla arrastrándola a sus brazos.

—No, cielo mío, esta promesa no la romperé. —Comenzó a darle besos por el pelo, por las mejillas, por la nariz... hasta que la niña empezó a reírse—. Te quiero, te quiero, te quiero, loquilla mía.

—Y yo más, mamá pitufa —confesó soltando una carcajada en lo que Denisse le hacía cosquillas.

—¿Oye? ¿Cómo me has llamado, sinvergüenza? —bromeó con ella. Le dio un beso en la coronilla y se despidió de la niña, que se unió a la clase de bachata para seguir imitando a la profesora. Denisse se giró hacia su madre, que había sido testigo de toda la escena.

»Deséame suerte —le pidió con los ojos llenos de determinación.

Delia tragó saliva y negó con la cabeza.

—No tengo que desearte suerte, hija, tengo que rezar para que seas fuerte.

Los ojos preocupados de su madre la hicieron dudar un instante.

—Sabes lo que voy a encontrar, ¿verdad? —preguntó titubeando. Su voluntad, ante el miedo que veía en Delia, se estaba quebrando.

Su madre asintió apretando los labios y una lágrima solitaria resbaló por su mejilla. Denisse la abrazó y cerró los ojos embriagándose de su aroma. La memoria olfativa era algo extraño. Reconocía los olores de las personas importantes en su vida.

—Sé fuerte, hija, muy fuerte. —Se apartó de ella y mantuvo las manos en sus brazos—. Mucho me temo que lo que vas a descubrir es algo muy duro.

Denisse se despidió de su madre, no obstante, aquellas últimas palabras y su mirada torturada consiguieron instalar en ella una punzada nerviosa en su pecho. Un dolor extraño se apoderó de su estómago y, a pesar de haber programado el GPS y de haber conectado música para evadirse durante el trayecto, la ansiedad se estaba apoderando de ella.



—Nooo, así no es, lo estás haciendo mal —comentó Cala a su abuela observando la arcilla que tenía en las manos.

—Bueno, no tenemos por qué hacer el mismo adorno, mira, a mí se me da mejor hacer el bastón de caramelo, ¿ves? —Le enseñó a su nieta una especie de churro que estaba comenzando a curvar.

—Se llama *candy cane*, abuela —corrigió ella, enfrascada en hacer un copo de nieve.

—Bah, eso son cosas de tu madre con sus idiomas turísticos. Bastón de caramelo, de toda la vida —reiteró Delia concentrada en su adorno mientras oía la risa de la niña.

A pesar de que había llevado a su nieta a la manualidad, y de que hacía todo lo posible por entretenerla y dedicarle toda su atención, su corazón estaba en otro lugar. Notaba el acelerar de su tensión y no le extrañaría nada que tuviese que ir a tomarse alguna medicación. Después de todo, su hija había decidido ir a enfrentarse con su pasado —algo que la enorgullecía por su valentía—, sin embargo, sentía miedo de haberla dejado ir sola. Quería enmendar de alguna manera todo lo que había ocurrido por su culpa y dejar a Denisse afrontar los horribles acontecimientos por su cuenta, no era la opción que ella hubiese elegido.

Los villancicos sonaban por los altavoces públicos, la plaza estaba repleta de gente esparcida entre los diferentes puestos que habían montado. Se podía encontrar de todo. Tiendas en las que comprar adornos para belenes, para árboles de Navidad, para decoración de exteriores. Puestos de postres y recetas típicas de la época, de especias aromáticas, de instrumentos musicales, de abrigo con motivos navideños, bufandas. Tiendas de cuentos, de juguetes, de títeres y un largo etcétera.

Ellas se habían dirigido nada más llegar al stand que había habilitado el ayuntamiento para todas las actividades que se realizarían a lo largo de todos aquellos días. Se trataba de una carpa de tamaño medio, en la que había una hilera de mesas y dos grandes bancos a cada lado. Varios monitores iban haciéndose cargo de muchos niños, explicando de uno a otro cómo hacer las manualidades. En el centro de las mesas había materiales para todos; arcilla blanca, moldes, pinturas...

Cala de inmediato se había puesto a moldear adornos como si no hubiera un mañana. Quería tener uno de cada molde, pintarlos con todas las pinturas que había allí y ponerles los diferentes cordeles de colores, purpurinas, etcétera. Los monitores no daban abasto en secar arcilla en dos hornos que habían habilitado para ello.

—¡Ey, bicho! ¡Por fin te encuentro!

Ambas se sorprendieron al ver a Julien, que se sentó justo en el banco frente a ellas, apoyó los brazos en la mesa y cruzó los dedos, sonriendo.

—¡Julien! —exclamó Cala con una felicidad transparente—. ¡Mira, mira! He hecho todos estos adornos para el árbol de Navidad. ¿Te gustan?

—Woow, ¿cómo has sido capaz de hacer tantos en tan poco tiempo? Si tampoco me he retrasado mucho —dijo mientras los observaba—. ¿Dónde está tu madre? —preguntó rodando los ojos por alrededor—. No la he visto, la he llamado cientos de veces y no me coje el teléfono.

—Mamá ha ido a una ciudad a buscar no sé qué que le ayudará con la memoria —contestó la niña como si nada, moldeando el copo de nieve.

—Ah —respondió él dirigiendo su mirada a Delia.

»Habíamos quedado para venir a la manualidad —comentó en un tono más suave, hacia la abuela.

—Tenía prisa por investigar —aclaró Delia, visiblemente nerviosa.

—No me ha dicho nada y no atiende a mis llamadas.

Los dos se quedaron analizando mutuamente en una conversación no verbal, pero se entendieron sin necesidad de palabras.

—Quería ir sola. No me ha dejado acompañarla —apuntó Delia.

—Es muy tarde. Llegará al anochecer, el banco estará cerrado, ¿dónde va a quedarse? —inquirió Julien acelerándose.

—No te preocupes, mamá lo resolverá. —El comentario de Cala hizo que los dos adultos la mirasen, y ella levantó los ojos hacia él—. Mamá siempre resuelve las cosas, aunque no tengo padre, ella sabe cómo hacerlo todo.

Julien se llevó una mano a la boca, apretándose fuerte la mandíbula y asintió con los ojos húmedos.

—Mi hija es fuerte —añadió Delia.

Julien clavó en ella una mirada de ira.

—No pensaste eso al principio, a pesar de que te lo repetí un millón de veces —comentó con una acidez lacerante provocando que ella bajase la cabeza—. Y bien, bicho, ¿qué adorno puedo hacer yo?

Desvió la atención hacia la niña, cosa que Delia agradeció, y se mantuvo al margen observándolo todo el tiempo. Su nieta se reía a carcajadas ante sus ocurrencias, a pesar de que él, de cuando en cuando, enviaba mensajes, no supo a quién, y mantenía una conversación privada por el móvil.

Todos los adornos que hizo ella se los arrebató, sermoneándole porque no los hacía bien, hasta que al final se quedó asombrada.

—Eso no es un adorno de Navidad, pero es superbonito —concedió mirando lo que él había moldeado.

—Sabes lo que es, ¿verdad? —preguntó mirándola a los ojos con detenimiento.

—¿Una cala? —Ella aplaudió y dio un gritito cuando se dio cuenta—. ¡Has hecho una cala! —Se giró hacia Delia—. ¡Mira, abuela! ¡Mira! ¡Julien ha hecho una cala!

Él no apartaba sus ojos azules de la niña.

—Es lo único que sé hacer —informó—. Es lo único que he hecho durante todos estos años. —Delia volvió a tragar saliva, emocionada. De pronto, él dio una palmada en la mesa—. Bueno, ¿y qué te parece si vamos a por los buñuelos y el chocolate? Tanta manualidad me ha dado hambre.

—¡¡¡Sííí!!! —Cala levantó los brazos al aire—. ¿Vamos, abuela?

Delia los miró a los dos y negó con suavidad.

—Ve con él, cielo, yo me encargo de empaquetar todos los adornos que hemos hecho.

Julien le dedicó una mirada penetrante.

—No te preocupes por Denisse. Yo me encargo —apuntó.

Ella tan solo asintió y los observó caminar entre los puestos en busca del de los buñuelos. En la lejanía, se dio cuenta de que él volvía a pegarse al teléfono. Delia apoyó los codos en la mesa y se cubrió el rostro, suspirando. Ya no sabía si lo que hacía estaba bien o mal. Siempre había gozado de un buen sentido común y de la sabiduría que aportaba la edad, no obstante, desde el incidente y aquella decisión, todo se había derrumbado.

—Somos las decisiones que tomamos, recuérdalo bien. Porque, igual que yo estoy aquí asumiendo mi castigo, tú tendrás que asumir el tuyo cuando llegue el momento.

Sus palabras, crueles y murmuradas entre dientes, la hicieron temblar.

—Tú estás aquí, y yo soy la que tiene que lidiar con ella fuera. Firma los papeles, por favor.

Él arrugó aquel informe con rabia y los firmó mientras lágrimas de impotencia recorrían su rostro. Luego lo plantó ante ella dando un puñetazo en la mesa.

—No sé si llegaré a perdonarte algún día —amenazó.

—Yo tampoco sé si podré perdonarte a ti. —Se giró, pero, antes de marcharse, sentenció—: Creo que tenemos bastantes años para pensar en ello.

Mientras se marchaba, oyó su grito de rabia y dolor.

Delia recogió los adornos, todos muy bien empaquetados en bolsitas de colores, y caminó despacio para unirse a ellos. Cogió el teléfono y volvió a llamar a Denisse. No le atendió. Una vez, otra, y nada, no había respuesta.

—¿Te ha contestado? —preguntó con discreción cuando alcanzó a Julien, que le daba un buñuelo a Cala y recogía los chocolates para sentarse en una de las mesas dispuestas para ello.

—No.

—¿Lo tienes controlado de verdad? —inquirió agarrándole el brazo.

Él observó su mano y luego levantó la mirada hacia ella.

—He tenido bastantes años para pensar en ello, ¿no crees? —Sus palabras la volvieron a dañar.

—Julien, por favor, ya he sufrido bastante, no me mires así, no me hables así —apuntó con dolor.

Observó cómo él levantaba la cabeza al cielo y recogía una gran bocanada de aire, después asintió.

—Todo saldrá bien. Déjalo en mis manos. —Miró a Cala, que estaba manchándose toda la boca de chocolate—. No quiero hablar más del tema —sentenció.

Ella bajó la cabeza, asimilando sus palabras. No le quedaba otra que confiar en él, a pesar de que no estaban atravesando por el mejor momento. Aún faltaba mucho para que ambos estuviesen en la misma sintonía. Necesitaban tiempo para adaptarse el uno al otro. Sus ojos se fueron al cielo. «Dios mío, cuida de mi hija, por favor».



40

No fue consciente de cuán lejos estaba aquella ciudad. Tan solo puso el rumbo y salió disparada como loca, invadida por la necesidad de averiguar cosas, lo que fuera, algo que la ayudase a aclarar lo que se mezclaba en su cabeza de manera heterogénea.

La llamaron cientos de veces, la mayoría de todas ellas era Julien. No contestó.

En aquel momento, eligió ser egoísta. No quería escuchar a nadie, le urgía centrarse en ella misma, mas no contó con la hora estimada de llegada y, por supuesto, no calculó que el banco en cuestión estaría cerrado. Aquello le cayó como un jarro de agua fría. Fue entonces cuando se quedó sin ideas.

Desde su coche, envió un escueto mensaje a su madre para decirle que volvería al día siguiente, que no se preocupase, que estaba bien, y después suspiró mirando a su alrededor. Se suponía que aquel lugar debería de sonarle de algo, pero, de momento, nada le venía a la memoria.

Recorrió las calles en su Smart como si de un paseo en autobús turístico se tratase. Observaba bares, tiendas, bloques de pisos, zonas con casitas bajas, otras con unifamiliares..., nada. Entonces se topó con un centro comercial y decidió parar. Había una zona de ocio al aire libre y, a pesar del frío, salió a respirar. En realidad, se sentía perdida, no sabía dónde ir o qué hacer allí, no obstante, había una pequeña llama de libertad dentro de su pecho. Como si por primera vez hubiera llegado a un lugar en el que ya había estado.

—¿Denisse? —preguntaron a su espalda. Ella se giró, extrañada—. Oh, Dios mío, eres Denisse, ¿verdad? —Quiso saber una mujer a la que no conocía de nada.

—Eeeh, sí —contestó titubeando.

La desconocida se acercó, llevaba un carrito de bebé y la saludó dándole dos besos. Denisse estaba desconcertada.

—No te acuerdas de mí, ¿verdad?

—Aaam..., no, lo siento —confesó con la cara compungida.

—No te disculpes, han pasado muchos años. Yo trabajaba con tu marido. ¿Cómo estás? ¿Cómo os va todo? Oí que os mudasteis y ya no supe nada más. —Silencio—. Eeeh, siento

muchísimo lo ocurrido con Simon.

Le dedicó una cara de preocupación visible.

—Ah, gracias. —No sabía qué contestar, estaba muy perdida y la memoria, como casi siempre, había decidido no hacer acto de presencia.

—¿Denisse? —Ambas se giraron ante una tercera voz, en aquella ocasión, se quedó sorprendida—. Menos mal que te encuentro, Julien estaba preocupado por ti.

La agente de Julien se acercó.

—Oh, Julien..., hace tiempo que no lo...

—Disculpa, tengo que acompañarla a un lugar —informó la agente interrumpiendo a la mujer.

—Ah, claro, sí, perdona por entreteneros, espero que nos veamos pronto. —Se despidió de ellas con una sonrisa.

—Ah, sí, claro, lo mismo digo —contestó Denisse sin mucho convencimiento y dejándose arrastrar sin saber a dónde.

—No deberías deambular sola por la ciudad —la reprendió la agente.

—¿Disculpa? —inquirió Denisse parándose en seco casi a la altura de su coche.

—No me malinterpretes, es que no conoces este lugar.

—Vale, he perdido algunos recuerdos, pero no soy tonta. Creo que sabré manejármelas por mi cuenta, gracias. Y dile a tu jefecillo que no hace falta que envíe a nadie a vigilarme. Quiero estar sola. —Abrió la seguridad del coche con el mando a distancia y, justo cuando iba a subirse, la agente la paró.

—No, Denisse. —Agarró su brazo—. No lo entiendes.

Ella se giró y se cruzó de brazos levantando una ceja.

—No, explícamelo.

—Estoy segura de que sabes que no puedo contarte nada.

Denisse asintió dejando escapar una risilla histérica.

—Sabía que dirías eso. Nadie puede contarme nada, pero tampoco me dejáis averiguar.

—No, no me malinterpretes. Sé lo que has venido a averiguar, pero las dos somos conscientes de que es tarde, los datos que buscas no los sabrás hasta por la mañana, por tanto, te ofrezco quedarte en mi casa hasta entonces.

Denisse se quedó analizando su rostro unos instantes. No podía rebatir su discurso, pero le daba rabia que Julien estuviese al tanto de todo. Desde que lo había conocido era como si no fuese capaz de dar un paso sin que él lo supiera. De alguna manera le hacía sentirse asfixiada y por otra parte se cuestionaba si era realmente así como tenía que ser. Llevaba tanto tiempo sola que no estaba acostumbrada a tener que informar de lo que hacía ni a que nadie se preocupase por ella. Suspiró dándose por vencida en lo que restaba de día.

—Bien, te sigo —concedió.

La agente asintió. Denisse observó cómo caminaba hacia una moto de gran cilindrada y arrancaba, en lo que se colocaba el casco y miraba atrás para observar si estaba preparada. Así lo hizo, condujo tras ella hasta una zona privada de bloques. Avisó al portero de la entrada, y este la dejó pasar.

Denisse caminó tras ella como chiquilla obediente sin hacer preguntas, hasta que se vio dentro de su pequeño piso.

—Por cierto, soy Alice.

—Ajá.

—Espero que no te sientas incómoda, Julien... —Se giró, ambas estaban en mitad de un reducido salón, todo decorado muy al estilo Zen—. Además de su agente..., bueno..., es

delicado.

—¿Eres su pareja o algo? —inquirió Denisse a bocajarro.

Alice arrugó el entrecejo de inmediato.

—¡No, por Dios, no! Una agente de libertad condicional no puede mantener ningún tipo de relación con su custodiado, ni sentimental ni de amistad, nos regimos por leyes y tenemos que cumplirlas.

—¿Entonces? —Denisse se cruzó de brazos, a la espera de su respuesta.

Alice titubeó.

—Bueno, he seguido su caso todos estos años y... lo ayudo en lo que puedo. Intentando no salirme de las leyes impuestas y siendo totalmente imparcial y objetiva, pero es cierto que... tengo una cierta debilidad por su caso. —Alice caminó hacia la cocina y fisgoneó por sus muebles y nevera.

»¿Qué te parece si cenamos algo? Podemos hablar y luego descansar, mañana será un día difícil.

Denisse se limitó a asentir.

Alice puso un picoteo y se disculpó por no tener mucho que ofrecer, ni siquiera había pensado en pillar comida para llevar o pedir a domicilio. A Denisse le valió cualquier cosa, no tenía hambre. Más bien, los nervios no la dejaban.

Hablaron un poco de todo y de nada. Temas superficiales, nada profundo que las vinculase con los datos que ella conocía sobre el caso de Denisse o sobre Julien. A Denisse le pareció surrealista la situación.

Al final de la cena, se apalancó en uno de los dos pequeños sillones que tenía junto a un balcón y se quedó mirando la noche estrellada.

—Ten —indicó Alice con suavidad tendiéndole una taza—. Puede que una tila te ayude a calmarte.

—Gracias. —Acogió la taza entre las manos y se quedó en silencio, con la mirada perdida tras los cristales.

—Todo saldrá bien, ya lo verás.

Denisse dejó escapar una risilla nerviosa y observó el líquido humeante.

—Estoy cansada de que la gente a mi alrededor diga eso. No voy a confiar a ciegas en lo que decís. Si saldrá bien o no, dependerá de lo que descubra mañana. —Levantó sus ojos verdes hacia Alice—. Por mí misma. Sin sombras, sin que sean verdades a medias o semiocultas. No. Quiero la verdad, por dura que sea.

Alice levantó la barbilla y analizó su expresión.

—Tendrás tu verdad y, sobre todo, tendrás el apoyo que necesitas para afrontarla.

Denisse le mantuvo la mirada unos instantes y, después, volvió a contemplar la noche que engullía a la ciudad. Innumerables luces de edificios, calles, comercios y casas se veían desde allí. Se quedó sumida en sus pensamientos y no recordó siquiera quedarse dormida, pues la angustia la asedió cada segundo y minuto que pasó allí. La impaciencia porque amaneciera la carcomía por dentro.



41

Había traicionado de alguna manera a Alice, puesto que no pudo aguantar tanto tiempo y se marchó casi de madrugada, ni siquiera habían puesto las calles aún, como se solía decir, cuando ella ya se encaminaba rumbo al banco.

Por supuesto, no había abierto todavía, así que se pidió un café para llevar en el establecimiento más cercano y allí que se apalancó delante de la sucursal como si fuese una loca compulsiva de las compras en un *black friday*. Fue la primera clienta y, a pesar de no tener cita, parecieron reconocerle. Sin más dilación la llevaron hasta su caja de seguridad y necesitó un tiempo para asimilar que aquello era real.

—¿Esto es mío? —preguntó con incredulidad.

—Claro que sí, señora —confirmó el director del banco.

Formuló la misma pregunta varias veces e incluso de diferentes maneras, y por respuesta recibió la misma. Aquellos documentos que se encontraban en el interior de la misteriosa caja de seguridad cuyo código tenía en su poder le pertenecían. Denisse había hallado las escrituras de una casa y un juego de llaves.

Le dio un vuelco al corazón. Pensaba que en cualquier momento le iba a dar un ataque, no podría resistir más acontecimientos. Se despidió del director del banco y puso rumbo hacia la dirección que marcaba aquella escritura. Leyó y releó los datos de la compraventa y no aparecía el nombre de su marido, aunque la fecha indicaba que la adquirió hacía doce años, por lo que Cala aún no había nacido.

Y allí estaba, llegó al lugar que marcaba el GPS y se dejó caer en el volante para contemplar bien lo que tenía delante.

Una sensación extraña le invadió el pecho. Era una preciosa casita blanca de estilo señorial. Con tejados en pizarra negra y enormes ventanales.

«Yo he estado aquí antes».

Se bajó despacio del coche y, sin alejar los ojos de allí, se metió la mano en el bolsillo para agarrar la llave de metal que le entregaron. Siguió los pasos que iban hilando aquel misterio para darle forma y se acercó sintiendo toda la tensión apoderarse de sus músculos. Se le cayó varias

veces, los nervios se apoderaban de ella y no era capaz de meter la llave en la cerradura. Lanzó un grito de frustración.

—*Esta era mi sorpresa.*

—*¿Qué quieres decir?*

—*Que me he reunido con el banco, estamos a la espera de que nos den la hipoteca, pero esta será nuestra casa.*

—*Pero ¡dijiste que era imposible! ¡Que no podríamos comprarla!*

—*Si te hubiera dicho que sí, no sería una sorpresa. ¿No era la casa que querías?*

Ella gritó de alegría y dio varios saltos.

—*¡¡Dios mío!!! —Se tiró a su cuello, y él soltó una gran carcajada.*

Después la abrazó por los hombros situándose tras ella, que dejó caer la cabeza contra él para visualizar bien el edificio.

—*Seremos muy felices aquí —confesó él colocando las manos en una incipiente barriga. — Ella asintió apoyando las suyas sobre las de él, abrazando ambos la vida que estaba gestando. Las lágrimas de felicidad recorrían sus mejillas. Él puso en su campo de visión unas llaves.*

»*¿No quieres volver a verla por dentro?*

—*Sí, claro —contestó.*

Atrapando las llaves con sus dos manos, se fijó en el llavero. Un árbol de la vida, sencillo.

Denisse tiró el bolso al suelo y rebuscó en él como una histérica hasta que encontró la llave que había aparecido en su casa por arte de magia. En ella, había un llavero, pero no era un árbol de la vida sencillo como el que acababa de recordar, era uno personalizado con los nombres de su marido y su hija. El instinto la iluminó. Cerró los ojos, suspiró y finalmente se concentró en introducir aquella llave, que le dio entrada al lugar.

El ambiente que la recibió la hizo llorar al instante. No había nada y al mismo tiempo lo era todo.

Denisse lloraba sin parar recorriendo aquel lugar. Aún no venía nada a su memoria, pero su corazón palpitaba con frenesí reconociéndolo suyo. Su hogar. Allí había vivido. Se lo susurraba el alma. Caminó, a pesar de que le temblaban las piernas, por aquellos pasillos. Subió las persianas de los enormes ventanales y observó cómo se iluminaba todo. Decorada al estilo nórdico, con paredes y muebles blancos combinados con maderas naturales. Había polvo, bastante, pero no lo suficiente como para haber estado tantos años abandonada. Acarició los diferentes objetos con una mano mientras no dejaba de limpiarse las lágrimas con la otra. Se le empañaba la visión y le impedía observar. Entró a lo que era la cocina. En un color verde agua. Faltaban los electrodomésticos. Voces, risas, ráfagas de recuerdos mezclados giraban en su mente.

—*Mi... familia —murmuró entre sollozos.*

Tuvo que apoyarse en el mármol *nude* de la encimera, rompiendo a llorar con más intensidad. No supo el tiempo que se quedó allí, hasta que se obligó a sí misma a recuperar algo de entereza para poder seguir con su escrutinio. Subió unas curvadas escaleras de madera y examinó la planta de arriba. Había tres habitaciones. En la más pequeña... las lágrimas volvieron a sus ojos cuando observó una cuna. Se acercó y pasó la mano por los barrotes. Se limpiaba continuamente el rostro, no podía parar de llorar. Observó la estancia. Pintada en un gris perla con dibujos de nubes blancas. Alguien había estado cuidando de aquella casa a lo largo de los años. No encontraba el deterioro o la suciedad que debería tener de haber estado abandonada por completo. Abrió una gran cómoda blanca, pero no había nada. La sensación que la embargaba

era como si se hubiese marchado dejándolo todo atrás. Quizás fue con la muerte de su marido, decidió irse a vivir al pueblo con su madre.

Después entró en la habitación mediana. Frunció el ceño. Pintada en un celeste muy tenue, con dibujos blancos de coches, casi hechos con las mismas plantillas de las nubes. Se acercó, extrañada, a acariciar la pequeña cama. Le dio una punzada en la cabeza y se llevó una mano a la frente, mas no dejaba de observar. Había un estante en el que una serie de cochecitos esperaban a que alguien los usase para jugar.

—*Es hora de dormir, cielo, deja los juguetes en su lugar.*

—*Pero, mamá, quiero hacer una última carrera.*

—*¿Qué tal si leemos un ratito?*

—*Él le entregó los cochecitos, y ella los colocó en el estante. Después fue a coger un cuento.*

—*El de Rayo McQueen —imploró.*

—*Ella soltó una risilla. Era su favorito. Se sentó a su lado en la cama y comenzó a leer...*

Denisse se tambaleó hacia atrás y tropezó con la puerta. El pánico se apoderó de su pecho y salió al pasillo, negando con la cabeza, sin poder controlar la angustia y las lágrimas. Vio la habitación matrimonial de lejos, pero no entró en ella, se estaba quedando sin oxígeno. Bajó las escaleras, agarrándose al pasamanos y a la pared para no dar un traspiés en lo que seguía haciendo ejercicios para respirar. Daba grandes bocanadas, pero no encontraba aire. Abrió con velocidad la puerta para salir y bajó los dos escalones, tropezando en el último, cayó de rodillas.

Seguía asfixiándose y llorando sin parar. Se llevó una mano al pecho, le dolía el corazón.

—¡Señora! ¿Se encuentra bien? —Agarraron su brazo para ayudarla a incorporarse. Ella levantó la mirada y allí estaba. Él—. ¿Denisse? —Su entrecejo se frunció al reconocerla.

Sus ojos grises, el lunar encima de su ceja, su cabello castaño. Entró en un nuevo *shock*.

—¿Simon? Simon, ¿estás vivo?!

Él entrecerró los ojos y el rugir de una moto los interrumpió.

—¡Dios mío, Denisse! —exclamó Alice al acercarse a ellos.

—Alice, Alice... Simon..., él... —Señaló al hombre que tenía delante.

—Yo soy o, bueno, era tu vecino. Vivo justo enfrente.

—Cállese, por favor —indicó Alice.

Denisse se levantó aferrándose a los brazos de la agente, que la ayudó. Lloraba sin parar y negaba con la cabeza.

—¿Has estado vivo todo este tiempo? ¿Has estado aquí? ¿Nos abandonaste? ¿Es eso? —Denisse tenía tal caos emocional que continuaba sin poder respirar.

—Tranquila, usted, cállese —pidió Alice—. Denisse, intenta calmarte, por favor.

—¡¡¡No!!! ¡¡¡No puedo calmarme!!! ¡¡¡No me pidas que me calme!!! —gritó liberando los brazos—. ¡Quiero saber la verdad! ¡Exijo saberla! ¡Merezco saberla! —ladró aún con el desgarró en su pecho y las lágrimas recorriendo su cara.

Alice se giró hacia aquel hombre y lo censuró con la mirada. Después tomó una gran bocanada de aire.

—Simon era tu hijo, Denisse. —Ella se tapó la boca negando con la cabeza sin parar.

»Murió —informó Alice con la voz quebrada.

Denisse seguía negando, dio varias vueltas y caminó sin sentido, se reía de los mismos nervios, lloraba, jadeaba para respirar. De modo que aquello era lo que borrarón de su mente. Aquella pérdida tan dolorosa. Le habían eliminado el recuerdo de su hijo. Como si no hubiera existido nunca. Se tapó el rostro y un nuevo ataque de llanto la invadió.

—Denisse... —Alice le colocó la mano en el hombro para transmitirle calma.

Ella se giró para enfrentarla.

—¿Cómo? —preguntó entre lágrimas.

—¿Qué? —Alice la miraba con la pena y la culpa en sus ojos.

Aquel hombre que había aparecido en su memoria debía de ser alguien importante, así que Denisse se dirigió a él.

—¿Cómo murió mi hijo? —inquirió rota de dolor y llenándose poco a poco de rabia.

—Lo asesinaron —confesó su vecino—. Y tú estás con otro asesino —sentenció.

Ellos comenzaron a discutir, pero a Denisse no le llegaba nada. Como si tuviese la cabeza metida dentro de un balde de agua. Se agarró el pecho. «¿Asesinaron a mi hijo? ¿Mi hijo se llamaba Simon? ¿Por qué borraron a mi hijo? ¿Por qué me lo quitaron? ¿Por qué no puedo ver su cara? ¡¡Me lo han quitado!!».

—Me lo han quitado —murmuró—. Me lo han quitado —repitió en bucle.

Las lágrimas caían sin cesar. Le dolía la cabeza y el corazón. Todos habían sido cómplices. Su madre lo borró de su vida, los demás callaron y... entonces lo supo. Julien. Julien era el culpable de todo. Julien había asesinado a su hijo. No buscaba su confianza, buscaba su redención aprovechándose de su falta de memoria. Ella había visto cómo lo detenían. Cómo le gritaban asesino. Cómo lo metían en la prisión en la que había cumplido la condena merecida. Era un criminal. Denisse quería que volviese a prisión, ocho años no era castigo suficiente por haberle arrebatado a su hijo.

Después de quedarse destrozada, levantó la cabeza con la mirada llena de furia y determinación. Se limpió el rostro con dos manotazos y apretó los puños. Había llegado el momento de enfrentarse a aquel hombre.



42

—Deja ya de mover la pierna, me estás poniendo de los nervios —Sam regañó a su hermano por milésima vez, pero no había manera de tranquilizarlo.

Había desalojado El Amida. Alice había hablado con Julien y le había puesto al tanto de la situación, que no podía ser otra que horrible.

Su hermano se había sentado, con los codos apoyados sobre la mesa, entrelazó los dedos y dejó caer la boca sobre ellos. Miraba con una concentración sobrehumana la entrada del bar. Las piernas habían comenzado a bailar en un tic nervioso sin parar.

En el establecimiento, tan solo estaban Ray y Tamy. Los que él quería que estuvieran.

Puso la mano en su hombro.

—Va, cálmate. Tardarán en llegar —informó. Sam miró a Tamy y a Ray, que estaban apoyados en la barra. No entendían nada y, francamente, él tampoco. A su hermano se le había ido la pinza.

»¿Te pongo un copazo y te relajas? —Dio un respingo cuando se levantó de golpe y fue hacia la zona de licores a servirse uno él mismo.

—¿Alguien puede explicarnos qué hacemos aquí? —inquirió Tamy.

Sam negó con la cabeza apretando los labios.

—Esperar a Denisse —aclaró Julien con voz fría.

—¿Esperarla de qué?, ¿dónde está? He tenido doble turno y no me he enterado de nada —comentó ella.

—Yo tampoco entiendo una mierda —apuntó Ray con acritud.

Sus palabras hicieron que Julien lo mirase con una sonrisa cínica en los labios.

—Por eso estás aquí, para que se despejen todas tus dudas —contestó con evidente fastidio.

El otro chasqueó la lengua y dirigió su ira hacia Sam.

—¿Por qué cojones tenemos cerrado el local? Es jueves, noche de bailes latinos, vamos a perder mucha clientela.

—Cállate, tío. La cosa es bastante seria —lo reprendió Sam.

—Ya y, si es seria, ¿por qué no quedan ellos en la intimidad y lo resuelven? ¿Qué tenemos que

ver? Y, lo que es peor, ¿por qué tenemos que meter al negocio en esto?

Julien le dedicó una mirada asesina, y Sam se acercó a Ray.

—Ray, por favor, te pido paciencia, ¿vale?

Sam miró a Tamy, que supo mantener la prudencia de quedarse callada, después sus ojos se fueron a su hermano. No sabía por dónde iba a salir el asunto, pero la bomba estaba preparada, la mecha lista y, en cuanto Denisse entrase por la puerta, se encendería y todo estallaría en pedazos. Conocía a Julien demasiado bien, sabía que había programado todo lo que iba a ocurrir casi al milímetro, menos lo que iba a suceder en aquel momento. No se esperaba la espontaneidad de Denisse, la creía más sosegada debido a la confusión que le había generado la medicación. No contó con que ella iba a tomar las riendas de las circunstancias y fuese a viajar a la ciudad para averiguar las cosas por su cuenta.

Nadie se lo esperaba.

Y lo había hecho.

Sola.

Y aquello tenía a su hermano fuera de control. Observó cómo se sirvió dos *whiskies* con hielo y se los tomaba de un trago. Sam se mordió el labio, no sabía cómo iba a salir todo, pero el hecho de que los hubiera reunidos a todos allí solo significaba una cosa: estaba desesperado.

Alice conducía el coche de Denisse para traerla de vuelta, debido a su estado, y mencionó que se habían cruzado con el vecino. En cuanto Sam escuchó aquello cerró los ojos e inspiró con profundidad. La situación no podía ser peor. Julien era su hermano, pero a Denisse la adoraba, no quería verla sufrir y ser consciente de que eso era lo que tocaba lo estaba poniendo histérico también. La diferencia estaba en que él disimulaba muy bien. Sería porque llevaba media vida dedicado al mundo de la hostelería y estaba acostumbrado a guardarse todo.

La puerta se abrió. Todos parecieron contener el aliento al ver a Denisse entrar. Su estado era lamentable. Sus ojos estaban irritados e inflamados. Había descubierto la verdad. Sam se mordió el labio y miró a su hermano, que clavó sus ojos azules en ella y salió de detrás de la barra. La tensión se palpaba en el ambiente.

—¿Tienes lo que querías? —preguntó ella con rabia.

Julien ladeó la cabeza, se limitó a analizar su expresión.

—¿Qué es lo que yo quería? Ilumíname —imploró él con suavidad.

—La redención —contestó ella acercándose.

—¿Redención? —repitió con incredulidad.

—¡Sí! ¡Redención! ¡No querías que confiase en ti! ¡Querías que te perdonase por haber matado a mi hijo! —Lo empujó.

Unos gritos la acompañaron. Tamy se cubrió la boca, Ray le puso las manos en los hombros.

—¿De qué cojones estás hablando? —inquirió Julien—. ¿Qué perdón necesito yo de ti?

—¡Lo que oyes! Me pedías calma, paciencia, que todo llegaría, pero todos callabais a mi alrededor. ¿Os ha parecido divertido? ¿Jugar con mis recuerdos? ¡¡¡Ocultarme que tuve un hijo!!! ¡¡¡Y que fue asesinado!!! ¡¡¡Tú lo mataste!!! —Lo empujó de nuevo—. ¿Quién te crees que eres? —Lo empujó—. ¿Quién eres para plantarte en mi vida y organizármela a tu manera? —Lo empujó—. Porque no me tomes por tonta, Julien, sé que tú fuiste el que me quitó la medicación, sé que averiaste el termo de mi casa para entrar en ella y arreglarlo, y meterte en mi vida. Aún no sé cómo te hiciste con la contraseña de mi teléfono para añadir tu número a mi agenda de contactos. —Respiraba con agitación, lo fulminaba con cada palabra y lo empujaba descargando la rabia sobre él. —Los demás escuchaban con atención, incluso Alice había entrado tras Denisse y se quedó allí petrificada.

»Y sé..., sé que tú eres el misterioso benefactor que pagaba un tratamiento para que me mantuviesen la memoria borrada. ¡¡Tú me quitaste los recuerdos de mi hijo!! ¿Por qué? —gritó con rabia y dolor sin parar de llorar—. ¿Qué te había hecho yo a ti? ¿Qué te hice tan horrible para castigarme de esta manera? —Colocó las manos en su pecho y lo volvió a empujar, frustrada ante tanta impotencia.

Una risa histérica salió de Julien.

—¿Castigarte? ¿Qué sabes tú de castigos! —ladró furioso.

—Julien..., cálmate —apuntó Sam, que agarró su brazo al ver cómo su hermano se acercaba a ella cada vez que Denisse lo apartaba.

Este lo miró y le puso una mano en el pecho para frenarlo.

—¿Quién soy yo? ¿Quién crees que soy?!

—¡Julien! ¡No puedes decirlo! ¡Acuérdate de su tratamiento! —advirtió Sam.

—¡¡¡Me importa una mierda ya todo!!! He tenido una paciencia sobrehumana, pero por ahí no —dijo levantando su dedo índice—. No voy a permitir que me acuses de eso. Porque yo soy...

—¡¡¡Julien!!! —gritó Sam como último intento.

Este lo miró lleno de ira y se dejó invadir por ella arrojando una mesa al suelo con fuerza, estrellándolo todo. Comenzó a llorar con rabia.

—¡¡¡Soy tu marido!!! ¡¡¡Soy tu puto marido!!! ¡¡¡El que se ha comido ocho años de cárcel por matar al hijo de puta que asesinó a nuestro hijo!!! —Se golpeó el pecho con el puño—. ¡¡¡A mi hijo!!!

Denisse negó con la cabeza, en *shock*, llorando.

—Ey, cálmate, no la asustes, no la hagas llorar —mencionó su hermano.

Julien se rio.

—¿Llorar? —Él no dejaba de derramar lágrimas que se iba limpiando con los brazos—. ¿Cuánto llevas llorando, Deni? —preguntó ladeando la cabeza—. ¿Dos semanas? ¿Una?

Se golpeó el pecho.

—¡¡¡Yo me he pegado llorando ocho putos años!!! ¡¡¡Ocho años allí encerrado mientras tú borrabas tus recuerdos!!! ¡¡¡Dos mil novecientos veinte días sin verte mientras tú te olvidabas de mí, de nuestra historia, de nuestro hijo!!! ¡¡¡Incontables horas sin ver a mi hija crecer!!! Porque esa es otra. —Levantó los brazos con incredulidad, volviendo a limpiarse el rostro—. Entiendo que para ti soy un puñetero desconocido, pero ¿sabes qué sentí cuando vi a mi hija? ¿Sabes el esfuerzo que tuve que hacer para no abrazarla, para no olerla, para no besarla? ¡¡¿Sabes lo que duele que me diga que no tiene padre?!! Y tú queriendo denunciarme a la policía por acercarme a ella. —Se rio de nuevo—. ¿Sabes lo que es esperar como un desgraciado a que alguien viniera a verme a la cárcel? ¡¡¡Nadie!!! No perdí la esperanza de que algún día vinieras o me trajeras a mi hija y poder abrazarla. —Se limpió la cara con las palmas de las manos—. Y, mientras yo me comía todo aquello, ¿dónde estabas tú? ¿Dónde? ¿Liándote con este? —Señaló a Ray.

—Vamos, no seas injusto con ella, no es culpa suya —apuntó Sam.

—No, no lo es, pero tengo derecho a desahogarme, ¿o no? ¿Cuánto tiempo me han tenido censurado? ¿Callado? Mirando a mi familia como si no fuese mía. Negándome a acercarme a ellos. Y sí... —Asintió llevándose la lengua al labio superior—. Yo fui tu benefactor porque tu madre me obligó.

—¿Qué... qué estás diciendo...? —Denisse lloraba a su par.

—¡Tu madre me obligó a firmar para que me borrases de tu vida! ¿Y qué podía hacer yo? ¡Estaba en la cárcel atado de pies y manos!

Sam se llevó las manos a la cabeza. Su hermano había explotado y ya no había ni Dios que lo

pudiera contener.

—¿Mi... ella...?

Julien asintió limpiándose de nuevo.

—¿Sabes lo que sentí al verte por primera vez cuando viniste aquí? —Se atragantó—. Y sí, yo eliminé tu medicación, revoqué la mierda esa de tratamiento, te quité las pastillas y estropeé tu termo y ¿la contraseña? Fácil. Siempre ponías los nombres de nuestros hijos. Pero todo este tiempo pensabas que Simon era tu marido, ¿esa mierda también te la metieron en la cabeza? ¿O te confundiste sola? —inquirió ladeando la cabeza. Se atusó el cabello, nervioso, y volvió a limpiarse el rostro. No dejaba de llorar con rabia, con dolor, con ira—. Yo te dejé las llaves de nuestra casa, yo te dejé el documento para que fueses a investigar la verdad. ¡¡¡Todo yo!!! Para acelerar el momento en el que por fin pudieras dejar tus sospechas sobre mí a un lado.

»¡¡¡No sabes una mierda de cómo me siento o me he sentido todos estos años y todo el tiempo desde que llegué aquí!!! Y vas y me dices que el rostro que viste era tu marido, ¿sabes quién era?

—El... el vecino..., lo vi allí... —explicó apenas sin voz y limpiándose las lágrimas.

—¡El padre del hijo de puta que mató a nuestro pequeño! Ese, ese al que tantas veces pregunté si había visto a mi hijo cuando se perdió, ese que ocultó lo que sabía, mirándome a los ojos y viendo mi desesperación como padre. ¡¡¡Que me dijeras que ese era tu marido me partió en pedazos!!! Y me lo tuve que tragar. Me dijiste que no sentiste nada al recordarlo, ¿y qué cojones ibas a sentir por esa mierda? —ladró. Julien no pudo más, se medio sentó sobre una mesa y se cubrió el rostro dejando que el temblor de las lágrimas lo poseyera, después se pasó los dedos por los ojos y la miró.

»Me dijiste si me arrepentía de lo que hice. ¡¡¡No!!! ¡¡¡Me consumió la rabia!!! —bramó—. ¿Acaso no ves cómo estoy? ¿No te has dado cuenta en todo este tiempo? Tengo el corazón hecho cenizas, el alma reventada, ¿no me miras a los ojos y ves cómo me arden de dolor? —Ladeó la cabeza, completamente roto, mirándola.

Denisse se acercó a él, con calma, temblorosa, con los nervios a flor de piel, pero sin parar de llorar. Colocó las manos en sus mejillas, y él giró la cabeza buscando su contacto, con los ojos cerrados, derramando lágrimas que se perdían a través de su barba, rumbo a su cuello.

—¿Qué es todo esto, Julien? —inquirió con la voz rota—. ¿Por qué hemos llegado a este punto? —Analizó su rostro, ella estaba devastada, la mente amenazaba con dejar de funcionar en cualquier momento, como cuando estás en mitad de una película importante y de pronto se apaga, dejándolo todo en negro. Mas veía a ese hombre, tan destrozado, sin un ápice de la energía que le caracterizaba, quebrado de todas las maneras posibles, y no pudo soportarlo. Sin ser consciente de ello, se olvidó de sí misma. Su corazón no le permitía centrarse en su propio dolor, le obligaba a consolarlo a él. En aquel momento, no podía permitirse ser egoísta.

»¿De verdad... eres mi marido? —preguntó con suavidad.

Julien clavó sus destrozados ojos en ella. Vacíos, consumidos por la pena, por la desesperación. Denisse tragó saliva. Jamás había visto a una persona tan destruida. Él se sacó la cadena que llevaba al cuello y se la puso en la mano. Denisse nunca se había fijado en lo que colgaba de su cuello. Siempre veía una cadena de eslabones y lo que parecían dos argollas. En aquel momento, comprobó que no eran dos simples aros, había dos anillos de matrimonio grabados con sus nombres. Ella se tapó la boca y levantó la mirada hacia él, que se quitó la cazadora que llevaba, la puso a un lado. Se puso de pie, se sacó el jersey y la camiseta básica, dejando su pecho al descubierto, y le enseñó el tatuaje que tantas veces quiso ver. Allí, cerca de su oblicuo, había un grabado del árbol de la vida con los nombres de todos. Julien, Deni, Simon y Cala. Y no era un tatuaje reciente, lo había ocultado de ella a conciencia.

Denisse levantó los ojos de nuevo hacia él y lo abrazó. Eso provocó que se derrumbase una vez más. Sintió el llanto desgarrador de Julien en su oído. La amargura vibrando a través de su pecho. Sus brazos la rodearon con fuerza, y se refugió en su cuello, temblando de tristeza. Ella acarició su espalda, desmoronada con él.

—Eres mi mujer..., eres mi mujer... —repetía con angustia y debilidad.

Ella besó su cabello, besó su hombro desnudo, acarició su barba rala y lo apartó con delicadeza para limpiarle el rostro con los dedos. Julien hizo lo mismo, acogió sus mejillas y acarició sus lágrimas con las yemas de los dedos, apartándolas de su cara. Denisse cogió la camiseta que había puesto en la mesa y lo ayudó a vestirse, él se dejó. Tras ello, volvió a esconderse en su pecho unos instantes para reunir algo de entereza. Sintió cómo Julien la rodeaba con sus brazos, y ambos dejaban escapar un profundo suspiro.

Denisse comprendió muchas cosas. Entendió por qué siempre había sentido consuelo y protección cuando estaba con él. Supo de dónde salía ese vínculo tan inquebrantable sin explicación alguna y, a pesar de toda la tristeza, sonrió sobre su pecho. Después, se apartó y le puso el jersey, tomó la cadena que él le había dado con los dedos temblorosos y la examinó tomándose su tiempo. Abrió el broche y extrajo los anillos. Una nueva oleada de lágrimas silenciosas recorrió sus mejillas al descubrir los grabados que contenían. Lo miró a los ojos, agarró su mano y le puso el anillo en el dedo correspondiente. Julien tragó saliva, sin apartar la mirada de ella. A continuación, Denisse se llevó el suyo a su propia mano y observó cómo encajaba a la perfección. Se tapó la boca para intentar contener otro llanto. Eran muchas emociones a las que hacer frente, no podía afrontarlas todas. Clavó sus ojos verdes en él.

—Tenemos muchas cosas de qué hablar —comentó con la voz temblorosa y entre hipidos.

Julien asintió sin decir nada, pero sus ojos lo decían todo. Seguía tan emocionado como ella, de vez en cuando, se limpiaba los ojos con las palmas de las manos y lo único que hacía era tragar saliva para que el nudo de la garganta se suavizase.

Denisse le agarró la mano, entrelazó los dedos con los de él y tiró con delicadeza. Él obedeció sin protestar.

—¿Y si nos vamos a casa? —sugirió lamiéndose los labios y con ganas de desaparecer de allí y cobijarse hasta poder comprender todo lo sucedido.

No dijo si a la suya o a la de él, o a la ciudad. Tan solo «vámonos a casa», y eso le sonó tan familiar que, a pesar de la intensidad de lo vivido, comenzaba a sentir un resquicio de paz. Comprendió, justo cuando salían, que se había enamorado dos veces de su propio marido y agachó la cabeza, sonriendo con tristeza.

Los demás los observaron salir sin decir nada.

Sam dejó escapar un gran suspiro sonoro, por un momento creyó que a su hermano le iba a dar algo o a alguno de los dos. Nunca pensó que la resolución iba a ser de aquella manera tan intensa, aunque tampoco se esperaba menos. Lo sucedido era lo suficientemente duro como para que se resolviese como si fuese un tranquilo paseo por el campo. Sonrió con esperanza. Venían tiempos más fáciles. Dirigió su atención a Tamy, que lloraba como una Magdalena, y le ofreció un pañuelo. Ella lo miró y lo cogió sin pensárselo. Ambos sonrieron y volvieron a soltar una gran bocanada de aire, intentando calmar la revolución que sus corazones habían sufrido con la escena.



43

—Se te enfriará —informó ella con voz dulce señalándole la tila que le había servido hacía ya bastante tiempo. Denisse lo examinaba con mucha atención. Ambos habían llegado a su casa y se habían instalado en el salón. Julien mantenía un silencio que al principio pensó que era por recobrar la calma, pero ya le resultaba bastante incómodo. Él se quedó observando la taza un buen rato y no hizo el amago por tomar ni un sorbo, no obstante, ella llevaba ya taza y media. Había hecho una gran tetera de tila.

»¿Prefieres una copa? —preguntó para romper el momento.

Los dos necesitaban relajarse. Denisse sentía que tenían mucho de qué hablar y por su mente pasaban miles de preguntas, pero, por más que lo miraba, no le salían. Julien estaba destrozado y lo único que la embargaba era una sensación de compasión como nunca.

—Aún no me recuerdas, ¿verdad? —Sus ojos todavía estaban irritados y la voz le salió algo afónica debido a los gritos desgarradores que había soltado en El Amida.

Le partía el alma verlo así. Denisse negó con suavidad y puso las manos sobre su rodilla.

—Estoy segura de que todos mis recuerdos volverán, aunque, ¿sabes?, a pesar de no recordarte, creo que mi corazón sabía quién eras.

A él se le humedecieron los ojos.

—¿Eso piensas?

Denisse le sonrió.

—Sí. —Se sentó más cerca de él. No sabía el porqué, pero el hecho de conocer que él realmente era su marido le ofreció la confianza y la calma que, desde que se habían reencontrado, necesitaba. Acarició su rostro, acogiéndolo entre sus manos, él, como siempre que hacía aquello, buscó su contacto con la mejilla, cerrando los ojos. Denisse se mordió el labio y, sin darse cuenta, se le resbalaron las lágrimas de nuevo. Sentía los párpados inflamados.

»Lo siento. —Sus ojos azules se abrieron y la miraron con atención.

»Siento no haber estado cuando más me necesitabas. Siento que la decisión que se tomó en su momento nos haya hecho tanto daño, sobre todo a ti. Siento no haber estado a la altura de las circunstancias. ¿Crees...? —Tragó saliva—. ¿Crees que algún día podrás perdonarme? —Apartó

las manos y se quedó a la espera de su respuesta.

Observó cómo suspiraba.

—Nunca te he culpado de lo sucedido. Yo estaba encerrado, no sabía en qué estado te encontrabas. Al principio sí venías a verme y me daba cuenta de tu deterioro, aun así, nunca imaginé que llegase hasta el punto de no poder cuidarte siquiera a ti misma. —Su mirada magnética la mantuvo callada unos instantes—. Soy yo el que no debería haber explotado de esa manera, pero ya no aguanté más la presión. —Puso los codos sobre sus rodillas y se tapó el rostro con las manos. Dejó escapar un profundo suspiro.

Denisse visualizó el anillo de boda, los otros que solía llevar se los había quitado debido a las lesiones de su mano. Entonces reparó en por qué agredía a la pared. La impotencia, la rabia, el dolor que había estado soportando era demasiado. Abrazó su espalda y notó el respingo de sorpresa. Igualmente, apoyó la mejilla sobre su hombro.

—Siento que no te merezco —confesó sobre su espalda—. No sé qué hacer para aliviar el daño que te he hecho.

Julien se apartó con suavidad y clavó los ojos en ella.

—Nada, no tienes que hacer nada. Solo quiero que volvamos a ser una familia. Quiero estar con mi mujer y con mi hija.

A Denisse se le encogía el corazón al verlo así. Prefería ver al pícaro, al que le gustaba pinchar y al que iba directo a conquistarla o cuidarla. La versión de Julien que tenía delante era tan desgarradora que le hacía llorar por dentro.

—Lo seremos —confirmó prometiéndoselo con sus ojos verdes—. Tenemos muchas cosas de las que hablar, pero creo que hoy ha sido lo suficientemente doloroso.

Él agachó la cabeza.

—Estoy agotado ahora mismo, totalmente aniquilado, ni tengo fuerzas ni quiero ni puedo hablar de nada. —Su expresión pedía clemencia.

Denisse lo contempló durante unos instantes, analizando su rostro. Después se levantó, agarró sus manos y tiró de él, que se puso de pie sin ofrecer resistencia. Lo condujo a la habitación, le sacó la cazadora, el jersey y lo dejó con la básica que llevaba. A continuación, hizo que se sentase sobre la cama, y ella a su lado, ambos se observaron, Julien mantenía un silencio que, lejos de ser lo tenso que le resultó cuando llegaron, le pareció tranquilizador. Denisse se dejó caer hacia atrás, y él la imitó. Se contemplaron unos instantes hasta que a él se le curvaron los labios hacia arriba y estiró la mano para acariciarle la mejilla y acomodarle el cabello tras la oreja.

—Te quiero —confesó.

Denisse sonrió y colocó la mano encima de la suya.

—Lo dijiste, pero creía que estabas exagerando.

—Lo sé. —Él suspiró y se quedó mirando al techo—. Desde el principio sabía lo asustada que estabas, y quizás he pecado de ser demasiado impulsivo teniendo en cuenta que no tenías ni idea de quién era. —Giró el rostro hacia ella de nuevo—. Después de tantos años sin ti, era tan difícil tenerte cerca y al mismo tiempo tan lejos que me he ido desesperando con cada momento.

Ella no dejaba de observarlo. Aún no asimilaba que de verdad fuese su marido, esa parte de su memoria no había regresado, pero lo cierto era que a su corazón le aportaba alegría saberlo. Eran demasiadas cosas que aceptar en tan poco tiempo y lo que más le hería el alma era el recuerdo de Simon. Nunca, jamás, pasó por su mente que ese nombre hiciera referencia a su hijo. Se mordió el labio cuando su mente se fue hacia ese tema y las lágrimas regresaron a sus ojos.

—Simon... —mencionó con suavidad.

Julien se incorporó sobre un codo y le limpió las lágrimas.

—Te dije que pasaríamos por unos momentos muy duros. Tener que recordar todo de nuevo es muy difícil para mí también.

Denisse lo miraba, con una sensación de culpabilidad enorme. No solo se había olvidado de su marido, también de su hijo y de la vida que tenían.

—No sé si podré perdonar a mi madre por esto —confesó con dolor.

Él se levantó, se sacó los zapatos y se recostó sobre la cama, tirando de ella con suavidad para que hiciera lo mismo. La acogió entre sus brazos y le dio besos en la frente.

—Todo sanará. Necesitamos tiempo.

A pesar de todo, ella dejó escapar una risilla.

—Creía que ya se te había agotado la paciencia.

Julien la miró con algo de picardía en sus ojos.

—La paciencia para estar lejos de mi familia, sí. Ya no aguantaba más. —Se puso serio—. Diferente es esperar a que tus recuerdos vuelvan o las heridas cicatricen mejor. —Le dio un beso en el rabillo del ojo, justo sobre una lágrima que estaba a punto de caer—. Mientras estemos juntos, que todo sane cuando tenga que sanar.

Ella se quedó hipnotizada en su mirada azul.

—Tenemos que hablar con Cala —apuntó con suavidad, él asintió—. Algo me dice que hará una fiesta cuando sepa que de verdad eres su padre.

Julien dejó escapar una risilla.

—¿Sí? ¿Y eso?

Denisse se encogió de hombros.

—No lo sé. Quizás sea verdad eso que dicen de los niños. —Julien levantó una ceja—. Que reconocen por instinto a sus padres biológicos.

—Ni idea. No había oído nada semejante —contestó torciendo la boca.

—Pues sí, será de tanto escuchar a Tamy, que algo de ciencia se pega. —Soltó una risilla—. Cala ha confiado en ti desde el minuto cero. En todo momento te ha defendido y siempre ha estado segura de que todo saldría bien cuando me veía dudar. Me daba miedo el vínculo que estaba creando contigo, cuando ni yo misma sabía dónde nos llevaría esta relación.

—Es muy inteligente —apuntó él con una sonrisa.

—Mucho. El hecho de que hayamos estado solas ha hecho que sea más madura de lo normal. No es como cualquier niña de nueve años, va algo por delante respecto a responsabilidad y sentido común. Puede que, algunas veces, incluso más que yo.

Denisse sonrió con tristeza.

—Ya no estaremos solos. Ninguno —recalcó Julien dejando escapar un suspiro de desahogo.

Ella observó cómo se le cerraban los ojos y se incorporó para darle un suave beso en los labios.

—Te quiero —confesó.

Él apenas la miró con los ojos entrecerrados y sonrió.

—Lo sé.

—Siempre has contestado lo mismo, y a mí me dejabas estupefacta, decía: «¿Este hombre lo sabe todo o qué?» —añadió con una sonrisa.

El soltó una breve risilla.

—Lo que tenía que ver contigo y conmigo, todo. Sabía que tu corazón no me había olvidado, por más que tu mente se empeñase en borrar me de tu vida.

Denisse suspiró.

—Te quiero —repitió.

—Lo he sabido siempre, pero he necesitado oírlo, muchísimo, muchísimas veces más de las que puedo llegar a contar —admitió con tristeza.

Denisse observó cómo se le cerraban los párpados y se quedaba dormido. Las emociones los habían consumido a los dos de una manera inexplicable, con todo, ella tardó mucho más en caer presa del sueño. No dejó de mirarlo en ningún momento. Se lo repetía a sí misma una y otra vez, como si fuese una especie de información importante que le fuesen a preguntar en un examen, pero es que todavía no podía creer que el hombre que había llegado a su vida hacía apenas mes y medio y del que se había enamorado fuese su marido.



—No van a venir hoy por aquí, ¿verdad? —Tamy se sentó en uno de los taburetes altos apoyando los codos sobre la barra.

Sam la miró levantando una ceja, y ella se encogió de hombros.

Tan solo había pasado un día desde la explosión universal. Los ánimos estaban raros. Ray por fin había comprendido la obsesión que tenía Julien con Denisse. No era porque fuese una amenaza, era porque quería recuperar al amor de su vida. Dijo que no aparecería, y Sam comprendió que le iría bien despejarse para asimilar el impacto de lo ocurrido.

Sam, por su parte, conocía de antemano los planes de su hermano, pero no pensó que aquello se saliera de control. Suponía que tenían muchísimas cosas de las que hablar, así que los dejó a su aire y llamó a los empleados que tenía de repuesto para cubrir turnos. Ya se esperaba la llegada de Tamy, pero no tan pronto. Había salido de su turno y ya la tenía allí, encaramada a la barra. Sonrió para sus adentros, desde la visita que le había hecho en su piso, notaba la inquietud y la impaciencia que la corroían. Aun así, él no daría su brazo a torcer, ya le había lanzado su propuesta, le tocaba a ella aceptarla o no.

—¿Qué sé yo? Igual un poco de música y jaleo les ayuda a desconectar.

—Creo que es lo último que necesitan —apuntó él en lo que revisaba algunas botellas. Le hizo un gesto con la cabeza—. Ven, hablemos mejor en mi oficina.

Tenía que organizar el pedido a los proveedores, y Tamy tenía toda la pinta de que lo avasallaría a preguntas, por lo que decidió que era mejor la intimidad de su despacho. Además, no tenía sentido lo que decía. Le pareció que preguntar si Julien y Denisse irían a El Amida en una situación como aquella era la peor excusa que se le había ocurrido. Le cedió el paso y cerró tras ella.

—Qué bomba, ¿verdad? —soltó ella tras sentarse en la silla frente a la mesa de él. Observó lo ordenado que lo tenía todo—. Bueno, tú ya lo sabías todo. A mí ni por asomo se me hubiera pasado esa teoría. ¡Que estaban ya casados! Qué locura.

Sam se acomodó en su sitio y le sonrió.

—Te dije que confiases en mí. —Sus ojos grises la taladraban con un brillo pícaro.

—Siempre he confiado en ti, pero no me esperaba esto y, anoche, haciendo cávalas... La inauguración de tu local coincide bastante con las fechas que decía tu hermano ayer, cuando..., ya sabes —dijo con delicadeza.

Sam asintió.

—Me rogó que cuidase de su familia. ¿Qué iba a hacer? Después de perder a mi sobrino de aquella manera, y de que mi hermano entrase en prisión, no podía abandonar a mi sobrineta, que apenas tenía un año, y Deni, que estaba destrozada. Cerré el local que tenía en la ciudad y realicé las gestiones necesarias para trasladarlo todo aquí.

Apoyó los codos en la mesa y entrecruzó los dedos. Tamy examinó su rostro ladeando la cabeza.

—Eres... eres... una persona increíble, Sam —confesó.

Él dejó escapar una risilla.

—Lo sé —contestó riéndose.

—No, lo digo en serio. —Tamy se lamió los labios—. No he conocido a nadie con un corazón tan extraordinario. Eres tan altruista, tan buena persona y tan atento a todo que creo que estás en peligro de extinción.

Eso le hizo soltar una gran carcajada, y ella se la cortó colocando una mano sobre la de él. La seriedad de sus ojos color miel dejaron a Sam noqueado.

—¿Qué te pasa? Estás profunda hoy, ¿eh? —la picó.

Ella asintió.

—Llevo tiempo reflexionando sobre algunas cosas y, desde ayer, no paro de darle vueltas a lo frágil que es el tiempo, ¿no crees?

Sam levantó una ceja.

—Buff, no te pondrás a darme explicaciones científicas de nuevo, ¿no? Porque sabes que no lo pillo. Mejor háblame para que te entienda.

Tamy se quedó mirando sus ojos, ladeó la cabeza y comenzó a divagar:

—¿Qué es la felicidad? Realmente no es el tiempo, no es lo que tienes, lo que no tienes, lo que quieres, lo que te ocurre, no. —Chasqueó la boca y negó.

—¿No? —preguntó Sam con suavidad.

—No. La felicidad es el estado del alma o así lo percibo yo. Es una elección. Decidimos, ante las adversidades, si queremos estar felices o no.

—Creo que... discrepo, pero respeto tu opinión —apuntó él.

—¿Por qué? Ayer vivimos un claro ejemplo. Denisse y Julien estaban destrozados, tenían motivos para ello, pero eligieron irse juntos, eligieron ser felices.

—¿Qué dices? ¿Estábamos viendo la misma escena o te imaginaste un cuento de Disney? Pasaron por un momento durísimo y muy intenso, y se fueron reventados, no los vi muy felices —explicó él arrugando la boca.

—Bueno, yo me entiendo, a lo que voy —añadió palmeando con suavidad la mesa—. Quiero elegir mi propia felicidad, no esperar a que llegue y sentir que siempre estoy contando los días hasta que alcance ese momento en el que me note diferente.

Sam se frotó los ojos con el dedo índice y pulgar.

—Madre mía, Tamy, creo que aún necesito varios cafés más para entender lo que quieres decirme.

—Lo que trato de explicarte es que... estaba a la espera de que llegase la gran fiesta de Nochebuena que estás organizando para confesarte mis sentimientos y pedirte una oportunidad, pero creo que no quiero esperar más.

Él abrió los ojos, estupefacto. Sabía que ella estaba barajando la idea que había sembrado en su cabeza, sin embargo, no esperaba que fuese tan rápido. La creía más dudosa, a pesar de ello, no pudo aguantar las ganas de presionarla. Se levantó de su asiento y rodeó la mesa hasta situarse a su lado, se medio sentó sobre la madera mirándola directamente a los ojos.

—¿Puedes ser más específica?

Tamy sonrió, se levantó y, con todo el descaro del mundo, enredó los brazos en su cuello.

—¿Quieres que tengamos una relación seria, Sam? ¿Crees que funcionará y que no estropearemos nuestra amistad?

Él se lamió el labio inferior.

—¿No es eso lo más importante en una relación?

—¿El qué?

—¿La amistad, la confianza? Si ya tenemos eso..., creo que rema en nuestro favor, ¿no? —Su sonrisa pícara derriñó a Tamy.

—¿Puedes besarme ya o te beso yo? Porque me muero por probarte.

Él dejó caer la cabeza hacia atrás y rompió en una carcajada, y ella tiró del cuello de su jersey rojo burdeos, que le favorecía tanto, y lo obligó a fundir la boca con la suya.

Al principio fue sorpresivo, ambos tímidos y reacios. Dar el paso de amistad a relación les había costado bastante. Después comenzaron a paladearse con más intensidad. Sam acarició su espalda y bajó las manos hacia su trasero para empujarla contra él, a Tamy se le escapó un gemido que él se tragó. Comenzaron a darse pequeños mordiscos, hasta que los jadeos se hicieron más intensos y notaron que les sobraba la ropa.

—Vámonos a mi casa —susurró él en lo que le lamía el cuello.

Tamy se abrazó a sus hombros, cerró los ojos sintiendo su lengua ardiente recorrerle la piel.

—Aquí mismo —apuntó ella.

—No. Aquí no. No quiero que nuestra primera vez sea un aquí te pillo aquí te mato en mi oficina —contestó moviéndola de manera sutil para que se rozasen ambas pelvis.

—Aah... —Jadeó—. Joder, pero eso suena fenomenal. Un aquí te pillo aquí te mato encima de tu mesa.

A él se le escapó la risa y la separó para mirarla a los ojos. Los tenía húmedos, empañados de deseo.

—Bueno, creo que podremos hacerlo un montón de veces, todas las que quieras, a partir de mañana, pero hoy, nuestro comienzo, prefiero que sea en mi casa. Con tooodo el tiempo del mundo por delante para saborearte entera.

Tamy dejó escapar un gritito.

—¡Ay, Dios mío! ¡El jefe se larga del trabajo!

Él volvió a reírse. Guardó los documentos que había traído en un cajón y cerró con llave, agarró su mano, y caminaron hacia la salida.

—El jefe tiene privilegios. —Le guiñó un ojo—. ¡Ey! —llamó a uno de sus empleados—. Tengo que salir a un asunto urgente, te quedas al mando hasta que vuelva. Cualquier cosa, llamas a Ray. No voy a estar disponible.

El muchacho asintió sonriendo, y Tamy casi quería que se la tragase la tierra. Ese asunto urgente era demasiado obvio. Los dos tenían una cara de encendidos difícil de ocultar.



45

Estaba nerviosa, muchísimo. La espera se le estaba haciendo eterna. Su madre venía con Cala y sería la primera vez que se verían desde los últimos acontecimientos.

Había hecho café y servido el desayuno, apenas había conciliado el sueño. El estómago le hormigueaba pensando en que Julien era su marido y, sobre todo, hacía esfuerzos por recordar a su hijo. El pecho le dolía. Se sentía acelerada y le parecía tan cruel lo que había hecho su madre que no creía tener la fuerza suficiente para controlarse, y tenía que hacerlo, porque no podía estallar delante de Cala.

Se asomó a la habitación y sonrió. Ambos se quedaron dormidos con la ropa puesta, pero Denisse había cogido la manta del sofá y los había arropado a los dos. Julien seguía dormido, algo que le extrañaba, teniendo en cuenta que él era madrugador, enérgico y hacía deporte antes del desayuno. Se apoyó en el marco de la puerta y se quedó observándolo. Estaba tan destruido que había perdido toda su vitalidad. Dejarlo descansar era lo mínimo que podía hacer. Levantó la mano y analizó el anillo de su dedo, lo sacó y leyó las letras grabadas por infinita vez. En el suyo ponía «Julien», el día anterior observó que en el de él estaba escrito su nombre.

—Aún no te lo crees, ¿verdad?

Denisse dio un respingo, él se había incorporado y se frotaba un ojo con el puño, despertándose de su letargo.

—No es eso. —Se acercó hasta la cama y se sentó a su lado—. La verdad es que estoy feliz de que seas mi marido. —Julien ladeó la cabeza indagando en su rostro, algo que a ella le hizo gracia.

»Siempre he sentido que, si me enamoraba de alguien, de alguna manera traicionaba la memoria de mi marido, el sentir eso por ti, me llevó a plantearme salir de la zona de confort que había construido durante estos años, y ahora..., ahora...

—¿Ahora? —inquirió él para animarla a seguir.

—Ahora, saber que me he enamorado de mi propio marido hace que mi conciencia se sienta en paz. —Acarició su mejilla, y él sonrió—. Has sido capaz de enamorarme dos veces, tienes tu mérito. —Julien dejó escapar una risilla—. Anda, levántate y desayuna, Cala viene de camino.

Los dos se miraron y se entendieron sin necesidad de palabras.

Denisse seguía nerviosa, no obstante, le parecía extraño que el hecho de tener a Julien allí le aportase tanta calma y seguridad que sentía que podría afrontar cualquier cosa. Y no era porque lo necesitase, porque se había acostumbrado a estar sola con su hija y a desenvolverse sin explicarle nada a nadie, pero... una parte de ella se había completado.

El timbre sonó, y ambos se congelaron. A Julien le pilló mordiendo una tostada y la dejó en el plato en lo que masticaba lo que ya tenía en la boca. Ella fue incapaz de comer nada.

—¡Mamá! —Cala se echó a sus brazos, y Denisse la acogió cerrando los ojos.

Tenía un combo de sentimientos agridulces que no sabía cómo acabaría. Decirle a su hija que su padre estaba vivo y que era Julien era lo bonito, mencionarle que Simon era su hermano y que murió aún no era capaz siquiera de asimilarlo ella misma. Todavía no se atrevía a preguntar cómo fue. Era una cobarde, quizás una egoísta, pero quería refugiarse en aquellos momentos dulces para recobrar la energía que necesitaba para enfrentarse al resto de la verdad. Lo que decía Julien era cierto. Necesitaba tiempo. Poco a poco, paso a paso. Aún estaba en la primera parte de su historia.

—Te he echado de menos —confesó con suavidad sobre el cabello de su hija.

—Y yo, ¿encontraste lo que buscabas? —preguntó con la inocencia que la caracterizaba. Denisse asintió—. ¿Ya estás curada, mamá?

Sus ojos se fueron a Delia, que permanecía, prudente, en un lado del salón. Julien estaba allí parado, con las manos en los bolsillos, contemplando la escena sin intervenir. Lo había dejado en sus manos, y Denisse sentía que debía estar a la altura, en aquella ocasión sí. Ella debía demostrar entereza.

—No, todavía hay heridas que tengo que curar —explicó mirando a su madre.

—¿Qué dices? —inquirió Cala—. ¿Te has hecho daño? —Su carita de preocupación la hizo sonreír.

—No, cielo. Ven, siéntate un momento. —Cogió su mano y la acompañó al sofá—. Cielo..., hay algo que he descubierto y creo que te gustará saberlo.

La niña frunció el ceño, Denisse observó a los adultos. Su madre se sentó en una silla manteniéndose en silencio. Julien se acercó a ellas despacio y se acuclilló frente a Cala, que enseguida lo miró.

—¿Qué es lo que pasa? —Su voz sonó temblorosa, Denisse se dio cuenta de que se estaba asustando, así que agarró su manita y sonrió.

—¿Recuerdas cuántas veces has querido ver a papá? —Se le humedecieron los ojos—. ¿Cuántísimas veces hemos buscado fotos para que pudieras tener una imagen de cómo era? ¿Cuántas veces has tenido que dibujarlo, imaginándotelo, para las manualidades del cole?

Cala asintió de manera compulsiva mientras se mordía el labio de expectación. Julien miró de manera furtiva a Delia y apretó los dientes tan fuerte que le palpitó la mejilla.

—¿Lo has hecho, mamá? ¿Has encontrado fotos? —preguntó con los ojos muy abiertos y se puso de pie—. ¿Puedo verlas? ¿Puedo ver a mi padre?

Denisse derramó varias lágrimas y se limpió con delicadeza, asintiendo.

—He encontrado algo mejor.

Cala gritó dando un salto.

—¡¿Qué dices?! ¿Qué has encontrado, mamá? ¡¡Dímelo ya!!

—He encontrado a papá, Cala —confesó por fin.

La pequeña se quedó de piedra y arrugó la boca.

—¿Qué? —inquirió, desaparecida su energía de antes.

—Que papá no murió, cielo, siempre ha estado vivo. —Denisse miró a Julien, que contemplaba la escena con la mirada empañada, aún acucillado junto a ellas.

—¿Y dónde está? —preguntó con suavidad.

—Estoy justo aquí, bicho —anunció él con la voz rota.

Cala lo miró. Hubo un silencio muy tenso.

—No entiendo —añadió Cala.

—Julien es tu papá, cielo. Tu papá de verdad —confesó Denisse también emocionada.

La niña no apartaba los ojos de él.

—Si eres mi papá, ¿dónde has estado todo este tiempo? ¿Me abandonaste? ¿No me querías?

Julien cerró los ojos y respiró hondo tapándose el rostro.

—Nunca —explicó mirándola de nuevo mientras las lágrimas resbalaban por su cara—. Nunca he dejado de quererte, desde que eras apenas un guisante en la barriga de mamá. Cada hora, cada día, cada semana, cada mes, cada año durante todos estos años que he estado lejos. Nunca, bicho, nunca he dejado de quererte. Y nunca, jamás de los jamases, te he abandonado.

Denisse le limpió la cara con la mano, compungida ante su dolor, en lo que a ella también le resbalaban las lágrimas.

—Entonces, ¿dónde estabas? ¡¿Dónde?! ¡¿Por qué no he tenido padre durante todo este tiempo?! —gritó. Julien observó que también comenzaba a llorar.

Él agarró su mano, acercándose de manera suave, para no ser rechazado.

—Estaba atrapado, no podía venir a buscaros. Dejé al tío Sam para que cuidara de vosotras mientras yo no estaba y, en cuanto he podido liberarme, lo primero que he hecho ha sido venir a verte. —Agarró su otra mano—. Eres en la que he pensado durante todos los años que he estado lejos en contra de mi voluntad. —Tiró de ella con delicadeza para acercarla a él—. Perdóname, Cala, perdóname por haber tardado tanto en venir a tu lado. A partir de ahora nunca podrán separarnos. Nunca. —Ladeó la cabeza, clavando en ella sus ojos azules, llenos de angustia—. ¿Crees que podrás perdonar a papá? —Julien observó cómo titubeaba. Él sabía que ella lo quería, pero le podía su orgullo herido.

»¿Crees que podrás perdonar a papá si no hoy, mañana u otro día? No me apartaré de tu lado, así que puedo esperar hasta que estés preparada para perdonarme.

La niña se abalanzó sobre él y lo abrazó por el cuello, llorando.

Julien la rodeó con los brazos y apoyó la barbilla sobre su pequeño hombro, cerrando los ojos con la emoción en su pecho. Aspiró su fragancia, sintió el calor de su cuerpo, la vida que transmitía.

—Te perdono, papá..., te perdono —confesó la pequeña sin soltarse de su cuello.

Denisse ahogó un grito al oírla llamarlo «papá» y observó cómo Julien apretaba más los ojos sintiendo esa palabra en lo más profundo de su pecho. Llevaba años esperando ese momento, y a ella le pudo el verlos a los dos, por fin, juntos. Cala lo tenía agarrado con tanta fuerza que él la levantó a pulso y se sentó con ella en el sofá. Se le habían dormido las piernas de estar en cuclillas.

Denisse lloraba como si hubiera reventado una presa y miró hacia atrás, Delia estaba igual.

Dejó a padre e hija y se acercó a su madre.

—¿Debería ser yo igual de misericordiosa que mi hija? ¿Debería perdonarte?

Su madre la miraba, limpiándose la cara, con la tristeza en sus ojos.

—En su momento creí que era lo mejor. Me equivoqué, Deni —dijo levantándose—. No sabía qué hacer, Julien entró en prisión, Simon...

Denisse cerró los ojos con dolor.

—Simon... ¿Cómo pudiste borrar a mi hijo como si no hubiese existido? ¿Cómo has podido hacerme creer durante todos estos años que era mi marido? Me has oído mencionar su nombre millones de veces y jamás dijiste que era mi hijo. —Negó con la cabeza—. ¿Cómo fuiste tan cruel?

Delia negó llorando.

—No lo hice por crueldad, Deni. Adoraba y adoro a mi yerno con locura. Amaba a mi nieto con delirio. Tú estabas destrozada y querían inhabilitarte para quitarte la custodia de Cala. Me vi superada por las circunstancias, no supe lo que hacer. Sí, obré mal, pero motivada por la desesperación, no por crueldad. Y, cuando te vi recuperada y quise ir contándote la verdad, resultó que el tratamiento lo impedía. Me vi atrapada. Por favor, entiéndeme, hija.

Denisse asintió con un suspiro.

—Necesito tiempo, mamá. —Se acercó a la puerta y la abrió—. Ahora lo primordial es reforzar el vínculo con mi familia.

Hizo algo que jamás pensó que haría. Pedirle a su madre que se marchase, y ella acató su deseo sin añadir nada. Denisse se giró y vio a su marido con su hija. Ella estaba sentada a horcajadas sobre su regazo, ambos charlaban y reían entre ellos con complicidad. Sonrió. Comenzarían una nueva etapa en la que cada pieza ocuparía su lugar correspondiente en el puzle de su vida.



46

—Mira, es mi papá. —Se acercó a las ovejas reales que pastaban en el pequeño rincón habilitado para ello y saludó a un grupo de niños—. Ven, papá, ¡qué bonitas son! Hola, chicos, él es mi papá, pero no un novio de mi madre, ¡mi papá de verdad!

Denisse se llevó la mano a la frente y se mordió el labio para ocultar la sonrisa.

—Yo diría que está emocionada, ¿no crees? —preguntó con ironía.

—Eeeh, sí, sobreexcitada, más bien, me pregunto a cuántos novios de su madre ha conocido.

—Julien le dedicó una mirada pícaro

—Bueno..., solo a Ray —confesó.

—Ya, Ray, cómo no —contestó con tosquedad.

—Oh, por favor, Julien, no empecemos. Sabes cuál era mi situación y, además, ya te expliqué que no funcionó. Creo... —Pestañeó con coquetería—. Creo que, a pesar de no tener recuerdos, mi corazón estaba ocupado incluso antes de que volvieras.

—Ajá, veo que me tengo que conformar con esa confesión —dijo sonriendo.

—Papá, papá, allí está el Niño Jesús con María, pero no lo veo. —Cala hacía esfuerzos, moviéndose entre la gente y poniéndose de puntillas, metía la cabeza entre los huecos que encontraba libres.

—Ven, bicho. —Julien metió las manos bajo sus axilas y la levantó a pulso para subirla a hombros—. ¿Qué tal ahora?

—Wooo, qué bonito, mamá, ¿tú lo ves? —inquirió emocionada dirigiendo sus ojos a Denisse, que estaba justo a su lado.

—Sí, lo veo, cielo, lo han ambientado muy bien, ¿verdad? —Le dedicó una sonrisa que a Cala le fue suficiente y asintió con los labios hacia arriba.

—Sí, han traído a una mula y a un buey reales, ¿y los Reyes Magos? No los veo —preguntó moviendo la cabeza hacia los lados.

—Se supone que están más abajo, recreando el camino —apuntó Julien—. ¿Vamos a verlos? —sugirió levantando la barbilla hacia arriba para encontrarse con sus ojos, manteniendo aún sus piernas sujetas.

—¡Venga! Ya hemos visto esta parte —aceptó.

Los tres emprendieron el camino entre la gran multitud que había acudido a visitar el belén viviente. Denisse sentía un nerviosismo extraño. Felicidad, al verse con su marido y su hija y, al mismo tiempo, tenía una sensación de vergüenza. Aunque entendía la gran necesidad de su hija de hacer saber a todo conocido con el que se encontraba que Julien era su padre, que ya no era la niña huérfana con la que muchos se metían, no le gustaba ser la comidilla del pueblo. Con todo, era inevitable que aquello sucediese, muchos conocían la historia del misterioso accidente en el que supuestamente había fallecido su marido, y ella había sufrido una pérdida de memoria. La realidad era bastante distinta y no era partidaria de ponerse a explicárselo a nadie.

Julien bajó a Cala en cuanto divisaron los tres espacios que habían habilitado para el descanso de los Reyes Magos. Todos decorados con mantas, tules y alfombras árabes, y cada uno con simbología bíblica. Incienso, oro y mirra. Una enorme cola de niños hacía fila para ver a sus majestades, que, con paciencia infinita, sentaban a cada pequeño en su regazo y escuchaban con atención sus peticiones, al tiempo que posaban para las fotografías de rigor.

Cala salió corriendo y de inmediato ocupó posición tras la fila que se encaminaba hacia la parada del rey Gaspar.

Julien y Denisse se quedaron tras el cordón dorado, como todos los padres, observando la escena. Él se cruzó de brazos con los labios tirando hacia arriba, y ella cogió el móvil para immortalizar el momento. Vieron a la pequeña subir al regazo de su majestad y responder a las preguntas, luego los señaló a los dos. Julien abrió los ojos, sorprendido, y Denisse soltó una risilla.

—A saber qué le estará diciendo —murmuró él.

—Seguro que nos cuenta todo en cuanto venga.

Julien la miró levantando una ceja.

—¿No se supone que está pidiéndole sus deseos? —inquirió.

Denisse le dedicó una mirada verde de ternura. Julien tenía que conocer aún mucho a su hija.

—Cala es muy transparente. No tiene secretos, ni siquiera para pedir deseos. —Bajó la cabeza un segundo y luego lo miró de nuevo con una sonrisa triste en sus labios—. Todos estos años ha pedido poder ver a su padre, aunque sea en fotografías, ya después perdió algo de esperanza y pedía tener a alguien como padre. —Observó cómo a él se le humedecían los ojos, se lamía los labios y tragaba saliva asintiendo.

»Imagino que ahora habrá cambiado de deseo. —Denisse se dio cuenta de que su hija regresaba dando saltitos, de un pie a otro, con alegría—. Ya viene, a ver qué cuenta.

Cala abrazó a Julien nada más llegar. Él le cogió los mofletes y tiró de ellos para picarla.

—¿Qué tal te ha ido, bicho? Qué le has contado señalándonos, ¿eh? ¡Confiesa!

Ella se apartó riéndose.

—Le he dado las gracias —informó.

Los tres, cogidos de las manos, emprendieron el camino hacia otro lugar.

—¿Y eso? —preguntó la madre.

—Porque el año pasado les di la última oportunidad para que me regalasen una foto de papá. Y no es que me trajeran una foto, ¡me han traído a mi padre de verdad! ¿No creéis que tienen magia real?

Julien rio al mismo tiempo que asentía.

—Desde luego que sí, bicho, tienen magia —concedió.

—¿Y qué has pedido este año? —inquirió Denisse.

—Un hermanito o hermanita. ¿No pensáis que seríamos una familia completa? —Sus ojos de

ilusión y alegría se clavaron en el pecho de ambos.

Julien y Denisse se contemplaron. Él bajó la barbilla y se quedó observando sus pies al caminar.

Denisse acarició a su hija, le comentó otra cosa del belén para desviar su atención del tema y se quedó analizando la actitud de Julien. Se había vuelto a encerrar en sus recuerdos.

Ella creía, equivocadamente, que su sufrimiento no era entendible por nadie. No. Qué error más grande. Seguía sin recuperar todos sus recuerdos, y la idea de que había tenido un hijo le dolía como hierro candente taladrándole el pecho, pero no tenía la información que él sí, por lo tanto, no era comparable. Aunque no dejaba de mencionar que le valía con que estuvieran juntos como familia y que tendría la paciencia necesaria para que ella recuperase su memoria perdida, Denisse se daba cuenta de cuánto seguía agonizando, esperando, con angustia, a que ella lo reconociese por derecho. Suspiró. Quizás tendría que pedir un deseo también. «Necesito recordar todo, por más que duela, quiero saber cómo me enamoré de mi marido, cómo era nuestra vida, quiero ver a mi hijo».

—¡Ey, familia!

Denisse se sobresaltó al verse interceptada por el concejal de Cultura.

—Buenas —saludó con cortesía—. La actividad se ha superado este año, enhorabuena —concedió ella.

—Gracias, pero también tengo que agradecerlos la campaña de *marketing* y orientación al turismo que habéis hecho, sobre todo tú —confesó sonriendo—. Y bueno... —Dirigió su atención a Julien—. Al principio no sé cómo no caí en la cuenta de quién eras, no pensé que una figura como tú acabaría en un pueblo tan pequeño como este.

Ella miró a su marido con curiosidad.

—Bueno, seguro que ya sabe todo el mundo por qué vine aquí —anunció con amabilidad.

El concejal miró de soslayo a Cala, que acariciaba a unos conejillos, y a Denisse para después volver su atención a Julien.

—Tengo que decir que siento mucho lo sucedido, un gran periodista como tú, Julien Moore, no te merecías el veto que te impusieron.

Denisse los contemplaba alucinada sin entender.

—Sí, bueno, es lo que ocurre con los poderosos, ¿no? Cuando eres bueno en tu trabajo, se te abren todas las puertas y te codeas con los más grandes, cuando haces algo que pueda manchar a alguno de ellos, te entierran. Mi reputación se fue a la mierda y movieron hilos para que mi caso no saliera en ninguna parte. Se avergonzaban de haber trabajado conmigo. —Chasqueó la lengua—. Pero fíjate que uno en ocho años aprende muchas cosas, entre otras, cómo emprender una lucha para que cambien las leyes y parece que hay mucha gente que rema en mi favor, por más que les sorprenda a otros.

El concejal asintió completamente de acuerdo con sus palabras.

—Quiero que sepas que puedes contar conmigo para lo que necesites. Aquí se te dará voz. Ya te mencioné lo del periódico local, pero puedo presentarte a gente importante de otros ayuntamientos que te puedan conectar con más personas. Estoy seguro de que hay muchos casos como el tuyo y que darás pie a que se apoye tu causa.

—Muchas gracias —comentó Julien asintiendo—. Recurriré a ti pronto, seguro.

Ambos se estrecharon las manos y se despidieron.

—¿Puedo preguntar? —Denisse lo miró de frente.

—Siempre —contestó él.

—¿A qué causa se refería? —inquirió.

Julien la miró con sus ojos azules impregnados de determinación.

—A que los menores de edad no sean inimputables judicialmente. —Su voz sonó tan seria, grave y firme que incluso a ella le recorrió un escalofrío. Después le dio un beso en la frente.

»Pero eso es algo que te explicaré mejor en otro momento, hoy debemos disfrutar con nuestra hija.

—¿Podemos irnos a casa y colocar algún adorno de Navidad?

La frescura de Cala rompió el momento, y Denisse lo agradeció. Asintió y la niña ya era feliz, pero aún notaba la tensión de Julien. Lo observó con discreción y, aunque atendía a su hija con todo el amor del mundo, a raíz de aquella última conversación, sintió que jamás se rendiría ante la guerra que él mismo había emprendido.

A pesar de desconocer muchas cosas, le invadió la admiración y, con ello, sumaba más pinceladas a su personalidad que habían logrado enamorarla. Le gustaban los hombres inteligentes, y descubría que su marido era uno de ellos. Observar cómo el concejal de Cultura, cuyo saber estar siempre le había fascinado, contemplaba a Julien con tal orgullo en sus ojos, le llevaba a pensar que su marido era más maravilloso de lo que ya le parecía. El reconocimiento de los que le rodeaban le servía para afianzar ese pensamiento.



47

—No puedes colgar esos, las ramas se van a romper —aclaró Denisse en lo que abría una caja con adornos para el árbol.

Julien había montado el pie y se dedicaba a abrir los diferentes brazos del pequeño abeto artificial mientras Cala intentaba colocar las manualidades que había hecho en el taller del mercado.

—Pero estos son los adornos que hice con la abuela, me gustan mucho y los quiero poner —replicó con cabezonería.

—Tu madre tiene razón, bicho. El árbol es pequeño, las ramas son finas y los adornos son de arcilla gruesa. —Cogió uno de ellos y lo colocó en diferentes lugares—. ¿Ves? Da igual la rama que elijas, el peso hace que caiga hacia abajo. ¿Qué te parece si los colocamos al pie? Podemos hacer como un minialtar.

Él colocó varios seguidos justo en el borde del pequeño macetero de piedra en el que habían metido el árbol con mucho trabajo. Cala se quedó observando lo que hacía y después los recolocó.

—Mejor así, porque la combinación de los colores es más bonita.

Julien puso los ojos en blanco, pero sonrió.

—Como quieras. —Le revolvió el pelo, y ella se quejó, lo que hizo que soltase una risilla—. Quizás para el año que viene podamos apañar un árbol en condiciones —dijo al tiempo que se levantaba, pues había estado de rodillas y se dirigía a una de las cajas a sacar más adornos—. Un gnomo de jardín es más grande que eso —apuntó con humor.

Denisse lo miró apretando los labios en una sonrisa.

—¿Qué quieres? Hemos estado solas y la verdad es que celebrábamos las fechas en casa de mi madre, así que pensé que con uno de ese tamaño sería suficiente.

Ambos se contemplaron a los ojos.

—Para el año que viene, uno más grande —reiteró él con una sonrisa, y ella asintió—. Tengo ganas de besarte. Hay un ambiente raro entre los dos, ¿no crees? —apuntó en un susurro, apartado de los oídos de Cala.

Denisse se quedó anclada en su rostro y acarició su mejilla. Fisgoneó por encima de su hombro, Cala colocaba adornos, distraída.

—La cosa no está rara. Digamos que estoy asimilándolo todo, poco a poco. —Le dio un beso fugaz, y él se quedó contemplando su boca.

—Bueno, esa parte la entiendo, pero aún me quieres, ¿no?

Los ojos verdes de Denisse brillaban de amor. Eso no se podía ocultar.

—Claro que sí, cada vez más, diría yo. A medida que voy descubriéndote, sé por qué me enamoré de ti en el pasado y sé por qué lo he hecho ahora.

—Si eso lo tienes claro, ¿no echas de menos el contacto? Porque sé que no es, quizás, lo más relevante ahora, a pesar de que me muero por hacerte el amor de verdad, sabiendo que me miras a los ojos y conociendo el hecho de que soy tu marido, y no el desconocido hermano de Sam que te entró a saco.

—Y tan a saco —contestó riéndose.

Julien se acercó a ella por detrás, Denisse tenía las manos en el filo de una caja en la que había espumillones. Sintió un escalofrío cuando él rozó la nariz por la parte lateral de su cuello y le pasó la lengua. Agarró su pelo para colocárselo tras la oreja y le posó las manos en las caderas para pegarla de forma sutil a él.

—Intenté contenerme, ir despacio, conquistarte a fuego lento, pero era superior a mí. Verte ahí, después de tantos años, amándote tanto, echándote de menos de una manera desgarradora. Contemplarte delante de mí, sabiendo que aún estábamos casados... me mataba por dentro. No podía controlarme. —Bajó las manos hacia sus muslos y los apretó con la fuerza justa, después las subió hacia su abdomen, pasó ligeramente por sus pechos y volvió a su cintura—. No sabes cuántas veces te he desnudado sin siquiera tocarte. Cuántas veces te imaginaba... No tienes ni idea, Deni —murmuró en su oído con la voz rasgada de deseo.

—¿Muchas? —atinó a preguntar.

—No podrías ni contarlas. —Volvió a lamer su cuello y a darle suaves mordisquitos que a ella le hicieron apretar los labios. Después le dio un beso en la mandíbula.

—Desde luego, no te hizo falta esfuerzo ninguno para conquistarme —confesó casi jadeando.

Él se situó a su lado y la atrajo para colocarla entre sus piernas.

—¿A qué te refieres? —preguntó rodeándole la cintura con los brazos y enlazó los dedos tras ella para mantenerla pegada a él.

Denisse peinó su cabello rubio hacia atrás con dulzura, intentando recobrar el aliento que él le había arrebatado en un instante.

—Tu mirada decía mucho más de lo que podías hablar. La pasión, el deseo y el amor que veía en tus ojos, a pesar de los secretos, era más fuerte. La atracción que nos unía iba por encima de mi entendimiento, de mi cabeza. Mi corazón iba detrás de ti, aunque me volviera loca por intentar comprenderlo.

Él ladeó la cabeza y se humedeció los labios.

—Desde que llegué, he intentado por todos los medios recordarle a la Denisse perdida quién era yo. Todos los detalles raros que veías los hacía a conciencia. Eran susurros al alma.

Ella se quedó absorta en su expresión.

—Es lo más bonito que me has dicho hasta ahora —confesó emocionada.

—No, te he dicho cosas muchísimo más empalagosas, pero ya te vendrán. Y el «vida mía» que conste que fue idea tuya.

Denisse abrió los ojos con sorpresa.

—Eso sí lo recordé. No tenía tu imagen clara, pero recordé la conversación. Era en una

cafetería..., estabas trabajando.

—Era en la cafetería de la universidad en la que estudiábamos —aclaró Julien sin dejar de mirarla.

Ella se quedó en silencio unos instantes.

—Siempre dije que no me dabas miedo tú. Me asustaba la verdad y, en cierta manera, también tenía razón. A pesar de que aún no lo sé todo.

—Cuando estés preparada —puntualizó con delicadeza.

Denisse asintió.

—¿Es muy egoísta querer disfrutar de lo que tenemos ahora? —inquirió frunciendo el ceño, dudosa.

—¿Por qué dices eso?

Se encogió de hombros.

—Es la primera vez que veo a Cala tan feliz, estamos en Navidad y he recuperado a mi marido. —Pasó los dedos por su rostro, por su barba tupida—. Quiero llenarme de esto antes de afrontar lo ocurrido con Simon.

Sus ojos azules brillaban.

—No es egoísta. Yo también necesito algo de felicidad. Podemos tomarnos un respiro. —La empujó con dulzura para estrecharla entre sus brazos—. Tenemos todo el tiempo del mundo.

Denisse se refugió en su pecho y también lo agarró con fuerza.

—Te quiero, Julien Moore.

—Te adoro, Deni.

Se separaron lo justo, y ella fue la que besó sus labios mientras le acariciaba el rostro. Introdujo la lengua en su boca buscando la suya y los dos se paladearon con anhelo. Denisse lamía, mordía y lo apretaba cada vez con más desesperación. Lo necesitaba, quería hacerlo suyo, como él decía, sabiendo que era su marido, el padre de Cala, no un desconocido con el que empezaba una relación. Quería sentirlo con cada poro de su piel, sabiendo que siempre habían sido el uno para el otro.

—Mmm...

—¡Oye! ¿Qué pasa? Estáis ahí de vagos a daros besos, y ¡todavía no hemos colgado ni el muérdago!

Los dos se separaron a regañadientes y, aún abrazados, rompieron a reír ante el regaño de la pequeña.

—Va, bicho, yo me encargo del muérdago —sugirió él arrancándole una risilla a Denisse.

Se dedicaron a terminar de adornar la casa y después prepararon una cena especial entre los tres. Denisse, a pesar de que participaba en todo, disfrutaba en una especie de tercer plano. Sentía una paz y una dicha en el pecho al verlos a los dos que no podía controlar. En cuanto cayó la noche, arropó a Cala, que se quedó dormida al instante.

Regresó al salón y observó cómo Julien apagaba las luces y dejaba solo la iluminación de Navidad.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó en un susurro, a pesar de haber entornado la puerta del pasillo.

Él trasteó en su teléfono y la melodía de *Kiss me* de Lola Jane comenzó a sonar.

—¿Bailarías conmigo? —Le tendió la mano, y ella..., ¿cómo podría resistirse?

Ambos se metieron de lleno en la canción. Denisse sentía mucho más de lo que hubo percibido aquella noche en El Amida.

—Tú escogiste la canción adrede —apuntó con suavidad en la medida que se movían.

—Quería bailar con mi maestra —confesó.
—Así que fui yo la que te enseñé —dijo sonriéndole.
—Sí y también la que me sermoneaba. «Bailando no se habla, se siente y se expresa con el cuerpo» —apuntó haciendo un pobre intento de imitar su voz.

Había un grupo de hombres en una esquina, no podía dejar de mirar mientras seguía al monitor de bachata. La música del pub sonaba, y tanto mujeres como hombres se lanzaban a la pista a aprender a bailar aquella disciplina que se impartía los jueves de manera gratuita. Denisse se había hecho adicta desde la primera vez que sus compañeras de residencia le habían llevado. Hubo un descanso, y todas, sedientas, se acercaron a la barra a pedir unas copas. Sus ojos se iban sin parar hacia aquel hombre que, desde que había entrado con sus amigos, le llamó la atención. Él no había reparado en nadie. Reía a carcajadas compartiendo bromas con sus colegas mientras bebían.

Denisse bebió fisgoneando por encima del filo de su copa. Sus compañeras, ni cortas ni perezosas, se acercaron a ellos, se conocían, y ella aprovechó la oportunidad para examinarlo de cerca. Se presentaron, pero no prestó atención al nombre de los demás, solo al de él. Sus impresionantes ojos azul marino conectaron con los suyos.

—Julien.

—Denisse.

Se dieron dos besos.

—Encantado.

Su sonrisa hizo que le hormiguease el estómago.

—Igualmente.

La clase se reanudó, y volvieron a la pista, algunas de sus amigas arrastraron a aquellos chicos, Denisse obedeció a un impulso.

—¿Bailas conmigo? —preguntó esperanzada.

—Uy, qué va, yo no tengo ni idea de bailar bachata ni nada latino, vaya.

—No te preocupes, yo te enseño —insistió y, sin esperar respuesta, cogió su mano y tiró de él hacia la pista.

Su risa nerviosa le contagió. Sus ojos azules se clavaron en ella, risueños.

—¿Estás segura? Mira que no me hago responsable de pisarte los pies.

—Bueno, te denunciaré por daños y perjuicios.

Colocó su postura y se le escapó una risilla. Era bastante patoso.

Él soltó una carcajada.

—No me digas que eres otra futura abogada.

Volvió a recolocar su posición, pero no daba un paso a derechas, cosa que a ella le hacía gracia.

—No, estudio Turismo.

Él se esforzaba, tenía su mérito, en lo que Denisse le señalaba los movimientos.

—Ah, guay, yo, Periodismo —aclaró mirando hacia abajo para copiar sus pies.

La bachata continuaba. Denisse le levantó la barbilla.

—Mírame a los ojos —ordenó.

—Pero entonces no puedo copiarte —confesó sonriendo.

—Bailando no se habla, se siente y se expresa con el cuerpo.

—Lo dirás tú, que bailas de maravilla, yo no estoy a tu nivel —repuso.

Denisse no dejó de analizarlo en lo que duró la canción. Era risueño, pícaro y sus ojos la tenían hipnotizada. Cuando la melodía acabó, ambos respiraban con agitación a causa del

ejercicio.

—Venga, te invito a una copa, ¿te apetece? —preguntó él—. Necesito un paréntesis para asimilar lo mal que lo he hecho.

Ella rompió a reír. Los dos se acoplaron en una mesa alta.

—No lo has hecho tan mal, los hay peores.

Él levantó las cejas.

—¿A cuántos has intentado enseñar? —inquirió con picardía.

—¿Yo? A ninguno, eres el primero al que se lo propongo. Me refería a los que contemplo bailar.

Julien la observó entrecerrando los ojos.

—El primero, ¿eh? Me gusta eso. —Le dio un sorbo a su copa—. También eres la primera con la que he bailado algo de esto.

—¿A qué te refieres? —Ella le sonrió.

—A la bachata, por supuesto. A mí me va otra música. Pero... creo que sí, que necesito clases. ¿Eres profesora o una aficionada? —Julien se lamió el labio y aquel gesto hizo que a Denisse se le acelerase el pulso.

—Aficionada, pero, bueno, creo que no se me da mal —confesó, después le dio un sorbo a su copa.

—No. No se te da nada mal —apuntó él con un toque sensual—. Me ha gustado la sensación de cercanía. Este tipo de baile... tiene un toque muy íntimo, ¿no te parece?

Ella soltó una risilla.

—Sí, claro. Los bailes latinos son muy eróticos, por así decirlo.

—Wow, tendrás que explicarme eso, ya has picado mi curiosidad.

Denisse soltó una carcajada.

—Si te dejas llevar por la música y los movimientos..., yo diría que hasta parece un ritual de apareamiento. —Ella misma soltó una risa cubriéndose la boca.

Julien dejó escapar una carcajada con ella.

—Joder, pues voy a tener que aprender a bailar todo eso, nunca se sabe con quién surgirá el apareamiento. —Los dos se rieron.

»¿Me enseñarías? —inquirió con picardía levantando las cejas varias veces.

Ambos se quedaron, con los labios curvados hacia arriba, anclados en la mirada del otro. Denisse corroboró que sus ojos azules, tan profundos como el inmenso mar, expresaban más de lo que decía.

—Por supuesto, podemos vernos cada jueves y te enseñaré encantada.

Él le dio un sorbo a su copa y se quedó en silencio. Ladeó la cabeza y analizó a Denisse, que volvió a sentir un escalofrío recorrerle la espalda hasta llegar a su nuca.

—Sí, creo que serías una gran profesora —puntualizó—. Me esforzaré en ser el mejor alumno que hayas tenido —informó guiñándole un ojo.

Denisse se rio.

—Eres el único al que voy a enseñar mis humildes conocimientos —confesó sonriendo.

Él asintió, conforme.

—Genial. —Le dio un sorbo a su copa y la miró entrecerrando los ojos—. Me atrevo a decir que hay dos posibles consecuencias.

—A ver, cuéntame. —Ella apoyó el codo sobre la mesita y dejó caer la barbilla sobre la mano.

—Una, que no quieras enseñar a nadie más, bien porque te encante cómo aprendo, o bien

porque tengas que invertir mucho tiempo porque no dé ni una. —Ella rompió a reír.

»Y, la otra, que nos volvamos adictos a seguir quedando, independientemente del baile.

—¿Deberíamos apostar?

Julien negó sonriendo.

—Mejor deberíamos dejarnos fluir hasta ver el resultado.

Se cubrió la boca en un grito ahogado.

—¿Qué pasa? —inquirió Julien asustado. Ella lo miró como si lo observase por primera vez. Ambos pararon de bailar—. Ey, Deni, no me acojones —apuntó tragando saliva.

—Yo..., yo me presenté. Yo te obligué a bailar, yo... fui directa a por ti desde el primer momento. Fue como una especie de... de... de flechazo a primera vista. Recuerdo la sensación. No quería que acabase ese momento, no quería despedirme de ti —soltó tan atropelladamente que Julien se quedó observándola.

Levantó una ceja y chasqueó la lengua.

—¿Qué? No te entiendo nada, habla más despacio.

Denisse se sentó en el sofá y lo arrastró con ella.

—Acabo de recordar cómo nos conocimos. Fui yo la que di el paso.

Julien se dio cuenta de lo que estaba hablando y soltó una carcajada.

—Sí, tú fuiste primero, pero yo te seguí después, ¿qué más da? Conectamos los dos desde el primer momento —apuntó con humor agarrándole la mano y tiró de ella caminando hacia la habitación.

—¡Qué vergüenza! No puedo creer que fuese tan lanzada —confesó llevándose una mano a la frente—. Todo este tiempo creí que era más tímida.

Él miró por encima de su hombro y soltó una risilla.

—¿Y acaso no lo has sido otra vez? Te recuerdo que viniste directa a decirme que me gustaba llamar la atención de las mujeres, te juro que intenté no reírme, porque la que babeaba desde el primer momento eras tú. No he visto en mi vida una excusa más mala para hablarme. —Lo fulminó con la mirada, y Julien estalló en una carcajada. Entraron en la habitación, y él cerró la puerta.

»Me alegra que hayas recordado ese primer encuentro. Te tengo taaantas ganas, vida mía —confesó lanzándose a devorar su boca en cuanto tuvieron la intimidad requerida.

Se esmeró en desnudarla, y ella le facilitó el trabajo. Parecía que el aroma a Navidad se hubiese colado por las ranuras de la ventana. Las pequeñas bombillas de los adornos de las casas de enfrente aportaban luces de distintos colores a la penumbra de la noche y le daban un toque mágico a la habitación. Él se desnudó a su vez mientras besaba su hombro.

—Julien... —rogó Denisse en cuanto se vio sin ropa.

Se tumbó en la cama y lo miró desde su posición con una invitación sugerente. Quería ser acariciada, y él no la defraudó.

Se arrodilló en la cama y comenzó a recorrerle las piernas con la boca abierta, dejando un reguero de besos, lametones y mordiscos. Acariciándola con la nariz, con la aspereza de su barba y abriéndose paso hacia el interior de sus muslos.

—Mmm... Julien... —Jadeó y gimió agarrando las sábanas entre los puños.

Él le separó las piernas. Pasó los dedos por los rizos de su pubis para ser sustituidos por la humedad de su boca. Denisse cerró los ojos y se mordió el labio. La lengua de Julien la acariciaba con tanta dulzura que no podía soportar el hormigueo. Se tomó su tiempo jugando con su clítoris como si lo acabase de descubrir.

—Aaahh... Julien...

Ella colocó la mano sobre su cabello rubio para que no parase, y él respondió profundizando las incursiones de su boca hasta que las convulsiones se apoderaron de ella y arqueó la espalda contra la cama en una curva perfecta. Julien continuó ascendiendo por su cuerpo, como un conquistador haciéndose con cada porción de su piel. Abrió la boca para acoger en su interior el pezón erizado y tironeó de él con los dientes.

—Dios... —Denisse aún no se había recuperado. Sentía el hormigueo tan reciente que cualquier roce le hacía vibrar.

Él se incorporó y colocó ambas manos alrededor de su cabeza.

—Quiero hacértelo sin barreras, Deni..., ¿puedo?

Ella se abrazó a su cuello y asintió, convencida de lo que hacía, ahogada en sus ojos azules, húmedos y brillantes de deseo. Le acarició el ceño fruncido y mordió su labio inferior en lo que él se introducía muy despacio.

Denisse lo sintió más duro, más ancho incluso que la vez anterior. La llenaba de una manera inexplicable. Comenzó a moverse en su interior de una forma deliberadamente lenta. La torturaba a conciencia.

—Julien... Julien..., por favor...

—Por favor, ¿qué?

Sus ojos se clavaron en ella, mientras seguía embistiendo a un ritmo delirantemente despacio.

—Por favor... —Situó los dedos en su espalda y lo apretó tan fuerte que temió dejarlo marcado. Pasó las manos por su piel hasta bajar a su culo e hizo el intento de obligarlo a incrementar el ritmo.

—Dímelo..., grítamelo...

—Más rápido, más fuerte, vida mía..., por favor...

Él emitió un gruñido que vibró en su pecho, levantó una de las piernas femeninas, se la llevó a la altura de su cadera y comenzó a embestir con fiereza.

Ella se aferró a sus hombros y contempló su expresión. Julien la reclamaba de una manera primitiva. Era amor mezclado con nostalgia de lo que una vez fueron. Eran sentimientos unidos a una pasión pausada durante años. Era la conexión profunda y mágica que siempre tuvieron.

Denisse se abandonó a sentir a Julien por primera vez, de la manera en la que debía ser. Los dos como un todo completo, recuperando el tiempo perdido, encontrándose el uno al otro, como si nunca hubiesen estado separados. Remendando los jirones de cada alma rota.

—Arg..., me viene... —avisó con voz grave mirándola a los ojos con la intensidad con la que solo él sabía. Ella asintió—. ¿Segura? —Denisse le entendió y asintió de nuevo. Entonces observó cómo él cerraba los ojos con fuerza y, en una última embestida profunda, eyaculó en su interior—. Mmmm... —gimió, gruñó y jadeó. Ella no supo identificar el rugido que vibró en su pecho.

La observó sosteniendo su peso aún en las palmas de sus manos. Le dijo todo con aquella mirada.

—Te quiero, Julien —confesó emocionada y una lágrima recorrió el camino hacia la almohada.

Él besó sus ojos y se dejó caer sobre ella, refugiando el rostro en el hueco de su cuello. Le dio un pequeño mordisco en la oreja.

—Por fin en casa —susurró con la voz entrecortada por la emoción.

Denisse lo acogió entre sus brazos.

—Sí, por fin en casa, vida mía —recalcó.

Y los dos cayeron en un profundo sueño con la sonrisa instalada en sus labios.



—No lo vi. No fui consciente de la amenaza —anunció apenas en un susurro.

Su voz rota hizo que Denisse tragase saliva y se limpiara las lágrimas.

Cala había ido a casa de su abuela a hacer galletas de jengibre con moldes navideños. Fue entonces cuando Julien le pidió que lo acompañara. Ambos habían entrado en su casa, y ella descubrió que todas las cajas que estaban allí contenían los secretos de su vida.

En aquel momento, él se había sentado sobre el escalón que conducía al garaje mientras ella tenía en sus manos un álbum de fotos. Acariciaba con adoración las imágenes de su hijo olvidado mientras el dolor la hacía llorar en silencio.

—Era el hijo de nuestro vecino. Lo conocía desde que nos mudamos. Desde que estabas embarazada. El chico jugaba siempre con Simon... —Se limpiaba el rostro, le costaba hablar y se humedecía los labios de forma continua—. Lo cuidaba de vez en cuando, venía a casa a estar con él. —Apretó los dientes—. ¡Arg! Joder. Duele. —Se llevó una mano al pecho.

Denisse se arrodilló frente a él y colocó la mano sobre la suya. Ambos se miraron a los ojos. Julien lloraba, y ella también.

—Ha llegado el momento —comentó con delicadeza—. Debes contármelo, vida mía.

Observó cómo se mordía la cara interna de la mejilla y la miraba con una agonía desgarradora.

—Estabas dándole el pecho a Cala, en la habitación. La pequeña estaba inquieta y querías relajarla para que durmiese. —Se llevó las manos al rostro para limpiarse—. Yo estaba redactando un artículo. Desde que nació Cala, había perdido mi oficina, así que habilité un rincón en el salón. Mi mesa estaba justo frente a la ventana que daba al jardín de entrada. —Miró al techo—. Veía a Simon jugar. Lo estuve viendo todo el tiempo. No sé en qué momento no lo vi. —Negó con la cabeza rompiendo a llorar de nuevo—. No sé..., no sé cómo... no lo vi. —Denisse le limpió la cara y agarró sus manos.

»El caso es que salí extrañado. No lo encontré. Supuse que había entrado en casa y no me había dado cuenta, pero nada. Subí a ver si estaba contigo. Te habías quedado dormida en la mecedora con Cala sobre tu pecho. La puse en la cuna y me acerqué a la casa del vecino. A veces, Simon iba a jugar allí, pero me dijo que su hijo estaba en clases extraescolares y que no

había visto a Simon. —Se revolvió el pelo, nervioso.

»Dos semanas. Dos semanas agónicas en la que buscábamos sin parar. Pegamos carteles por todas partes.

—Carteles —repitió ella acordándose de una de sus pesadillas en la que veía carteles pegados por los árboles, pero nunca imaginó que era por su hijo.

Bajó la vista y acarició las fotografías. Una dulce carita de pillo, con los ojos verdes de ella y el cabello rubio de su padre.

Julien asintió.

—Forré la ciudad. Yo era algo famoso por mi trabajo, así que me ayudaron a darle publicidad. —Cerró los ojos y negó de nuevo—. Mi intuición de padre me lo decía, pero no quise escuchar, me negaba a creer que había perdido a mi pequeño. Solo tenía cuatro años. —Suspiró—. Entonces...

Silencio.

—Dime, Julien —lo animó a hablar.

—Entonces lo encontraron. —Se llevó una mano a los ojos y se tapó la cara—. Mi pequeño apareció.

Se tapó la cara con las dos manos rompiéndose de nuevo. Denisse lloraba con él, temblaba y los quejidos de su dolor hacían que ella también se encogiera.

—Dímelo, amor —continuó Denisse.

Él levantó la cabeza mirándola a los ojos y negó.

—No... no puedo... —Se le quebró la voz.

—Por favor —rogó.

Julien derramaba lágrimas sin parar.

—Lo encontraron... en un pozo —anunció mordiéndose de nuevo las mejillas. Denisse ahogó un grito y se cubrió la boca mientras negaba.

»Habían... habían...

—¿Habían qué, Julien? ¡¡Dímelo!! —gritó rota de dolor.

—¡¡¡Habían abusado de él y le golpearon la cabeza con una piedra hasta matarlo!!! ¡¡¡Después lo tiraron al pozo como si fuera basura!!! —confesó con rabia y agonía. Se dobló en dos llorando, gritaba entre los dientes y se dio varios guantazos en el pecho. Denisse lo detuvo y se abrazó a sus rodillas, rompiéndose con él.

»¡¡Ese hijo de puta!! Le hizo eso a mi pequeño aquella misma tarde y, después, continuó yéndose al instituto como si nada. Me miraba a los ojos diciéndome que no sabía nada —murmuró con la mandíbula apretada—. Y su padre le cubrió. Nos veían agonizar, nos veían desfallecer, nos veían agotados, y lo sabían. ¡¡¡Lo sabían!!! —De repente se levantó y se fue a la pared—. ¡¡¿Y qué?!! No me lo pensé. En cuanto supe que aquel niño no iba a ser condenado, ¡¡¡no me lo pensé dos veces!!! —Golpeó la pared una y otra vez. Denisse corrió a su lado y lo detuvo. Su mano ya estaba sangrando.

»Me lo cargué, no lo pensé. No lo pensé. —Entró en un bucle mirándola, llorando sin consuelo. Denisse lloraba a su vez. Agarró su cara para que se calmase—. No lo pensé. Quería justicia, ¿hice justicia? No lo sé. Solo sé que no iba a volver a ver a mi hijo de tan solo cuatro años que tenía toda la vida por delante, y que aquel chaval iba a disfrutar de la suya para hacer lo que le diera la gana. No lo pensé —repitió—. Salí una noche. Estabais dormidas. Necesitaba aire. Y lo encontré. Lo vi con sus colegas, tan tranquilo. Estaría en un permiso o yo qué sé. Lo único que me pasó por la cabeza era que nosotros habíamos enterrado a nuestro pequeño, y él era libre. Esperé y lo hice. —Negó con la cabeza—. Me lo llevé al mismo sitio. Me consumió la rabia. ¡Le

di una paliza! Pensaba en el sufrimiento de mi hijo, en que seguramente tendría miedo, seguro que me llamó, seguro que quería que su padre lo ayudase, y yo no estaba allí. —Lloraba—. Así que lo hice. Le reventé la cabeza a pedradas y lo tiré al pozo. —Se golpeó la sien—. ¡No lo pensé! No sabía qué ganaba o qué perdía. Solo lo hice. Me preguntaste si me sentí culpable. Sí. Me he sentido culpable todo el tiempo, por ser un mal padre, por no haber visto la amenaza, por no haber sido capaz de proteger a mi hijo. Me siento culpable todavía. Pienso, ¿y si hubiese dejado el artículo para otro momento? ¿Y si le hubiera dedicado tiempo a mi niño? ¿Y si hubiese mirado más veces por la ventana? ¡¡¡Cuánto dolor tuvo que aguantar!!! ¡¡¡Cuánta agonía hasta que acabaron con su vida!!! —Lloraba y negaba con la cabeza—. ¿No lo entiendes, Deni? Me tortura día y noche. Sin parar. No puedo dormir, no puedo apenas comer, tengo que estar ocupado, porque me tortura el alma. Dices que tengo mucha energía. No la tengo. He aprendido a tener la mente ocupada. Oigo sus llantos a todas horas, oigo cómo me llama. —Se golpeó la cabeza—. Incluso lo veo en mi mente respirar por última vez y el sonido de la piedra golpeándolo y ya... —Cerró los ojos con rabia y dio varias vueltas, nervioso—. Y ya... no puedo ni pensar en la otra parte... ¡¡¡No!!! ¡¡¡En la otra parte no quiero pensar!!! —gritó—. No puedo pensar. —Cayó de rodillas, agotado.

Denisse se abrazó a su espalda. No podía hablar, tan solo llorar, llorar con él. Sabía que la verdad iba a ser desgarradora, pero aquello la superó. Recordó aquella pesadilla en la que tocaba sus dedos. Todo fue real. Recordó cómo lo sacaban del pozo y le querían impedir verlo. Le vino la imagen clara y nítida de su cuerpecito sin vida, entonces se quebró del todo. Se cubrió el rostro.

—¡¡¡Aaaaahh...!!! —gritó de una manera tan aguda que Julien reaccionó y la observó.

—¿Deni? —preguntó asustado limpiándose la cara varias veces con las manos, pero ella se agarraba la cabeza y gritaba.

—¡¡¡Aaaaahh...!!!

—¿Deni?! —La sujetó por los hombros y la zarandeó para llamar su atención, pero ella no respondía. Julien la levantó y la cogió en brazos para llevarla al salón.

»¡¡Vamos, Deni!! Vida mía, ¡¡mírame!! —La sentó en el sofá e intentó quitar las manos de su cabeza, pero tenía los músculos tensos y no dejaba de gritar mientras cerraba los ojos con fuerza y lloraba sin parar. Comenzó a tiritar con espasmos.

Llamó a emergencias.

Tardaron más de lo que le hubiese gustado y, durante aquel tiempo, él hizo todo lo que pudo, hasta que su mujer perdió el conocimiento. Justo entonces aparecieron.

La noche se colaba por la ventana cuando Denisse abrió los ojos con pesadez. Estaba acurrucada en una cama, y él, sentado con la espalda y la cabeza apoyada sobre la pared, acariciaba su cabello con delicadeza, mientras miraba hacia el exterior con aire ausente.

—¿Julien? —preguntó con trabajo, le pesaba la lengua.

Él enseguida la miró.

—Deni... —Se agachó para darle un beso en la frente—. Me has asustado —confesó—. Creí que... que...

—¿Qué? —inquirió, hasta pestañear le costaba.

Julien se bajó de la cama, se sentó en una silla que había cerca y se arrimó para agarrar su mano.

—No sé..., que... había provocado una reacción de tu tratamiento irreversible..., qué sé yo..., me he acojonado. —Se revolvió el pelo—. Pensé que te perdía.

—¿Por qué? —Estaba confusa, miró su brazo y contempló la vía, entonces observó alrededor

y reparó en dónde estaba.

—¿Por qué? Pues porque han tardado en estabilizarte —añadió compungido.

Denisse se llevó los dedos a la nariz y se percató del cable de oxígeno. Contempló la máquina que comprobaba sus constantes.

—¿Qué me ha pasado?

Él suspiró.

—Has sufrido un *shock* muy fuerte. —Chasqueó la lengua y se cubrió la cara—. La culpa es mía. Mejor descansa, vida mía, no hablemos de ello.

Denisse le agarró la mano.

—Lo siento —confesó.

Julien parpadeó sin entender.

—¿Qué sientes? Te digo que la culpa es mía. Debería haber respetado las pautas médicas. —Resopló.

Pero ella negó.

—Tarde o temprano iba a saberlo. Da igual si hay pautas o no, es algo tan duro que hubiera sufrido lo mismo. —Él tragó saliva, asintiendo.

»Siento todo lo que ocurrió después. No haber estado cuando me necesitabas.

—No es culpa tuya —apuntó él.

—En parte sí. Quizás tendría que haber sido más fuerte, no lo sé, pero sé que debería haber estado contigo todos estos años, al menos para hacerte llegar mi amor, mi cariño y mi apoyo incondicional. Podría haber ido a verte y darte fuerzas. Y también podrías haber visto a Cala en cualquier momento.

Julien se llevó una mano a la frente y recogió una gran bocanada de aire para soltarla despacio.

—Ya está, no más, Deni. Se acabó. Estoy agotado, los dos lo estamos. Hay que intentar superarlo —anunció visiblemente exhausto.

—Solo una cosa más —pidió. Él ladeó la cabeza para escucharla—. Quiero ver su tumba.

Ambos se miraron a los ojos, y Julien le limpió una solitaria lágrima que cayó por su mejilla. Asintió, sin más. No le quedaban muchas fuerzas. Aunque se había estado preparando para aquel momento durante todos los años, meses, semanas y días que estuvo encerrado. La realidad le había dado un guantazo en la cara. Ver a su mujer tan destrozada estaba acabando con él.



49

—Está muy ausente, ¿por qué habéis venido aquí? Igual deberíais haberos ido a casa —sugirió Sam sirviéndole a su hermano un café en la barra y analizando a Denisse, que estaba sentada en su mesa habitual mientras miraba a la nada a través del cristal.

Julien se frotó los ojos.

—Ella quiso parar aquí antes de ir a recoger a Cala —confesó abstraído sin dejar de mirar a su mujer en lo que esperaba recibir la tila que Sam le estaba preparando.

—¿Ya lo sabe todo? —Sam colocó la infusión y se acodó sobre la barra.

Julien dejó escapar un suspiro.

—Todo. Venimos de ver la tumba de Simon, eso ha sido otro golpe. Deni... está destrozada. Son muchas cosas en poco tiempo.

Sam miró a su hermano de soslayo.

—Tú tampoco te ves muy bien —apuntó.

—Bueno..., lo importante ahora es que estamos juntos. Estoy con mi mujer y con mi hija, el tiempo es el que hará el resto —informó, pero Sam no lo veía muy convencido.

—¿Y cómo lleva la memoria? —inquirió.

Julien se encogió de hombros.

—Ahí va. Le vienen *flashes* y va montándolo todo, pero aún le faltan muchos detalles. Aunque ha aceptado las cosas como se las he contado, no son sus propios recuerdos, es algo que le ha explicado alguien, ¿entiendes? —preguntó arrugando la boca.

—Sí, claro. Te cree y tiene plena confianza en lo que le dices, pero no lo sabe por ella misma.

—Exacto —afirmó.

Sam se incorporó y comenzó a pasar la bayeta a la barra.

—¿Ya habéis decidido lo que hacer?

—Sí. Venderemos la casa y nos instalaremos aquí. Una nueva vida. No queremos arrancar a Cala de lo que conoce. Con el tiempo... trasladaremos a Simon aquí.

Sam asintió comprendiendo.

—Bueno, ve, que se va a enfriar el café y la tila —lo animó para dar por zanjada la

conversación. Deni necesitaba a su marido.

Julien se instaló frente a ella y situó la infusión a su alcance, se mantuvo en silencio mientras le daba sorbos cortos al café.

—Qué horrible todo..., no sé ni cómo me encuentro —confesó Denisse con un hilo de voz raspado, producto del daño que se había hecho en la garganta al llorar y gritar.

—No te analices —apuntó Julien, mirándola. Le rompía el corazón verla tan desgastada—. Es nuestra realidad, hay que afrontarla y asimilarla.

Él giró la cucharilla en el café, a pesar de que no le había puesto azúcar, por el simple hecho de distraerse y ver el líquido moverse.

—¿Por qué, Julien? ¿Por qué nos arrebató a nuestro pequeño?

Julien levantó los ojos hacia ella.

—¿No crees que es demasiado ya? Creo que es mejor dejar el tema.

—No. —Negó y cogió su mano—. Necesito saberlo.

Ambos se contemplaron durante lo que pareció una eternidad, hasta que finalmente él suspiró.

—En el juicio, explicaron que el chaval no se adaptaba con los de su edad. Que se refugió en internet y comenzó a consumir porno. —Volvió a coger aire—. Entendió las relaciones sexuales como una especie de sumisión frente a un participante dominante. Él no podía llevar eso a cabo con las chicas de su entorno y manifestó características propias de un pedófilo. —Julien se frotó los ojos y cogió una nueva bocanada de aire para soltarla con paciencia. Observó que Denisse lo escuchaba con el rostro horrorizado y lágrimas resbalando por sus mejillas—. Se aprovechó de que Simon de alguna manera lo admiraba para llevar a cabo sus perversidades... ¡Arg! ¡Deni! ¡No quiero hablar más, joder! —Palmeó la mesa con suavidad, provocando que se desbordase algo de café y se frotó los ojos con las palmas de las manos.

Ella se limpió las lágrimas en silencio, observándolo.

—Supongo que no fue condenado —apuntó con la voz rota.

Él achicó los ojos.

—Sí, a una breve estancia en un correccional, ¡un paseo por el parque es lo mismo, vaya! ¡Una mierda de condena!

Resopló. Se quedaron en silencio, observándose, entendiéndose, comprendiendo el dolor en la mirada del otro.

—¿Qué le diremos a Cala? —preguntó sin energía.

Julien agradeció el cambio de tema.

—No hay por qué decírselo ahora, podemos contárselo más adelante, cuando ella sea más mayorcita. Dejémosla ser feliz. —Sus ojos azules la miraban con atención.

Denisse extendió una mano sobre la mesa para buscar su contacto, enseguida él enredó los dedos con los suyos.

—No sé qué haría sin ti. Aunque... conocer todo esto está siendo un infierno..., gracias por estar aquí.

Julien levantó una ceja.

—¿Gracias? No entiendo, ¿qué debería haber hecho según tú? —Quiso saber ladeando la cabeza.

Denisse liberó sus dedos y tomó un poco de tila.

—No sé, han pasado muchos años, quizás otra persona hubiese empezado en otro lugar, se hubiera desamorado, perdido la esperanza... —Se encogió de hombros—. Mil cosas podrían haber sucedido.

Julien la observó con seriedad.

—Tú lo has dicho, quizás otra persona. —Se lamió el labio, concentrado en ella—. Yo no. Supe desde el principio hasta el final que mi deber era recuperar a mi familia, y esa meta fue la que me mantuvo firme en los peores momentos.

Apoyó el codo en la mesa y se tapó la boca con la mano, analizándola en silencio. Denisse suspiró.

—¿Qué hacemos ahora? Me encuentro tan perdida... —confesó con el mismo agotamiento psicológico que le acompañaba desde hacía horas.

Él se encogió de hombros.

—Creo que deberíamos centrarnos en Cala. La Navidad es especial para los niños, ahora está como loca mostrándose como un trofeo por todas partes y la veo feliz. No quiero que sufra por nosotros.

Ella se quedó anclada en el brillo de sus ojos azules y asintió.

—Tienes razón.

Julien carraspeó, se rascó la mejilla con el índice y continuó:

—Estuve mirando las casas en venta, creo que deberíamos comprar una cerca de la de tu madre.

—¿Cómo dices? —Abrió los ojos con sorpresa.

—Las viviendas son antiguas, pero tienen unas fantásticas vistas a las montañas. Podríamos emprender un nuevo proyecto juntos. Un hogar en el que todas las memorias que creemos sean nuestras, de los tres. Recuerdos en familia, ¿qué opinas?

Denisse observó la ilusión en su mirada. Una emoción que aún no había contemplado en su expresión. Después de todo lo vivido, él más que nadie, se merecía ser feliz.

—Vender la casa de la ciudad puede que nos ayude. Yo vivo de alquiler, así que no habría problema porque no tengo ninguna hipoteca que zanjar.

—Lo sé —confirmó él y apuró su café, que ya estaba medio frío.

Denisse levantó los ojos.

—¿Lo sabes?

—Sí. A pesar de todo lo vivido, y de estar encerrado, muchas decisiones las he tomado yo. —Silencio—. Quería que hubiera facilidades a mi regreso.

—¿Y si no hubiese salido como esperabas? ¿Y si yo me hubiese enamorado de otro hombre? ¿Tuviera un hogar nuevo o mil cosas? —inquirió con una sonrisa.

Julien curvó los labios.

—Imposible.

Ella arrugó el ceño.

—Qué prepotencia, ¿no?

Él dejó escapar una risilla.

—No es prepotencia. En el momento en que hubiese visto peligrar nuestra relación, hubiera revocado el tratamiento para que te acordases de mí cuanto antes. De todas formas, soy el hombre de tu vida, ¿o no?

Denisse tuvo que reírse ante su ocurrencia.

—No sabías lo de Ray.

Él asintió y miró un segundo a Sam.

—Cierto, mi hermano no me dijo nada al respecto, puede que él también se diera cuenta de que no iría a buen puerto y no quiso preocuparme. Además, en el momento en que hubieses querido avanzar, habrías visto que ya estabas casada, era un camino sin salida.

Denisseladeó la cabeza al mismo tiempo que negaba.

—Sigo pensando que eres un arrogante —musitó.

Julien se rio y alargó la mano para coger la suya. Besó sus dedos.

—Que no es arrogancia..., es tener el convencimiento absoluto de que, aun con todo, estamos locamente enamorados el uno del otro. Eso es confianza en nuestra relación, en nuestro amor, no es arrogancia ni prepotencia. —Ella suspiró, sonriendo.

»Venga, vamos a darle la noticia a Cala —dijo levantándose.

—¿Qué noticia? —inquirió ella tensándose de golpe.

Julien le dio un pequeño apretón en la mano y tiró de ella para incorporarla. La abrazó por los hombros y le dio un beso en la sien, animándola a caminar hacia la salida.

—La de que vamos a comprar una casa juntos, la vamos a decorar a nuestro gusto y vamos a vivir en familia.

Ella volvió a relajarse y soltó una risilla.

—Sabes que, hasta que llegue ese momento, nos va a volver locos, ¿no? ¿Eres consciente de las veces que va a preguntar cuándo nos mudaremos?

Julien soltó una carcajada y la achuchó de nuevo.

—Eso quiero, que me vuelva loco y que ande todo el tiempo detrás de mí.

Denisse lo miró como si le faltase un tornillo, y él rompió a reír de nuevo.

—Entiendo ahora de quién ha sacado el carácter.

Ambos salieron del local, despidiéndose de Sam en la distancia. Denisse, a pesar de las circunstancias, se sentía tan protegida con Julien y le era tan maravilloso verlo sonreír que hizo el esfuerzo que él le pedía. En aquel momento, lo más importante era reconstruir a la familia y centrarse en la felicidad de su hija. Apretó los labios unos instantes. Debía hablar con su madre, ella también formaba parte de la familia. No tenían a nadie más.



50

La gran fiesta de Nochebuena de Sam estaba siendo un éxito, como ya esperaban. El aforo era limitado y, gracias a ello, no tenían la sensación de que les faltase espacio vital o la respiración. Había gente disfrazada o caracterizada de Navidad, con gafas, sombreros, collares y todos los complementos que se encontraban en las bolsas de cotillón que se repartían en la entrada. Los adornos hacían que el salón brillase como si fuese un gran árbol decorado.

—¿Lo estás pasando bien? —preguntó Tamy con un botellín de cerveza que chocó con suavidad contra su copa a modo de brindis.

Denisse sonrió.

—Claro que sí. —Observó a lo lejos la barra y visualizó a ambos hermanos sirviendo bebidas sin parar—. Parece que siempre nos vamos a reunir aquí, ¿eh?

Tamy enfocó la dirección de su mirada y soltó una risilla.

—¡Espera, espera! Ahora, ¿qué somos? ¿Concuñadas?

Denisse soltó una carcajada asintiendo.

—Creo que sí.

Tamy se enredó en su cuello.

—Estoy orgullosa de ti —confesó cerca de su oído y después se separó para clavar sus ojos color miel en ella—. Eres toda una guerrera.

Denisse se emocionó sonriendo.

—Oh, venga ya. Ya de por sí la noche invita al sentimentalismo, vamos a intentar desconectar. Su amiga asintió, y ambas siguieron el ritmo de la música.

A Denisse la noche se le estaba haciendo larga. Era cierto que lo estaba pasando bien, pero no veía el momento para que el auge de la fiesta fuese decayendo y pudiera disponer de la atención de Julien.

Los últimos días habían sido difíciles, pero bonitos al mismo tiempo, sobre todo gracias a Cala, que sentía una devoción por su padre incalificable. Como predijo, la noticia de que comprarían una casa y se mudarían la tenía loca de emoción y, verla así, hacía que todo fuese menos amargo.

No era que no quisiera celebrar las fiestas. Una parte de ella lo intentaba, sin embargo, todo lo que había ocurrido lo sentía demasiado lacerante, reciente y sangrante. Aún se sentía desubicada. No era ella. Parecía que veía a una Denisse desde fuera, porque su interior todavía no estaba completo. Se forzaba a sí misma para encajar en el ambiente que la rodeaba, no por ella, por los demás. Quizás debía ser algo egoísta y refugiarse en su casa, que era lo que realmente le pedía el cuerpo, pero las personas que estaban allí habían sufrido con y por ella, Denisse creía que, al menos, les debía una noche de calma. Pasadas las fiestas, comenzaría un nuevo libro en el que tenía que poner cuidado en enmendar las heridas.

Caminó hacia el baño, inmersa en sus pensamientos, y sonrió al ver a Ray conversando con Julien como si tuvieran una gran amistad. Aunque a su marido le había dolido el pequeño capítulo de su vida que había compartido con Ray, parecían haber enterrado el hacha de guerra. Su amigo había encajado las piezas del puzzle casi al mismo tiempo que ella. No le quedaba más que entender la situación. Aquello le aportaba una pincelada más de paz, pues apreciaba a Ray como a un gran amigo, al igual que a Sam, antes siquiera de saber que era su cuñado. No tenía palabras para agradecer su sacrificio. Abandonar todo en la ciudad y emprender el negocio en el pueblo desde cero tan solo para cuidarlas. Ladeó la cabeza mirándolo, y él la pilló, le guiñó el ojo, Denisse le mandó un beso. Sam la había conquistado poco a poco, y al final también tenía un gran hueco en su vida.

Cuando salió del aseo, sin ser capaz de desligarse de su mente, a la que la había dado por reflexionar demasiado, fue interceptada por él y arrastrada hacia el almacén.

—¿Aquí de nuevo? —preguntó con coquetería.

—Me tienes preocupado —confesó estrechándola entre sus brazos.

—¿Por qué? —inquirió.

—Ya te lo dije, soy observador. Estás aquí, pero no estás, y no paro de servir copas mirándote desde lejos. Estoy inquieto. —Suspiró.

—Estoy bien —informó acariciando su cabello—. Ainsss, estás todo sudado. Me da pena que estéis currando a tope. —Cruzó los brazos alrededor de su cuello.

—Sam se divierte a su manera, y yo...

—Te sientes en deuda, ¿verdad? —preguntó con una sonrisa. Cada vez se acordaba de más cosas y conocía el corazón generoso que tenía en el pecho—. Él te hubiera entendido, es tu hermano y conoce la situación —añadió.

Julien chasqueó la lengua.

—Sí, bueno, pero estoy cansado de pedir que se me entienda continuamente. No quiero tanta compasión. Es mi hermano, ha hecho por mí lo incalificable y me necesitaba aquí esta noche, así que aquí estoy. —Le dio un beso en el cuello—. Pero no quita que se me está haciendo la noche bastante larga —comentó mirándola a los ojos.

—Yo he pensado lo mismo —confesó y le dio un pequeño beso en los labios—. Quizás no era una noche repleta de gente, música y fiesta lo que necesitábamos..., quizás...

—Una noche de vino, chimenea e intimidad, ¿no? —sugirió sonriendo.

—Sí —asintió—. Creo que eso era lo que me hacía falta hoy, aunque no tenemos chimenea —apuntó soltando una risilla—. Me entiendes, ¿verdad?

—Ya la tendremos —concedió dándole un beso en la frente—. Pero sí, lo entiendo.

—Me lo estoy pasando bien, de verdad, rodeada de los que siempre me han cuidado, pero... hay algo que no..., no sé. —Torció la boca.

—¿Cala? —apuntó.

—Sí, Cala y todo en general. Hemos cenado en familia, con ella y con mi madre.

—Me alegro de que hayáis suavizado las cosas —dijo con la boca pequeña.

Denisse sabía que a él le estaba costando perdonar a Delia, aunque la animase a que tuvieran una mejor relación. Se agarró a su cintura.

Denisse agachó la cabeza.

—Es mi madre —confesó—. He reflexionado mucho sobre todo lo sucedido. Se cometieron errores, muchos, pero llego a la misma conclusión.

—¿Y es? —preguntó.

—Solo somos mi madre, Cala, tú y yo. Deberíamos cuidar eso, deberíamos atesorar lo que tenemos. Dejar de hacernos daño entre nosotros. Los rencores no nos van a aportar la calma que tanto necesitamos ahora. No nos van a ayudar a curar las heridas.

—Ya, los rencores no traen nada bueno, sin embargo...

—A mí me cuesta hacer borrón y cuenta nueva, sé que a ti también.

Julien la contempló con intensidad.

—He tenido mucho tiempo para desmenuzarlo todo. —Cerró los ojos unos instantes—. Intento comprender lo que hizo, pero... jamás podré perdonar el sufrimiento de mi hija.

Denisse le acarició la cara.

—Hay que intentar pasar página. Yo tampoco comprendo cómo sabiendo de tu existencia y que yo estaba casada dejé que comenzara una relación con Ray.

Julien chasqueó la lengua, mosqueado.

—Es que encima eso..., no hablemos porque me incendio, ¿eh? Tú siempre has tenido marido, y Cala siempre ha tenido a su padre —recalcó—. Ocho años sin verte y sin ver a mi hija... —Se le abrieron los orificios nasales y apretó la boca con ira.

—Vale..., vale... —Denisse apoyó la frente sobre la suya—. Cálmate. Tú mismo dijiste que había que dejar el pasado donde debía estar y comenzar una nueva vida.

—Ya..., sé lo que dije y lo intento, créeme. Decirlo y hacerlo son cosas muy diferentes. Alégrate, ya comienzo a tolerar su presencia e incluso intercambiamos algunas palabras, porque cuando me reencontré con ella... estuve a punto de zarandearla y vomitar todo lo que me hacía sentir. —Resopló—. Necesito tiempo.

—Lo sé. —Le dio un beso en la barbilla—. Yo también, pero todo llegará.

Julien apretó los labios asintiendo y, después de unos instantes de silencio en el que los dos hicieron un esfuerzo por calmarse, habló:

—Bueno, parece ser que la familia se amplía. Tenemos a Sam... y ahora... también a Tamy. —Puso los ojos en blanco dándole un tinte de humor—. El grupo crece. —La miró—. Pero me gusta.

Denisse se abrazó a su cuello riendo.

—Al final, te has adaptado muy bien a nosotros, incluso a Ray.

—A Ray comienzo a tolerarlo, pero no creas que lo aguanto tanto. El periodismo hace que tengas que ser muy extrovertido y ganarte a la gente, aunque tengas que tirar de hipocresía.

—¿Eres un hipócrita y yo no lo sabía? —inquirió con sorpresa.

—En el trabajo necesitas tragar mucho, no puedes ir a filo de cuchillo porque no te ganas a nadie. Pero, en mi día a día, paso de estar con gente que no me aporta. Me he ganado el derecho a elegir lo que hago con mi tiempo, con quién me apetece estar y a quién mandar a la mierda.

—Ya, ya —contestó sonriendo y dedicándole una mirada cómplice.

—¿Qué es eso? —inquirió con los labios curvados hacia arriba.

—¿El qué? —preguntó sorprendida.

—¿Me estás seduciendo? —Su voz se volvió pícaro.

—¿Yo? —Pestañeó varias veces con cara de inocente.

—No, la mujer que está aquí con nosotros. —Puso los ojos en blanco de nuevo—. Pues claro que tú, Deni. ¿Me estás mirando con cara traviesa? Porque te juro que no respondo, ¿eh?

Ella soltó una carcajada.

—Para nada te estoy mirando así, tú lo que quieres es quitarte la espinita de montártelo en el almacén, no me engañes. —Lo señaló con el dedo.

En aquella ocasión fue él el que soltó una carcajada y, a continuación, no le dejó decir nada más, besó sus labios con ansia y delicadeza al mismo tiempo. Denisse lo siguió sin impedimento alguno. Ambos se paladeaban con la sensación de necesidad que siempre los invadía. Como si no tuvieran suficiente el uno del otro, poniendo todos sus sentimientos en un solo roce, en una caricia. Julien lamía la boca de su mujer como la primera vez desde que llegó al pueblo, con el ansia de quien ha sido adicto a una droga de la que ha sido apartado durante unos años, y ahora recayese de nuevo. Con ese nerviosismo del síndrome de abstinencia. Era consciente de que Denisse era un pilar muy importante en su vida, nunca supo cuánto hasta que se vio despojado de ella. Había alucinado tanto echándola en falta cada minuto, hora, día, semana, mes y año que, cada vez que la tenía cerca, necesitaba sentirla para creérselo de verdad. No terminaba de embriagarse del todo. Tenía la sensación de que abriría los ojos y aquel paraíso creado por su mente desaparecería, dejándolo de nuevo solo en aquella fría celda. La abrazó con fuerza para pegarla a su cuerpo y que su calor lo traspasase.

Sonaron dos enormes golpes en la puerta que los sobresaltó. Se abrió por sorpresa, dando paso a Sam, que de inmediato sonrió. Julien frunció el ceño, y Denisse se limpió las comisuras de la boca con discreción.

—Ah, lo siento, pensé que os habíais quedado encerrados de nuevo y no quería que te cargases otra puerta. —Se le escapó una carcajada.

Julien observó a Tamy y a Ray curioseando desde fuera y chasqueó la lengua.

—Ja, ja, ja, muy gracioso, hermanito —comentó con ironía agarrando la mano de Denisse para salir de allí.

Al adentrarse en el salón, les sorprendió ver el local menos abarrotado.

—¿Cuánto tiempo hemos estado aquí? —preguntó Denisse sonriendo.

—Más de lo que os imagináis, ¿si no por qué iba a pensar que estabais encerrados? —apuntó Sam.

—¿Qué tal si acabamos la noche como mejor se nos da? —Julien cogió la mano de Denisse y, sin mencionar nada más, le hizo una señal al DJ.

La melodía de *Noche perfecta* de Antonio José comenzó a sonar.

—Así que esto es lo que mejor se nos da, ¿eh? —susurró ella en su oído cuando él comenzó a moverse.

Julien asintió sonriendo.

—Entre muchas cosas —apuntó con picardía—. Mmm... —Julien comenzó a tararear.

Tus ojos verdes aceituna
harán que de una mis labios te rocen...

Denisse cerró los ojos, apenas lo escuchaba por encima de la música, no obstante, se concentró en él, en sus pasos y en el vibrar de su pecho al cantarle.

Te llevo pensando todo el día.
Voy a darte la noche perfecta

Tuvo el descaro de guiñarle, y ella soltó una risilla mientras se movían.

Si supieras cuánto tiempo he esperao
Creo que fue demasiao, aguantando este sentimiento
Nota que estoy acelerao, estoy envenenao
Y la cura solo son tus besos
Ya yo me cansé de esperar, vo'a salirte a buscar
Ya no quiero ir más despacio, despacio

Se quedó observándolo, concentrada en sus ojos azules, risueños y emocionados, en lo que se movía con ella y le cantaba directamente al corazón.

—Bailas mejor que yo —confesó ella sobre su boca.

—El alumno siempre supera al maestro —apuntó para chincharla. Después, la besó con dulzura—. Creo que ha llegado el momento —informó con la voz entrecortada.

Denisse se perdió en el profundo mar de su mirada y asintió.

—Vámonos a casa, vida mía —sugirió.

—Vámonos a casa —repitió él con los ojos empañados.

Se despidieron de todos y, tomados de la mano con los dedos entrelazados, abandonaron el local para dirigirse hacia un nuevo comienzo.



—Pronto estarás conmigo, cielo mío —pronunció en un susurro en lo que colocaba flores blancas en un pequeño jarrón plateado.

Ya habían pasado casi ocho meses desde que emprendieran el camino hacia una nueva vida, pero no veía el momento en el que pudieran trasladar los restos de Simon al pueblo. Cada vez que visitaba su tumba, una angustia amarga acudía a su pecho, mas el sentimiento se iba apagando poco a poco sustituyéndose por el recuerdo de un amor puro.

Se esforzaba por quedarse con los momentos más bonitos. Estaba convencida de que su hijo se encontraba en un paraíso dulce en el que en un futuro podría volver a verlo y a abrazarlo. Mientras tanto, él se había convertido en su ángel de la guarda, creía firmemente en ello, pues, cada vez que lo visitaba, su memoria se iba completando. Recordó cómo fue su embarazo, cómo lo dio a luz, la sensación de amamantarlo, veía su cara, sus ojitos verdes y su risa. Los momentos en los que aprendió a caminar, a hablar... y los años maravillosos en los que vivieron en la ciudad. Su laguna mental pasó a llenarse con toda clase de emociones y pudo sentirse, por fin, completa.

Con todo, deseaba que se completasen los trámites para tenerlo más cerca, sería como cerrar la última cicatriz y dejarse invadir por la paz de saber que estaba a su lado. Sintió la mano de Julien en el hombro y dio dos pasos hacia atrás para agarrarlo por la cintura. Dejó escapar el mismo suspiro que la recorría al percatarse de que debía marcharse otra vez.

—Ya queda menos —murmuró a su lado.

—Sí. —No dijo nada más.

Los dos sabían, a pesar de no haber hablado abiertamente del tema, que hasta que no tuvieran a Simon en el pueblo no serían capaces de dejar la historia cerrada. Ya no tendría que ir constantemente a la ciudad que se los arrebató, a llevarle flores casi a dos pasos de la tumba de su asesino. Querían alejarlo de allí, que durmiese en paz para toda la eternidad sabiendo que su familia estaba cerca. Le dio un beso a la lápida blanca con la talla de un ángel.

Julien cogió su mano, y los dos caminaron tranquilos hacia la salida para emprender el viaje de vuelta.

Cuando llegaron al pueblo, decidieron dejar el coche en la puerta de su futura casa, a la que le quedaba poco para estar lista, para ir caminando hacia El Amida. La reforma había sido más amplia de lo que pensaron en un principio. Las obras eran así, empezabas por querer poner un baño y una cocina nueva, y acababas por darle la vuelta por completo a todo el diseño. Pronto comenzarían la mudanza y sería la señal definitiva de que una nueva vida se abría paso para ellos. Cala estaba como loca, hacía tiempo que tenía sus cosas empacadas a riesgo de tener que buscar de nuevo entre las cajas cada vez que se le antojaba jugar con algo.

Pasearon con tranquilidad respirando el aroma del otoño, en cuestión de un par de meses, volvería el frío invierno que antecedería a la Navidad. Un movimiento en el vientre hizo sonreír a Denisse y llevó la mano hasta allí para acariciarlo con devoción.

—¿De verdad no quieres saber el género? —preguntó su marido.

Ella lo miró. Julien había pasado su brazo por los hombros femeninos, acogiéndola, y la analizaba con interés.

—¿Cuántas veces voy a responderte a esa pregunta? —Dejó escapar una risilla.

Él puso los ojos en blanco.

—Entiendo que al principio no quisieras, pero apenas queda mes y medio. Hasta Cala me tiene aburrido con tanto barajar nombres. Podrías decir ya si es niño o niña, y que ella eliminase al menos una de sus interminables listas.

A Denisse se le escapó una carcajada. Puede que todos llevasen razón, pero, en aquella ocasión, quería que la sorprendiera el destino. Un bebé sano, nada más, eso es lo que pedía.

En el pueblo, todo estaba relativamente cerca dependiendo de cuánto tiempo quisieras caminar. Saludaron a todas las personas con las que se cruzaban en el trayecto. Al final, se hicieron bastante conocidos. Denisse seguía trabajando en la oficina de turismo, y Julien, a pesar de que le había cogido gusto a El Amida, comenzaba a redactar artículos de nuevo. Su nombre resurgió de las cenizas, y muchos contactaban con él, algunos para que trabajase para ellos, pero la realidad era que casi todos querían oír su historia. Había sido juzgado por gran parte de la sociedad por impartir justicia a su manera, cosa que sentenciaban, otros, por el contrario, se ponían en su piel y se preguntaban entre ellos el hecho de que, si les hubiera tocado vivir aquello, hubiesen actuado de la misma manera. Lo cierto era que se había abierto un debate general, con pros y contras, y Julien mantenía su disposición a que cambiasen las leyes.

Denisse nunca le había pedido que le explicase con detenimiento lo que hizo o cómo lo hizo, lo que sintió en aquel momento o lo que experimentó después. Con lo que él le había mencionado, ella tuvo suficiente, y supo que Julien se guardaría hasta la tumba los detalles de su crimen. Había cumplido la pena impuesta, pero ella era consciente de que aún pagaba por ello. Eran muchas las noches que se despertaba invadido por pesadillas, queriendo golpear algo y llorando por lo vivido castigándose por lo que hizo. Denisse le había planteado que acudiera a recibir ayuda psicológica y estaba convencida de que pronto iría, pues él decía querer ofrecerles la mejor versión de sí mismo, y ella observaba cuánto se esforzaba en cumplirlo.

Denisse lo miró de soslayo mientras él le hablaba de los propósitos de aquel nuevo año, pero no lo estaba escuchando, lo estaba admirando. Desde que lo conoció, por segunda vez en el pueblo hasta aquel momento, los efectos secundarios del tratamiento fueron diluyéndose poco a poco de su cuerpo y la niebla iba marchándose de su memoria, dejándole imágenes nítidas y concisas. Según la doctora, Denisse no había perdido aquel paréntesis de su vida, siempre estuvo ahí, la función de la medicación era cubrirlo.

—¿Qué te parece? —Ella parpadeó para salir del trance mientras seguían bajando por la avenida, pronto verían El Amida.

»¿Deni? ¿Me estabas escuchando? —inquirió con una ceja levantada.

—No, lo siento. —Se mordió el labio con una sonrisa y lo observó resoplar.

—Te decía que podríamos aprovechar el fin de semana de la boda de Sam para irnos de vacaciones, pero, claro, el bebé apenas tendría un par de meses. —Torció el gesto.

Cruzaron por un paso de peatones directos hacia el local, en el que les estaban esperando.

—Podemos ir a un hotel con todo incluido que esté enfocado a la familia, así Cala disfrutará de lo lindo. Serían vacaciones de descanso y desconexión, aunque el bebé sea pequeño.

Él la observó de aquella manera que tanto le gustaba. Con los ojos azules brillando. Tenía esa cualidad de hablarle con la mirada o quizás era ella la que sabía leer sus ojos y lo adoraba.

—Vale, me parece perfecto. —Le dio un beso en la frente—. Pues como tengo a una especialista en turismo, que se encargue de buscar un sitio ideal para este verano.

Denisse soltó una risilla en lo que él le abría la puerta para cederle el paso.

—Ya sé a qué hotel iremos —añadió dando varias palmaditas, emocionada con la idea.

—¿Ya? —preguntó sorprendido.

—Sí, recuerda que estás con una mujer que trabaja en turismo, así que... —Se encogió de hombros repitiendo sus palabras—. Estoy más o menos al día de muchos hoteles, hay uno en Ginebra que se llama Hotel Paradise, pertenece a la cadena Bassols y es para familias. Es una locura de sitio.

—Pues ya está. Si crees que ese es el ideal, haz la reserva —apuntó dándole un ligero beso en los labios y cuando se percató de la decoración se paró en seco—. ¿Qué es todo esto?

—Una *babyshower* —anunció riendo por lo bajo con su estupefacción.

—Creí que era una reunión como otra cualquiera. —La fulminó con la mirada, mas una sonrisilla tiraba de sus labios—. ¿Me habéis engañado todos?

Ella tan solo le guiñó, y ambos observaron la decoración.

Una enorme cadeneta de globos en tonalidades verde musgo y cremas, pasando por dorados, enmarcaba un rincón lleno de regalos. La mesa estaba engalanada con la misma gama de colores. Mantelería, cubertería, servilletas y vasos, todo en una armonía al más puro estilo de un servicio profesional.

El grupo al completo estaba esperándolos. Ambos se acercaron a saludar, y Cala fue corriendo enseguida, primero hacia su padre, que la cogió en brazos y la levantó en el aire. Tras ponerla en el suelo, ya se acercó a Denisse con más suavidad y acarició su vientre.

—Hola, hermanito o hermanita... —Miró a su madre frunciendo el ceño—. Mamá no quería saber lo que vas a ser, pero hoy saldremos de dudas. —Le dio un besito, y los tres se sentaron a la gran mesa.

—¿Qué quiere decir? —inquirió Julien sorprendido.

Denisse le sonrió y agarró su mano encima de la mesa con amor.

—¿No sabes lo que es una *babyshower*?

Él resopló.

—Pues claro que sé lo que es, pero lo que me deja loco es que hayas pasado de mí durante todos los exámenes médicos solo para dejar caer la bomba aquí, delante de todos.

A Denisse le hizo gracia su queja.

—¿No te gusta la sorpresa? En esta fiesta averiguaremos si vas a ser papá de un niño o una niña. —Le aclaró dándole un beso en los labios, pues aún estaba refunfuñando.

—Lo teníais muy calladito, ¿no? Pensé que era una reunión por gusto. Ahora me estoy poniendo nervioso. —Se lamió los labios sin dejar de mirar alrededor.

—Sí que es una reunión por gusto, por el gusto de saber qué vamos a tener —añadió ella

riéndose.

Él la miró con el ceño fruncido y después chasqueó la lengua, negando.

—No creo que pueda aguantar a que termine la comida, me estoy atacando —apuntó.

Denisse se echó a reír, y a él, a su pesar, se le curvaron los labios.

—Habéis tardado —repuso Sam sirviendo vino a todos, menos a ella, que pidió una cerveza sin alcohol.

—Prueba a llevar mi barriga y a ver si no tardas —le contestó pinchándolo.

—No le hagas caso, acabamos de llegar —apuntó Daphne.

Denisse se quedó mirando sus ojos verdes. Daphne era la última incorporación al grupo. Era periodista, tenía un periódico propio y llegó al pueblo para redactar una noticia acerca de la situación que habían vivido. Daphne escribía sobre injusticias y le daba voz a la verdad por encima del ocultismo y los intereses políticos. A raíz de quedarse en el pueblo una temporada para profundizar e indagar sobre el caso de Julien, los conoció a todos. Poco a poco Ray y ella fueron conectando. En aquel momento eran pareja. Llevaban saliendo casi cinco meses y era un encanto, pero, principalmente, Denisse observaba cómo hacía feliz a su amigo.

—No le hago caso, me tiene frita con tanto pinchar —contestó, y las dos se echaron a reír.

—¡¡Abuela!! ¡Ven, siéntate aquí! —Cala saludó a Delia, que acababa de entrar por la puerta y le señaló una silla a su lado.

Todos le dieron la bienvenida, y ella, como siempre, pasó la mano por el vientre de Denisse.

—¿Ha ido todo bien? —preguntaba más que nada por la visita a Simon.

—Todo perfecto, mamá, no te preocupes. —Denisse le dio un beso para contentarla, y todos ocuparon los asientos.

El almuerzo fue distendido, lleno de muchas risas, complicidad y, sobre todo, felicidad. Denisse los observó a todos, uno a uno, y se regodeó pensando en que aquellas personas conformaban su pequeña gran familia. Con una sonrisa en los labios, colocó la mano en el vientre y sintió la vida en su interior, pronto tendrían a uno más.

—¡¡Bueno, señores!! Creo que ya ha llegado el momento —anunció Tamy dando varias palmadas.

Tendió su mano a Denisse para que se levantara, y ambas se colocaron junto a los globos de la mesa. Julien se puso de pie y se acercó a ellas manteniendo cierta distancia atento a todo. Su mujer le guiñó, y él le devolvió el gesto, sin embargo, ella se percató de que elevaba el cuerpo sobre las puntas de sus pies en una especie de vaivén, algo que solía hacer cuando estaba muy nervioso o para calentar antes de salir a correr. Denisse se cubrió una pequeña carcajada, igual salía disparado en cualquier momento.

Cala le dio la mano a su padre, y los dos observaban con expectación.

Tamy cogió un cañón de confeti y le dio uno a su amiga. En menos de un minuto los hicieron estallar y la sala se vio eclipsada por un sinfín de papelillos en verde musgo.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó Julien, estupefacto y visiblemente atacado—. ¿Verde es niño o es niña? No me entero de nada —anunció.

Todos estallaron en una carcajada.

—¿De verdad no lo entendéis? —inquirió Tamy con la boca semiabierta.

—¿Por qué no lo habéis hecho en azul y rosa de toda la vida? —apuntó Ray con ironía.

—Azul y rosa también puede ser para niño y niña respectivamente —dijo Daphne.

—Ya, pero se sigue pensando en azul, niño, y rosa, niña, y eso es impepinable —añadió Sam —. Yo tampoco he entendido lo del verde —Se encogió de hombros.

—Los colores no tienen género —contestó ella.

—Aunque no tengan género, podéis usar un poquito de intuición, ¿no? —repuso Denisse, visiblemente decepcionada con que su cometido se hubiese estropeado.

—No, si estoy usando mi intuición, pero no quiero cagarla porque hoy en día nunca se sabe —comentó Sam torciendo la boca.

—En una ocasión como esta, no nos vendría mal que lo hubieseis señalado, me da igual si ponéis rosa chicle para niño, ya ves tú el problema —sugirió Ray—. Una leyenda de esas que ponen en los mapas hubiera sido lo suyo.

Daphne rompió a reír, y los demás la siguieron tras el comentario de Ray.

—Parad el debate ya, que soy el padre, el interesado número uno en enterarse, y tampoco lo he pillado. —Los frenó Julien—. Vida mía, ¿qué vamos a tener? ¿O el verde representa a un lagarto? —comentó con una sonrisa sarcástica.

Denisse estalló en una risa tonta, y él se acercó para abrazarla por la cintura, se quedó indagando en su expresión hasta que ella se calmó.

—Vamos a tener un niño y se llamará Lucien, porque se asemeja a tu nombre y no he conocido a un hombre tan maravilloso al que admire más —le dijo mirándolo a los ojos de manera directa.

El brillo en su expresión hizo que se emocionase. Ambos se fundieron en un beso de auténtico amor. Los sentimientos puestos en él y, como siempre, hizo que a Denisse le temblasen las piernas.

Cala los interrumpió.

—¿Oyes, bicho? ¡Vas a ser hermana mayor! —Julien la cogió en alto, y ella los abrazó por el cuello a los dos.

—¡¡Me gusta!! Y me encanta el nombre. Ya podemos empezar a comprar más cositas, mamá.

Sus padres se miraron, y él se llevó la mano a la frente, lo que la hizo sonreír.

Recibieron los «enhorabuena» de todos y se dedicaron a abrir regalos.

Denisse había regresado a aquel pueblo en el que nació y del que se marchó para iniciar una nueva vida en la que sufrió los reveses del destino.

Allí resurgió de sus cenizas para establecer las raíces de una felicidad pura.

Allí quiso atesorar a todas aquellas personas que le habían cuidado, porque lo que tenía claro era que el amor había que cultivarlo y regarlo como a una buena planta.

Allí supo que su vida comenzaba de nuevo. Se dejó convencer por el instinto, por la intuición de que todo funcionaría, por los susurros de su alma.



Epílogo

Caminé con tranquilidad, conociendo la dirección de mis pasos. Observé lo que me rodeaba de manera distraída, hasta llegar al lugar al que quería ir, con los nervios vibrando dentro del pecho, por fin se había cumplido aquello por lo que tanto había luchado, sobre todo, mi padre, y yo no cabía en mí de emoción para poder desahogarme.

—Hola, hermano mayor. —Cambié con delicadeza y mimo las flores de su jarrón.

»Hoy cumplirías dieciocho años y, en lugar de hacerte un regalo, creo que tú has sido el que nos lo hiciste a nosotros. Desde que nació Lucien, nuestros padres me dijeron que teníamos otro hermano. Cuando nos mudamos, colocamos fotos tuyas por toda la casa. Me acostumbré a hablar contigo, porque creo que, donde estás, puedes oírme. Y te he adorado desde el primer momento, aunque la tristeza de no tenerte siempre ha estado ahí.

»Las circunstancias de tu muerte no me las contaron hasta hace poco y creo que fue debido a mi insistencia, porque, en su momento, era muy niña para entenderlo y, aunque ya tengo catorce años, sigo sin comprender el porqué. Por qué tú, por qué le ocurrió eso tan horrible a mi hermano y por qué destrozaron a nuestra familia. Por qué me pasé muchos años pensando que no tenía padre y por qué todo en general. Quizás, fue fruto de la casualidad, igual que a nosotros, podría haberle sucedido a cualquiera. Pero últimamente he redirigido mis pensamientos para tratar de darle una explicación a lo ocurrido que me haga sentir algo mejor, aunque solo sea un poco. — Resoplé y miré por encima del hombro. Mis padres junto con Lucien esperaban a que yo terminase mi charla. Asentí desde la distancia haciéndoles saber que todo iba bien.

»Me he refugiado en la idea de que hay personas que nacen para cambiar el rumbo de las cosas, y ese eres tú, hermano. Con tu padecimiento te convertiste en un mártir y, gracias a tu sacrificio y en tu honor, ha nacido la Ley Simon. Con esta ley los menores de edad serán condenados por los delitos que cometan. Y que no me digan que no entendemos lo que hacemos, porque sí sabemos lo que está mal y lo que no.

»No dejamos de hablar de ti en todas partes, en todos los medios, en todos los círculos, porque mantener tu recuerdo es mantenerte vivo para la eternidad. Para nosotros es como si nunca te hubieses ido y fueses a entrar por la puerta en cualquier momento. Pienso en ti con dieciocho

años y serías el hermano mayor perfecto. Te imagino como un piloto de carreras, ya que adorabas los coches. Tenemos tus juguetes en una vitrina y pienso que serías mil millones de veces más guapo que papá, y eso es difícil, aunque Lucien le va ganando terreno. Ahora tiene la edad que tenías cuando nos dejaste y es muy lindo. Ojalá algún día podamos reencontrarnos de nuevo. Te adoramos, ayer, hoy y siempre.

Le di un beso a la puerta de cristal tras la que se observaba la urna con los restos de mi hermano, que, gracias a mis padres, ya permanecían en el cementerio de nuestro pueblo.

Caminé hacia la salida, donde me estaban esperando y cogí en brazos a Lucien, que quería mi atención a todas horas y se había convertido en el pilar más importante de mi vida y en el niño de mis ojos.

Desde la enorme verja dorada que marcaba la entrada hacia el cementerio, me giré y contemplé cómo a lo lejos brillaban las calas que adornaban su tumba.

—Hasta la próxima, hermano —susurré consciente de que regresaría muy pronto, como siempre, a mantenerlo al día de lo que ocurría en nuestras vidas.

Gracias por leer esta novela.
Si te ha gustado, puedes ayudarme a
difundirla dejando una reseña en Amazon.
Escaneando este código QR con tu móvil,
puedes acceder
directamente a la valoración.

Agradecimientos

A él, por estar siempre ahí.

A todas y cada una de mis lectoras, que esperan con paciencia infinita que lleve a la luz cualquiera de mis trabajos.

A ti, que me apoyas de manera incondicional y que siempre tienes una palabra de aliento cuando las inseguridades me invaden. A ti, que confías en que mis novelas puedan sacarte mil y una emoción, que deseas tener mi libro en tus manos. A ti, siempre.

A mis *amichis* que me repiten, de manera infinita, lo mucho que valen mis historias. Espero que sean objetivas, jajaja.

A mis veteranas, que se saben cada historia que escribo casi de memoria. Espero que continuéis acompañándome en esta aventura.

Mención especial a Anaís y a Elena. Me he divertido como nunca. Con sus conjeturas, sus dudas, sus explosiones de cabeza y sus emociones. Infinitas gracias, por vuestra ayuda altruista. Con vuestro punto de vista, la historia se enriquece y se convierte en algo más bello.

Os espero a tod@s en la siguiente aventura...

Títulos publicados

SAGA DESTINOS CRUZADOS

- El Caballero Oscuro. Destinos Cruzados I
- El Caballero Dorado. Destinos Cruzados II
- El Caballero Oscuro 1.5 EXTRA
- El Caballero Esmeralda. Destinos Cruzados III
- El Caballero Amatista. Destinos Cruzados IV
- El Caballero Zafiro. Destinos Cruzados V
- El Caballero Plateado. Vol I. Destinos Cruzados VI